MIREIA GALLEGO VERDEJO



LA PENSADORA QUE LLEGÓ DEL ESTE

INSPIRADA EN LA BIOGRAFÍA DE ASPASIA DE MILETO


LA
PENSADORA
QUE LLEGÓ DEL ESTE

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares sin autorización escrita de los titulares del copyright.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, sólo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la Ley.

©2025 Mireia Gallego Verdejo

©2025 La pensadora que llegó del este

Diseño de cubierta: Mireia Gallego Verdejo

Imágenes de portada e interior: Pixabay y Leonardo

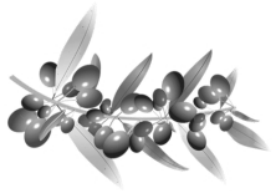
Maquetación: Mireia Gallego Verdejo

Índice

Agradecimientos
Diferente
La pupila
Unión
Arte
El anuncio
La llegada
La adaptación
El reencuentro
La decisión
Incredulidad
Una nueva vida
Recelos
El discurso
El deber y la muerte
Las calumnias
Una nueva Acrópolis
Inspiración
La espera
El estratega
La paz
Tierra y sangre
El desprecio
Una idea eterna
El juicio
Difamada

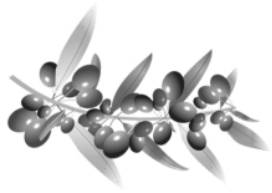
El despertar de la guerra
La plaga
Soledad
Devastación
Partida
La ausencia
El destino
La carta
La exhalación
El legado
Notas de la autora
Mapa

Agradecimientos



A los que están a mi lado siempre. A los lectores que imaginan las historias que escribo. A los que hace treinta años que leen mis artículos. A los amigos que ofrecen calma. A los compañeros de divulgación que me acompañan. A quien no está, pero sigue habitando en un cálido recuerdo.

Diferente



Descendió la calle apresuradamente. Apenas podía sostener los rollos que se amontonaban entre sus brazos y que le impedían ver el desnivel de las piedras. Sorteaba como podía los restos de verduras ya podridas que algún comerciante había desechado de las ventas de las primeras horas en el mercado callejero. Aspasia levantó con su mano derecha el peplo ribeteado para que no se le mojaran los pies con el agua estancada y evitar así, manchar su túnica. Hizo una mueca de desagrado y hastío.

Giró en dirección a su casa. El trasero de Basilia aparecía enorme ante sus ojos. La vecina, obsesionada con el orden y la limpieza, estaba agachada frotando con esmero los dos escalones que daban acceso a la entrada. Resoplaba mientras un mechón canoso caía sobre sus ojos haciendo que este oscilara de arriba a abajo. Otras dos mujeres se habían sentado en un taburete de madera mientras permanecían apoyadas sobre la pared de estuco maltrecho, buscando la brisa que viene del mar cuando el sol cae. Habían sacado a la calle dos cuencos de barro que sorbían mientras charlaban animadamente, dejando de lado los telares que se ocultaban tras la puerta de madera.

—¿Dónde vas con tanta prisa, muchacha? —dijo una de ellas sonriendo irónicamente. —¡Parece que te sigan las moiras! —la

mujer que la acompañaba hizo un gesto piadoso de protección ante las palabras de su vecina. Basilia dejó las fibras que utilizaba para sacar la mugre mientras esbozaba una amplia sonrisa al percatarse de la llegada de Aspasia.

—Dejadla tranquila, hace bien de no estar como nosotras todo el día limpiando, cocinando y tejiendo. Además a ella no le hará falta. —la mujer le guiñó el ojo mostrando el infinito afecto que sentía por ella y por su familia.

—Las buenas mujeres son las que tienen los dedos llenos de callos aunque vengan de familias con dinero. Si no tienen la piel cuarteada por el esfuerzo es que no se dedican a lo que los dioses les encomiendan por naturaleza. ¡Mírate tú, Basilia!, toda la vida cuidando de tu esposo e hijos y ahora que vives sola, sigues dándole con fuerza a los escalones.

—No hay nada bueno en lo que hago. Me casaron con un buen hombre e hice lo único que me enseñaron; parir y servir. Y, ¿para qué?, a mi edad yo no sé ni leer ni escribir. ¿Qué quieres que haga ahora?, pues seguir dándole lustre a los malditos escalones. Aspasia en cambio está en el vigor de la juventud, que aproveche porque todas sabemos que esto dura poco. Si tenemos suerte damos con un hombre decente y trabajador, pero si caes en desgracia tienes que soportar en silencio un suplicio. ¡Mira cómo acabó Temista!, con el cuerpo lleno de moratones por la paliza de su hombre y encima la pobre tuvo que soportar que le dejaran de hablar las vecinas. —Basilia se giró hacia Aspasia que permanecía divertida de pie escuchando la conversación. La mujer sacó el dedo índice para señalarla mientras mantenía el puño apoyado en la cintura. —Escúchame bien, Aspasia, sigue con tu formación. Tu padre no dejará que cualquiera te pida. Vales demasiado y te ofrecerá a quien sea capaz de pagar con sus cuidados y con sus respetos.

Aspasia sonrió complacientemente. Ya hacía años que había sangrado por primera vez y sabía que sus vecinos susurraban a sus espaldas por no haber aceptado aún a un esposo que tuviera el

beneplácito de su padre. Se acercó a Basilia, por la que sentía un afecto casi maternal, y le propinó un tierno beso en la mejilla que la mujer agradeció entornando con lentitud los párpados Se alejó de ella para entrar en su casa que quedaba justo al lado.

—¡Ya estoy en casa! —gritó mientras soltaba el peso de los rollos en una consola de madera que había en la entrada.

Mientras retiraba el himatión que cubría su cabello, contempló como la luz se desvanecía en el patio interior dibujando sobre las paredes, alargados y tenues reflejos que perfilaban las siluetas de las vasijas decorativas del pasillo. Escuchó unos pasos que venían del piso superior.

—No me gusta que llegues tan tarde, Aspasia. —dijo Axíoco con preocupación mientras limpiaba los restos de arcilla de sus manos.

—Lo siento, padre. —se acercó hasta el segundo escalón para mostrar sus respetos. —Me he quedado absorta mientras leía y he perdido la noción del tiempo.

—¿Más rollos? —dijo con el dedo extendido hacia la abultada pila que se amontonaba. —Esta casa es grande, pero no sé si lo suficiente como para albergar todo lo que traes. Las hijas de nuestros vecinos traen gatos y tú rollos de pergamino. ¿Qué son esta vez? —Axíoco se acercó para desenrollar algunos que quedaban más a la vista. —¿Filosofía, retórica o medicina?

—Un poco de todo. Algo de historia también he traído. —respondió mientras aseaba sus manos y brazos en una lebeta de figuras negras sostenida sobre una peana oscura. —No me decidía por uno y al final he cogido todos los que mis brazos podían soportar. —Aspasia sonrió.

Axíoco contempló a su hija en completo silencio. La amaba profundamente, siempre con un exceso de celo y procurando la protección y el cuidado de quien sabe que posee el mayor de los tesoros. Una juventud marcada por la belleza física que encoge el alma de los hombres y una inteligencia que jamás se saciaba lo

suficiente. Una combinación letal para quien sabe ver que nadie estará jamás a su altura.

—Ven, enciende el pebetero y siéntate conmigo. Explícame qué has hecho hoy. —el padre palmeó el banco que había en el patio para que Aspasia se colocara a su lado.

La joven alcanzó la mecha para encender la lumbre. Sopló delicadamente dejándola junto al fuego que empezaba a arder y tras ello, se sentó lentamente soportando el peso de su espalda sobre la pared que daba a un pequeño almacén.

—Hoy ha venido un matemático nuevo a la escuela. Ya sabes cómo es Luana, así que en cuanto lo ha visto ha empezado a bromear con su aspecto y la ha echado del aula, tendrías que haber visto cómo el anciano frunció el ceño. El maestro le ha lanzado desde la distancia el cálamo por su atrevimiento y se le ha quedado entre los pliegues, manchando su túnica de tinta negra.

—Luana no tiene remedio, al final no le permitirán la entrada. Tienta a la suerte demasiadas veces. Y, ¿qué tal es ese nuevo maestro? —preguntó el padre llevando su cuerpo hacia adelante.

—Un hombre sabio. Hemos gozado de una infinita fortuna al crecer en estas tierras de inspiración para el maestro Tales y su pupilo Anaximandro, hasta el gran maestro Pitágoras sucumbió al conocimiento de nuestros hombres. —dijo con los ojos brillantes por la emoción contenida.

—¿Sabías que Tales también legisló en nuestra ciudad? —dijo Axíoco.

—Tales era un genio, padre, un hombre de infinito conocimiento que abordó todos los campos destinados al uso de la razón. Cuando salgo del aula, me gusta contemplar el busto sobre el pedestal que lleva su nombre en letras de bronce. Observo sus ojos y la densa barba pensando en la suerte de la que gozaron sus discípulos, y en cuánto daría por estar entre sus filas.

Axíoco se giró para ver a su hija con más detenimiento. Ésta tenía la mirada perdida y los brazos cruzados sobre la rodilla que se suspendía de su otra pierna. La tenue luz del fuego le proporcionaba un perfil delicado. Sabía que era diferente a todas las demás jóvenes de su edad. Apenas llegaba a las diecisiete primaveras y mostraba una inteligencia que maldecía cada día por el temor a que jamás hallara a alguien que la mereciera. ¡Cómo escoger a alguien que alcanzara a entender la libertad de la que gozaba el interior de esa mente insaciable!

—¿Por qué me estás escudriñando en silencio? —preguntó Aspasia con una sonrisa. Axíoco bajó la cabeza con una mueca de hastío.

—Me da miedo, Aspasia.

—Ya sé lo que me vas a decir, padre. Llevo escuchando esos murmullos desde hace al menos cinco años. Cada día observo cómo nuestros vecinos susurran en cuanto paso por delante. Esta misma tarde, Basilia ha intentado defenderme de sus provocaciones. Sabes tan bien como yo que no puedo dedicarme a hilar ni a observar cómo la lumbre calienta el alimento de un esposo ebrio que no controla los impulsos de su naturaleza. Moriría si me apartas del olor de la tinta que impregna mis rollos. No me niego a desposarme, lo sabes bien. Ojalá fuera como mi hermana que se conforma con lo que los dioses proveen para nosotras, pero a mí no me moldearon de la misma manera.

—Lo sé, Aspasia. —dijo con resignación mientras rascaba su poblada ceja derecha intentando ordenar sus pensamientos.

La joven admiraba a su padre. De las muchas ciudades jonias que salpicaban las costas del este, Mileto estaba en una posición acomodada. Axíoco, no sólo había conseguido una gran fortuna con el intercambio comercial sino que ocupaba su tiempo con el arte que moldeaba la piedra exportando sus obras a través del puerto o de las vías terrestres que conectaban con el este. Ofrecía su talento a los lidios y a las ciudades que salpicaban las

tierras al otro lado del Egeo, especialmente con Megara con la que Mileto mantenía lazos estrechos.

La polis proporcionaba riqueza, pero en igual proporción inestabilidad. El recuerdo de la sublevación de su tirano, Aristágoras, contra el poder del imperio persa de Darío el Grande, había hundido a la ciudad unas décadas antes. De los pocos que quedaron de la debacle que supuso la derrota, no quedaba casi nadie, apenas unos cuantos supervivientes varones que recordaban el dolor y la miseria que padecieron tras contemplar sus campos arrasados por las llamas.

Los persas entraron en la ciudad para aleccionar a los sublevados, violando a sus mujeres y asesinando a los hombres en edad de luchar. Algunos quedaron como esclavos mientras a otros, les cortaban los genitales y los colgaban en mástiles como trofeos que quedaban a la vista de todos. Axíoco había sido uno de esos jóvenes arrancados de los brazos de sus suplicantes madres para engrosar la población esclava y sumisa de los jefes persas. Nunca hablaba de las torturas padecidas ni del sometimiento diario al que fueron doblegados. Era demasiado dolor, demasiados golpes que habían dejado una huella indeleble en algunas zonas de su cuerpo, demasiado pesar para ser soportado por la mente sin que el recuerdo se adueñara de éste cada noche para hacerle despertar entre sudores fríos.

Tras la derrota persa en la batalla de Maratón, los aqueménidas habían quedado maltrechos en su orgullo. Darío I continuaba resentido con los atenienses y con las colonias que ofrecían apoyo al enemigo, así que no dudaba en infundir el terror entre las polis cercanas a sus dominios para que sintieran su aliento a cada movimiento dado. Y aunque el tirano halló la muerte por la enfermedad tras la rebelión en Egipto, el ascenso de su hijo Jerjes, no hizo más que azuzar el avispero que le había legado su padre. No tardó en emular a su progenitor buscando resarcir la vergüenza de su pueblo. Jerjes volvió a pisar las huellas dejadas por Darío con el beneplácito de Cartago y sus aliados en Sarausa o Aitne que le

ofrecían apoyo negándoselo al enemigo ateniense por el que sentían tanto desprecio.

Como un gigante que pisa el verdor de las llanuras, alcanzó la ciudad que salpica de rojos tejados la ladera de la Acrópolis destruyendo todo cuanto había a su paso, a ella y a todos cuantos aliados la habían apoyado. Quisieron los dioses que protegen a los helenos que las tropas de hoplitas se nutrieran de falanges de hombres de las polis más fuertes, y que los mares se llenaran con las flotas de los que dominan sus mares para presentar resistencia al enemigo, y viendo que ahora el ejército persa había quedado comandado por el lugarteniente de Jerjes I, Mardonio, les dieron batalla final y simultánea en Plataia y Mikales. El rey obligadamente liberó a Mileto y a sus vecinas cediendo su control, pero para cualquier milesio el recuerdo de los veinte años de guerras y postguerras con los vecinos persas no había hecho más que abrir una herida profunda en el ánimo de cada hombre, mujer y niño.

—Padre, has hecho un esfuerzo que jamás podremos recompensar. —hizo un silencio —. En ocasiones no sé si te merecemos lo suficiente. Nos has dado una educación con la que ninguna otra polis sueña para sus hijas. Desde la liberación de nuestro pueblo no has hecho más que trabajar duramente para restaurar el nombre de tus antepasados y restablecer el patrimonio del que te privaron. Mientras al final de esta calle quedan los restos aún ennegrecidos de las casas que quemaron los persas, la nuestra está encalada y reconstruida con pigmentos del color de la tierra y el mar. Quisiste ofrecernos la belleza de un entorno idílico repleto de imágenes inspiradoras moldeadas por tus manos—. Aspasia observó el balanceo de sus pies en un intento de concentrarse en lo que quería decirle. —Eso habla de ti como padre, de cómo reconstruiste en pedazos tu vida a pesar del infortunio y la guerra.

—Hay cicatrices peores que las que te marcan con el fuste, Aspasia. Hay cosas que no puedo borrar de mi mente, pero me muestro más temeroso ahora que antes. Cuando era un joven sometido luchaba por mi vida, pero desde la muerte de tu madre no hago más que

luchar por la vuestra. Mataría por ambas, pero si no pudiera protegeros, perecería en vida tal y como le pasó a mi madre cuando me la arrebataron de las manos. Eso no me lo perdonaría jamás. —hizo un silencio —.¿Sabes por qué detesto el olor del jacinto? —Aspasia negó con la cabeza —. Es el último recuerdo que tengo de quien me otorgó la vida. Un aroma, Aspasia, ni siquiera puedo recordar el color de sus ojos. —una fina capa de lágrimas cubrió su mirada.

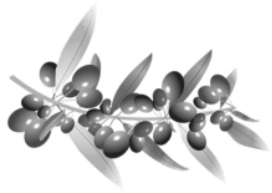
—Padre, ¿qué quieres decirme con todo esto? —preguntó extrañada.

—No hay cincel en este mundo que pueda esculpir lo que yo veo en ti y tampoco puedo hallar nadie que te merezca. Sería como intentar retener un soplo de aire atrapándolo con los dedos. He intentado ofreceros la paz de espíritu de la que se nutre el conocimiento, el arte y el pensamiento, Aspasia. En mi cautiverio vi poca humanidad y demasiada sangre manchando las alfombras que pisaba, tanta que se levantaba el olor a hierro cuando era obligado a limpiarlas de rodillas, manchando con ella mis propias manos. Lo único que me proporcionaba consuelo era ver en la distancia la estatua de Apolo que los persas se llevaron del templo de Dídima. Suplicaba al dios día y noche que me permitiera vivir lo suficiente para poder regalarle el arte de mis manos. —apoyó su cabeza en la pared para contemplar el cielo estrellado e hizo un silencio. —Sigue tu instinto, Aspasia. Procura cultivarte hasta convertirte en lo que quieras ser, sin sesgo ni arrepentimiento, pero debes ser consciente que cuando alcances cierto nivel de conocimiento todo te parecerá pequeño y asfixiante, que sufrirás el desprecio de tus iguales y que deberás soportar la ignorancia que inunda a los hombres. Yo no quiero ni puedo privarte de la libertad de escoger. ¿Ves ese escudo colgado? —señaló la habitación que quedaba frente a ellos al otro lado del patio. Se adivinaba la redondez del mismo y la silueta de lo que parecía un caballo negro pintado en el centro. —Es el recuerdo de que la belleza hay que buscarla en cada rincón de este mundo y que sólo el arte y la filosofía salva al hombre del propio hombre.

Desproveer al ser humano de aquello que le hace mortal, es lo que permite desenjaular su alma para hacerlo libre.

Aspasia miró las sombras del escudo en completo silencio intentando retener cada palabra pronunciada por el hombre al que más amaba.

La pupila



Los meses pasaron rápidamente. La sensación que no existía días ni noches inundaba el alma de la joven, totalmente absorta entre los rollos de pergamino que se amontonaban en la sala de estudio de su casa. Las lucernas se mantenían encendidas hasta la madrugada mientras los postulados astronómicos de Pitágoras se mezclaban con el concepto de *ápeiron* de Anaximandro. En ocasiones, cuando su padre acudía a la Asamblea de la ciudad para cumplir con sus compromisos políticos, Aspasia se refugiaba en total soledad en el patio central para contemplar el movimiento de las estrellas, buscando respuestas complejas que sólo creía hallar en el estudio profundo de nuestra naturaleza.

El maestro había visto en ella la excepcionalidad de un talento reservado a muy pocos, totalmente convencido que de entre todos sus pupilos, fueran varones o hembras, no había nadie que llegara al nivel de ésta.

Al día siguiente el anciano hizo señas a la joven para que lo acompañara en uno de sus numerosos paseos. El maestro caminaba con las manos recogidas en la espalda haciendo que su túnica de lana se llenara de pliegues. La densa cabellera canosa se desplegaba desordenada por los hombros. Aspasia apresuró el paso para quedar cerca del anciano.

—¿Necesita algo, maestro? —preguntó.

—Acompáñame en dirección al río, necesito hablar contigo.

El hombre permanecía en silencio mientras atravesaban el dintel de mármol que daba salida a la calle. Caminaron por el empedrado entre el bullicio de los comerciantes que apostaban sus mostradores junto a los edificios que les ofrecían cobijo. Una madre zarandeaba a su pequeño por haber tirado algunas piezas de fruta que quedaban a su alcance y que el tendero pretendía que las comprara obligadamente entre gritos.

Aspasia se mantuvo prudente. No deseaba perturbar la tranquilidad del hombre con preguntas inoportunas. Ninguno de los ciudadanos de Mileto cuestionaba que el maestro fuera acompañado de su pupila, algo impensable para cualquier otra mujer libre. Para el mundo, aquellos sabios que dedicaban su esfuerzo a la docencia entre los más jóvenes eran más respetables que los ciudadanos libres que los gobernaban. A diferencia de otras ciudades helenas, las colonias jonias no aceptaban que éstos mostraran afecto a sus discípulos varones o que les iniciaran en las artes sexuales comprometiéndose con ellos como pasaba en otras polis. A pesar de eso, Aspasia sabía que algunos maestros habían logrado que los muchachos sucumbieran a sus deseos, manteniendo relaciones que iban más allá de las de naturaleza estrictamente académica.

Tras atravesar el ágora que quedaba cercana al puerto, el hombre giró en dirección al lugar donde se levantaban los andamios de los obreros contratados para borrar cualquier rastro de la destrucción de los persas sobre el teatro. Gran parte de la ciudad permanecía en obras desde hacía años y el sonido de los golpes de los mazos sobre los cinceles, lograba solapar el relajante rumor del agua que discurría por el río Meandro. El hollín de los incendios se mezclaba con el mármol blanco que se levantaba nuevo sobre las calles diseñadas por el arquitecto Hipodamo, encargado de una planificación urbanística innovadora jamás vista por ninguna otra ciudad helena. Mileto parecía resurgir de las cenizas aprovechando la

fuerza de un talento fomentado desde el poder de las familias más adineradas.

Llegaron a la ribera sorteando los canales de riego para los campos de cultivo. El maestro se sentó con dificultad en las rocas que se abrían entre los mirtos en flor. No era la primera vez que llevaba a los alumnos a admirar el estallido de la naturaleza a la que creía inspiradora para el alma y el pensamiento.

—Siéntate. —Aspasia recolocó su manto y se acomodó ocultando la desnudez de sus tobillos. —He estado pensando durante los últimos días qué hacer contigo.

—Maestro, ¿tiene alguna queja de mi rendimiento? —preguntó la joven con expresión de angustia.

—No, no, Aspasia. —dijo el hombre mientras agitaba la mano con despreocupación.

El hombre alzó la vista hacia el otro lado de la ribera del caudaloso río que se perdía en el Egeo. Parecía observar las aves que levantaban el vuelo entre la maleza que crecía agreste y salvaje, mientras las barcazas de pescadores se aprovechaban de las bondades de una corriente que parecía eterna.

—Llevo muchas décadas a mis espaldas dedicándome a enseñar a otros. Es de justo servicio a los dioses proporcionar luz a un mundo lleno de sombras, donde los hombres se miden por la fuerza de sus instintos obviando la razón y el conocimiento. He viajado y me he alimentado de otros que como yo, ven en el aprendizaje la razón de su existir —. Hizo un silencio — Así lo he hecho día tras día y seguiré haciéndolo hasta que el sol deje de emerger para mí tras el horizonte. De las muchas polis que he visitado son en estas tierras y más al este, donde las mujeres pueden adquirir conocimientos en equidad con los varones y no negaré, mi joven Aspasia, que en un principio me debatí entre mis creencias sobre la naturaleza de las hembras o sobre el auténtico propósito de mi existencia al que he consagrado toda mi vida. No albergaba un criterio sobre la

capacidad de tu género para asimilar los grandes temas que para mí siempre han incumbido únicamente al saber de los hombres. Nunca medité ese asunto pues no precisé de tal necesidad, hasta que asististe a mis discursos y llenaste de preguntas el aire que todos respirábamos. —la joven permanecía en silencio, atenta a cuanto el anciano pretendía explicarle. —Formulabas preguntas que generaban nuevas preguntas y respuestas que derivaban a nuevas formas de entender la naturaleza de lo que se es o será. Admiré la tenacidad de tu mente y la capacidad en el arte de la oración y la expresión hablada; escueta pero elaborada, sentida pero profundamente meditada. —hizo un paréntesis —No soy hábil en la enseñanza con las de tu condición pues me parecen intrigantes y desconocidas en sus preceptos, así que habiendo alcanzado contigo el culmen de lo que puedo enseñarte, quiero proponerte que seas la maestra de aquellas con las que compartes naturaleza.

—Señor, el pensamiento de las mujeres no difiere al de los varones en cuanto a capacidad o disposición. El maestro Pitágoras, primero entre los primeros, contó entre sus filas con mujeres en el círculo de los matematikoi, viviendo a su lado y aceptando los mismos preceptos y normas de austeridad y estudio. No obstante, lo que ahora me pide será complejo pues entre mis iguales no entenderán que sea una discípula quien ocupe el lugar de un sabio al que admiran. Tampoco creo que sepa lo suficiente como para atraer la atención de éstas sin que se mofen o pierdan el respeto por los conocimientos que pretenda que adquieran.

—El respeto no se tiene, se gana con los actos. —sentenció el anciano. —Debes ver en mi propuesta la oportunidad de seguir creciendo, no la de solapar tu sed de aprendizaje. Confiarán en ti y te darán a conocer las inquietudes de las que yo apenas sé dar respuesta y que estoy seguro que jamás me formularían por temor o vergüenza.

—Haré cuanto me pida, maestro. —respondió Aspasia con cierta dosis de decepción en su mirada.

La joven se había iniciado como docente cumpliendo con la promesa hecha. Las clases de gimnasia en la palestra al otro lado de la ciudad, servían para que Aspasia pudiera establecer cierta autoridad sobre sus alumnas y tras cubrir la desnudez de sus cuerpos en los vestuarios junto al pórtico, ganarse la confianza de quienes saben que jamás admirará las curvas de sus senos y el contorneo de las caderas.

Todos los discípulos habían recibido el acoso de maestros o alumnos de mayor rango. Los ancianos contemplaban a los muchachos entrenar en completa desnudez marcando los músculos por el esfuerzo, y éstos sucumbían a sus deseos en favor de una falsa devoción por mostrarles las bondades del sexo a través de quien goza de una mayor experiencia. Sus erecciones se observaban desde la distancia aun estando apostados sobre los asientos de madera.

Liberadas de ese yugo, las mujeres se abrían a la brillantez de Aspasia aprendiendo de su ingenio y respetándola. Ella a cambio cuestionaba sus quejas desafiándolas a hallar respuestas racionales y meditadas a las dudas que les asaltaban. Luana había mostrado al principio ciertas reticencias pues la consideraba más una amiga que educadora, pero logró separar el estrecho mundo que ahora las alejaba en pro de una amistad que se remontaba a cuando apenas eran unas niñas.

La joven vivía en una calle paralela a la suya. Sus padres habían amasado una fortuna con el comercio de cuero milesio producido en una factoría junto a su propia casa. La muchacha era la antítesis de todo lo que representaba Aspasia, era imprevisible, impulsiva y poco reflexiva, algo que despertaba el interés de muchos de sus vecinos en edad de casar. No obstante, los padres habían volcado sus esfuerzos en formarla como una mujer de recursos quizás con la esperanza de que fuera capaz de aspirar a algo mejor y de mayor rango. En realidad ella detestaba todo lo que tuviera relación con su educación. Su intención era casarse con un hombre rico que le proporcionara el estatus y las condiciones de una vida

acomodada que creía merecer por derecho. A pesar de lo antagónicas de ambas, habían logrado mantener el extraño equilibrio que les unía.

Cruzaron el ágora que servía como centro de reunión y comercio para sus ciudadanos. Un grupo de hombres discutían acaloradamente sentados en los escalones. Aspasia aminoró el paso para escuchar lo que provocaba el acaloramiento de sus gestos.

—¿No te aburres de tanto discurso? —preguntó Luana mientras recolocaba los pliegues de su túnica y se tapaba para guarecerse del frío del invierno.

—¿Bromeas? Podría pasarme día y noche escuchando lo que dicen aunque no estuviera de acuerdo, de hecho lo agradecería.

—Eres una gran maestra y una pésima compañera para divertirse. —le espetó la joven con ironía —Tu hermana es mucho más entretenida que tú.

Aspasia sonrió mostrando los dos encantadores surcos que le aparecían en las mejillas.

—Lo sé. Apenas nos separa un año de diferencia, pero parecemos hijas de padres distintos. —Aspasia sentía devoción por su hermana. Admiraba su carácter afable, la devoción de sus actos y una sensibilidad que nacía de ella de forma natural.

—Por cierto, vendrás a las Leneas, ¿no? —preguntó Luana.

—Sí, claro. Disfruto del canto de los *comastas* y su música. De hecho lo demás lo tolero por respeto a Dioniso al que tengo devoción, pero me asquea que se use su fiesta como excusa para aprovecharse.

—Aspasia, ¡Dioniso se nutre del vino, la fiesta y la actitud desinhibida!, no puedes pretender una procesión de bailarines que le den de beber sin más y que luego los hombres se retiren a sus casas.

—No me quejo de los ancestrales ritos a nuestro dios, me quejo de cómo después, se aprovechan para hacer lo que les place con total impunidad amparándose en los efectos del vino, sin contención ni mesura.

—Debes entender que es un gran momento para las que estamos en edad de casar. Yo por mi parte pienso ponerme la túnica azul de seda que mi padre ha adquirido a través del mercadeo con los persas. No puedes imaginar lo bonita que es. —dijo con emoción contenida —Además, va a estar todo el mundo en los banquetes populares y no voy a perder el tiempo para echar el ojo a cualquier extranjero que me saque de esta ciudad.

Las *Leneas* llegaron con el intenso frío. Las calles se abarrotaron de música y verdes hojas de parra que colgaban de los dinteles. Algunos regaban con vino las entradas de las puertas y ofrecían a sus vecinos copas que llenaban de las cráteras con el preciado líquido rebajado en agua. Tras las ofrendas a la máscara del dios y las plegarias consagradas a éste, se dio inicio al banquete pagado por la propia ciudad.

Aspasia, su hermana Arete y Axíoco, ocuparon la plaza pública donde las largas mesas se extendían a uno y otro lado. La música se escuchaba solapada por los hermosos ditirambos escritos por el poeta Arión o Simónides de Ceos, este último ensalzando, con sus hermosos cantos y acompañado por las cítaras, la heroicidad del rey Leónidas y sus trescientos hombres. Los coros que representaban a los guerreros que iban a morir, respondían a Jerjes con la aceptación de su inminente muerte para liberar al mundo civilizado de la tiranía de los aqueménidas. Aspasia quedó conmovida por la melancolía de los poemas unidos al sonido etéreo que producía el roce de las yemas sobre las cuerdas.

—¿Conoces los ditirambos de Simónides? —preguntó una profunda voz a sus espaldas.

—No. Es la primera vez que los escucho. —respondió la maestra.

Un hombre que rondaba la treintena sonreía a la joven con un kílix entre las manos del que casi rebosaba el vino. Aspasia lo contempló con condescendencia. No era la primera vez que intentaban captar su atención con comentarios poco apropiados o salidos de tono.

—Se ha hecho muy famoso. En Atenas, de donde yo vengo, es citado en la mayoría de los teatros. —el hombre pretendía causar impresión haciendo uso de su procedencia, pero Aspasia ignoraba uno tras otro sus intentos de causarle asombro. —Es la primera vez que estoy en Mileto y he de decir que es una ciudad de grandes recursos. No me importaría quedarme aquí de forma indefinida si tuviera un motivo para ello. —dijo mirando de reojo mientras apuraba su copa decorada con escenas sexuales.

Luana se acercó a su amiga para apoyarse sobre su hombro. Aprovechaba la situación para ver de cara al extranjero que mantenía una conversación con su maestra.

—¿No me vas a presentar? —dijo Luana con complicidad.

—Lo haría si supiera su nombre. —respondió con parquedad Aspasia.

—Discúlpenme, mis señoras. Soy Higinio del Ática.

—Higinio, esta hermosa mujer es Luana, oriunda de Mileto. Proviene de una familia de gran nombre y mayor reputación. No perderá su tiempo si comparte compañía con ella pues goza de una gran conversación. —dijo Aspasia en un intento de alejar su curiosidad.

—¿Y tu nombre? —preguntó mirando lascivamente a la joven.

Luana se acercó al hombre para que admirara más de cerca sus bondades e intentar captar toda su atención.

—Estimado Higinio, pierdes el tiempo con Aspasia. No te dejes engañar por sus preciosos cabellos rubios y la candidez de su rostro, pues en ella reside un único amor al que se entrega día y noche, el conocimiento. Es maestra en Mileto y seguramente podría ponerte

en una situación incómoda únicamente conversando contigo. Créeme, no muestra interés más que por sus pergaminos, pero yo si quieres con mucho gusto puedo acompañarte y ofrecerte información sobre nuestra ciudad.

La joven agradeció la intervención de Luana. Su amiga había conseguido apartarlo de su lado y mantener una charla distendida llena de complicidad y caídas de ojos intencionadas que hacían sonreír a Aspasia desde la distancia.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Arete con curiosidad.

—Luana está flirteando y ver cómo agita la cabeza o cómo busca su contacto me parece mayor espectáculo que el de los danzantes de Dioniso. —respondió Aspasia con una media sonrisa.

—Es muy lista, sabe bien a quién acercarse y cómo despertar sus encantos. Ese hombre puede resultar muy atractivo para ella. A padre y a mí nos lo han presentado junto con otros atenienses que han venido a visitar a Alcibíades. —hizo una mueca nerviosa.

—Veo una sonrisa extraña en tu cara, Arete. ¿Hay algo que no me hayas contado? —dijo Aspasia con intriga mientras su hermana desviaba la mirada divertida.

Arete respiró profundamente, casi como un suspiro de emoción contenida. Era una joven piadosa y muy respetada en los círculos milesios. No era extraño que participara en las actividades destinadas tradicionalmente a las mujeres y que se comprometiera con el aseo y cuidado de templetes y altares. A pesar de su juventud y de una belleza serena sin estridencias, mostraba una calculada habilidad para estar y ser lo que se esperaba de ella, asumiendo ese papel de perfecta acompañante. Muchos hombres de la ciudad habían solicitado su compromiso pero ambas, criadas a pesar de una posición acomodada en la sobriedad y la reflexión profunda de cada aspecto de sus vidas, habían rehusado a sus peticiones y solicitado a su padre que éstas fueran respetadas.

—Creo que he encontrado a alguien con quien compartir mi vida y padre está dispuesto a aceptar. Estoy aterrada y no te negaré que me invade la duda y el miedo, pero estoy preparada.

Aspasia abrazó a su hermana propinándole un tierno beso en la mejilla. Cogió sus brazos mientras buscaba a su padre con la mirada entre la multitud, albergando la esperanza de que éste estuviera hablando con el que sería esposo de Arete. La joven abrió los ojos con sorpresa.

—¿Alcibíades? —preguntó con el rostro levemente volteado.

—Llevamos meses hablando más en privado, siempre acompañados de gente porque no sería apropiado que me vieran en intimidad con él. Sé que es mayor que yo, que dejó un hijo en Atenas, y también entiendo que los motivos que le hacen vivir en Mileto es el ostracismo con el que fue condenado en su ciudad. Estoy dispuesta a asumir todo ello y a compartir sus deseos de volver a la polis que le vio nacer. No sabemos si es buena idea regresar tras cumplir los diez años, pero por primera vez siento que comparto algo que va más allá de un simple afecto pasajero. Es un hombre ligado comercialmente a nuestra familia, formado, de gran experiencia y de carácter afable, creo que puedo ser feliz en su compañía.

Aspasia apreciaba un nudo en la garganta que le comprimía. Compartía pocos momentos a su lado, pero la complicidad de ambas iba más allá de su condición de sangre, les invadía un profundo respeto y admiración mutua aunque no fuera por los mismos motivos.

—¡Me alegro tanto por ti! En esta ciudad no existe nadie mejor ni que merezca la suerte que proporcionan los dioses. Creo que han sabido valorar tu piedad y compromiso con ellos. Estoy segura de que serás muy feliz y lo único que espero es que seas tan afortunada como él lo es en este preciso momento.

Arete sonrió emocionada. Alcibíades se acercaba a la posición de su prometida en compañía de Axíoco que charlaba

animadamente junto a un par de esclavos al servicio del político ateniense. Mostrar ese acercamiento público permitía dar legitimidad al compromiso. La riqueza de Alcibíades no era ajena a cualquier ciudadano de Mileto y aunque muchas familias habían intentado que sus hijas fueran el centro de su atención, ninguna había alcanzado el éxito de Arete aunque ella ni tan siquiera lo hubiera intentado.

—Alcibíades, yo no dispongo del honor de tu apellido que se remonta a siglos de política ateniense ni tampoco mis arcas cuentan con la fortuna que a ti te ha sido justamente dada, pero he aquí mis mayores riquezas pues mis hijas son lo más valioso que tengo. Para mí es un honor entregarte a la mayor de ellas y sé que corresponderás siendo un buen esposo. De igual forma sé que ella te proporcionará la compañía que mereces y que permanecerá a tu lado como la digna mujer que tu estatus precisa.

El hombre sonrió dejando unos profundos surcos que marcaban su tez tostada. Colocó su mano en el hombro de Axíoco con la satisfacción de quien contempla a los nuevos miembros de su familia. Tenía una apariencia elegante y cordial.

—Y tú debes ser Aspasia. Permíteme que te muestre mis respetos, es un placer conocerte. Arete me ha hablado mucho de ti.

—Espero que haya sido con benevolencia, señor. —respondió encantadoramente.

—Más que con benevolencia con admiración, diría yo.

Arete sonreía tímidamente. Tenía a su hermana cogida del brazo en actitud temblorosa. Aspasia acercó su mano y calmó su estremecimiento para ofrecerle el sosiego que necesitaba.

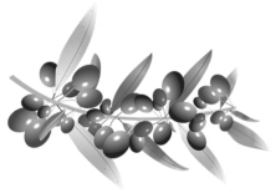
—Mi señor, mi hermana tal y como dice padre es una joya de las que se gozan en pocas ocasiones. Si ha sido capaz de ver en ella lo que todos hemos podido disfrutar en una vida compartida a su lado, es que sin duda es su justo merecedor. Se lleva a una mujer excepcional que jamás le defraudará. Será admirada por los suyos y engrandecerá el nombre de la que ahora será su nueva familia.

Alcibíades miró a su prometida totalmente rendido a ella.

—Le ofrezco lo que tengo y cuando Atenea permita mi vuelta, proporcionaré a Arete una vida feliz y plena.

Los hombres brindaron con efusividad mientras ambas contemplaban entre risas, los efectos de demasiado vino poco rebajado.

Unión



Aspasia se había integrado totalmente a su papel de maestra a pesar de las dudas que le habían asaltado en su nombramiento. Durante las siguientes semanas habían llegado nuevas discípulas de menor edad a las que impartía clases de música, retórica y matemáticas. Las pequeñas mostraban un afecto especial por su maestra a la que admiraban como modelo a seguir, causando un cierto revuelo entre la comunidad de Mileto. Algunos padres habían presentado quejas formales ya que consideraban que la joven distorsionaba el verdadero propósito de la formación y que, su condición de mujer de carácter libre, mostraba un ejemplo poco recomendable para sus hijas. Aspasia, ignoraba tales habladurías centrándose en el estudio de disciplinas médicas a las que ahora prestaba una especial atención cuando finalizaban sus clases.

Aprovechando los meses de frío que se consagraban a Hera, comenzaron los rituales matrimoniales de Arete. Axíoco había ofrecido la dote a Alcibíades y había sacrificado corderos en honor a ambos, dejando tras ello la casa libre para la celebración de la *proaulia*. Durante esos pocos días que precedían al matrimonio, la casa de la joven se llenó de amigas que dormían y acompañaban a la novia en los rituales de entrega de ofrendas a Artemisa. Contemplaba, en una emoción contenida, como ésta se desprendía

de los enseres que habían formado parte de su juventud entregándolos con devoción a los dioses, entre ellos el cinto rojo que la había acompañado hasta ese momento y que simbolizaba su deseo de albergar vida en sus entrañas. Aspasia se acercó a su hermana que permanecía sentada en completo silencio, observando la larga melena rizada que quedaba sostenida sobre sus hombros. Las lágrimas resbalaban en las mejillas de ambas. La maestra respiró profundamente alcanzando uno de los largos mechones, sesgándolo con el cuchillo ceremonial. Aquel gesto era más que un rito, más que una despedida, era el contrato que unía a Arete con los dioses, el compromiso en el que ésta demandaba su protección como mujer adulta y futura esposa.

Basilia y las amigas de la novia habían ayudado a decorar la puerta de la casa. Las guirnaldas caían por las ventanas llenando de aromas que embriagaban y anunciaban el enlace a vecinos y visitantes. Dentro de las salas, un grupo organizado cubría de telas de colores las escaleras y paredes que daban acceso al piso superior. Como marcaba la tradición, una procesión nocturna de mujeres y de dos pequeños ataviados con antorchas, acompañaron a la novia por las calles de Mileto mientras la comitiva se amenizaba con la dulce música del aulós. El séquito, tras llenar de flores el busto de Príapo de falo erecto, llegó de nuevo al hogar que la vio nacer permitiendo que diera inicio el baño ceremonial.

Aspasia se mantenía a su lado cubriendo de agua la piel que permanecía desnuda y erizada por el frío. Únicamente el sonido del gorgoteo se escuchaba entre las cuatro paredes de la habitación. Arete había insistido en que fuera sólo su hermana quien la ungiera y pronunciara las plegarias sin más compañía.

—¿Quieres que le dé más calor al agua? —preguntó la maestra.

—No, hermana. Prefiero que esté algo fría para purificarme. —respondió con un hilo de voz.

—¿Estás bien? —preguntó.

Arete volteó la cabeza mientras abrazaba sus rodillas. Los ojos se cubrieron de un velo de lágrimas.

—No es fácil desprenderte de todo cuanto has vivido. ¿Crees que madre aprobaría mi matrimonio? —dijo con melancolía.

Aspasia dejó sobre la mesilla el *lutróforo* ceremonial con el que la aseaba.

—Si madre estuviera aquí estaría orgullosa de la mayor de sus hijas, no tengo duda de ello. Yo lo estoy, Arete. No hay nadie que merezca más felicidad que tú. —volvió a coger el asa del recipiente para proseguir con la tarea.

La joven, empapada e iluminada con la tenue luz de las lamparillas, acarició el mechón de Aspasia que se había desprendido de su recogido.

—Eres demasiado valiosa para quedarte enjaulada en Mileto. No te merecen. Oigo a las mujeres criticar tu conducta y conspirar con habladurías que dañan tu nombre en el mercado, muchas de ellas están ahora cantando al otro lado de esta pared. Llenan las cabezas de políticos y mercaderes con desprecios hacia ti. Nadie entiende que no seas como las demás. Sufro porque no podré estar cada día a tu lado para protegerte.

—No puedo pensar en todo lo que dicen a mis espaldas. No creas que no lo sé. Ni siquiera se esconden. Si hiciera lo que todos ellos exigen, estaría siendo deshonesta conmigo y sacrificaría el esfuerzo dedicado durante estos años a mi formación y a la docencia de otras mujeres. —hizo un silencio mientras seguía vertiendo agua sobre la melena de Arete. —Soy consciente que nadie querrá comprometerse con quien no se conforma con tejer y cuidar hijos. Estoy condenada a estar sola, creo que lo he asumido, pero no debes preocuparte por nosotros. —sentenció con una sonrisa.

Aspasia ayudó a Arete a secar su cuerpo con el lino y tras ello la acompañó a la habitación donde descansaría hasta el día siguiente. Las mujeres que esperaban en la villa entonaban

canciones y rezos a los dioses que prolongaron durante horas en el piso inferior. Aquella noche ninguna de las hermanas pudo dormir. Los nervios previos impedían conciliar un sueño que se veía alterado por la preocupación de Arete y que iba más allá de su propio destino.

Con la llegada de la mañana, las mujeres ya esperaban en la puerta para embellecer y vestir a la novia. Entre cantos, todas ellas se organizaban en un baile acompasado que rodeaba a la prometida. Se habían levantado con al amanecer para poder arreglarse previamente y llevar todos los aceites y pigmentos para resaltar la belleza de la joven. Tres vecinas de edad avanzada se habían sentado en los taburetes y daban palmas mientras la música sonaba en el cuarto, sus sonrisas de júbilo dejaban entrever los huecos de las muelas roídas por el tiempo.

Aspasia cubrió el rostro de su hermana con el velo nupcial. Ya se escuchaba el rumor de los invitados en el vestíbulo que presagia el inicio de las celebraciones. Arete respiró profundamente agachando la cabeza y cogiendo las manos de Aspasia con nerviosismo.

—Sal ahí fuera y deja a todos atónitos con tu belleza, no sólo la que se ve sino la que fluye en ti. —dijo la maestra.

La ceremonia pública dio inicio con los sacrificios a los dioses. Axíoco había invertido mucho dinero en ofrecer unas nupcias a la altura del estatus de Alcibíades, llenando de plantas y estatuas moldeadas por sus propias manos, el hogar que vio nacer a su primogénita. El banquete se abrió a cuantos habitantes quisieran mostrar sus respetos. El altar se cubrió de tortas de sésamo y libaciones para garantizar la fertilidad de los esposos mientras las mesas dispuestas alrededor, se colmaron de comida y bebida en abundancia. Mientras las mujeres más mayores se mantenían alejadas de los banquetes de los hombres, prolongando la tradición de no mezclarse con éstos, las más jóvenes obviaron las buenas

costumbres intentando coincidir furtivamente con los extranjeros que acompañaban al reciente esposo.

La maestra se apoyaba sobre una de las columnas intentando retener el recuerdo de su infancia. Contemplaba desde la distancia cómo Alcibíades retiraba el velo de su esposa, adivinando que algo en Arete había cambiado. Asumiendo con naturalidad la ruptura del lazo invisible que la unía a ella para transformarse ahora en la mujer del ateniense.

Percibió la cercanía de su padre que la sacó de la ensoñación.

—Está preciosa, ¿verdad? —dijo emocionado.

—Es preciosa.

—Aspasia, ¿podrías amenizar este momento con la cítara? Hace años que no te escucho. Sería un presente para tu hermana, pero también lo sería para mí. Complace a tu padre.

Sonrió mientras observaba la barba de Axíoco que ya mostraba una intensa línea de vellos blancos. Entró en su cuarto y cogió el instrumento que acompaña a Apolo con extrema delicadeza. Su padre había colocado un asiento en el centro de la sala en dirección a los esposos que curiosos, observaban la llegada de la joven. Un intenso silencio se apoderó de todos ellos.

Con natural elegancia la joven maestra se deshizo del manto que cubría sus cabellos dorados para tras ello sentarse y extender su pierna dejando al descubierto los finos tobillos que quedaban trenzados por las sandalias. Asió la cítara apoyándola levemente sobre el hombro. Cubrió sus ojos del color de la avellana con el manto de sus párpados y pulsó las cuerdas con un sutil movimiento de las yemas.

Una voz melodiosa y aguda emergió de su garganta impactando a los asistentes que permanecían en silencio.

Tú que te sientas en trono fulgurante, inmortal Afrodita hija de Zeus, señora entre las artes del amor, ésta te suplica, augusta diosa, ino consientas que el dolor haga perecer mi alma!

Desciende a mis plegarias como viniste antaño, abandonando el palacio paterno en tu carro de áureos atelajes. Tus hermosos gorriones te descendieron desde el cielo, a través de los vientos agitados por el apresurado batir de sus alas.

Una vez a mi lado, ¡oh diosa!, sonrientes tus labios que no hallan la muerte, preguntaste el motivo de mi llamada; cuál era mi pena, qué nuevo deseo agitaba mi pecho y a quién pretendía sujetar con los lazos de mi amor.

Las mujeres que se arremolinaban entre la penumbra de los pebeteros secaban las lágrimas emocionadas que brotaban a causa de la voz de la joven. Axíoco apenas podía cerrar sus labios ni pestañear, había contenido la respiración en un acto reflejo que aprisionaba su pecho. Hacía mucho tiempo que, absorto por el trabajo en el taller aledaño a su casa, había dejado de escuchar a Aspasia perfeccionar la técnica aprendida desde niña. Se maldecía por haber priorizado el repicar de los golpes sobre el mármol frente al sonido melodioso de sus dedos.

En cuanto el poema de Safo dio a su fin, Aspasia abrió los ojos golpeando las últimas cuerdas. Sonrió con dulzura al comprobar el efecto sobre su hermana que lloraba sin poder hallar consuelo. Se fundió en un abrazo que retendría en su recuerdo para siempre. Los presentes ovacionaron la obra, aún conmocionados y sacudidos por la escena.

Luana apreció el asombro de Higinio que permanecía absorto y hechizado por su joven maestra. No tardó en ver cómo el hombre que deseaba, se apresuraba entre el gentío para buscar el refugio de Aspasia. Por primera vez, la que una vez fue amiga y discípula, sintió el dolor de las entrañas que ofrece el exceso de celo y, como un veneno que invade la sangre que corre por las venas, despertó un

odio profundo que alimentaría desde ese preciso instante y para siempre.

Alcibíades había pagado un carro ceremonial para llevar a Arete hasta su lujosa casa junto al teatro. Todos fueron en procesión, acompañándoles por las estrechas calles que pintaba el atardecer. Los hombres se apostaron en la puerta de los esposos mientras los cantos sexuales intentaban amenizar la consumación del matrimonio. Golpeaban las puertas para alejar a los espíritus maliciosos entre gritos, risas y plegarias.

—¿Ya te vas? —preguntó Higinio a Aspasia mientras ésta se alejaba calle abajo.

—Ya no queda nada que pueda hacer y mañana debo reanudar las clases. —respondió con cortesía.

—¿Me estás evitando?

Higinio llevaba colgando de su cuello una tira de cuero con un *kílix* que acababa en una cabeza de carnero. Bebía de él dejando un reguero de vino que caía por la comisura de los labios. Se acercó intimidatoriamente a Aspasia acorralándola en un portal y haciendo que ésta, se golpeara con el tirador de la puerta. Las astas del animal de cerámica se clavaron en su estómago por la cercanía del cuerpo de Higinio que jadeaba excitado con la situación.

—Déjame tranquila. —dijo con severidad.

—Yo quiero hacer contigo lo que Alcibíades hace con tu hermana ahora mismo. ¡Venga! Soy un buen partido para ti. En esta ciudad no hay más que pueblerinos y sucios persas a los que dejáis entrar para vender sus porquerías. Yo podría darte lo que quisieras a cambio de tu compañía.

—¡He dicho que te apartes de mí! —exclamó la joven con ira.

La maestra empujó a Higinio que apenas lograba sostenerse en equilibrio. El hombre levantó los brazos entre risas apartándose sarcásticamente.

—¡Vaya decepción! ¡No eres más que una bárbara y una zorra que vomita estiércol! ¡Vete, huye con tus malditos pergaminos, zorra!

Aspasia giró por la calle principal que daba acceso al ágora, escuchando a lo lejos los insultos que Higinio le seguía profiriendo. Respiraba nerviosa mientras aceleraba sus pasos. Tras unos instantes que le parecieron eternos, llegó a la protección de su casa donde Basilia, unas cuantas mujeres y su padre, recogían los restos de una jornada de festejos.

—Ahora os ayudo. —Aspasia hizo un nudo en la falda de su túnica para no mancharla. Intentaba alejar de su recuerdo el olor de ese hombre al que detestaba tanto y que no dejaba de importunarla.

—Tú no deberías mancharte las manos ni tu padre tampoco, para eso ya estamos nosotras que para eso nos paga bien. —Basilia percibió el sofoco de la joven —¿Estás bien, mi niña? —preguntó mientras vaciaba el contenido de los recipientes en la crátera. Aspasia asintió con una mueca fingida.

Se habían pasado horas aseando la casa, en especial el atrio donde habían quedado apiladas muchas de las copas consumidas. El andrón donde se reunían los hombres, estaba atestado de huesos de aceitunas y dátiles que quedaban ocultos entre las patas de hierro de los pebeteros que soportaban la lumbre. Basilia, que se había quedado más tiempo que el resto, echaba sobre los mosaicos negros recipientes de agua que extraía del depósito, frotando para que el color del vino no quedara fijado entre las teselas. En cuanto acabaron, se sentaron doloridos en la mesa de madera al calor del brasero que les servía para desentumecer las manos todavía gélidas por el agua.

—Señor, me voy a mi casa. —dijo la mujer con fatiga.

—No sé cómo agradecerte todo lo que haces por mi familia. —respondió Axíoco mientras colocaba las monedas en la palma de la mujer. —Ten, llévate toda esta comida que ha sobrado. ¡Al menos algo de provisiones después de un esfuerzo tan grande!

En realidad era Axíoco quien la ayudaba. Tras quedarse viuda y sin familia que la cuidara, se mantenía gracias a la manutención que le ofrecía semanalmente a cambio de la limpieza y el cuidado de la casa. El hombre había renunciado a tener más trabajadores a su cargo para que Basilia pudiera garantizarse su sustento. Ésta agradeció el gesto llevándose dos cestas rebosantes de frutas, quesos y pan. Axíoco por su parte iba haciendo rodar una enorme vasija cargada de encurtidos en salazón para dejársela en el vestíbulo de su casa. En cuanto regresó, cogió dos recipientes que llenó de vino. Uno de ellos lo deslizó frente a Aspasia.

—Bebe.

—Padre, si me vieran beber vino las vecinas sin ser una celebración religiosa me lapidarían por la calle. —dijo con una media sonrisa. —precisamente no gozo de un exceso de afecto de los milesios.

—Pero estás en casa, estamos solos y soy tu padre. Bebe.

Ambos sonreían relajados. La joven contemplaba las brasas candentes mientras sorbía del vaso.

—¡Hum!, ¿éste lo has hecho nuevo? Es una preciosidad. —exclamó la joven al ver el relieve de los novios sobre la cerámica.

—Sí, llevo semanas haciendo toda clase de bandejas, platos y vasos para este día. No siento ya los dedos.

—Lamento no haber estado a tu lado para ayudarte. —respondió Aspasia.

Se hizo un silencio que ambos agradecieron.

—Hija. Debo hablar contigo. —dijo con severidad Axíoco —Esta tarde en el banquete he hablado en privado con Alcibíades. Ya sabes que permanece exiliado, pero también conoces que pertenece a una de las familias más ricas e importantes de Atenas, los alcmeónidas. Es cuestión de tiempo regrese. —Axíoco rasgaba nervioso la madera de un listón de la mesa como intentando sacar la mugre.

—Di lo que tengas que decir y deja de preocuparte.

—Aspasia, este no es lugar para ti, de hecho no lo ha sido nunca. Me he ganado muy bien la vida y he podido ofrecerte todo lo que estaba en mi mano, pero no soy ajeno a lo que se dice de ti, a cómo ensucian tu trabajo y los corrillos que se forman en la esquina cada vez que vuelves de tus clases. No sabes cómo detesto las lenguas afiladas de todos ellos. —hizo un profundo silencio que la joven no quiso interrumpir. —Pero hoy ha sido diferente. Hoy he tomado la decisión que creo es mejor y en total convencimiento. Verte tocar la cítara mientras recitabas los versos, no ha hecho más que afianzar lo que era evidente; algún día yo no estaré y no pienso dejarte con esas hienas dispuestas a devorar lo que jamás estará a su altura. Era estremecedor contemplar sus miradas, algunos de sorpresa por la habilidad de tus manos y la dulce melodía de tu voz, otros con la lujuria clavada en sus ojos, otros como animales con las patas flexionadas y dispuestos a atacar. No, Aspasia. Esculpo con mis manos desde hace décadas y sé ver más allá de lo que otros aprecian, observo la belleza que sobrecoge y la ambición por tener lo que no te pertenece, lo que es diferente. Por tanto, he dado orden a Alcibíades que cuando la Asamblea de Atenas permita su regreso, nosotros iremos con ellos y nos alejaremos de Mileto. —sentenció Axíoco con firmeza.

—Pero padre, ¡soy maestra en la ciudad, de mí dependen muchas de las jóvenes que crecen en Mileto! He tolerado todo lo que se dice por un bien mucho mayor que trasciende a lo que es perceptible. Muchas de esas niñas que aprenden a tocar la cítara o que despiertan su curiosidad por el mundo que les rodea, quedarán huérfanas si me voy. Volverán a ser cuestionadas y no desarrollarán sus capacidades más allá de lo que sea de valor para sus esposos. He logrado que disientan, piensen o cuestionen aun sabiendo que se han presentado quejas sobre mis procedimientos. He sabido apreciar el cometido encomendado y he volcado en ellas mis esfuerzos. ¿Quieres que renuncie a eso?

—Eres joven aún para entender la realidad del mundo en el que vives. —aseveró mientras cruzaba los brazos —La filosofía, las matemáticas, la ciencia, la astronomía, atañe a tu mundo interior que no tiene nada que ver con el día a día de los hombres. Si muero, ¿crees que van a permitir que vivas en esta casa sola?, ¿crees que no buscarán la manera de deshonrarte y apartarte de todo cuanto amas? ¡No voy a permitir tal cosa! Alcibíades me ha garantizado nuestra protección, pero sobre todo su compromiso a cuidarte y permitirte disfrutar de tu libertad cuando yo no esté. Piensa en las oportunidades que se abren ante ti.

—Sabes bien que las mujeres de Atenas no disfrutan de mi libertad, ni tan siquiera tienen acceso a una educación digna. Son menos libres que las niñas que asisten a mis clases. —dijo visiblemente molesta.

—¡Pues haz que eso cambie! —exclamó con autoridad Axíoco —¿Sabes todo lo que tendrás a tu disposición en Atenas? Por no hablar de que Mileto permanecerá siempre expuesta a ser consumida por las cenizas. ¿Qué pasará si los aqueménidas vuelven a entrar en la ciudad? Y no sólo los persas, piensa en la posibilidad de sublevación de alguna de las polis fundadas por Mileto —hizo un silencio —No quedará nada ni nadie a quien enseñar.

Aspasia se quedó en completo silencio. Sabía bien que su padre tenía razón y que también hablaba invadido por el miedo a perderla. Habían demasiados supuestos posibles para que ella acabara con el final que éste predecía. La joven había obviado hablarle de los garabatos que habían aparecido grabados en el muro de la escuela, donde la mostraban toscamente como una mujer arrodillada mientras un hombre le tapaba la boca con su falo. Los criados se apresuraban a cubrir de blanco esas imágenes que quedaban a la vista de todos de forma poco fructífera, pues volvían a aparecer al cabo de unos pocos días.

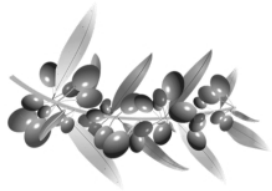
—No voy a cuestionar tu decisión, padre. Me has dado todo lo que tengo y lo que soy. Sería una ingrata si no te proporcionara la calma

que necesitas. Haré lo que me pidas si eso te complace.

Axíoco sonrió. Levantó su copa entre la penumbra del fuego que les cobijaba.

—¡Que los dioses nos deparen una vida de dicha y que protejan el largo viaje que algún día iniciaremos!

Arte



Las buenas noticias llegaron a la casa de Axíoco en apenas unos meses. Arete había quedado encinta y su abultado abdomen comenzaba ya a ralentizar sus pasos.

La maestra aprovechaba las salidas de la escuela para acercarse a su casa, y proporcionarle compañía y sosiego ante el parto inminente. Acariciaba la redondez de su contorno y posaba su oído en las carnes para escuchar los movimientos del pequeño.

—Estoy aterrada, hermana. —dijo Arete mientras se sentaba con dificultad. —Si me pasa algo prométeme que cuidarás de él o de ella. —aseveró con preocupación.

—No digas eso. Sabes que las milesias acudirán a tu llamada en cuanto lo necesites. Basilia ya ha preparado todo para cuando nos digas y vendremos al instante. Confía en ellas pues aunque muchas quizás no sepan ni escribir, son más sabias que nadie en cuanto a dar vida. Además, Alcibíades ha contratado a un médico para cualquier contratiempo. —cogió las manos de su hermana dulcemente. —Tú sólo descansa.

Arete observaba en silencio el templete dedicado a Hestia a la que proporcionaba luz y alimento día y noche para de esta forma,

garantizar sus favores. Aspasia percibía su agitación y la mirada ausente de quien teme la muerte de su pequeño más que la propia. La joven, desde la noticia de la falta de sangrado de su hermana, se había pasado meses estudiando sobre la naturaleza del parto, sobre posibles formas de asistirla, sobre ungüentos que facilitaran la cicatrización, sobre métodos para revertir un alumbramiento complicado por la posición fetal. Había solicitado la asistencia de sus propios maestros para que le ayudaran a hallar papiros de médicos persas y egipcios que pudieran ofrecerle algo de calma, todo ello con escaso éxito.

—Lo que temo no es que yo perezca en el camino, sino que mi hijo habite el Hades sin estar a su lado.

—Jamás permitiré que tal cosa ocurra, Arete. Ahora que estás tan cerca del parto deberás comer más verduras verdes, huevos y pescados.

—Estoy segura que ya habrás leído cualquier cosa que tenga que ver con los embarazos, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa en sus labios mientras Aspasia respondía con el mismo gesto.

—No hay demasiado, pero he recogido las experiencias de las milesias mayores que los asisten para intentar entender ese proceso que parece no importar a nadie. —dijo mientras sorbía agua caliente con limón y miel. —Hay cosas coincidentes en algunas prácticas, así que posiblemente si alguien se molestara en estudiarlas podría ayudar a otras mujeres en el futuro. ¡Tendrías que haber visto cómo me miraban cuando les preguntaba sobre los tactos o sobre las pérdidas de líquido antes del parto! —Aspasia carcajeó mientras Arete la miraba con admiración.

—Ojalá si tengo una hija sea como tú. —dijo con sobriedad.

—Espero que no, Arete, espero que no.

El alumbramiento se avanzó una semana. Basilia y otras mujeres acudieron en su ayuda para brindar la experiencia que sólo ofrecen las entrañas que ya han gestado. Todas ellas, aunque

carecían de los conocimientos más esenciales en muchas disciplinas, se mostraban hábiles con sus manos, diestras en tomar decisiones, perspicaces en una medicina que atañe al pequeño mundo femenino. En cuanto la cabeza emergía de la madre y el pequeño lloraba con fuerza, volvían a sus vidas tras las cocinas de leña oliendo a nabos y col, recogiendo agua para sus aseos, limpiando los orines de una familia que apenas las valoraban. Era en esos pequeños instantes cuando la hiladora se convertía en sabia, la limpiadora en médico, la cocinera en erudita.

Alcibíades acogió con una inmensa alegría la llegada de su primer hijo con Arete, al que llamó Axíoco en honor al padre de su esposa. Aspasia no perdía el tiempo en irlo a visitar para colmarle de besos y abrazos, permitiendo que su madre descansara mientras ella lo acunaba entre sus brazos. Adoraba a su sobrino con la misma intensidad que si hubiera nacido de sus propias carnes. En ocasiones Alcibíades compartía breves espacios con ella para charlar animadamente sobre cualquier cuestión política o filosófica. Aspasia sentía un gran aprecio por Alcibíades al que consideraba ante todo un hombre de honor, un buen esposo y un gran comerciante. Axíoco había cedido el control de los negocios a su yerno para volcarse exclusivamente en el arte y éste, con la responsabilidad de seguir aumentando las propiedades de la que ahora era también su familia, incrementaba sus esfuerzos para trabajar día y noche.

En cuanto el pequeño cumplió su primer año, Alcibíades decidió organizar un banquete en honor a su hijo. Había aprovechado la ocasión para invitar a ciudadanos ilustres, pensadores, artistas, mercaderes y políticos, entre ellos a Hipodamo por el que sentía una gran admiración tras la reconstrucción de la ciudad y la nueva composición urbanística. Aspasia se sentía ajena a esas celebraciones que la condenaban a rodearse de mujeres con las que no compartía más que su género. En ocasiones las escuchaba en completo silencio en el gineceo para intentar entender la resignación con la que vivían sus vidas, no las juzgaba ni tan siquiera consideraba que fueran inferiores a ella sino que maldecía el

talento perdido en favor de una consagración eterna y obligada a la familia. Conocía sus historias, incluso con algunas había compartido clases y juegos infantiles en las calles de Mileto, pero de la misma forma apreciaba en sus ojos las decenas de sueños rotos por el camino, los golpes de algunos esposos irascibles o la aceptación de que no había nada mejor destinado a ellas.

En cuanto acabó la comida, hombres y mujeres se unieron en el patio central. Aspasia se había pasado el tiempo jugando con su sobrino, le divertían sus gestos y la vitalidad de su naturaleza. Colocaba flores en los cabellos oscuros del pequeño y permitía que éste le llenara el himatión de hierbas que crecían en el jardín.

—Aspasia, hija, ¿puedes venir un momento? —preguntó su padre. —¿Recuerdas a Hipodamo? —dirigió su mirada al arquitecto de frondosa barba —Esta es mi hija menor, Aspasia.

—Que los dioses le protejan. —respondió cortésmente la joven.

—Hipodamo acaba de llegar de Atenas. Estará unos pocos días pues aunque es oriundo de Mileto, reclaman su talento en todo la Hélade.

—Señor, permítame felicitarle por la pericia en el urbanismo de nuestra ciudad. Las calles son amplias, rectas y la visibilidad de nuestros edificios públicos desde la distancia permite ubicar fácilmente los espacios comunes. Es un honor compartir origen con quien ve en el orden y la simetría, la esencia de la belleza.

Hipodamo contempló con curiosidad a la joven. El encanto de sus facciones afiladas y el color dorado de sus cabellos alteraba el ánimo de cualquier hombre, pero la respuesta elaborada de su encantadora conversación sacudía con mayor ímpetu.

—Hipodamo, esta joven es formadora en Mileto. —espetó el que había sido maestro de Aspasia. —He tenido el honor de ser su preceptor hasta que ella fue capaz de corregir mis disposiciones. Fue entonces cuando la discípula superó al maestro. No hallarás en otra ciudad una mujer con mayor habilidad para la retórica. —Aspasia se ruborizó.

Alcibíades entró en la conversación no sin antes agitar los hombros del arquitecto en un gesto de afabilidad.

—Aspasia, me encantaría que pudieras deleitarnos con tu arte siempre que no te incomode. —dijo su cuñado.

—Será un honor complaceros, espero que esté a la altura.

Aspasia cogió con delicadeza a su hermana y sobrino colocándolos en los asientos que quedaban frente a la fuente adosada a los muros del jardín. Se percibía el murmullo del agua deslizándose por la superficie que acababa diluida en una base bellamente tallada en forma de concha. Alzó su rostro iluminado por las lucernas captando la atención de cuantos ocupaban el patio.

"Sabed que no hay mayor honor para el hombre que perecer por la patria que le vio nacer, ni más noble acción que atender la llamada de los dioses que controlan el destino. Sucumben a las espadas enemigas con el ánimo enaltecido y el orgullo intacto por honrar a quienes les otorgaron la vida, por defender sus tierras, por proteger el grano que sació la hambruna, por amparar la libertad de todo un pueblo.

Y he visto con igual valentía los ojos denodados de quien alberga dos latidos acompasados, me he alimentado de la bravura de su cometido y la aceptación de su incierto final, pues dar vida no es cosa menor ni carece de la osadía que se requiere a los bravos soldados que aceptan una partida de la que jamás saldrán indemnes. No hay animal más osado que el que protege las carnes de sus entrañas, ni ojos más temerosos que los de una madre que aún no lo es, pues temen perder una vida que no es la suya o respirar en esta tierra con el pesar de una pérdida sobrevivida. No hay escudo que proteja ni yelmo que resguarde. No existe compañero que cubra tu armadura ni lanza que acometa ante cruel adversario, sólo piel y carne, sudor y exhalación contenida. La soledad de la más osada combatiente ante el único llanto que hace sonreír, ante el único lamento que obsequia con una felicidad eterna.

Y por si fuera poco presente a los suyos, una vez encorsetadas sus entrañas aún doloridas por el esfuerzo, nos premian con el respirar de un pequeño ser. Nos convierten en orgullosos abuelos, en satisfechos padres o en afortunadas tías, permitiéndonos amar a su lado con una fuerza desmedida capaz de detener alteradas mareas y fuertes brisas.

No hay mayor orgullo que el de portar el alimento en tus carnes ni mayor gallardía que la de la mujer que otorga de su propia sangre, nueva vida. Jamás contemplaré soldado más valeroso que la madre que se inclina con dolor sobre su lecho y acuna al hijo entre los cálidos brazos para detener su insaciable llanto. Jamás podrá nadie, sea esposo, padre, hermano o ciudadano, colmar de gratitudes a las mujeres que poco solicitan y a las que, sin pedirlo, les debemos tanto.

Se hizo un silencio que inundó el patio. Arete se levantó del asiento acercándose lentamente hasta la posición de su hermana, a la que rodeó con los brazos mientras el resto de invitados despertaban de la emoción contenida.

—¡Por todos los dioses, Aspasia! —las lágrimas de Arete caían generosas por las mejillas.

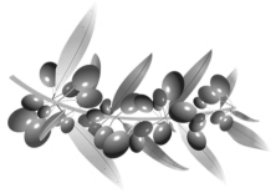
Hombres y mujeres contuvieron el aliento. La musicalidad en la voz de la joven, las pausas estudiadas y su mirada fija en cada rostro había sacudido cada resquicio de sus almas.

—Ahora entendéis la decisión que un día tomé. —musitó el anciano maestro desde la distancia. —Aspasia no lee. Aspasia improvisa con la destreza que nace del conocimiento, de la práctica y el profundo respeto a la belleza que habita en las palabras. —sonrió satisfecho.

Cuanto más tiempo controlaba Crono, mayor agudeza se despertaba en la joven milesia. Ajena al ingenio que nacía en ella como los verdes brotes emergen súbitamente de las ramas sin más sentido que el de las reglas que rigen la naturaleza, siguió cultivándose y regalando sus dones a las pequeñas que la rodeaban

bajo la sombra de los robles, escuchando cada palabra de su maestra con la admiración de quien cree ver los delicados movimientos de las musas.

El anuncio



Los meses fueron pasando hasta que el intenso calor se adueñó de las tierras de Mileto. Arete, embarazada de nuevo, visitaba a su padre para mantenerlo informado sobre los avances políticos de su esposo que aventuraban una partida inminente. Axíoco llevaba semanas seleccionando las herramientas que llevaría consigo y vendiendo algunos muebles almacenados durante años apilados en el taller. Mientras envolvía en fardos las túnicas de gruesa lana del invierno, pensaba en el futuro que se presentaba ante ellos. No le invadía la nostalgia ni tampoco sentía apego a su tierra, cuando la vida te golpea con tanta intensidad a lo único que llamas hogar es a la sangre que corre por las venas de los tuyos, todo lo demás era para él, simple arena entre los dedos. Sabía que Aspasia renunciaba a mucho, pero de igual forma estaba convencido que su partida era lo único que garantizaría para ella mayores posibilidades. Cuando te conocen desde niña dejas de tener espacios de libertad, te juzgan y se creen con el derecho de socavar los destellos de una vida diferente a las suyas. En Atenas pasaría desapercibida entre la multitud.

Aspasia seguía volcada en el estudio y la docencia, pero ahora podía percibir el aliento amargo de la despedida. Las preguntas sin respuesta se agolpaban en su mente cada noche, hallando como

único consuelo que permanecería junto a su hermana y sus hijos aunque fuera en condición de extranjera. No pasó demasiado tiempo hasta que Alcibíades les mandara llamar para que compartieran una cena privada.

Arete les recibió en la entrada de su casa ataviada como marca la tradición de las mujeres casadas. Llevaba la melena recogida y el largo manto cubriendo sus cabellos. Un colgante de cuentas azules se apoyaba sobre su túnica ocre mostrando la apariencia comedida de una mujer respetuosa y sumisa a su esposo. Entraron al gran vestíbulo pintado de blanco con una fina cenefa roja. Las columnas estriadas estaban revestidas hasta la mitad de su altura con una capa de enlucido oscuro. El patio que se abría a las dependencias privadas era mucho más grande que el de Axíoco. Su centro lo ocupaba una fuente decorada con seis peces de fauces abiertas de las que brotaban pequeños hilos de agua que rebotaban sobre la piedra blanquecina.

Arete les condujo hasta el comedor iluminado por los pebeteros de hierro. Dos esclavos habían dejado varias bandejas plateadas sobre las mesas bajas de la estancia. Alcibíades se levantó del asiento para abrazar al padre de su esposa con afecto sincero, mientras el pequeño Axíoco corría a los brazos de su abuelo, esperando que lo zarandeara en el aire.

—Sentaos, por favor. Es un placer teneros en nuestro hogar. Aspasia, ven a mi lado. —ordenó educadamente.

—Esos bustos que decoran las esquinas de tu vestíbulo, dejan mi trabajo a la altura de un simple aprendiz.

—No seas tan modesto. He visto tus obras y no desmerecen en nada a mis estatuas. Creo que hallarás en Atenas talleres que apreciarán tu talento y sé que te ganarás bien la vida.

Compartieron las verduras asadas y aderezadas en miel que habían colocado sobre las mesillas doradas. Diversos pescados

desmenuzados se amontonaban en otras bandejas para acompañar los guisos de garbanzos.

Arete esperó a que su padre y esposo empezaran a comer antes de introducir su cuchara, ordenando con un gesto a que su hijo la emulara.

—Axíoco, os he hecho venir porque en unos días regresaré a Atenas definitivamente. Mileto ya no es una ciudad segura para mí. Debes entender que tras el intento de rebelión de la asamblea milesia frente a la emergente autoridad ateniense, me pone en una situación incómoda, a mí y por extensión a mi esposa e hijos. —hizo un silencio —Como sabes mi familia pertenece a una antigua estirpe que se remonta hasta Alcmeón, expulsado de Mesenia y que halló refugio en Atenas cuando los tiempos de los hombres no hacían más que empezar. El orgullo de descender de los dioses no hace más que añadir mayor responsabilidad a los actos que llevo a cabo, no sólo en la política sino en todos los ámbitos de mi vida pública. —En nuestra conversación solicitaste que os ofreciera alojo a ti y a Aspasia siendo ahora el momento de cumplir con mi promesa si es que ésta sigue en pie. —Arete sonreía emocionada.

—Alcibíades, agradezco esta generosidad que espero poder pagarte algún día —dijo Axíoco mientras aseaba sus dedos en una vasija con agua tibia. —No te negaré mi desconocimiento sobre los asuntos que atañen a Atenas, pero para mí lo único importante es que fue tu polis quien prestó apoyo a Mileto cuando los bárbaros invadieron nuestra ciudad corriendo vosotros tras ello, la misma suerte. Sé que en estos últimos años todas las ciudades se van posicionando peligrosamente en un bando u otro y que las alianzas en ocasiones, son de gran fragilidad. Nunca he estado a favor de enfrentarnos a tu ciudad ni a originar nuevos conflictos que nos aboquen a un nuevo desastre. Como ya te dije, mi único deseo es que podamos ser bien acogidos entre los tuyos y que seamos capaces de devolver el favor que ahora haces a mi familia.

—De eso quería hablaros. Atenas dispone de un sistema organizativo propio. Aunque nuestras políticas se asemejan en gran medida a las instauradas en Mileto y en las colonias que fundasteis, Clístenes realizó una división territorial y equitativa en Atenas. Las familias originarias ocupamos diferentes zonas y vivimos en igualdad con las personas de las diferentes tribus u orígenes que habitan en ellas. No pertenecen todos a las mismas comunidades, de esa manera garantizamos el intercambio cultural y comercial y una cómoda convivencia que evite la formación de núcleos aislados o en el peor de los casos, espacios que favorezcan a unas en detrimento de otras. Cada ciudadano libre interfiere en la política de nuestra polis, siendo sus decisiones acatadas por todos con el mismo respeto sean aristócratas o mercaderes de menor fortuna.

—Has dicho ciudadanos libres, pero nosotros no somos atenienses somos milesios. —puntualizó Aspasia.

—Cierto. Seréis considerados extranjeros y por ello nuestra ley estipula que deberéis estar bajo la tutela de un *demo*, que será el de los *escambónidas*, al que yo pertenezco. Seré vuestro protector y dispondréis de la posibilidad de trabajar y vivir legalmente en nuestro distrito. En cuanto Arete dé a luz y logre ordenar los asuntos que tengo pendientes, comenzaré a gestionar el traslado a Atenas y os proporcionaré un espacio donde vivir.

La vuelta a casa de ambos, tras una cena distendida y cordial, se hizo en un tenso silencio únicamente roto por el sonido estridente de las cigarras que se oían en la distancia. Axíoco sabía de la preocupación de Aspasia ante la pérdida de libertad que para ella significaba tanto, pero reconoció en su silencio la aceptación de una decisión que igual con el tiempo acabaría entendiendo.

—Sé que ahora me odias, Aspasia, pero no vas a sufrir lo que yo sigo padeciendo incluso ahora en tiempos más apacibles. Cada nuevo mes nos despertamos con la posibilidad de acabar en una guerra. Los que otrora eran aliados se convierten en enemigos.

—No te odio, padre. Sé por qué lo haces. Sólo intento despojarme de mis sentimientos y aferrarme a la razón para sobrellevarlo y no causarte ninguna preocupación más. —le respondió con una media sonrisa.

—¿Sabes que Luana también irá a Atenas en unas cuantas estaciones? No estarás tan alejada de Mileto como piensas. —esbozó una sonrisa.

—Entiendo que Higinio encontró la aguja para su pasador. —respondió Aspasia con ironía.

—¿Lo ves? —dijo el padre cubriendo el cuerpo de su hija con el brazo. —No estarás jamás sola y un trocito de tu infancia la mantendrás a tu lado.

Los dioses quisieron que Arete diera a luz a un segundo varón de nombre, Aspasio. La llegada del pequeño de alguna manera precipitaba el viaje a Atenas, además Alcibíades había logrado crear una red de clientes de confianza para controlar los negocios familiares durante su ausencia permanente de Mileto.

Axíoco había subido las últimas pertenencias en el carro. Bajó de un salto y se sacudió las manos para quitarse el polvo que se había quedado adherido. Basilia permanecía junto a la puerta de la casa llorando desconsoladamente. Secaba sus lágrimas con la esquina del velo que cubría sus cabellos casi blancos.

—Y, ¿qué será de mí ahora? —preguntó sin esperar respuesta. —Sin mi niña ni quien me da trabajo para poder comer. ¡Los dioses son crueles conmigo! —se lamentaba.

Aspasia la abrazó con enorme estima. Axíoco extendió la mano para posar sobre la palma de su vecina la llave del que había sido su hogar.

—No te dejamos sin nada, Basilia. He vendido la casa a unos comerciantes de Sardes con la condición de que sigan contratándote

para mantener la villa. —hizo un silencio —Jamás podré agradecerte cuanto has hecho por mi familia.

La mujer asintió emocionada mientras Aspasia la contemplaba ya subida en el carro que los conduciría al puerto de Mileto. Jamás volvería a verla, jamás volvería a sentir la calidez de sus manos ajadas por el tiempo ni la protección de sus palabras frente a las afrentas sufridas. Respiró profundamente y cerró los ojos para retener ese instante. El carro inició el paso con una sacudida seca y la joven, tristemente emocionada por dejar todo su pasado atrás, lanzó un tímido beso a Basilia a la que veía decrecer lentamente.

El puerto de Mileto estaba atestado de barcos mercantes. Junto a éste se había levantado de nuevo el santuario de *Apolo delfinio* con las columnatas que flanqueaban la celda en sus lados norte y sur. Los marineros devotos ofrecían figurillas de barro cocido con formas de anclas, barcos o dioses para asegurar la protección de Apolo en las largas travesías que les llevaban hacia el oeste. Las murallas de protección quedaron a sus espaldas y las grandes efigies leoninas de piedra se alzaban a ambos lados para mostrar el poder de Mileto a los visitantes.

Alcibíades daba órdenes a un grupo de hombres que portaban grandes sacos y arcones de madera por la pasarela que daba acceso a la cubierta del triacóntero. Había pagado la totalidad del viaje para asegurarse que todos los ocupantes fueran de su confianza y para que el interior de la nave, únicamente transportara sus enseres. Aspasia contempló la embarcación desde la distancia para admirar los detalles que aún permanecían pintados de azul y rojo, sabía que estos barcos habían servido durante la guerra contra los aqueménidas y que ahora se alquilaban como naves mercantes al servicio de buenos pagadores. Alcibíades se apresuró a acercarse al carro para ayudar a Aspasia a descender.

—Arete y yo ya hemos hecho las ofrendas en vuestro nombre y tengo un pequeño regalo para vosotros. —dijo emocionado —

Haremos una pequeña parada en nuestra travesía que creo que os agradará.

Los remeros subieron a la nave con el torso parcialmente descubierto. Antes de descender al nivel inferior protegieron sus manos con lino para evitar que las ampollas se abrieran, vociferándose entre ellos para ocupar los espacios asignados. La familia fue colocándose en los asientos junto a las mantas que les resguardarían del frío de la noche. Poco a poco y ayudados de los remos que se apoyaban sobre los embarcaderos, la nave fue virando mientras las anclas de piedra se recogían por orden del timonel. La vela cuadrada se izó en el mástil dejando al descubierto la imagen de un lobo negro que se sobreponía a las líneas blancas y rojas. Aspasia contempló la ciudad que iba dejando en la lejanía aún dorada por la luz de una mañana que se presagiaba calurosa. Axíoco cogió su mano para besarla.

—Estoy seguro que los dioses nos protegen, hija. Sé que tienen un propósito para todos y el tuyo está por venir.

La joven dejó de compadecerse y alcanzó uno de los rollos que portaba en su bolsa extendiéndolo sobre sus piernas. Sabía que hasta llegar a Atenas pasarían como mínimo cuatro jornadas con sus oscuras noches y tenía intención de aprovechar esos momentos para abstraerse del vaivén del agua. Algunos de los amigos de Alcibíades se habían colocado en la popa de la antigua nave para charlar animadamente mientras comían algo de pan y queso. La joven escuchaba el rechinar de la madera y el jadeo de los remeros alentados por las órdenes del navarca. En ocasiones cesaban sus movimientos y se dejaban llevar por las corrientes de aire que arqueaban la vela tensada por los cabos.

Al anochecer, Aspasia elevaba la vista y contemplaba las estrellas y los astros que salpicaban el cielo oscuro, apenas unas leves lamparillas se mecían acompasadas por la brisa separando cielo y tierra. Los ronquidos de los tripulantes lograban sacarla de la ensoñación y era entonces, cuando observaba tiernamente a su

hermana aferrada a sus hijos y recostada plácidamente junto a su esposo. Ella yacía estirada en su pecho mientras él dormía apoyado sobre los maderos de ciprés con los brazos cruzados. Por un leve instante envidió la compañía de alguien capaz de seguir tus pasos, alguien por quien sentir una admiración profunda.

Tras día y medio de navegación y habiendo dejado tiempo atrás las escarpadas tierras de la isla de Litoís, divisaron la costa iluminada por el intenso sol de Mykono. Aspasia se apostó en la proa junto a su sobrino para ver las barcazas pesqueras que salpicaban como salientes piedras, el intenso azul del Egeo. La fatiga del balanceo continuado de la nave se había adueñado de todos, así que en cuanto continuaron la travesía hasta la cercana isla de Delos, abriéndose paso entre numerosas embarcaciones venidas de otros lugares, respiraron aliviados.

Alcibíades se acercó a ambos con una amplia sonrisa.

—Os dije que tenía un regalo y aquí se os muestra ante vosotros. No hay hombre o mujer que nazca bañado por este mar al que no le sea obligado venir al menos una vez en su vida a este lugar sagrado. Sed bienvenidos a las tierras que vieron nacer a Apolo y Artemisa.

En cuanto descendieron de la nave, Aspasia notó que el vaivén de las olas seguía alojado en su cuerpo. Se alegró de percibir la tierra bajo sus pies, pero no podía dirigir su atención a nada que no fuera la maravilla que se mostraba ante sus ojos. Decenas de hombres y mujeres llevaban las manos a sus labios con gesto devoto, algunos de éstos caminaban de rodillas desde el puerto cubiertos de lágrimas, sollozando entre plegarias los favores de sus dioses. Caminaron hasta llegar al ágora principal donde se apostaban los comerciantes llegados de todas partes del mundo conocido. Los almacenes que se amontonaban junto al puerto, permitían que los tenderos ofrecieran toda clase de mercancías, desde alimentos para los afortunados residentes hasta decenas de puestos con figuras votivas o líbanos que encendían en templos y santuarios. Mercaderes de piel tostada instaban a los clientes a

adquirir los esclavos que se agolpaban en las escalinatas de las tarimas de madera, con la mirada perdida y el cuerpo casi desnudo, mientras otros vociferaban en alto, con un tosco acento, el precio de las reses vivas que comían plácidamente en sus cercados y que estaban destinadas al sacrificio.

Aspasia permanecía boquiabierta intentando retener cada detalle. Adivinó entre la multitud a sacerdotes con túnicas escitas que por unas monedas se aventuraban a pronunciar sus oráculos a los peregrinos, otros imponían sus manos sobre las cabezas de los penitentes para liberarlos de la enfermedad musitando sus oraciones en apenas un susurro.

Iniciaron el camino sagrado caminando bajo el cobijo de la estoa porticada construida por los habitantes de Naxos. Arete, que portaba oculto al pequeño Aspasio bajo los pliegues de la túnica, se acercó a la posición de su hermana y le mostró la figurilla de Artemisa y Apolo que acababa de comprar.

—Se la ofreceré a Leto para que proteja a mis hijos. Dice mi esposo que la palmera que puedes ver en la lejanía es el lugar donde los gemelos nacieron.

—Estoy abrumada, Arete. —dijo con apenas un hilo de voz —Había leído mucho sobre esta isla, pero jamás pensé que podría pisar sus tierras. Fíjate en el lujo de las casas que quedan al otro lado de la vía.

Siguieron caminando hasta llegar a una explanada donde los obreros trabajaban en la construcción de un enorme edificio iniciado por los delios. Se apreciaban algunos tambores de las trece columnas laterales que empezaban a levantarse, tras ello se abría una plaza donde los templos de Apolo y Artemisa se erigían con una elegante y sobria belleza. Frente a éstos, una colosal estatua del dios se izaba majestuosamente causando asombro a todos los peregrinos que quedaban bajo la sombra de su estilizado cuerpo. Apolo, con una de sus piernas avanzada, portaba un arco de metal pulido en su mano. La melena pintada de intenso negro colgaba de

sus hombros y espalda donde los naxios habían incluido cinturones y tiras de cobre brillante que reflejaban la intensa luz de la isla. Todos levantaron la vista para intentar alcanzar la expresión de Apolo que parecía observar el azul del Egeo desde la distancia. Los penitentes que rodeaban su base habían colocado coronas de flores, cerámicas, lamparillas y ofrendas que resaltaban los colores vivos del coloso. Axíoco, maravillado por la técnica constructiva, besó sus dedos posándolos sobre el pedestal que soportaba el peso. Las lágrimas brotaron de sus ojos para acabar impactando sobre su densa barba.

—Por un momento he recordado la estatua de Apolo a la que tanto oré de niño. Aspasia. ¿Te has fijado en sus veintinueve pies de altura?, ¿puedes imaginar la habilidad de su escultor? —Axíoco se giró quedándose en completo silencio. —¡Mira allí, hija! —exclamó señalando sus espaldas.

La joven contempló atónita el altar más extraño que había visto en su vida. De forma circular estaba confeccionado con miles de astas de animales que se retorcían entre ellas creando estructuras sólidas como paredes, bases y columnas perfectamente perfiladas, incluso los huesos se habían pulido en algunas zonas para crear efectos de luces y sombras. La respiración de la joven se entrecortó.

—Es el Keratón. —dijo Alcibíades que había aparecido junto a ellos —Apolo lo construyó con las astas de un ciervo cazado por su hermana Artemisa. Desde entonces se le añaden los cuernos izquierdos de los mejores y más grandes venados consagrados a él. Es el lugar más sagrado y antiguo de su santuario. Se dice incluso que el héroe Teseo danzó a su alrededor antes de volver a casa. —añadió.

—Es lo más extrañamente hermoso que he visto nunca. —logró balbucear Aspasia.

—No hay que menospreciar el poder de Apolo. Debes saber que su templo es tan sagrado que es el custodio de los tesoros de la Liga de Delos. —respondió con una sonrisa. —Venid, iremos al lugar donde

Leto dio a luz a los dioses gemelos y oraremos para que nos colmen de sus bondades.

La comitiva siguió el camino observando las estatuas de bronce, templetes y estelas de mármol que los adinerados habían dejado como ofrendas en el recorrido. Aspasia contempló la escultura dedicada por una mujer llamada Nicandre en honor a Artemisa. Bajo su pedestal se leía el nombre de su benefactora y la familia a la que pertenecía. La apariencia estática de la estatua, mostraba la dulce mirada de la joven diosa que portaba el arco y las flechas entre sus manos.

Iba atardeciendo mientras enfilaban la vía enlosada que daba acceso al lago sagrado. A su izquierda decenas de estatuas de feroces leonas de fauces abiertas advertían a los peregrinos de la sacralidad del espacio. Los animales pintados de ocre con sus patas traseras en posición de ataque se alzaban sobre podios que incrementaban su carácter protector. Se apreciaba el sonido de los anfibios que moraban la laguna circular en claro recuerdo del castigo que Leto dio a los pastores licios.

Los sacerdotes y sus ayudantes habían prendido los pebeteros con la cálida luz de la lumbre. Hombres y mujeres con sus cabellos completamente cubiertos, portaban lamparillas y alimentos con los que colmar a la diosa. Arete, con conmovedora piedad, entró en la celda que custodiaba la estatua de madera de Leto posando sobre sus pies las imágenes de sus hijos esculpidas sobre el reluciente bronce. Ambas oraron en completo silencio, pero por razones diferentes. Aspasia contempló la túnica de lino de la efigie y el manto azul que cubría sus cabellos negros.

—Dame, mi diosa, el porvenir que crees que merezca. Cuida de los que amo y ayúdame a encarar el destino con valentía, serenidad y ánimo presto.

Descendieron la cuesta llevando consigo la fatiga de un día intenso que había acabado con un espectáculo en el teatro que se alzaba en la colina. Axíoco llevaba a su nieto entre los brazos casi

adormecido por el cansancio, mientras Arete ofrecía el alimento de sus senos al pequeño Aspasio. Una anciana mujer que yacía sentada sobre un sencillo difros, fijó sus ojos en la joven milesia. Elevó su dedo índice señalando a la maestra con el ceño fruncido.

—"La hermosa mujer de cabellos dorados que lleva consigo la sumisión de grandilocuentes hombres y sin embargo, ésta despertará al ave de grandes ojos por la que será ajusticiada. La victoria unida a la traición y la guerra, la dicha y la pena en igual proporción."

La comitiva quedó en silencio. Aspasia permanecía frente a la mujer sin mostrar ninguna expresión. Lentamente la joven sacó unas monedas que colocó en un cuenco con unos danzantes pintados sobre un fondo rojo.

—Lo que el destino me depare lo aceptaré con complacencia. —respondió a la anciana.

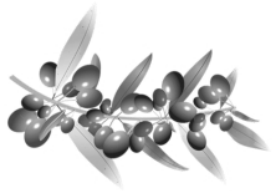
Ésta agarró su mano con fuerza mientras la maestra se erguía.

—Cuídate de quien creció a tu lado. La tranquilidad no está hecha para el ciervo albino que descansa entre leones que miran al horizonte, pues éstos despiertan feroces cuando el hambre apremia en sus estómagos. No ven belleza en lo singular ni les invade compasión alguna.

La familia se fue alejando del oráculo. Ninguno de ellos era capaz de pronunciar una palabra en un intento de restar importancia a la extraña sentencia hecha por la mujer. Deshicieron el camino andado por la mañana para dormir anclados en el puerto de Delos. Conmovidos por lo vivido, observaron a lo lejos las luces que el fuego coloreaba sobre las paredes de cada casa, cada templo y cada calle. Ya no se apreciaba los azules, verdes, rojos y ocres de las esculturas, tampoco se divisaba la nitidez de los relieves que decoraban los frontones, sólo la luz de la luna sobre los tejados que

se amontonaban en pendiente, pintando el horizonte de la tierra más sagrada de los hombres.

La llegada



Reanudaron la travesía con un ánimo diferente. Adentrarse en el Egeo no resultaba fácil cuando las corrientes venían de frente, sufriendo el balanceo continuado que hacía palidecer a los ocupantes menos aclimatados a sus sacudidas. El navarca daba órdenes a los remeros vociferando para que éstos viraran rápidamente para así cambiar el rumbo y aprovechar las olas que les impulsaran. En ocasiones, la familia se aferraba a sus enseres para que no se deslizaran por la cubierta, mientras las gotas se clavaban como cuchillos afilados en sus rostros. Aspasia mantenía a su sobrino pegado a su cuerpo para calmar el temor causado por la agitación de la marea.

Las dos jornadas se convirtieron en un incesante balanceo hasta que por fin apreciaron la tierra que se elevaba abruptamente sobre el intenso azul del mar. Los remeros aminoraron la marcha, totalmente exhaustos por el esfuerzo acometido en esos días. A lo lejos, Aspasia divisó un acantilado coronado en su cúspide por un templo que parecía maltrecho. En cuanto se fueron acercando logró perfilar junto a la construcción, la estructura de un gran navío de madera con tres hileras de remos y un ariete en forma de dragón. Alcibíades se acercó a la maestra con los brazos cruzados a su espalda.

—Esos son los restos del Templo consagrado a Poseidón. Nuestras tierras al igual que las vuestras, se nutren de las bondades del mar y así como la liga jónica, de la que forma parte Mileto, se reúne en el santuario de Poseidón que ahora custodia Éfeso, nosotros servimos al dios en este emplazamiento en el cabo. Somos conocedores de su furia y de los desalmados que habitan este mar esperando abordar a otros navíos para quitarles sus bienes, por eso oramos para que nos proteja de todos los males que acechan estas aguas antes de partir. Los persas destruyeron todo cuanto quedaba del templo y nosotros, para satisfacer al dios que nos protegió durante la contienda en Salamina, le consagramos una nave enemiga que colocamos frente a sus restos. Un recordatorio de que menospreciar al oponente que parece más débil, puede salir muy caro.

Bordearon las costas salpicadas por embarcaciones de pesca y algunos navíos de la flota de defensa ateniense. El antiguo puerto de Fáleron aún mantenía cierto trasiego de mercancías, pero su escasa protección frente al ataque enemigo había hecho que perdiera su relevancia en favor del nuevo puerto del Pireo. Tras horas de una marcha lenta divisaron decenas de cobertizos que en línea, salpicaban la piedra caliza de la costa. La flota naval ateniense quedaba totalmente cubierta por los tejados de cada espacio y separados en secciones de apenas dos columnas. Únicamente eran apreciables los coloridos arietes de la proa que quedaban en paralelo al resto de naves. A medida que se acercaban pudieron admirar el movimiento de los hombres que se apresuraban a apartar del agua los trirremes, deslizándolos con sogas por una leve pendiente para así proceder a las tareas de limpieza y aislamiento del casco. Los astilleros se levantaban a cada lado con el incesante ruido de los golpes de las mazas que moldeaban los maderos y las planchas de bronce.

Descendieron del triacóntero de forma definitiva agradeciendo haber sobrevivido al viaje sin asaltos de furtivos piratas. Alcibíades contrató cuatro grandes carros que se llenaron con las pertenencias de la familia y con algunos arcones que quedaron bajo la supervisión

de hombres fuertemente armados. La maestra llevó la vista hacia el horizonte observando cómo se levantaban dos enormes murallas en paralelo de las que no alcanzaba a ver el final. Había tramos en los que aún se mantenían los obreros sobre las bastidas, colocando las piedras de las partes más altas a través de pendientes que usaban para deslizarlas más fácilmente.

Aspasia levantó su túnica para sortear los dos peldaños del carro que les llevaría a la ciudad. Sonrió a su sobrino que jugaba con un caballo de madera y respiró profundamente. Su hermana y cuñado se sentaron frente a ella con el rostro visiblemente fatigado.

—¿Sabíais que Hipodamo es quien ha diseñado el Pireo? —sentenció Alcibíades. —Si podemos sacar algo positivo de la invasión persa, es que nos ha permitido levantar nuevas polis de las cenizas mucho más eficientes y mejor diseñadas. Para mí todo resulta tan nuevo como para vosotros, demasiados años sin pisar mi tierra, sin ver a mi hijo Clinias al que apenas seré capaz de reconocer. —dijo con melancolía mientras Arete agarraba su mano para ofrecerle consuelo.

Iniciaron el camino cruzando la puerta que les conduciría hacia los distritos de Atenas. Las calles a ambos lados se disponían en filas ordenadas, donde las casas de reciente construcción recordaban los estragos de la guerra. Algunos edificios habían resistido y los hombres se apresuraban a recomponerlos con el trabajo de sus propias manos financiadas por la Asamblea ateniense. Era una ciudad vibrante alentada por una posición privilegiada. Las mercancías se amontonaban sobre un tráfico caótico que serpenteaba por una avenida de varias direcciones. Aspasia agradeció dejar atrás el bullicio y contemplar entre los espacios intramuros, los campos de olivos que crecían a sus orillas y las colinas pedregosas que se elevaban en la distancia. Poco a poco las murallas que aún estaban construyéndose, fueron creando una línea curva para abrazar parcialmente la polis que se alzaba frente a ellos. En uno de los lados, el cementerio ateniense se llenaba de ofrendas a los caídos decorando el pedestal de la escultura de un hoplita con

armadura de bronce. A su alrededor, centenares de lápidas de mármol se dispersaban por la planicie junto al río Eridanos, mientras los padres lloraban arrodillados la pérdida de un hijo o las dolientes esposas aseaban el lugar donde su nombre quedaba grabado. La comitiva guardó silencio en señal de profundo respeto.

Tras una parada obligada para informar a los soldados apostados en las torres defensivas, atravesaron la puerta principal de ladrillo separada por un pilar convertido en improvisado altar. La polis se abría ante ellos por la vía Panatenaica con miles de tejados rojizos que se amontonaban sobre las pendientes. Los carros encararon la distancia que les separaba del demo de los escambonidas que quedaba cercano al ágora. Aspasia contemplaba, totalmente absorta, los perfiles de los edificios públicos que salpicaban la plaza principal del mercado concurrido por una multitud.

Al fondo divisó la redondez del tholos ocupado por los prítanes. Éstos mantenían el fuego sagrado y se encargaban entre otras funciones de convocar las sesiones de la Asamblea y la boulé. El techo rojizo, con los brillos de algunas tejas metálicas, era de forma cónica y quedaba suspendido sobre un muro en el que se adivinaba una puerta y algunos ventanales. Junto a él, el bouleuterión era admirable sólo en su parte superior. La pared estaba atestada de los centenares de ciudadanos escogidos para controlar la política ateniense y que se reunían diariamente entre sus salas. Mostraba una apariencia robusta ante la amplitud del ágora central.

—Ese es altar a los doce dioses. —señaló Alcibíades mientras contemplaba el rostro sobrecogido de la joven.

Un muro protegía un altar que quedaba en el centro. Dedicado a los dioses que habitan el Olimpo, había servido como refugio a embajadores y políticos que buscaban amparo. Frente a éste, el pórtico que había sido antaño hogar de los reyes atenienses, ahora se había convertido en un espacio de reunión. Los hombres ocupaban las escalinatas recostando las espaldas sobre las estriadas

columnatas blancas. En el pasillo de la estoa, políticos y comerciantes quedaban protegidos del incesante sol mientras decenas de bustos coronaban los pedestales que soportaban su peso.

—Mirad a vuestras espaldas. —Alcibíades sonreía mientras señalaba al horizonte.

Aspasia levantó la vista para contemplar la planicie que quedaba suspendida sobre una fortaleza de piedra caliza. La empinada vía conducía hasta la cima desde la ladera. En lo más alto, algunos edificios maltrechos por la guerra se mantenían erguidos con una extraña belleza que encogía el alma. El atardecer colaba intencionadamente la tenue luz entre los restos que aún se atrevían a permanecer en pie.

—¡Ojalá hubierais podido contemplar la sagrada Acrópolis antes de que los sucios persas osaran tocarla! —exclamó Alcibíades profundamente afectado. —Atenas parece condenada a permanecer siempre en guerra, bien por apoyos a sus aliados o por proteger sus tierras.

—Seguro que los atenienses la volverán a levantar desde los cimientos. —sentenció Aspasia con una sonrisa. —Y cuando eso ocurra, me encantará subir hasta ella para verla.

—Las vistas más hermosas de nuestra ciudad son desde la morada de los dioses que habitan sus templos arcaicos.

Dejaron el ágora a sus espaldas sin poder apreciar en detalle el templo de Afrodita Urania. Encamaron la pendiente para adentrarse en las estrechas calles de la polis, donde una hermosa casa que ocupaba casi la totalidad de una de las calles, se levantaba en colores rojizos con decoraciones de terracota policromada. La mitad del muro tenía cuatro filas de sillares de piedra donde se asentaba el edificio de dos plantas. Los carros frenaron mientras los vecinos salían a sus puertas y los esclavos de Alcibíades sonreían por la llegada de su amo. La entrada, con una doble hoja de maderas

nobles, estaba decorada con dos hermosas efigies de la gorgona en bronce pulido.

Bajaron del carro desentumeciéndose por una travesía demasiado larga.

—Estos son mis hijos y mi esposa. A partir de ahora quedaréis también bajo su supervisión. —los tres esclavos hicieron una reverencia a Arete que sonreía encantadoramente. —Bajad las pertenencias de las tres carretas y las de la última llevadlas a la adosada.

Alcibíades invitó a la familia a entrar al gran atrio que quedaba en la entrada. A pesar de la apariencia monolítica de las fachadas que hacían esquina, el interior de la casa era un ejemplo de buen gusto y distinción. Alcibíades había adquirido gran cantidad de estatuas que había colocado junto a las columnas, dejando que la luz que entraba por la techumbre impactara sobre sus contornos creando un aspecto solemne. Las paredes habían sido recubiertas de una pátina blanquecina con una cenefa verde creando grandes casetones verticales. Un bonito friso negro cubría un tercio de la parte inferior de los muros, salpicados grácilmente con pequeñas hojas pintadas en ocre que se mimetizaban con las lujosas cráteras oscuras que quedaban al frente. Dependiendo de cómo reflejara la luz, el fondo de la cerámica oscura quedaba imperceptible y las figuras pintadas en rojo parecían cobrar vida.

—Tienes una casa preciosa, Alcibíades. —sentenció Axíoco que contemplaba las efigies de dos muchachos en mármol policromado.

—Te prometí que ofrecería a Arete todo cuanto está en mi mano. —respondió el hombre con una sonrisa que llenó de surcos su rostro.

El pequeño Axíoco se desprendió de las manos de su padre para caminar balanceantemente hasta los bancos de madera.

—Creo que será mejor que os dejemos descansar y que gocéis de la intimidad familiar que os toca. —dijo Aspasia mientras observaba a su hermana abrir las estancias que quedaban junto al atrio.

—Celedonio os acompañará a la casa que queda junto a la nuestra y que tiene una entrada independiente. Él quedará bajo vuestro mando y cualquier cosa que necesitéis sólo debéis pedírselo.

El sirviente, ya entrado en años, portaba una túnica corta. De rostro afable y servicial, condujo a Axíoco y a Aspasia por la calle perpendicular y abrió la puerta que daba a un precioso patio interior. Al fondo se encontraba un vestíbulo con cierto olor a humedad, pero que presentaba la misma decoración elegante y sutil de la casa principal. El hombre abrió los ventanales de madera para que la luz entrara y el aire se renovara en ambos pisos.

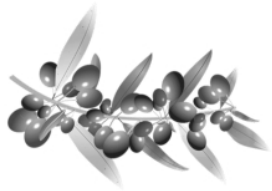
—Mi señor, en esa puerta que puede ver al final del pasillo hay un taller que el amo me dijo que dejara sólo con una mesa de trabajo. Tiene una puerta amplia que da al muro trasero, es independiente a las dependencias principales.

—Gracias Celedonio, puedes retirarte. —el hombre se marchó en dirección a la cocina que quedaba junto al patio para encender las brasas.

—Aspasia, empezamos una nueva vida, hija. —la joven asintió mientras se sentaba en un taburete del pequeño atrio. —Con el poder y los contactos de Alcibíades podremos salir adelante y crear un futuro esperanzador para ti.

La joven mantenía una apariencia serena a pesar de las grandes dudas que la asaltaban. No era ajena a que su libertad había quedado tras las puertas del Pireo y que a partir de ese momento debía confiar en que Atenas fuera capaz de aceptarlos sin reticencias. Deseaba encontrar una rutina de trabajo que le ayudara a integrarse, pero sobre todo, hallar la forma de acercarse al ágora que había dejado atrás para absorber el conocimiento que parecía habitar entre sus columnas.

La adaptación



Las primeras jornadas la familia las dedicó al acomodamiento a su nuevo hogar. Alcibíades se había pasado la semana atendiendo a clientes y a los aliados políticos, pero sobre todo a reencontrarse con su primogénito con el que únicamente había compartido correspondencia en sus años de retiro obligado. Apenas habían visto a Arete a pesar de la corta distancia que les separaba, así que en cuanto atendió sus deberes como esposa, propuso a Aspasia que visitaran el centro de la ciudad acompañadas de un par de esclavos.

Las dos jóvenes cubrieron sus cabellos con el himatión descendiendo por la cuesta que serpenteaba entre los edificios. Algunos tenderos habían salido con sus mercancías para aprovechar el buen tiempo y la primera luz de la mañana. Su llegada no había pasado desapercibida y algunas mujeres saludaban con tímidas sonrisas para después musitar en los oídos de sus vecinas, comentarios sobre las jóvenes extranjeras llegadas de Mileto.

—No son como nosotras, Arete. ¿Te has fijado que sólo los niños varones están acompañados por los pedagogos para ir a la escuela? Ahí tienes a dos pequeños llorando porque tienen que asistir a clase. —ambas sonrieron por la situación.

—Eso podría cambiar si te conocen, hermana. Estoy convencida que no pasarás desapercibida y mucho menos obviarán el talento con el que te han dotado los dioses.

—Más que los dioses, los años de estudio. —respondió con ironía.

—También, pero tú y yo hemos estudiado música y hemos practicado las mismas horas y yo soy mucho menos habilidosa con los dedos. —respondió mientras la agarraba del antebrazo.

—¿Qué tal es el hijo de Alcibíades? —preguntó Aspasia.

—Es mayor que yo, pero tiene mucho de su padre. Está casado con una mujer llamada Dinómaca, muy agradable y que también forma parte de los Alcmeónidas. Todos pertenecen a la misma nobleza, en ocasiones resulta algo abrumador. Sabía que mi esposo era importante en la ciudad, pero supongo que no era capaz de saber en qué proporción. Hago lo posible por estar a la altura de lo que él representa y en facilitarle la vida para que me acepten aunque sea extranjera.

—No menosprecies lo que eres, Arete. Si te ha escogido es porque estás plenamente capacitada para ser su esposa.

Llegaron al ágora con una intensa muchedumbre que ya se apostaba en todos los espacios. Aspasia contempló a una decena de jóvenes de su edad que se arremolinaban junto a un hombre de barba y cabello desaliñado.

—¿Por qué no vas con ellos? —dijo Arete. —Yo voy a comprar algunas cosas para los banquetes que ha organizado Alcibíades y tardaré bastante tiempo. Conmigo te vas a aburrir. Ves.

Aspasia sonrió y asintió mientras se acercaba al pequeño grupo que se sentaba en la escalinata. Algunos se apoyaban sobre el pedestal que soportaba la estatua de mármol de Hermes. Dejó unos cuantos pies de distancia y se sentó cubriendo la totalidad de la piel que podía quedar a la vista.

Uno de ellos preguntó al viejo que lideraba la conversación y que se alisaba en silencio la canosa barba.

—Maestro Anaxágoras, pero la naturaleza dispone de diferentes formas y facultades diversas. Si todo se origina de partículas elementales ¿cómo explica que no haya igualdad entre éstas?, ¿qué otorga la vida en los seres mientras otras sustancias permanecen inertes?

—Es en el conocimiento, mi joven discípulo, donde hallarás la respuesta de la vida en sí misma, pues es éste quien riega con su esencia y se mueve entre la materia dotándolo de vida, quedando yermo allí donde no alcanza a colarse. —respondió el filósofo con severidad.

—Y a ti, mi estimado colega Sócrates, ¿qué opinión te merecen las palabras del maestro? —dijo el joven que había formulado la pregunta con anterioridad.

—¡Quién soy yo para divagar sobre lo que sólo los sabios conocen! Me preguntas sobre lo que no sé, pero ansío discernir algún día. La única certeza profunda es la que atañe a las limitaciones de mi propia razón. Me hallo aquí por tal cosa y no vendiendo nabos en el ágora. —dijo con ironía el curioso joven de baja estatura y nariz chata y redondeada, que se sentaba en el último escalón.

Aspasia sonrió por la aguda respuesta, pero también por el sarcasmo que se desprendía de sus palabras. Anaxágoras continuó como si la interrupción no se hubiera dado.

—Es la mente la que consigue reordenar las semillas de origen indestructible, que habitan el todo y que se originaron como el mismo todo, haciendo que únicamente se halle la diferencia en la ordenación planteada por la acción del conocimiento.

—Maestro, ¿coincide por tanto en los preceptos de Anaximandro y su teoría sobre una naturaleza infinita e inmortal? —preguntó la milesia.

Todos los presentes dejaron de prestar atención al viejo para dirigir su mirada a la joven sentada junto a ellos. Anaxágoras fijó sus oscuros ojos en Aspasia con mirada interrogativa.

—¿Qué hace una mujer aquí? —preguntó uno de los alumnos. —Ni siquiera es de Atenas, tiene acento y es extranjera. ¿No es más propio de su género que llene los cestos con alimentos para su esposo? —tres de los jóvenes carcajearon. La joven sintió un latigazo en el estómago.

Anaxágoras levantó la mano haciendo que guardaran silencio.

—Tu acento me resulta muy familiar, ¿cuál es tu procedencia?

—Soy oriunda de Mileto, señor. —el viejo asintió con una media sonrisa.

—Es tu tierra la cuna de los más grandes pensadores. De ellos me nutrí yo mismo, fue Anaxímenes mi maestro, Anaximandro el suyo y Tales el de todos nuestra condición. Y dime, ¿acaso conoces sus escuelas filosóficas?

—Así es, maestro. —respondió la joven con una encantadora sonrisa.

—Mi señor, esta mujer no debería dirigirse a nosotros ni tampoco su intelecto debería medirse al nuestro. Una mujer no entiende sobre la naturaleza de la filosofía.

—¿Acaso quieres decir que el nivel de mi intelecto está más cercano al tuyo? —preguntó irónicamente Aspasia.

Sócrates soltó una carcajada.

—¿Tú de qué te ríes? Si tu apariencia es la de un sileno, bajito y barrigudo como los que sirven a Dioniso.

—¿Qué clase de discípulo utiliza la apariencia para mofarse de un igual? Seguro que aquel que no ha aprendido ni una sola palabra del maestro al que cree entender. —espetó la milesia.

El joven recogió airado sus tablillas y bajó la escalinata, acompañado de otros dos alumnos. Se perdieron entre la multitud que se agolpaba en el mercado abriéndose paso a codazos.

—Le pido disculpas, maestro. No debería haber interrumpido y mucho menos haber increpado a sus alumnos. —Aspasia se levantó enrojecida y malhumorada por su imprudencia.

—Milesia, no puede llamarse discípulo a quien no ha sido capaz de contener su lengua. Tus impulsos naturales tampoco han sido capaces de contener la tuya. —Aspasia enrojeció de la vergüenza. —No obstante, aprecio una diferencia substancial entre ambos, mientras a él le invadía el orgullo de sus prejuicios a ti te acometía el noble valor de la justicia, y he de añadir que tus argumentos no estaban exentos de agudeza ni carentes de razón. —respondió con una media sonrisa entre la poblada barba canosa. —No te prives de ocupar un espacio cerca de nosotros, pues serás bienhallada entre estos escalones. Al igual que tú soy extranjero en esta tierra, pues Clazómenas es mi ciudad natal, así que me separa más distancia con ellos que contigo. —hizo un silencio —El conocimiento debe ser extensivo a quien quiera escucharlo, sea cual sea la condición que la naturaleza le haya otorgado.

Aspasia esbozó una preciosa sonrisa de agradecimiento seguida de una reverencia de respeto. Sócrates contempló fascinado a aquella joven que rondaba su misma edad, cubierta con un himatión que dejaba entrever sus mechones dorados. Estaba cautivado por la elegancia de sus femeninas curvas, pero más si cabe por la posibilidad de hallar una mujer con tales capacidades intelectuales.

El anciano Anaxágoras se levantó con dificultad de su asiento alejándose con un caminar pausado entre el largo pasillo porticado de la estoa.

—Soy Sócrates, hijo de Sofronisco, de la demo de Alopece. —dijo acercándose a la milesia.

—Soy Aspasia, hija de Axíoco, de la demo Escambónidas. —respondió la joven con una sonrisa.

—Gracias por interceder con tanto respeto a los insultos. No es la primera vez que lo hacen y créeme que no será ésta la última. Al final aprendes a convivir con la ignorancia de los demás y acabas entendiendo que eso no es más que la torpeza resultante de los que creen saberlo todo. Defenderse debería ser sólo una acción reservada a aquello que bien merece tal esfuerzo, ¿no crees?

—Los hombres juzgan tu apariencia al igual que la mía, Sócrates. No somos tan diferentes. Ven en ti los contornos de tus facciones y en mí las curvas de mi naturaleza. No aprecian más que lo que alcanzan a ver sus sentidos nublados por numerosos prejuicios. No hallan motivo alguno para buscar la belleza más allá de la simpleza de un cuerpo que acabará degradándose hasta consumirse, ni son capaces de admirar lo que prevalece al ser humano y que trasciende a su existencia.

Ambos se sonrieron con una infinita estima que apenas hacía que nacer entre el bullicio de la plaza. Supieron en ese preciso instante, que sus vidas quedaban unidas por la extraña mano del destino que caprichosamente los había cruzado en las frías escalinatas del ágora.

Aspasia acudía diariamente para sentarse junto a oradores y filósofos. Muchos de los discípulos que se arremolinaban entre ellos se alejaban de la milesia como de quien huye de la enfermedad y la muerte, pero ésta, acostumbrada a toda clase de desprecios, se mantenía firme absorbiendo cualquier atisbo de conocimiento. Sócrates la acompañaba y aprovechaban para discutir sobre política, filosofía o retórica, compartiendo confidencias y alimentándose de una compañía fundamentada cada vez más en la admiración.

Los postulados de Sócrates eran tan innovadores como sencillos, cuestionándose las certezas absolutas que otros pensadores atestiguaban como única verdad, pero tras esa amistad

intelectual adictiva para ambos, trascendía un afecto con la fuerza de un mar sacudido por el viento.

—Jamás he conocido una mujer como tú, Aspasia, y en el fondo temo que nadie sepa apreciar tu talento con la benevolencia de la que sí gozaría cualquier hombre. Esta ciudad y quizás ninguna otra, valorará las palabras pronunciadas por una mujer por más sabia que ésta sea, ni siquiera la hija de Pitágoras, Damo, goza del reconocimiento que merece. Por cierto, he leído el escrito que me dejaste y, querida mía, es emocionado y elegante, contenido y medido en cada palabra. He intentado ser crítico e imparcial, pero ha sido una tarea infructuosa.

—Me halagas demasiado, Sócrates. —dijo la joven mientras caminaban por el mercado. —Soy tan incómoda para los atenienses como lo era para los milesios. Cómo argumentar que preciso de mi libertad como del alimento y que si ésta me es arrebatada, moriría de igual forma. He desistido de convencer a otros sobre lo que soy y lo que siento, pero a pesar de eso Atenas me ha premiado con tu amistad y eso es mucho más de lo que esperaba. No sólo comparto contigo lo que pienso sin limitaciones sino que los Dioses me han recompensado con el más sabio de los amigos. En el fondo soy más afortunada que cualquiera de los ciudadanos que viven en estas calles. Así que no me compadezcas, Sócrates, porque no hay motivo. —respondió la joven con una amplia sonrisa.

Sócrates era hijo de un cantero y de una comadrona. La familia vivía a escasas millas del centro de Atenas donde se encontraba el barrio de los artesanos. El joven apreciaba la austeridad en cada aspecto de su vida. Su apariencia poco agraciada era antagónica a una mente que superaba en gran medida a aquéllos que, sobre tarimas improvisadas, vociferaban postulados de cualquier índole. Sin estridencias y sin necesidad de notoriedad, Sócrates parecía destinado a ser el más ilustrado entre los hombres aunque jamás fuera esa su intención. Cuando otros discípulos intentaban socavar su talento, les realizaba preguntas hasta que éstos quedaban sin respuesta, dejando yermos los intentos de

menospreciarle. No existía en él ninguna intención de ridiculizar a sus oponentes, sino que poco a poco y día tras día, constataba para sí mismo que siempre se generaba una duda probable ante cualquier argumento y que, únicamente reformulando y cuestionándose cada verdad, alcanzaría a tocar con la yema de sus dedos el conocimiento, aunque éste se desvaneciera como arena entre las manos.

Sócrates hallaba en Aspasia la amistad sincera y pura de quien no espera nada. No soñaba con poseerla aunque le estremeciera cada gesto y cada susurro surgido de sus labios. Era un amor soñado y admirado y quizás tan profundamente desgarrado, como el de la madre que deja partir a su hijo a pesar del dolor de su pérdida. Pensaba en verla, en escuchar su melodiosa voz, pero la percibía tan inalcanzable como el conocimiento por el que había consagrado toda su vida. Esa estima tan real como cautiva, fue la única verdad que jamás se cuestionó y sabiendo que jamás alcanzaría rozar su desnudez, se conformó con que los dioses al menos le hubieran regalado su amistad y compañía.

Cada vez con más asiduidad, Sócrates visitaba la casa de Axíoco. Hablaban sobre arte y sobre la casualidad de que tanto éste como su padre coincidieran en trabajar la piedra aunque con finalidades distintas. Atenas requería de gran cantidad de mano de obra para levantar de nuevo todo lo derribado por los persas, así que Axíoco estaba empezando a labrarse un nombre dentro de la polis, aceptando más encargos de los que podía hacer frente. Apreciaba que el joven Sócrates complaciera a su hija, pero sobre todo sabía que su amistad había dejado una huella profunda en Aspasia ofreciéndole una adaptación plácida a su nuevo hogar.

—He de darte las gracias, Sócrates. Has sido una bendición para mi familia. Aspasia te admira y sólo por eso mereces todo mi afecto. —dijo mientras su hija descendía los escalones que llevaban al segundo piso.

—El placer es mío, señor. Su hija me ha aportado más de lo que yo he podido ofrecerle.

—Dejad de hablar de mí. —respondió irónicamente Aspasia. —Me protegéis demasiado.

—He pensado que podríamos aprovechar la sala que da a la calle para que reanudes tus clases. Podríamos adaptarla con asientos, estanterías para tus rollos y tablillas de cera. —dijo Axíoco.

—Padre, va a resultar complicado que los atenienses traigan a sus hijas a mi academia. Si los milesios ya me veían como una usurpadora, no quiero imaginar lo que pensarán aquí.

—Y, ¿qué más da? —respondió Sócrates. —También tus primeros días en el ágora despertaron sus recelos y ahora se han acostumbrado a tu presencia.

—Incómoda presencia. —puntualizó Aspasia.

—Eso no es relevante, lo importante son las motivaciones que tengas. Si diste clases a mujeres milesias, ¿por qué no hacerlo en Atenas? No te quepa duda que si alguna vez los dioses me dan hijas, contando que sea capaz de hallar una esposa que me soporte, no dudaría ni un instante en que se convirtieran en tus discípulas. En esta polis únicamente las cortesanas se cultivan en el arte o la conversación, quizás tú puedas abrir el conocimiento a más mujeres.

—Hablaré con Alcibíades para solicitar su permiso, si me lo concede, te ayudaré a habilitar la sala y colocaremos un rótulo de madera visible. —aseveró Axíoco.

Alcibíades consintió la apertura de la escuela de Aspasia aunque dudaba de que ésta fuera capaz de tener alumnas. Las niñas atenienses eran formadas al amparo de sus padres, sólo con la intención de complacer como esposas a otros ciudadanos cuando estuvieran en edad de casar. A pesar de los esfuerzos, ninguna de las familias de la demo de los Escamónidas permitía que sus

pequeñas quedaran bajo el amparo de una mujer extranjera que ni tan siquiera estaba comprometida.

Aspasia se sentaba en su escritorio y esperaba sin atisbo de esperanza que alguien entrara por la puerta. Un lluvioso día del mes de muniquión, una mujer cubierta por un himatión que le servía como resguardo, entró acompañada de dos pequeñas.

—Disculpa, ¿eres la maestra? —preguntó.

—Así es. —respondió Aspasia con una sonrisa.

—¿Te importaría que te dejara a mis hijas mientras atiendo mi comercio? Está cerca de aquí y no tardaré demasiado.

—Será un placer.

—¿Cuánto deberé pagarte?

—Lo dejo a tu voluntad.

La madre ordenó a las pequeñas que no llegaban a cumplir la decena, a que se sentaran en sus asientos. Tras eso marchó corriendo calle abajo. La maestra alcanzó la cítara y se acercó a las niñas.

—Mi nombre es Aspasia. ¿Sabéis tocar algún instrumento? —las pequeñas negaron con la cabeza. —¿Y leer? —añadió.

—Un poco. —respondió la que parecía más mayor mientras su hermana balanceaba nerviosa las piernas.

—¿Qué os parece si toco la cítara mientras os explico una bonita historia sobre Calíope?

La maestra inició el poema golpeando las cuerdas del instrumento. Como una extensión de sus propias manos, entonó tiernas canciones que relajaron el ánimo de las pequeñas. Sonreían boquiabiertas al escuchar la dulce voz de la joven. No tardó en ganarse su confianza iniciándolas en el aprendizaje de lo más esencial. En apenas unas pocas semanas contó entre sus filas con

una docena de niñas y con varias mujeres jóvenes, que se esforzaban por aprender el arte de la conversación y la música. La maestra sabía que no existía interés en las madres para que sus hijas se formaran, sino más bien el ánimo de que las mantuviera ocupadas durante unas horas. No obstante, Aspasia entendía que aunque fuera por poco tiempo, las pequeñas despertarían su curiosidad y quizás, fueran capaces de gozar por unos leves instantes de la libertad que les había sido negada.

Alcibíades aprovechó para organizar un banquete en su casa tras la celebración de las *Esciras*. Por aquellas fechas, los atenienses se apostaban en multitud bajo la ladera de la Acrópolis, donde daba origen una procesión lenta de las imágenes de los dioses que se erigían sobre pedestales cubiertos por hermosos doseles de color. Los atenienses, fueran ciudadanos, esclavos o metecos, lanzaban flores y cubrían los rostros con las lágrimas vertidas de su infinita piedad. Acompañaban las efigies por el camino que conducía a Eleúsis, hasta alcanzar el templo de Deméter donde celebraban sacrificios y ofrendas en su honor.

Aspasia se había vestido con un peplo bordado en Mileto en vivos colores que acentuaban la palidez de su hermoso rostro. Alcibíades había hecho llamar a políticos, estrategas y estadistas. No escatimó en gastos, proporcionando placeres para todos ellos a través de la contratación de músicos, bailarinas y hermosas hetairas que sirvieran de reclamo para sus invitados. En las calles se agolpaban curiosos para observar desde la distancia, la opulencia proporcionada por el aristócrata. El patio de la casa se había llenado de luz y guirnaldas de flores frescas que se entrelazaban entre pebeteros, esculturas y fuentes.

Arete permanecía en la puerta junto a sus hijos para dar la bienvenida a las esposas y conducirlas hasta el gineceo. Era en ese espacio, únicamente reservado para mujeres, donde compartiría charlas distendidas para intentar entrar en el círculo de la nobleza ateniense. Aspasia accedió directamente al segundo piso mientras su padre ocupaba un lugar en el andrón que quedaba junto a uno de

los patios interiores. Una gran cantidad de hombres permanecían reclinados sobre los asientos de la sala, mientras sus copas eran colmadas con vino poco rebajado. Las carcajadas se escuchaban desde cualquier rincón de la villa.

Aspasia entró en la sala con una sonrisa cálida. Sabía que debía cumplir con sus obligaciones no tanto por ella sino por complacer a Arete. Echó un vistazo rápido adivinando un rostro que le resultaba familiar.

—¿Luana? —preguntó la filósofa mientras observaba la apariencia distinguida de la que había sido su amiga.

—¡Aspasia!, ¡querida amiga, cuánto te he echado de menos!

—Estás preciosa y muy elegante, ¡déjame verte bien! —exclamó la maestra mientras ésta giraba sobre sí misma. —No sabía que estabas en Atenas. Es una grata sorpresa. —pronunció con asombro.

—Finalmente me casé con Higinio en Mileto. Me apenó mucho que no me acompañaras, pero ¡aquí me tienes! —bajó la voz para que nadie más pudiera escucharla. —Adelantamos nuestro enlace porque mi esposo había recibido noticias de que el estratega Pericles iba a aprobar una ley para prohibir la ciudadanía ateniense para los matrimonios con extranjeras, así que nos anticipamos. Tu hermana y yo hemos tenido suerte.

—Me alegro mucho por ti. —respondió sincera.

—Y tú, mi querida maestra, ¿tienes noticias nuevas que darme?

—Oh, no, Luana. Recientemente he abierto una academia en Atenas, pero no tiene nada que ver con lo que hacía en Mileto. Por lo demás sigo igual, tan aburrida como siempre. —dijo con una sonrisa irónica.

—No puedo entender que con tu apariencia física no tengas un reguero de pretendientes apostados en la puerta de tu casa. Bueno, conociéndote, tampoco debes aparecer por muchos banquetes, ¿verdad?

—Sabes bien que prefiero evitarlos, pero si he de ser sincera a este me ha encantado venir sólo por volverte a ver.

—¿Nos deleitarás esta noche con tu arte? —preguntó Luana.

—Si las mujeres quieren no me importará recitaros algo, aunque creo que hoy preferiréis otras cosas. No es un banquete normal y me imagino que será más importante prestar atención a las conversaciones entre vosotras, que escuchar a una extranjera tocar la cítara o recitar versos.

Arete apareció con una gran sonrisa acompañada de una mujer impecablemente bien vestida. La túnica y el himatión que cubría su cabello casi negro, estaba tejido con un grueso ribete dorado. Los brazaletes y joyas mostraban el estatus reservado a la élite de la aristocracia ateniense. Todas las mujeres se levantaron para presentarle sus respetos.

—Vayamos —susurró Luana cogiendo el brazo de su amiga.

La mujer saludó encantadoramente a cada una de ellas a las que conocía sobradamente.

—Estimada Hipareta, te presento a Luana, oriunda de Mileto. Es una amiga de infancia y también reciente esposa de Higinio. Acaba de llegar de nuestras tierras para asentarse definitivamente en Atenas. —Luana, ella es Hipareta, esposa de nuestro estratega Pericles.

—Es un placer, mi señora. —dijo Luana con una reverencia de cabeza que la mujer devolvió elegantemente.

—Y ella es Aspasia, mi hermana. Fue maestra en Mileto. —dijo Arete con orgullo.

—Encantada, Aspasia. He oído que has abierto una escuela en Atenas, ¿es eso cierto?

—Así es, mi señora, a escasos pies de este mismo lugar.

—En Atenas sólo las cortesanas como las que ahora están en el andrón, pueden aprender las cosas que tú enseñas. No me

malinterpretes, pero Alcibíades ha sido muy generoso permitiendo que ejerzas de maestra teniendo en cuenta la confusión que esto puede generar en Atenas.

La sala quedó en completo silencio. Algunas mujeres soltaron unas tímidas risas que encogieron el estómago de Arete. Luana percibió su propia satisfacción al ver la incomodidad de la que una vez había sido su amiga. En Mileto tenían un trato igualitario, pero en Atenas, sin un esposo que le garantizara la ciudadanía, no era más que cualquier extranjera como las que regentaban las tiendas del mercado. Se sintió superior a ésta por primera vez en su vida.

—Mi señora Hipareta, le agradezco profundamente su apreciación y entiendo perfectamente que al igual que otras polis, Mileto dista de asemejarse en costumbres a ésta que ahora me acoge tan generosamente, es por ello que intento ofrecer como presente lo único de lo que dispongo, el conocimiento adquirido durante tantos años de formación sin más pretensión que la de devolver la hospitalidad con la que he sido colmada. Coincidirá conmigo que es de justicia ser agradecido con quien te ofrece asilo, pues así nos crió mi padre y es así como entiendo que debo actuar. No obstante, jamás osaría causar un problema. Le suplico que vea en mis acciones el trabajo de una mujer que corresponde con eterna gratitud.

La esposa de Pericles guardó silencio mientras Arete le emplazaba a sentarse en un espacio preferente. Aspasia no podía centrarse en nada que no fueran las hirientes palabras de aquella mujer que golpeaban su cabeza con fuerza. Estaba acostumbrada a toda clase de desprecios pero éste, sabía que no le afectaba únicamente a ella sino que su hermana quedaba salpicada con el mismo estiércol lanzado por las que serían sus iguales.

Las horas iban pasando mientras las carcajadas femeninas de las cortesanas que compartían espacio con los políticos, llegaban incrementadas por la acción del vino a oídos de las esposas que se

hallaban en el piso superior. Algunas sentían incomodidad al percibir el sonido del sexo mantenido entre sus maridos y los jóvenes efebos que buscaban complacerlos, otras en cambio parecían que simulaban escuchar el trinar de los pájaros sin ofrecer mayor interés. No todos sucumbían a los encantos de las muchachas, algunos lograban mantener una actitud contenida y respetuosa sin dejar a la vista de oponentes sus propias debilidades. Aspasia salió del cuarto para apoyarse sobre la barandilla de madera para respirar profundamente.

—¡Hija! —pronunció Axíoco desde los pies de la escalera del primer piso. —Baja por favor.

Axíoco estaba acompañado de un nutrido grupo de hombres con los que parecía charlar animadamente. La joven cubrió su cabeza y descendió los escalones pellizcando suavemente su túnica para evitar tropezar. En cuanto llegó a la altura de su padre, levantó la vista hacia los dos invitados más cercanos apreciando cómo sus entrañas se encogían con una sacudida como jamás había padecido.

—Aspasia, hija mía, él es Pericles, hijo de Jantipo, estratega y primero entre los atenienses. —dijo Axíoco profundamente emocionado. —Y él es Fidias, hijo de Cármides, escultor y artista.

La mujer hizo una reverencia elegante intentando contener el leve desvanecimiento que creía padecer.

—Axíoco, tus hijas son de gran belleza, pero Aspasia es digna de ser esculpida. —pronunció Fidias con amabilidad.

—Créame, maestro, que agradezco que ambas gozaran de la belleza de su madre y no de la mía, pero ella no sólo es hermosa en su apariencia sino que los dioses la colmaron de una inteligencia reservada a muy pocos. Fue maestra en Mileto y encumbrada por los pensadores de los que fue discípula.

Aspasia enrojeció súbitamente. Pericles mantenía sus ojos oscuros fijados en la joven sin apenas parpadear. La frondosa barba

ondulada se movió en las comisuras de los labios dejando entrever una leve sonrisa que la estremeció.

—¿Quiénes son tus referentes filosóficos? — preguntó Pericles con una voz serenamente profunda.

—He sido instruida en el pensamiento de la escuela milesia, con Tales, Amaximando y Anaxímenes como referentes, no obstante mi instrucción comprendía otras disciplinas como las matemáticas pitagóricas, o la filosofía de Biante de Priene, Alcmeón de Crotona, Heráclito de Éfeso o Epiménides. Aquí en Atenas tengo la fortuna de asistir a las enseñanzas del maestro Anaxágoras.

Pericles arqueó sus cejas con asombro.

—Anaxágoras fue mi maestro durante años, de hecho sigue siéndolo, además de un gran amigo. Debo decir que jamás había conocido a nadie con esa formación entre las mujeres.

Alcibíades llegó acompañado de Higinio hacia la posición donde se encontraba el político.

—Veo que has conocido a la hermana de mi esposa, Pericles. — Higinio, ¿recuerdas a Aspasia?

—¡Cómo olvidarla! —respondió con ironía mientras la expresión de la joven se ensombrecía. —Antes de desposarme con Luana, pretendí a esta hermosa joven, pero parece ser que este ateniense no estaba a la altura de sus expectativas. Me conformé con la amiga que no es poco. —la comitiva rió a carcajadas.

—La gente debe obtener lo que merece, Higinio, no lo que ansía y eso es aplicable a cualquier aspecto de la vida, sea la política, la guerra o la esposa. Si no fuera así todos desearíamos alcanzar lo mismo, ¿no crees? —pronunció Pericles con sarcasmo mientras Higinio asentía con incomodidad.

Aspasia sonrió agradeciendo sus reconfortantes palabras. Pericles le devolvió el gesto estremeciendo el alma de la mujer.

—Creo que ha llegado el momento de regresar. —aseveró Pericles. —Mañana tenemos muchos asuntos importantes que abordar en la Asamblea y no quiero caer somnoliento a la vista de todos. Gracias Alcibíades por tu hospitalidad. —dijo encantadoramente.

Uno de los asistentes subió al primer piso para avisar a la esposa del estratega. Éste fue despidiéndose cortésmente de todos los invitados mientras cuatro hombres armados lo custodiaban hacia la salida. Aspasia apreció sus anchas espaldas y la austeridad de su indumentaria a pesar del cargo que ocupaba. Hipareta descendió la escalera con elegancia perdiéndose entre la multitud.

En un breve instante, en apenas un suspiro, Pericles se volteó para hallar a su esposa entre la muchedumbre, pero éste no dirigió la vista hacia la posición ocupada por Hipareta, sino que buscó reencontrarse con la mirada de la milesia que había alterado su ánimo descendiendo esa misma noche por la escalinata.

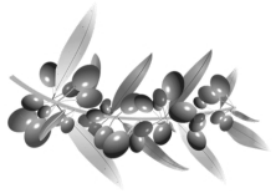
—Padre, si no te molesta y me das permiso, me gustaría regresar a casa. —Axíoco asintió mientras reiniciaba la conversación con Fidias.

Aspasia entró en su cuarto agradeciendo el silencio de la soledad. Percibía el sonido de los latidos acelerados totalmente sobrepasada con unos sentimientos hasta ahora desconocidos para ella. Se había pasado toda la vida abandonada a los pergaminos, carente de cualquier esperanza para sucumbir a la fuerza de algo parecido al amor. No era capaz de discernir los motivos por los que los dioses habían decidido que fuera Pericles, el artífice de tal sacudida. Inaccesible para ella, negaba con la cabeza para auto convencerse de la locura que todo ello significaba, pero sobre todo para recobrar la calma que había perdido unos instantes antes. Trajo a su mente cada rasgo de su rostro, cada mechón ondulado, la tez bronceada y su intensa mirada. Volvió a estremecerse con el recuerdo de su sonrisa, la voz profunda salida de sus labios y la defensa frente a Higinio.

—¿Por qué los dioses me castigan?, ¿por qué jugáis conmigo?

Se estiró en la cama sin apetito, sin ser dueña de sí misma. Aquel hombre había abierto con su sola presencia la tierra que había bajo sus pies. No le importaba su estatus, ni la edad, ni que fuera su esposa quien la hubiera menospreciado en el gineceo, sólo respiraba jadeante por no ser capaz de controlar lo que sentía, por no ser ella quien gobernara a partir de ahora cada exhalación. Cerró los párpados y lloró hasta caer en un profundo sueño.

El reencuentro



Al día siguiente, aún con la resaca de los fastos del banquete, Arete visitó la casa de su padre. La mujer quería comprobar si Aspasia se encontraba bien y si los comentarios recibidos, habían hecho mella en ella. Encontró a la joven frente a la mesa de mármol, girando el cuenco que tenía entre sus dedos con la mirada completamente ausente. Axíoco se acercó para besar a su hija mayor en la frente invitándola tras ello a tomar asiento junto a ellos.

—¿Te encuentras bien, Aspasia? —preguntó Arete con preocupación.

—¿Qué ha pasado que yo no sepa? —respondió Axíoco mientras cortaba unas rodajas de pan.

—Ayer la mujer del estadista Pericles, hizo un comentario despectivo sobre la escuela de Aspasia. No pude ni supe protegerla, aunque ella respondió sabiamente y con exquisita cortesía.

Aspasia miró a su hermana con una media sonrisa.

—No tienes de qué preocuparte, Arete. Estoy muy acostumbrada y tampoco dijo nada descabellado, sólo expresó públicamente lo que muchos piensan. Tampoco me lo tomé como un insulto sino como una apreciación. Si algo me molestó no fue por mí sino por ti. No me perdonaría si por mi culpa tú o Alcibíades, tuvierais problemas.

—He hablado con mi esposo y ha restado importancia a la situación. Me ha dicho que hoy intentaría coincidir con Pericles para hablar con él.

Aspasia sintió de nuevo como las entrañas se cerraban.

—Estoy orgulloso de cómo ambas os protegéis. Siento no haber estado ahí para ofreceros amparo o consuelo. Estaba tan alterado por la conversación con Fidias que olvidé mis deberes con vosotras.

—No digas eso, padre. —respondió Aspasia. —Ambas somos adultas y capaces de defendernos, quizás no estemos aún curtidas por la vida, pero nos has enseñado bien. Y dime, ¿por qué sonreías ayer tanto a Fidias? —preguntó Aspasia para desviar el tema.

—No podéis imaginar lo que supone para alguien como yo poder conocer a artistas de la brillantez de Fidias. Es innovador, es un visionario en las normas de la escultura, es un auténtico genio que retuerce la piedra para dotarla de movimiento, compensa los pesos como jamás había visto antes. He visto algunos bocetos y me ha dejado sin palabras. —pronunció con admiración.

—Veo que te ha impactado. —dijo Arete entre risas.

—No sólo eso. Parece ser que Pericles tiene la intención de empezar una reconstrucción titánica de la Acrópolis. Pretende volver a levantar cada templo y cada edificio sagrado, pero no con la apariencia anterior sino partiendo de un nuevo concepto arquitectónico. Fidias necesitará de mano de obra y me ha ofrecido formar parte de su taller. —dijo con emoción.

—¡Padre, qué gran noticia! —exclamó Aspasia cogiéndole del antebrazo.

—Iría pagándole yo mismo. —aseveró con una sonrisa.

—Tampoco seas tan servil. —respondió Arete con una mueca de ironía.

Aspasia continuó con las clases a la espera de que Alcibíades le diera instrucciones. Por las mañanas seguía asistiendo a los discursos de los oradores y pensadores que se agrupaban en el ágora, pero en ocasiones desviaba la mirada para intentar hallar una posibilidad de reencontrarse con Pericles, aunque fuera en la distancia. Sabía que las expectativas de llegar hasta él eran remotas y que gran parte de su cometido político se realizaba en la colina Pnyx, sede de la Asamblea popular y donde se dirimían los asuntos de estado.

—¿Qué opinión te merece el estadista Pericles? —preguntó a Sócrates mientras permanecían sentados en la escalinata orientada a la Acrópolis.

—Me ofrece mayor confianza que sus antecesores y los que son sus oponentes. —dijo mientras cogía un puñado de almendras —Pericles lideró el partido republicano cuando su mentor Efialtés fue asesinado. Hace unas décadas esta ciudad permanecía gobernada por un grupo de aristócratas con un control absoluto de las leyes que, como imaginarás, siempre les acababa favoreciendo. Tras las reformas iniciadas por Efialtés y continuadas por Pericles se le dio poder a la ciudadanía, y el Areópago, que no era más que un espacio de autocracia, quedó sólo para cuatro asuntos sin importancia, así que principalmente lo que hizo fue usurparles el control con la aprobación de la Asamblea para dárselo a las clases populares. —hizo una pausa. —Yo no lo he vivido, pero sí mis padres, así que hablo más por ellos que por mi propia experiencia. No obstante, me da cierta confianza saber que es un hombre formado en la filosofía, eso dice mucho de él. Ha tomado decisiones muy acertadas como las de pagar una cantidad a los ciudadanos cuando son nombrados por sorteo como jurados, así los menos acaudalados no dejan de percibir un salario si se ausentan del trabajo y otra de las cuestiones que sirven como una declaración de intenciones, es facilitar el acceso al teatro de forma gratuita a los pobres.

—Parecen decisiones meditadas y equitativas. —respondió Aspasia abrazada a sus rodillas.

—Eso creo, pero no hay que olvidar nunca, estimada amiga, que es sólo un hombre y que está en nuestra naturaleza sucumbir a los deseos, que estamos sujetos a ser engañados o incluso a enajenarnos por la ebriedad que nace del poder. La auténtica lucha no se mide en las Asambleas sino en la mente del hombre que cada día contiene las debilidades de su naturaleza para alcanzar un bien mayor. ¿No te parece?

—Has hablado como siempre sabiamente, Sócrates. —respondió la joven con una sonrisa.

—Por el momento tiene un respaldo masivo de los ciudadanos, pero de igual forma es odiado por los que cayeron tras sus decisiones. Ahora sólo hay una calma tensa en la ciudad, pero es un leve espejismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó con extrañeza.

—El tratado entre Atenas y las ciudades aliadas nos obliga a protegernos cada vez que una entra en conflicto. Atenas hace años que ejerce una posición de supremacía por su preeminencia naval en el Egeo y de la misma manera, Esparta lidera con mano férrea su infantería en pro de sus aliados de la confederación de ciudades del Peloponeso. En realidad son dos caras de una misma moneda. Seguimos en guerra con conflictos continuos y tratados de paz que penden con la fuerza de un hilo. Se miran de reojo por si la cabeza de uno sobrepasa a la del otro. Nada queda de la unión de las polis helenas contra los persas. —hizo un silencio —Como te he dicho la naturaleza del hombre prevalece sobre su buen juicio. Pocos recuerdan ya lo que una vez nos unió como iguales. La memoria es selectiva y frágil, Aspasia, tan liviana como la brisa que se percibe pero no se ve.

—Pasa lo mismo en Mileto, Sócrates. Nuestras polis también se unen para dejar de ser gatos dispersos y así convertirse en fieros leones a

ojos de sus rivales. —concluyó Aspasia con ironía.

—¿Viste los muros desde el puerto del Pireo? —preguntó Sócrates mientras Aspasia asentía. —Esas paredes defensivas que todos alaban porque nos protegen del enemigo, en realidad deberían alarmarnos pues revelan inequívocamente que no estamos seguros. Una contradicción que crea una falsa sensación de seguridad colectiva. Y es precisamente la elevación de esos muros, lo que ha abierto las heridas de los espartanos que ven en su construcción mayor motivo para sus recelos. Al final todo se reduce a la naturaleza del hombre y a la escasa contención de sus impulsos.

Aspasia sabía que lo que decía Sócrates era una realidad extensible a cualquier polis conocida. Todas ellas observaban con desconfianza a su vecina si ésta alcanzaba mayor relevancia. Mileto también había sido vista con recelo por sus homólogas de la liga jónica. La unión de esas ciudades con potestad para decidir en tiempos de guerra, era una frágil alianza que se sostenía por la necesidad de protegerse de un mal mayor. La confederación de Delos no era diferente. Cada polis que se había adherido debía pagar un tributo y aunque todas parecían tener la misma equidad en las decisiones, lo cierto es que Atenas era quien aportaba mayores efectivos y sufría mayores pérdidas, siendo sus resoluciones las que finalmente se aprobaban. La democracia era un espejismo en la lejanía. Cuando una de ellas intentaba salir del tratado que las había unido hasta ese momento, el resto acordaba atacarla y destruirla sin piedad para recordarles que de una manera u otra, debían sucumbir al liderazgo de las más fuertes. Naxos y Tasos habían aprendido esa lección a fuego. Ambas islas quedaban expuestas al dominio naval de la flota ateniense y aunque éstas hubieran intentando aliarse a Esparta, habría sido una opción suicida ante un líder que se proyectaba poderoso en tierra y débil en el conflicto por mar.

Aspasia volvió aquel mediodía a la casa meditando cómo abordaría las clases de aquella tarde. Había conseguido que algunas jóvenes asistieran sin saber si éstas venían para formarse sin más propósito, o porque engrosaban la lista de mujeres que pertenecían

al grupo de las hetairas. La sala quedaba dividida por disciplinas, mientras unas perfeccionaban la técnica de sus instrumentos otras recitaban poemas o aprendían de memoria postulados filosóficos o matemáticos. Las motivaciones que conducían a las alumnas hasta su puerta, no era algo que le importara, tampoco cuestionaba que sus conocimientos acabaran siendo utilizados entre conversaciones de banquetes que finalizaban en orgías. Sólo le invadía el deseo de que las mujeres fueran tan capaces como los hombres que las poseían, que éstas pudieran pensar en libertad y medir sabiamente sus palabras.

En cuanto alcanzó la calle vio que un esclavo de Alcibíades le hacía señas desde la puerta.

—Señora, el amo le espera en el patio principal. Me ha dicho que vaya lo antes posible.

Aspasia entró aferrada a sus tablillas de cera y a los rollos que Sócrates le había devuelto tras leer sus escritos. Escuchó las voces de dos hombres que reían distendidamente estirados sobre los cojines colocados sobre el frío mármol que quedaba frente a la fuente.

—Querida, ¡ven y acércate! —exclamó Alcibíades.

La mujer vio cómo Pericles se incorporaba con una amplia sonrisa. Percibió sobresaltada la pérdida de control de su propio cuerpo.

—Besaría tu mano en señal de respeto, pero temo que todos los pergaminos y tablillas caigan al suelo. —dijo Pericles con afabilidad.

La joven sonrió tímidamente mientras colocaba todo cuanto cargaba sobre sus brazos en uno de los asientos.

—Aspasia, Pericles quiere tratar en privado algunos asuntos contigo. Yo si me lo permitís voy a buscar a mi esposa y comeré a su lado, últimamente nos vemos apenas unas pocas horas a la semana. ¡Al final Arete y mis hijos olvidarán mi cara! —musitó con cortesía. —Los

esclavos os traerán tortas con queso y miel, frutas y aves, pero podéis pedir lo que queráis.

Alcibíades salió del patio dando órdenes para que un par de hombres colocaran los platos sobre una mesa baja. En apenas unos instantes quedó todo en un incómodo silencio. Aspasia sabía que debía controlar su respiración para poder ser dueña de sus palabras, pero sobre todo para que éste, no percibiera el caos que habitaba su alma.

—Es un honor volver a verle, señor. —dijo amablemente la joven.

—El honor es mío, Aspasia. He de decirte que en nuestro encuentro me dejaste una extraña sensación.

—Espero que ésta no fuera muy negativa. —respondió encantadoramente.

Pericles fijó sus ojos oscuros en el rostro de la joven. A pesar de haber cumplido la cuarentena, no podía evitar verse atrapado por la calidez de Aspasia, de sucumbir a cada gesto, a cada sonrisa. La reunión con Alcibíades había sido una excusa perfecta para reencontrarse con la mujer que había trastocado su vida. No hizo falta más conversación ni más tiempo para darse cuenta que la milesia había calado en su alma hasta hacérsela suya, hasta devorarla. Habían bastado únicamente unas pocas palabras para soñar con ella desde ese primer reencuentro.

—Dime, ¿qué estás estudiando? —preguntó Pericles mientras señalaba los rollos.

—Bueno, en realidad estos no son manuscritos de estudio, son pruebas que hago para perfeccionar mis discursos. Mi amigo Sócrates, tiene la amabilidad de leerlos y darme su parecer.

—¿Me permites? —preguntó Pericles mientras Aspasia asentía.

—Será un honor, señor, pero no sea demasiado duro conmigo.

Pericles desenrolló poco a poco descubriendo la perfeccionada caligrafía de la joven. Durante unos minutos se centró en la lectura de su contenido, observando el estremecimiento que le invadía al completar cada frase. Conocía el efecto que éste tendría sobre una audiencia pública, sabía que las pausas hechas con intencionalidad no harían más que atrapar al oyente como las moscas a la miel. Era de una belleza solemne, medida y profundamente emocional.

—No tengo palabras, mi joven amiga. Realmente creo que mis discursos jamás estarían a la altura de tu talento. —dijo conmocionado. —Seguramente Protágoras estaría de acuerdo conmigo.

Pericles enrolló el manuscrito para entregárselo de nuevo a su dueña. Aspasia lo alcanzó rozando levemente la mano del estratega. Ambos se miraron asaltados por el contacto, incapaces de recobrar el aliento.

—Debo perfeccionar más mi estilo. —respondió Aspasia intentando romper la incomodidad de la situación. —Aunque supongo que no ha venido a verme para leer mis bocetos.

—Alcibíades me ha comentado que la otra noche mi esposa hizo referencia a tu escuela y también me ha preguntado si creía oportuno mantenerla abierta.

—Señor, su esposa fue correcta conmigo y no dijo nada que no fuera extensivo al pensamiento de la sociedad ateniense. Acataré lo que decidan sin oposición.

—Pero te causaría dolor, ¿no es cierto? —preguntó Pericles.

Aspasia suspiró intentando reordenar sus pensamientos.

—Para alguien como yo, la educación no es un derecho que atañe sólo al hombre sino al ser humano. Desde mi experiencia, es un error que unos pocos gocen del placer del conocimiento privando de ello al resto. Los animales forman a sus descendientes en igualdad

de condiciones, sin diferenciación entre ellos para que sean capaces a través de su ejemplo de sobrevivir a la hostilidad de su propio mundo. Entiendo que aquello en lo que creo no tiene porqué ser compartido, pero no dejaré de considerar que debiera ser de esta forma y no de otra.

Pericles hizo un silencio mientras mojaba su barba con el agua fresca que colmaba su copa.

—No tengo intención de que cierres tu escuela, no obstante debes ser consciente que no todo el mundo aprobará que una mujer extranjera forme a otras y también es posible, que tu reputación sucumba al mismo nivel que el de tus alumnas.

La joven se incomodó ante sus palabras en las que adivinaba una disimulada ofensa a su origen. Pericles advirtió la mueca de la joven como un desprecio hacia su comentario.

—Entiendo. —aseveró Aspasia con seriedad. —No creo que exista motivo para mantenerla abierta si eso afecta a mi familia, a mis vecinos y sobre todo a las alumnas que cada día asisten a las clases. —clavó una mirada desafiante en los ojos del estadista. —Es una pena que las palabras que le han estremecido hace unos instantes no puedan servir de inspiración a muchos otros.

Pericles sintió el estremecimiento de su estómago. Aquella mujer a la que doblaba la edad era como la tenue luz de las luciérnagas que sobrevuelan los pantanos; incómodamente libre y de una fragilidad engañosa. Verse alterado por sus gestos era constatar que era vulnerable a cuanto ella mostraba, que si Aspasia sentía ofensa, él de igual manera sentía arrepentimiento por su impericia.

—No pretendía ofenderte, sólo advertirte. No me gustaría que vieras en mi opinión un motivo para dejar de hacer lo que tanto te motiva, pues no hallarás oposición en mí.

—Lo lamento, señor. En ocasiones soy impulsiva en mis gestos.

—Lo sé. —dijo esbozando una sonrisa. —Anaxágoras ya me habló de tu episodio con sus discípulos en el ágora. —Aspasia sintió como enrojecían sus mejillas.

—Veo que me estoy ganando una reputación envidiable en Atenas. —dijo irónicamente la joven.

—Agradar a todo el mundo no debería ser un objetivo para nadie. En ocasiones ofender no es un derecho sino una obligación. Anaxágoras te tiene en gran estima, no sé si deberé rivalizar contigo para ganarme sus favores.

—El maestro sabe bien quién merece los elogios, no soy rival para el estratega de Atenas.

Pericles aprovechó el incómodo silencio para alcanzar una torta que rellenó con queso. La dobló por la mitad y se la llevó a la boca salpicando la barba de pequeños restos blanquecinos. Aspasia le hizo un gesto con el dedo para que pudiera desprenderse de ellas. El estadista sonrió por su torpeza.

Pasaron las horas sin que apenas fueran conscientes de ello, conversaron sobre lo profundo y lo mundano, sobre filosofía o sobre la guerra, sobre el destino, sobre Mileto, sobre las virtudes del conocimiento por el que ambos sentían debilidad. Si en algún momento el estratega pensó, que con ese reencuentro hallaría defectos en la joven que le disuadieran de amarla, erró, pues caía rendido a sus encantos a cada palabra pronunciada, a cada movimiento de su cuerpo. Supo que aquel sentimiento que nacía en él no era el de un hombre que sucumbía a un capricho pasajero, sino que por primera vez en su vida, alguien había abierto sus carnes de la misma manera que el hierro candente marca la piel permanentemente. Jamás podría alcanzar a ver a ninguna otra mujer con la misma veneración que la que sentía por la joven pensadora que llegó del este.

—Debo irme, Aspasia. Ha sido un placer compartir estos momentos a tu lado, pero los compromisos políticos me impiden gozar del

tiempo que me gustaría.

—El placer ha sido mío, señor.

—Pericles, con que digas mi nombre es suficiente, me hace sentir cercanía y no complacencia con el cargo que ocupo.

—Así será.

—Una cosa más. Me gustaría que, apelando a tu innato talento, pudieras ofrecerme tu opinión en referencia a mis discursos. Sé que abuso de tu confianza, pero sería de gran valor para mí contar con tu buen juicio y que tuvieras toda la libertad para hacer las correcciones que estimaras oportunas.

—Será un honor y no te preocupes por mi sinceridad, ya has podido comprobar que no soy hábil disimulando mis opiniones. —dijo con una cautivadora sonrisa.

—No espero menos.

Pericles alcanzó la mano de Aspasia para llevársela a sus labios. No hubo gesto de cortesía sino la necesidad de retener el aroma de su piel. Sostuvieron la mirada un instante hasta que éste fue capaz de desprenderse de ella para girar sobre sus pasos. Se alejó por el vestíbulo donde le esperaba el personal encargado de su seguridad.

Tras un leve espacio de tiempo, Arete salió de las cortinas en dirección al patio.

—¿Qué te ha dicho?, ¿puedes seguir enseñando? —Aspasia asintió con la cabeza todavía sofocada por el encuentro.

—Arete, los dioses juegan conmigo caprichosamente. —dijo confundida.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas cuando en Mileto me dijiste que habías hallado a alguien con quien por fin compartir tu vida? —Arete asintió.

—Pues Afrodita debe despreciarme porque me ha condenado a amar a quien ya posee dueña. —la joven se volvió a sentar cubriendo la cara con las manos en un intento de entrar en razón. —¡No sabes cómo me duele la presión que ahora siento en mi pecho! Es una mezcolanza entre la dicha y un sufrimiento que me consume por dentro.

Arete se sentó a su lado y la llevó hacia su cuerpo.

—Ni tan siquiera tú puedes evitar que el amor pase de largo. Tampoco eres la que puede decidir en libertad a quién desear con toda el alma. Sólo debes estar preparada para contener tu secreto y alimentarte del tiempo para que te ofrezca algún día descanso. Sabes bien que es uno de los hombres más importantes de Atenas y que, aunque éste sintiera lo mismo, se debería a sus deberes más que a los impulsos. Sigue con tu vida y deja que los dioses decidan por ti.

Aspasia había perdido el apetito. Veía a Pericles en cada calle, en cada plaza, en los manuscritos y hasta en el poso que quedaba retenido en su copa. Una mañana al finalizar la clase de Anaxágoras, éste sacó de entre los pliegues de su túnica un rollo que entregó a la joven.

—Es para ti. Desconozco su contenido, pero nuestro amigo en común está interesado en que lo leas. También me ha dicho que te da un par de días para que hagas las correcciones. —Tras estas palabras el anciano sonrió alejándose por los pasillos del pórtico.

No tardó en llegar a casa para encerrarse en su cuarto y desenrollar con delicadeza el pergamino. Leyó con atención cada palabra, recitando en alto el contenido y así observar las carencias o virtudes de las expresiones. Siendo honesta con la promesa que le dio, alcanzó el cálamo que impregnó en tinta para sobrescribir las palabras que mejor encajaban para ganar fuerza en los argumentos y mayor emotividad en las locuciones. En cuanto finalizó, acercó el manuscrito para retener el olor de la piel de Pericles alterándose con

la idea de poder adivinar el aroma de sus manos deslizándose por la superficie.

Alcanzó un trozo de pergamino para escribirle una carta que permitiera entender las anotaciones.

"Mi apreciado Pericles,

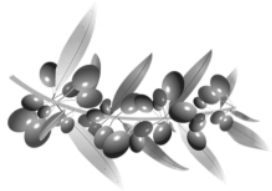
He leído con atención cada palabra escrita por tus manos y sin ánimo de ofender, pues tu talento no es precisamente escaso, he hecho algunas anotaciones con la intención que éstas ayuden a aumentar el impacto de tus argumentos. Fuiste modesto al alabar mis discursos siendo los tuyos de igual o mayor valía, la única diferencia que nos separa es la condición de nuestra naturaleza, pues mientras el hombre apela al ánimo y ensalza la virtud, la mujer sacude la emoción que nace del sentimiento más profundo, y es así como he creído que debía ayudarte, mostrando no sólo al político sino al hombre que habita en él pues si yo he gozado del regalo que supone conocerte, es de justicia que los hijos a los que diriges con diligencia vean las virtudes que se hallan en su estratega, sean estos hombres, mujeres, niños o ancianos.

Si aprecias que mis anotaciones no enriquecen tu discurso, no hallarás en mí ningún desprecio. Seguiré alabando tu talento con la misma benevolencia que mostraste al leer los míos.

Aspasia"

La joven amaba a Pericles, pero muy por encima de ese sentimiento se solapaba el de la admiración profunda. Ambas emociones no hacían más que incrementarse constriñendo su alma con una intensidad que la rompía en miles de pedazos. No existía conocimiento que ofreciera respuesta, ni filosofía que disipara lo que se había despertado para no morir jamás.

La decisión



Alcibíades había recibido una invitación para asistir junto a la familia a los espectáculos organizados con la llegada de las Panateneas. La polis vivía esas jornadas con júbilo para rendir honores a la custodia de la ciudad. El templo de Atenea Polias se levantaba en lo más alto de la colina, donde la efigie de madera de la diosa quedaba cubierta por un velo hasta que las mujeres volvían a cubrirla con la túnica sagrada que habían lavado con celo y entre plegarias. A los sacrificios y a la procesión en honor a ésta, se le añadían espectáculos atléticos y teatrales que se dispersaban por diferentes distritos. Las liturgias, pagadas por los aristócratas atenienses para disfrute de sus conciudadanos, se representaban en cada calle y cada plaza así como decenas de teatros improvisados eran izados para dar voz a las últimas obras escritas por dramaturgos y cómicos venidos de cualquier lugar, incluso de aquellos territorios que quedaban lejanos.

Pericles aprovechó la ocasión para aparecer en público en el teatro de Dioniso que quedaba junto a las faldas de la Acrópolis. Tras tomar asiento junto a otras mujeres de su misma condición, Aspasia recorrió con la vista la ubicación de las familias más poderosas de Atenas que habían sido colocadas estratégicamente en las primeras posiciones cercanas a la orquesta. Arete entrecogió las

manos de su hermana en un intento de calmar sus nervios, pues sabía que el estadista quedaría a pocos pies de sus asientos. No sería extraño que pudiera divisarla entre la multitud y entendió que cualquier gesto de ésta, quedaría expuesto públicamente. El estadista apareció entre la decoración móvil que quedaba en el frente escénico y que representaba una procesión de mujeres pintadas en vivos colores. Con gesto solemne y entre vítores, fue acercándose al centro de la tarima de madera deslizando lentamente su mirada entre el graderío que le ovacionaba. Arete, condicionada por la revelación de su hermana, se percató de que Pericles había sostenido por un instante la mirada con ésta y que de forma intencionada, le había regalado una sonrisa.

El estadista alzó las manos para que la multitud guardara silencio. De aspecto imponente a pesar de la mofa que en ocasiones despertaba su prominente cráneo, acercó la mano para sostener elegantemente los pliegues de la túnica verde que resaltaba con la tez dorada a causa del intenso sol ateniense. Los pebeteros, iluminados por la caída del atardecer y que quedaban a ambos lados, proyectaban sombras que jugaban con su perfil. La voz profunda del político enmudeció al graderío en apenas unos pocos instantes.

Aspasia reconoció cada palabra, cada silencio y cada intencionalidad en la entonación. Éste había transigido a sus modificaciones y podía adivinar las veces que habría practicado en soledad. La joven movía los labios reproduciendo el discurso como si hubiera sido ella quien lo hubiera escrito, emocionándose con la llegada de las célebres oraciones que había anexionado con la voluntad de estremecer a los asistentes. La maestra contuvo la respiración hasta que Pericles finalizó. En apenas un instante la multitud que se sentaba en la parte superior y que había sido invitada a pesar de engrosar las listas de los menos favorecidos, estallaron en un júbilo que contagió al resto. La joven barrió con su mirada las gradas que le quedaban más cercanas para observar las lágrimas que resbalaban sobre las mejillas de mujeres enternecidas,

así como la nula contención de los hombres que vivamente emocionados ocupaban las filas inferiores. Sonrió. Los vítores parecían no cesar. Pericles se llevó el puño hacia el corazón agradeciendo cada ovación recibida para tras ello bajar hasta la orquesta y saludar a los políticos que se habían levantado en honor a él.

El estadista disponía de un asiento preferencial que ocupó para gozar de las representaciones teatrales. Tras la función de la obra de Esquilo donde Áyax halla la muerte por el filo de la espada de su oponente, la multitud abandonó el teatro para disfrutar de los banquetes públicos servidos de forma gratuita.

El transporte de Alcibíades les condujo hasta la casa de Tólmides. Ésta estaba encaramada sobre el promontorio que quedaba cercana a la colina Pnyx. La avenida principal se abarrotó rápidamente de parejas de la aristocracia que se saludaban efusivamente frente a las puertas de la residencia. La ostentación de los anfitriones era comedida, sin un dispendio de lujo ni ornamentos. A lo lejos se escuchaban las notas de las cítaras y los cantos de los vecinos que salían de sus casas para honrar a la diosa que les dio nombre. Aspasia descendió con la ayuda de su padre.

—Estás preciosa —dijo henchido de orgullo.

—Eres un amante padre de sus hijas, no puedes decir otra cosa —respondió la joven con ironía.

Toda la familia se puso en fila siguiendo la estela de quienes les precedían. Alcibíades saludó a los anfitriones y agarró la espada de su suegro para acompañarle hacia el andrón que quedaba oculto tras un edificio anexo. Arete y Aspasia se apartaron de éstos para ocupar el lugar que les correspondía en las dependencias femeninas. Luana ya estaba charlando animadamente con un grupo de jóvenes mujeres que carcajeaban por el ingenio de la milesia.

—¡Arete y Aspasia! —exclamó mientras besaba sus mejillas.

—Luana, ¿es posible que te halles encinta? —preguntó Arete con agudeza.

—Así es. He engordado más de lo que debiera. No negaré que me incomoda perder las curvas de las que Higinio se enamoró en Mileto pero, ¿no es el destino de una buena mujer proporcionar vástagos a su hombre? —exclamó divertida —Oh, Aspasia, no quiero decir que seas menos mujer por no parir —exclamó con una fingida incomodidad.

—Tampoco he dicho nunca que rehúya de ser madre. —respondió con cortesía.

—Seguro que algún día encontrarás un esposo a quien no le importe que seas más inteligente que él.

Arete frunció el ceño entendiendo que Luana pretendía incomodar a su hermana aunque ésta ignorara intencionadamente sus desprecios. En apenas un instante la casa estalló en un clamor de júbilo. Pericles entraba en el vestíbulo con expresión distendida, pero se adivinaba la incomodidad de tanto halago. Aspasia giró la vista para evitar encontrarse con su mirada, retrocediendo unos cuantos pasos para quedar oculta entre las columnas del patio.

Tras el banquete, hombres y mujeres fueron conducidos a un salón para compartir estancia. El anfitrión colocó una efigie de Atenea frente a la que se arrodilló, elevando las manos para realizar las plegarias a las que todos se sumaron. Un coro de muchachas cantó poemas ante una multitud silenciosa. En apenas unos instantes algunas mujeres se sumaron para añadir nuevas canciones y así complacer a la diosa.

—¿No hay nadie que quiera sumarse? —preguntó la esposa de Tólmides.

—¡Dejad que la maestra milesia os deleite con su arte! Exclamó Higinio desde la distancia.

Aspasia percibió la contracción de su cuerpo. Sabía que Higinio pretendía socavar el poco valor que quedaba de una reputación maltrecha.

—¡Aspasia, Aspasia, Aspasia! —exclamó Luana y unas cuantas mujeres que la acompañaban.

Arete se acercó al oído de su hermana con delicadeza.

—¿Recuerdas las hermosas palabras que nos regalaste en Mileto? Haz lo mismo, deja que hable tu corazón y no tu mente. Cierra los ojos y recuerda a Basilia, a padre y a todos los que te amamos. Honra a cada milesia a la que formaste, dales la mayor de las lecciones y ciérrales la boca.

Aspasia sonrió y exhaló profundamente. Vio el rostro de su padre que la contemplaba con emoción. Se lo debía a él, se lo debía a Arete.

La joven desplazó el himatión a la altura donde quedaba su recogido para que éste no entorpeciera sus movimientos, dejando a la vista la trenza que se cruzaba sobre su frente. Se colocó junto a la estatua de la diosa y se sentó en las escaleras que quedaban bajo ésta. Agarró la citara y empezó a golpear las cuerdas, haciendo un gesto con la cabeza para que el joven que tocaba el aulós le acompañara con su melodía.

"De blanca piel y cabellos negros, ensalza la ciudad que custodia y protege, bella Atenea de yelmo dorado y égida doliente, cuida de éstos que osan mirarte entre lágrimas vertidas que nublan sus ojos elevados hasta lo más alto de tu colina.

La que comanda guerrera sobre los mares que regenta, sacudida por los vientos que la llevaron a Ilión amurallada, susurrando palabras de aliento a los padres que habitaron, las tierras abruptas bajo los verdes olivos en flor. Con lanza alzada cuidó de éstos ante el devenir del infortunio patrio y como la madre doliente que oculta al vástago entre sus manos, cubrió con su escudo al pueblo que le rindió honores.

¡Oh, mi dulce Atenea!, aliméntate de la devoción de los tuyos como la ambrosía sacia al padre que veneras. ¡Mi amada diosa! Perdona a quienes se apresuran a observarte desde la lejanía del puerto, obnubilados por la belleza de tus rojos labios y que no sufran castigo por tal afrenta. Permite que el azul del mar pinte el contorno de tu cuerpo y que la brisa del estío roce tu atezada melena para dejarse mecer por un viento errante. No ceses de vigilar atenta desde la colina, el vaivén de las olas que nos acercan a tus dominios y castiga al enemigo conduciéndoles hacia las rocas escarpadas para cubrir el mar de maderos astillados.

Líbranos de la desgracia y cólmanos de bondades, que jamás tus pies se sostengan sobre un lecho vacío, que siempre enraícen rosas sobre el pedestal que te soporta y que la miel alcance tus labios entre oraciones y poemas sentidos"

Aspasia se levantó esbozando una sonrisa mientras el músico exhalaba el aire de la última nota sostenida. En apenas unos instantes los asistentes estallaron en un aplauso fervoroso. La mujer apoyó la cítara sobre la pared. Pericles guardaba silencio junto a su esposa, ni un gesto, ni una sola palabra, nada.

Volvió junto a su hermana mientras ésta la abrazaba cariñosamente, no obstante, lo único en que podía pensar era en el hombre que yacía al otro lado de la estancia. Una tortura que envenenaba sus venas a cada latido.

—Debo tomar el aire, Arete.

Caminó apresurada abriéndose paso entre la multitud que se agolpaba en el pasillo, para así intentar llegar a uno de los jardines de la parte trasera. Apenas se apreciaba el sonido del bullicio. Respiró profundamente mientras se sentaba en la penumbra de un saliente de mármol que quedaba en la esquina del pórtico.

—¿Por qué viniste a Atenas? —la elegante voz de Pericles resonaba con fuerza en la oscuridad de la noche. Aspasia elevó la vista hacia su posición.

—Ojalá jamás lo hubiera hecho. —respondió sincera en un susurro.

—Podemos fingir que no nos buscamos, pero debes saber que has sacudido mi vida desde que te vi bajar por las escaleras.

La mujer estaba atónita ante sus palabras.

—Pericles, yo…

—No ha habido ni una sola noche desde ese encuentro que no te haya soñado. —prosiguió —Puedo volver sobre mis pasos y dejar de buscar tu compañía, pero no voy a ser capaz de olvidarte. Eres como el alimento del que no me sacio.

Aspasia admiró el rostro compungido de Pericles. Ambos se habían pasado la vida estudiando, formándose, pero eran incapaces de dar sentido a lo que ahora les atormentaba.

—Mi señor, ¿qué puedo hacer yo si siento lo mismo?, ¿qué puedo hacer si todo va en mi contra?

Pericles contuvo la respiración mientras se arrodillaba para colocarse a la altura de sus manos. Las besó con fuerza mientras ésta sollozaba sin apenas consuelo. El político perdió la razón que había alimentado durante años, dejando de pensar con la claridad de la que siempre se había vanagloriado. No podía discurrir en nada que no fuera la mujer que quedaba sentada frente a él. Agarró su cuello acercándola a sus labios. Ambos se perdieron entre un deseo irrefrenable que apenas les permitía respirar. Aspasia se aferró al cabello para tejer con sus dedos los rizos de la melena oscura del político. Éste besó sus mejillas y el cuello blanquecino de la joven que caía solícita ante una fuerza desconocida. Posó su frente sobre la de ella para intentar calmar el deseo que le desgarraba por dentro y que era incapaz de contener.

—Acabas de condenarme a no poder amar a nadie más. —dijo Aspasia totalmente encendida.

El estadista cerró los ojos y la soltó de sus manos para tras ello marcharse por el mismo lugar de donde había venido. Aspasia

no entendía nada. Sabía que éste la deseaba, pero su huida la dejaba desamparada y completamente rota.

Arete apareció sigilosa por la puerta.

—¿Aspasia estás bien?

—No sé qué responder a tu pregunta.

—He visto a Pericles salir en tu búsqueda, por suerte nadie lo ha relacionado con tu marcha.

La joven se abalanzó a sus brazos sollozando como una niña. Arete se mantenía en silencio para no turbarla y porque sabía, que ninguna de sus palabras aliviaría la lucha en la que se debatía.

Al día siguiente Sócrates la visitó en su casa. Hacía días que percibía a su amiga ausente, con la mirada perdida y expresión triste.

—Ha llegado a mis oídos que tu intervención en el banquete no dejó indiferente a nadie.

—La gente habla demasiado sin saber. Hice lo que pude teniendo en cuenta que no lo había preparado.

—Sócrates, que mi hija no te lleve a engaño. —sentenció Axíoco mientras abría un higo por la mitad —Aspasia pone voz al lenguaje de las musas y como siempre, estremeció a todos los que la oyeron.

—¿Qué tal van tus clases? —preguntó Sócrates.

—La verdad es que cada vez tengo más alumnas aunque conozco de sobras los motivos. De hecho vi a dos de ellas tras las cortinas del andrón, totalmente desnudas bailando sobre las mesas mientras los políticos mojaban las barbas con la saliva que eran incapaces de contener.

—Los hombres no permitimos que nuestras esposas se nutran del conocimiento y del arte, pero deseamos que quienes no son nuestras gocen de esas mismas virtudes.

—Antagónico en sí mismo. —respondió Aspasia.

—No dejamos de ser simples animales, dotados de razón y con capacidad de no hacer uso de ella.

La mujer sonrió.

—Me voy ya, os dejo solos. Me ha hecho llamar Fidias para hacer unas pruebas sobre mármol. —Axíoco limpió la comisura de sus labios.

Sócrates contemplaba el silencio que atormentaba a la mujer que amaba.

—¿Qué o quién te daña de tal forma que te ha privado del habla?

—Mi padre me alejó de Mileto con la intención de protegerme, de no dejarme expuesta si a él le pasaba algo, pero en apenas un año la vida me va llevando por caminos que desembocan en precipicios.

El hombre la contempló con el ceño fruncido.

—Qué es lo que te angustia, ¿iniciar el camino o que acabe en un precipicio? Las mejores recompensas se obtienen en los caminos abruptos, sorteando la maleza que llaga tus piernas y cuando jadeas por un esfuerzo que crees que no te lleva a ningún lado. Es con el camino angosto donde obtienes el beneficio. Puedes decidir no caminar por donde no existe sendero o puedes continuar hasta que se abra ante ti. Ese es un lugar reservado para los valientes y es entonces y sólo entonces, cuando la travesía adquiere sentido, no antes.

—¿Rendirse a la felicidad aunque nadie sea capaz de entenderla? —preguntó Aspasia.

—La felicidad no se halla en el placer, sino en la virtud de saber que haces el bien.

—Ese es el problema, querido amigo, que hallaría mi propia felicidad lastimando a quienes amo.

—¿Ellos harían el camino del bien si te permitieran ser feliz?

Aspasia sonrió, Sócrates hacía preguntas para que al final fuera ella misma quien encontrara las respuestas.

—Harían el bien, pero seguramente renunciarían a su felicidad en detrimento de la mía.

—Entonces continuarían siendo felices. —aseveró con una mueca.

La mujer amaba a Sócrates con toda el alma. Era la corriente de agua que colmaba su sed, el hombre de mente sabia que habitaba en un pequeño cuerpo y que en cambio, se mostraba inconmensurable cuando aplicaba el ingenio de la razón.

Aquella misma tarde, tras finalizar las clases con la última de sus alumnas, Aspasia entrecerró el portón que daba a la calle. Alimentó la lumbre y colocó unos maderos de incienso para hallar algo de sosiego. Se sentó fatigada tras el escritorio retirando el himation hasta la altura de los hombros, tras ello se deshizo de las agujas que se entrelazaban con los mechones para liberar los cabellos dorados que cayeron lentamente sobre su espalda. Desenrolló un pergamino y aprovechó un bol de agua fresca para contener la esquina superior.

Escuchó el rechinar de la puerta. Un hombre ataviado con capucha oscura y quitón corto entró con sigilo alterando a Aspasia.

—No temas, soy yo. —dijo Pericles.

Cerró la puerta tras de sí girando la llave de hierro para quedar en total intimidad.

—¿Qué haces aquí? Alguien podría verte.

El hombre retiró la fíbula que cerraba su capa y la dejó sobre uno de los asientos. Estaba absorto mirando el cabello dorado de Aspasia.

—Voy a hacerte una única pregunta. ¿Estás dispuesta a todo por mí?

—¿A qué se supone que debo renunciar? —preguntó Aspasia.

—Todavía no sé el alcance, lo que está claro es que lo que te pido me condena más a mí que a ti. Puede ser el mayor escollo de mi vida política y por desgracia, indirectamente, te afectará a ti también porque nadie va a entender lo que estoy dispuesto a hacer.

—No puedo permitir que por mí renuncies a tu vida, algún día me reprocharías esa cesión y me culparás de tus desgracias. —respondió Aspasia con pesar.

Pericles se acercó a la mesa y se sentó sobre ella quedando a poca distancia de la mujer que le había enajenado durante meses. Acarició su rostro con la mirada encendida por la pasión. Aspasia se levantó aturdida sin saber qué pensar, debatiéndose entre el sentimiento que le unía a ese hombre que había cambiado todo desde su llegada. Pericles le agarró de la cintura y se la llevó hacia su cuerpo para poder retener el aroma de su pelo. Con las manos retiró la túnica para dejar al descubierto el hombro blanquecino, besándolo con los labios entreabiertos y dejando sobre su piel el leve contacto de la saliva que se enfriaba lentamente. La respiración del hombre erizó la piel de la joven estremeciéndola.

Poco a poco, como temiendo que se desvaneciera entre sus dedos, deslizó el peplo de Aspasia para subirlo hasta los muslos, despertando por su contacto el gemido apenas susurrado de la joven. Pericles la giró sobre sí misma para besarla con fuerza, encendido por el sexo. La fue estirando sobre la mesa mientras mantenía la mirada sostenida a la suya. La milesia agarró la nuca de éste para traerlo hacia ella, para amar por primera vez al hombre soñado durante toda una vida. El político abrió los muslos de su amante lentamente, contorneándose y frenando el empuje de las embestidas para evitar dañarla. Besó los pezones firmes de Aspasia respirando con profundidad, conteniendo el impulso de poseerla con una fuerza mucho mayor. Quería atrapar cada minúsculo espacio de su piel, cada contorno, cada pliegue. Aceleró el movimiento al escuchar los quejidos de la joven que mordía sus nudillos por el

placer que éste le proporcionaba. Contuvo sus propios gritos maldiciendo no poder poseerla con libertad. Los golpes acompasados derramaron el agua sobre la mesa. Aspasia gemía y gemía con el ceño fruncido alzando levemente el torso, mientras los mechones dorados quedaban levemente humedecidos por el contacto de sus labios. Pericles no podía retener por más tiempo la excitación de ese instante; cada gesto, cada mirada, cada sonido de su garganta, enloquecía al político como nadie lo había hecho antes. Unieron sus frentes mientras se perdían en la última exhalación de su sexo, respirando cada vez más pausadamente y relajando los músculos que apenas unos instantes antes se habían contraído por la pasión.

Pericles se sentó y apoyó la cabeza en los muslos de Aspasia, entrecerrando los párpados totalmente rendido a ella. La joven se había incorporado para abrazar sus cabellos con fuerza, para besar tiernamente los rizos oscuros del amante. El silencio inundó la estancia.

—Me vuelves loco, Aspasia. Ahora que ya he probado la miel no deseo más que miel a diario, a cada instante, cada noche de mis días.

La maestra cubrió con un velo de lágrimas, sus ojos.

—Y ahora qué, ¿mi amor? —preguntó la maestra.

Pericles alzó la vista hasta sus ojos.

—Ahora no voy a ser capaz de renunciar a lo que me has dado. Responde a la pregunta que te he hecho a mi llegada.

—Sí. Estoy dispuesta a todo por ti.

El hombre se levantó y volvió a besarla con pasión. La cogió en brazos dejándola de pie ante él con extremo cuidado. Contempló como una mancha de sangre había quedado impregnada sobre el pergamino que había permanecido bajo su cuerpo. Mientras

sostenía con la mano izquierda la cadera desnuda de Aspasia, fue enrollándolo con la otra lentamente esbozando una sonrisa cómplice.

—¿Qué había en este pergamino? —dijo con ironía.

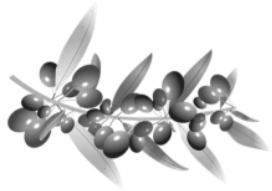
—Había empezado a relatar la historia de Mileto. —respondió con extrañeza.

—Pues ahora es todo mío. —susurró Pericles. —Este pergamino ya no cuenta la historia de tu ciudad sino la nuestra.

Aspasia encendió su pasión nuevamente al retener la mirada de Pericles. Quizás el político aún no entendía que al igual que éste, ella aceleraba sus latidos con cada palabra pronunciada de sus labios. Era una locura que aprisionaba su pecho y la dejaba sin apenas aliento, tan irrefrenable como el nacimiento de un nuevo día.

—¡Ahora qué! —se preguntaba para sí misma. —Ahora, qué.

Incredulidad



Aspasia había cambiado. Por instantes sentía una fuerza renovada en ella, percibía la intensidad de un amor profundo que aceleraba su respiración, pero cuando la razón volvía a su encuentro, perdía la sonrisa para quedar ahogada en la incertidumbre. Desde su último encuentro no había sabido nada de su amante. Temía que la hubiera usado a placer para tras ello abandonarla a su suerte, dejándola sucia y con el estigma de una virtud perdida que mancharía la reputación de los suyos.

La maestra ignoraba los movimientos de Pericles. Éste, volcado en los diferentes frentes políticos que le enemistaban con sus opositores conservadores, había decidido reunirse con Alcibíades a solas para abordar su relación con Aspasia. El estratega había buscado un lugar solitario cercano al monte Himeto, donde preservaba la casa familiar perteneciente a la demo de Colargos. En cuanto Alcibíades llegó, fue conducido por un esclavo hacia el jardín donde se encontraba Pericles.

—Acércate, Alcibíades. —dijo con una amable sonrisa mientras le apretaba el antebrazo.

—Siempre has tenido unas vistas increíbles —respondió el hombre mientras contemplaba Atenas desde su posición y las colinas que la

rodeaban.

—Y si miras a tus espaldas verás el monte Himeto salpicado de pinos. Cuando necesito calma, camino por los senderos hasta alcanzar las colmenas de corcho donde se recoge la miel. Los trabajadores son permisivos conmigo y me regalan vasijas repletas de néctar. —dijo con una media sonrisa.

—Con todo lo que ocurre no me extraña que busques el sosiego en total soledad. Demasiada responsabilidad sobre tus espaldas, Pericles.

—Ven, demos un paseo.

Se adentraron por el camino que salía desde el muro. El hombre contemplaba la figura del general con profunda admiración. Pericles destacaba por muchas habilidades políticas y en el campo de batalla, pero por encima de todo era la potencia de su voz y el carisma lo que le convertía realmente en un líder indiscutible a ojos de cualquiera.

—Alcibíades, te considero un buen político, pero sobre todo un gran amigo.

—Sabes que puedes contar conmigo. La sangre de tu madre Agarista nos une como hermanos. —dijo con algo de preocupación.

—Sabes que no soy de carácter impulsivo. Me pasé toda mi infancia cultivándome en diferentes disciplinas y pasando desapercibido a pesar de la responsabilidad que ocupaba mi padre como arconte de Atenas. —hizo un silencio —La política de esta ciudad ha formado parte de cada conversación de los míos, marcándose a fuego bajo la piel de cada miembro de mi familia. Sufrimos el ostracismo al igual que tú y siendo niño me quedó muy clara cuál era mi responsabilidad con la facción demócrata. He emulado a mi padre, Jantipo, en muchos aspectos. Él comandó la flota ateniense en Micala y sitió Sestos junto a Leotíquidas. He intentado honrarle para mantener su recuerdo enaltecido a través de mis propios actos, pero

he conseguido mucho más que eso, Alcibíades, mucho más de lo que él jamás soñó.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó extrañado Alcibíades.

Pericles aminoró el paso para situarse al borde del camino que ofrecía unas vistas panorámicas de la ciudad que comandaba.

—Ninguno de ellos va a entender la decisión que voy a tomar, Alcibíades. Necesitaré tu ayuda para contener los comentarios que serán usados en mi contra por mis oponentes. —pronunció con la mirada ausente sobre los tejados de Atenas.

—Cuenta conmigo y con mi apoyo.

—Voy a divorciarme de Hipareta para unirme a Aspasia. —pronunció con firmeza.

Alcibíades, atónito con su sentencia, apenas podía articular una palabra. Se le agolpaban los pensamientos que intentaba reordenar para alcanzar algo de sensatez.

—Pericles, sabes bien que no podrás casarte con Aspasia en los mismos términos legales que ahora ostentas con tu esposa. Tú mismo legislaste para favorecer los matrimonios entre atenienses en contra de la unión con extranjeros. Si tuvieras descendencia con ella jamás serían tratados como ciudadanos a pesar de que su padre sea el mismo comandante de Atenas.

—Lo sé, mi buen amigo. Soy consciente de que seré castigado por la decisión que yo mismo tomé. También sé que jamás será considerada mi esposa públicamente de la misma forma que Hipareta.

—Mi cuñada es una mujer libre que no sucumbirá a lo que se espera de una mujer ateniense, Pericles. Sé que no debería decir esto, pero ¿no es más fácil conformarse gozando de su compañía en la intimidad y mantener tu matrimonio intacto? Sabes que será usado en tu contra y que utilizarán a Aspasia para socavar tu reputación.

Pericles miró fijamente a Alcibíades. Su cara mostraba un rictus solemne, alejado de cualquier temor. El hombre se destensó al percibir que el político no le estaba pidiendo permiso.

—Sé que tu intención es favorecerme, pero no te he traído aquí para que me digas lo que es evidente, Alcibíades. No voy a utilizar a Aspasia como una hetaira a mi servicio y tampoco se trata de una decisión basada en un mero capricho. Creo que me conoces lo suficiente como para saber que jamás he actuado movido por mis impulsos. Me considero austero, comedido y equilibrado en mis decisiones.

—No pretendía ofenderte ni que veas en mis palabras una oposición a tus actos.

—Nunca pensé que llegaría a tomar una decisión de esta naturaleza. Como bien sabes los Dioses son impredecibles. —guardó un leve silencio —Amo a Aspasia de una forma que es difícil de explicar. Admiro su carácter tenaz y la capacidad para no sucumbir a las normas, por eso, meditándolo fríamente, creo que de entre todas las mujeres ella es la única preparada para soportar las críticas que verterán sobre ambos. Hipareta ha sido la mejor esposa que un hombre de mi cargo puede alcanzar, créeme que he sido afortunado en su compañía. Me ha colmado de felicidad con dos hijos a los que amo con el alma, pero con casi cuarenta años y una vida consagrada a Atenas creo que merezco, aunque sea por una sola vez en mi vida, sucumbir a lo que quiero y no a lo que debo.

Alcibíades giró nervioso sobre sí mismo. Sabía que Pericles estaba sometido a la mirada exhaustiva por parte de las facciones de los aristócratas atenienses que habían visto menguado su poder en las últimas décadas. El mínimo error del estadista sería un regalo para cualquiera de sus opositores que utilizarían para ganarse el favor del pueblo para ponerlo en su contra.

—Sabes que la muerte de Cimón no ha hecho más que alimentar estos últimos años, las historias de sus gestas que engrandecen la memoria de tu mayor enemigo político. A los muertos cuanto más

tiempo pasa, se les recuerda con mayor benevolencia y se les alaba aunque no exista un motivo para ello. Nuestra derrota en el asedio en Egipto contra los persas sirvió también de justificación para cargarte a ti con la pesada losa de los muertos en combate, por no hablar del juicio público por el dinero que Atenas gasta para su reconstrucción. Si ahora recurres a un escándalo en tu vida privada debes ser consciente de las repercusiones que ello podría tener, especialmente con Tucídides a la cabeza.

Pericles se volteó para mantener la mirada con Alcibíades. Valoraba su sinceridad y entendía la agitación que tanto le turbaba.

—Mi buen amigo, llevo más de dos décadas luchando con un enemigo más peligroso que los persas y los espartanos. No hay mayor rival para mí que aquellos con los que comparto sangre, aquellos que se sientan en la Asamblea u ocupan la boulé a mi lado. Los espartanos son conocidos para mí, sé que les motiva y su carácter irascible y poco conciliador. De igual manera valoro a los persas que han acabado con todo lo que tantos siglos les costó levantar a los nuestros, a tu familia que es la mía y a la de todos los que habitan bajo esta colina. Al menos ves justificada nuestra rivalidad cuando el bien que nos impulsa a unos y a otros como único objetivo, es la gloria de nuestro legado, pero ¿qué impulsa a los nuestros para buscar el enfrentamiento con los que son sus hermanos? El poder, Alcibíades. Lo que me pides es que les tema, que sucumba a sus habladurías y que me arrodille ante ellos para no darles armas. —Pericles cambió la expresión de su rostro endureciéndolo. —Ellos no necesitan un motivo, sólo precisan el efluvio del miedo en sus narices para llevar a cabo su cometido con éxito. No, Alcibíades, ahora más que nunca tengo claro que jamás voy a sucumbir a sus intenciones y tú tampoco deberías. Me hablas de derrotas o las repercusiones de unos actos dirigidos a fortalecer nuestra polis, pero obvias mis victorias o cómo nos hemos convertido en hegemonía naval tras vencer a los eginetas en sus propias tierras. Pueden acusarme si lo desean de disponer del dinero

de la Liga de Delos, pero de igual forma puedo echarles por cara el pago de treinta talentos de Egina a nuestras arcas tras la victoria.

—Por eso tú eres estratega de Atenas y yo un simple político a tu servicio. —dijo con una sonrisa Alcibíades, mientras contemplaba el contorno regio del estadista. —¿Qué quieres que haga?

—Habla con Axíoco para ponerlo al corriente sobre mi decisión. Prefiero que el hombre pueda insultarme libremente ante tu presencia. —dijo con una sonrisa irónica que llenó de pequeños surcos su rostro. —En unos veinte días tráelos aquí a ambos. Yo por mi parte arreglaré mi divorcio para que Hipareta quede en una situación ventajosa. Sé que no pondrá ninguna objeción, la conozco bien.

Pericles cumplió con lo prometido y en pocos días se divorció públicamente de la que había sido su esposa hasta ese momento. Hipareta no opuso resistencia ni cuestionó la decisión del que había sido su marido. Recogió sus enseres y marchó de la casa familiar para volver con los suyos sabiendo de antemano que Pericles, le había acordado un nuevo matrimonio para seguir gozando del estatus que merecía. Sus hijos, a pesar de la incomodidad de la decisión, tampoco cuestionaron a su padre. En una sociedad en la que el hombre rige y controla no hay espacio para la réplica, por más dolorosa que ésta pudiera alcanzar a ser. La dignidad de Hipareta fue ampliamente valorada y su silencio en cuanto a los motivos, un alivio político para Pericles.

Alcibíades hizo llamar a su suegro y a Aspasia ordenando a los esclavos que se ausentaran de la casa durante aquella tarde, únicamente dejó a la cuidadora de sus hijos con la orden de no salir de las dependencias familiares que quedaban en la parte trasera. Necesitaba que lo que hablaran entre esas cuatro paredes fuera oído únicamente por la familia, sin peligro de que el asunto corriera por las calles antes del amanecer.

—¿Sabes de qué se trata? —preguntó Axíoco a su hija mientras doblaban la esquina.

—No lo sé, pero debe ser importante. —aseveró Aspasia con nerviosismo. En su interior sabía que tenía que ver con ella.

Entraron en la casa mientras Arete cerraba el portalón de madera, tras ello se adentraron en la sala que Alcibíades usaba para recibir visitas y donde trabajaba diariamente. La habitación estaba repleta de estatuas coloridas y de una pequeña biblioteca de madera donde descansaban rollos de pergamino.

—Sentaos los tres. —dijo con severidad.

El hombre se giró fijando la mirada en su cuñada. Un estremecimiento recorrió la espalda de la joven ante la tormenta que se presagiaba.

—Alcibíades, ¿ocurre algo? —preguntó Axíoco con preocupación.

—Ocurre todo, Axíoco. —Los tres tomaron asiento frente a la mesa donde estaba apoyado el político. —Hace unos días, Pericles me mandó llamar. —Aspasia y Arete se miraron con agitación y complicidad. —No sé si ya ha llegado a vuestros oídos, pero ha hecho público su divorcio. Hipareta ha asumido la decisión con la integridad que se espera de la mujer del más importante político de Atenas. —hizo un silencio. —Pericles, no sólo es mi aliado sino familia directa y como sabéis, siempre he estado al servicio de lo que creo que es mejor para la ciudad que me vio nacer.

—¿Eso nos afecta de alguna forma? —preguntó Axíoco desconcertado.

—Deberías preguntárselo a Aspasia.

El corazón de la maestra se frenó de golpe. El silencio se adueñó de la sala mientras las miradas se centraban en el rostro de la joven.

—Hija, ¿de qué está hablando?

—Pericles quiere que Aspasia sea su compañera. Como todos comprenderéis, ella jamás podrá considerarse su legítima esposa tal

y como lo entendemos porque la ley prohíbe la ciudadanía a los hijos entre atenienses y metecos. Vivirá a su lado y efectivamente será su mujer con el honor que todo ello merece, pero debéis ser conscientes de que tal decisión comportará una lluvia de críticas e insultos extensibles a todos los que estamos aquí.

Aspasia empezó a temblar como las hojas que se mecen en el ocaso del estío, jugaba compulsivamente con su dedo índice frotándolo entre los pliegues de su peplo.

—Aspasia, di algo. —dijo atónito Axíoco.

—Os suplico que me perdonéis. Sabed que jamás hubiera pensado que mi llegada a Atenas pudiera suponer un problema de tal magnitud, y que si hubiera sabido con antelación que os perjudicaba de esta forma, hubiera preferido quedarme en Mileto aun a costa de perecer en ella. —hizo un silencio con un nudo que aprisionaba su garganta. —Pero, no puedo obviar que siento lo mismo que él y que eso no cambiará jamás aunque fuera exiliada al lugar más recóndito de este mundo. Amo a Pericles desde el primer día en que lo vi en esta misma casa, y ¡ojala! los dioses me permitieran borrar de la memoria ese instante que me condena para siempre a mí y os sacude a vosotros con esta intensidad.

Axíoco guardaba silencio intentando recomponerse de la noticia. Alcibíades bajó la mirada y exhaló profundamente.

—Es algo que no depende de nosotros, Aspasia. Desconozco la voluntad de los dioses con esta decisión y sé que Pericles no va a dar su brazo a torcer. No te culpo, aunque permíteme que te avise de que lo que ahora está por llegar no te augura una vida serena y en calma. Pericles no es un simple hombre que comercia con trigo en el mercado, es posiblemente el más importante político de Atenas y de la misma manera que tiene una gran legión de partidarios a su causa, de igual forma los tiene de adversarios que aprovecharán esta decisión para humillarle públicamente. —hizo un silencio. —No pretendo reuniros para decidir si es conveniente o no pues Pericles ya ha hecho lo que dijo que haría, sino para que seáis conscientes

de que debemos ser cuidadosos con nuestras acciones a partir de ahora y atinados en las decisiones, eso incluye desde nuestro papel público a nuestras conversaciones en sociedad. Nadie de los nuestros osará contravenir sus dictámenes y me ocuparé de que todos los que forman parte de este demo que lidero, acepten la nueva situación. —miró los ojos de la joven con estima. —Aspasia, soy lo suficientemente mayor para saber que no va a ser fácil, conozco bien a los ciudadanos que moran estas tierras. Déjame que te dé un único consejo; intenta hacerle mejor en todo para justificar tu cercanía, apóyale y sé una extensión de sí mismo, pero jamás olvides que lo que representa es mucho más importante que lo que significa para ti. Si ven un cambio que lo haga vulnerable, le condenarán políticamente. Haz que su decisión esté justificada para los que siempre le han apoyado y que sus oponentes le teman más si cabe. Que los dioses nos protejan.

Aspasia asintió. Intentaba entender todas las palabras pronunciadas por su cuñado, asimilando que su condición a partir de ese momento no se debatía entre la asistencia al ágora para servir de oyente en las clases de Antifonte o Anxágoras, sino en una vida consagrada al hombre que amaba para ayudarle en sus propósitos. Renunciaba a la libertad por el amor, a la discreción por la vida pública. La exposición sería constante y debía complacer a quien había arriesgado todo por yacer a su lado. Sintió que aceleraba la respiración al entender la envergadura del propósito y la recompensa que recibiría a cambio, que no era otra que la de vivir de su exhalación cada noche.

En cuanto llegaron a casa, Axíoco se sentó en el banco que quedaba en el patio interior. Aspasia hizo lo mismo en completo silencio con la vergüenza de no haber sido honesta con su padre.

—Padre, perdóname. Seguramente ahora mismo he roto tu corazón en pedazos y piensas que he sido una ingrata tras haber renunciado a todo por mí. Créeme cuando te digo que jamás ha sido esa mi intención y que ofrecería mi vida si con ello aligerara la decepción que ahora sientes.

Axíoco giró su rostro interrogativo y esbozó una cálida sonrisa.

—¿De qué hablas, Aspasia? No confundas mi silencio que de ninguna forma es por el desencanto que me presupones. De todas las opciones posibles en las que pensaba que nuestra marcha de Mileto podía beneficiarte, con diferencia ésta era la más inimaginable. Uniéndote a Pericles quedarás salvaguardada cuando yo no esté.

—Padre, es lo contrario, uniéndome a Pericles quedo expuesta. Ya has visto lo que ha dicho Alcibíades.

Axíoco llevó el dedo índice a sus labios para que su hija guardara silencio.

—Escúchame, eso sería válido si tu condición fuera la de cualquier otra mujer. Sabía que los dioses te deparaban algo que trascendería a cualquiera de nosotros y por eso te preparaban para llegar hasta este preciso momento.

—¿De qué hablas, padre? —preguntó contrariada la maestra.

—Aspasia, llevas toda la vida escuchando cómo te menosprecian y has sabido tolerar todo lo que han dicho sin mostrar un ápice de temor, ignorando cada palabra que se ha susurrado a tus espaldas. A pesar de tu juventud, has crecido segura de que lo que hacías era lo que debías, yendo a contracorriente y sin desgastarte. Lo hiciste en Mileto y lo has vuelto a hacer en Atenas. Di por hecho que los atenienses se acercarían por tu belleza y se alejarían por tu preparación, y que al final te permitirían vivir en total libertad bajo el amparo de Alcibíades, pero, ¡he sido un estúpido! Simplemente estabas destinada a ocupar un lugar junto a alguien que sí te valora y que posee suficiente autoridad para darte el espacio que mereces, que no es precisamente esta casa.

—Padre, tu euforia no te permite analizar la situación con claridad. Vas a escuchar cosas tendenciosas sobre mí que te dañarán.

—¡Llevo escuchándolas toda la vida! —exclamó con ironía — Eres tú la que no ves nada por ese miedo a causar dolor a los demás en detrimento tuyo. Arete tiene su vida, es astuta y hábil en las relaciones con otras mujeres, sabrá mantener la sonrisa cuando se requiera y yo ya tengo mi vida hecha. ¿Qué es lo que tanto te pesa?

—La incertidumbre, padre. El no saber cómo se espera que actúe a partir de ahora.

Axíoco cogió las manos de su hija.

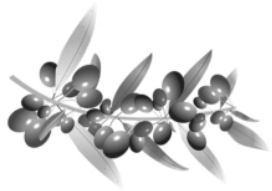
—Deja de complacernos y actúa con inteligencia. Pericles ha visto lo que yo siempre he vislumbrado en ti. Alcibíades tiene razón en cuánto que debes proporcionarle un oasis, que su casa seas tú y no sus paredes. Pericles ya ha tenido mujer y casi te dobla la edad, el paso arriesgado que ha dado debe ser compensado con tu dedicación a él. Compleméntale, ayúdale a ser mejor y levanta la cabeza con dignidad cuando estés a su lado.

—¿Aunque nadie me vea como su verdadera esposa? Pareceré una cortesana a ojos de los atenienses.

—Revierte la situación como siempre has hecho. No dejes de ser lo que eres, Aspasia, es eso lo que él admira de ti. ¿Qué más da si eres una extranjera o si te tratan injustamente? Todo ello escapa a tu control. La única verdad es que serás la mujer escogida y amada por Pericles y eso no lo va a cambiar nadie, jamás.

La joven se abalanzó a los brazos de su padre entre lágrimas. En su interior se prometió a sí misma seguir siendo fiel a su naturaleza, pero sobre todo a convertirse en la compañera que Pericles merecía.

Una nueva vida



El camino hasta la casa de Pericles se hizo en un completo silencio. La carreta no sólo portaba a padre e hija sino los arcones con las pertenencias de Aspasia que se amontonaban unos sobre otros. Los nervios apenas permitían a la joven abstraerse con el paisaje que se iba divisando a través de la pendiente. Respiró el aroma del tomillo y admiró cómo el bullicio iba quedando atrás.

—Estoy seguro que serás feliz a su lado. —sentenció Axíoco. —Por mí no deberás preocuparte, seguiré en la casa junto a tu hermana y podrás venir cuando quieras o cuando puedas.

Aspasia sonrió mientras su cuerpo se balanceaba con el vaivén de la calle.

—Mi intención es seguir dando clases si Pericles me lo permite. Es un tema que deberemos abordar y que espero acceda. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

El carro se detuvo frente a un muro de color blanquecino con una gruesa línea horizontal roja que discurría por la zona superior. En el centro, una puerta de madera mostraba la llamativa efigie de un león de bronce pulido. Ésta se abrió a un precioso jardín repleto de robles, madroños y flores violetas de romero, que se amontonaban bajo las fuentes y esculturas de mármol. En medio se levantaba la preciosa villa de Pericles con dos pisos de altura, pintada de ocre rojizo de la que emergían flores y plantas de

terracota pintada sobre los portalones de las ventanas. Dos grandes pebeteros custodiaban la entrada que permanecía abierta y donde se divisaba un atrio con cuatro columnas decoradas con pequeñas teselas de vidrios oscuros.

Dos esclavos con quitón corto se acercaron con afabilidad hacia donde se hallaban.

—Mi señor Axíoco, el amo le espera en el andrón. Acompáñeme por favor. Mi señora, usted puede permanecer a la espera aquí o donde más guste, Ciriaco estará a su completa disponibilidad.

Axíoco siguió los pasos del hombre que le condujo entre los pasillos laterales. Éstos se abrían a diversas dependencias de almacenaje y salones que quedaban en la penumbra. Advertía las voces en la lejanía de los esclavos destinados a diferentes servicios y del personal administrativo que trabajaba para el estadista. El hombre abrió la cortina para que Axíoco se adentrara. Pericles se levantó con una amplia sonrisa para saludar a quien a partir de ahora sería parte de su propia familia.

—Toma asiento, Axíoco, que sea esta como tu casa. —dijo con voz enérgica.

—Es un honor, mi señor. —respondió mientras se inclinaba sobre un klismós finamente trabajado.

—Pericles, con mi nombre será suficiente.

—Así será. —dijo el escultor esbozando una tímida sonrisa y sintiéndose tremendamente intimidado por su cercanía.

—Axíoco, quería agradecerte personalmente la predisposición con la que has resuelto mi decisión de tener a tu hija como compañera. Soy padre y sé que no es una tarea fácil confiar en quien apenas conoces para ceder lo que tiene más valor para ti. Te he hecho venir para que me conozcas y para que puedas preguntarme con total libertad aquello que pueda alterarte el ánimo.

—Pericles, todo padre sentiría orgullo al saber que su hija ha sido escogida por alguien de tu estatus. Coincidirás conmigo que es el sueño de cualquier hombre ofrecer su sangre al más noble de los esposos, si éste además es el primero entre los primeros, es como ser tocado por los dioses. —hizo un silencio —En mi caso, Pericles, te doy mucho más de lo que tú serás capaz de ofrecerle. —Pericles alzó las cejas con una media sonrisa de sorpresa. —Aspasia, como bien sabes, no es equiparable a ninguna de las mujeres que habitan estas colinas. Es una luz brillante en la oscuridad más profunda y eso atrapa y altera de igual forma. No te pido más que la ames y protejas porque sé de igual manera que ella te va a colmar de una felicidad que no hallarías en nadie más. Va a renunciar a ser tratada como tu legítima esposa y tú y yo sabemos que deberá soportar las afrentas dirigidas a tu cargo. —respiró profundamente. —Ámala, Pericles, y permítele gozar de la libertad por la que ha sufrido tanto desde que era apenas una niña. Sólo te pido una única cosa más, al igual que tú has sucumbido a ella otros lo harán también. Aspasia goza de gran inteligencia, pero es incapaz de entender cómo altera el ánimo del hombre. Recibí centenares de peticiones de matrimonio en Mileto que ella ignora, algunos incluso me amenazaron con quemar los negocios que puse en manos de Alcibíades, por negarme a sus peticiones. Te pido por tanto, que la protejas de lo que ella es incapaz de ver.

Pericles mantenía la mano sosteniendo su barbilla. Permanecía pensativo ante lo que Axíoco le solicitaba y que le parecía tan poco.

—Eres un gran hombre, Axíoco, que habla con nobleza y con extrema generosidad. Tienes mi palabra de que Aspasia será amada y protegida como merece hasta que exhale mi último aliento. No pienses que veo en ella el capricho del hombre maduro que goza de poder para conseguir lo que le place. La amo sinceramente y albergo la esperanza de que ella sea capaz de sentir la mitad de lo que yo advierto pues sólo con eso, me sentiría reconfortado. Jamás,

Axíoco, había sido embestido por Afrodita con tal fuerza que me capacitara para renunciar a lo que para mí era importante.

Axíoco sonrió.

—No eres el único que ha sucumbido a algo de lo que ella no es consciente. Sé que queda en buenas manos y estoy convencido que me reemplazarás instigado por el amor sincero que le profesas. Así pues, podré descansar en el ocaso de mi vida. —Axíoco extendió el brazo que Pericles agarró con fuerza.

—Descansa por poco tiempo Axíoco, pues Fidias tiene planes para ti. —dijo Pericles con una mueca irónica.

El hombre salió hacia el vestíbulo donde se hallaba su hija. La vio de perfil mientras balanceaba su pierna mirando, levemente oculta por el himation, las vigas que sostenían el techo. Se le humedecieron los ojos al contemplar la serenidad de su rostro desde la distancia, sabiendo que ahora ya nada de ella le pertenecía. La mujer se levantó al ver llegar a su padre.

—Me voy, hija. Ha llegado el momento que seas aún más libre y que disfrutes por fin de las mieles que sólo ofrece el amor. Yo las viví junto a tu madre y no hay un solo día que no la eche de menos.

Aspasia se abalanzó a su padre para ofrecerle un cálido abrazo que despertó la emoción de ambos.

—No te defraudaré, padre.

—No lo harías jamás aunque quisieras. —susurró Axíoco.

El hombre se alejó por la puerta apresuradamente. Sabía que la vería a menudo, pero no de la misma forma. Recordó a su hija entrando con los rollos en la casa de Mileto, sonriendo de niña mientras esculpía toscamente el barro con sus pequeñas manos, bailando junto a él en el pequeño jardín de su hogar. Rememoró el contorno de su rostro levemente iluminado por el resplandor de las lamparillas, los hoyuelos que se marcaban en su piel cuando carcajeaba, la calma ante el rechazo y el desacuerdo.

Ciriaco sacó de la ensoñación a la joven que miraba a su padre perderse tras los muros.

—Mi señora, acompáñeme.

El muchacho la llevó a través del impresionante jardín interior hasta las estancias que quedaban en la parte trasera. Abrió la puerta de dos hojas de la estancia donde Pericles permanecía de pie observando las ramas del olivo que quedaban a su altura desde la ventana. Se giró al escuchar los pasos de la mujer. Esbozó una amplia sonrisa.

—Estas semanas me han parecido años en tu ausencia. —dijo encantadoramente.

Aspasia respiró profundamente. Miraba sin apenas contener la emoción el cuerpo de Pericles mientras éste mantenía las manos cruzadas a su espalda sobre los pliegues de una túnica oscura. ¡Cómo explicarle lo que ella sentía!, ¡cómo describir en apenas unas pocas palabras la agitación que padecía al percibirle próximo y en total soledad! Se había pasado la vida escribiendo complejos discursos y ahora era incapaz de articular un único sonido. Se acercó a él mientras retiraba el himatión que cubría sus cabellos. Alzó la mano dulcemente para acariciar el contorno del rostro del hombre que le había privado de sueño desde aquel primer encuentro. Admiró encendida cómo éste entrecerraba los párpados acariciando con su piel el dorso de la mano.

—Mi señor, te amo en cada exhalación. Apenas puedo soportar la presión de mi pecho cuando te siento tan cerca. Hasta que te encontré yacía muerta sin saberlo, sin más vida que la que me dieron los dioses para reservarme hasta tu llegada. Sé que ahora no me alimentaré de nada que no sea tuyo, ni escucharé nada que no haya sido pronunciado por ti, ni rozaré nada que no haya sido tocado previamente por tus dedos. —dijo apenas en un susurro.

Pericles la miraba vulnerable, rendido a ella. De todas las batallas emprendidas no había sentido jamás temor pues luchaba

enaltecido por quienes lideraba, con la completa seguridad de estar destinado a ello. Ahora, ante la figura frágil de la maestra, permanecía sacudido por el miedo a perderla.

—¿Qué me has hecho, Aspasia?, ¿qué me has hecho?

El general la estrechó fuertemente entre sus brazos para besarla con una fuerza incontrolada. Quería tenerla a cada instante, rozar su piel y sentir su aliento acelerado. Aspasia le arrebató la túnica para rozar el cabello ondulado de su pecho, besando el ancho cuello de quien ahora era su dueña, lamiendo los dedos para retener su sabor para siempre. Pericles, encendido por la pasión, la tomó con fuerza apoyándola sobre la pared rojiza que quedaba junto a la ventana. Los rayos del sol del mediodía acariciaron la piel de la joven que se erizaba con su contacto. Elevó las piernas de su esposa para hacerla suya. El aliento sostenido de Aspasia en su oído despertó el placer del estadista que apenas podía retener su propio ímpetu. Se unieron en uno, entrelazados por sus cuerpos, ajenos a todo lo que les rodeaba, sintiéndose que estaban destinados a permanecer juntos hasta que los dioses se lo permitieran.

No se despojaron de su desnudez. Pericles se sentó y agarró la mano de su esposa para atraerla hacia sus piernas obligándola a sentarse sobre ellas. Aspasia quedaba a contraluz, encogida sobre Pericles. Los rayos de sol iluminaban los cabellos de la joven que se habían desprendido tras el sexo mantenido apenas unos instantes antes, haciendo que todo su cuerpo quedara bañado levemente por el contacto de la luz que parecía acariciarla. La besó con pasión mientras retenía el cuello entre sus dedos.

Aspasia se dio cuenta de que varios rollos de gran tamaño permanecían sobre la mesa, despertando su curiosidad.

—¿Puedo? —preguntó.

—Por supuesto. —respondió con una sonrisa.

La mujer se levantó para abrirlos. Pericles observó cómo ésta se apoyaba completamente desnuda sobre su mesa, frunciendo

el ceño para ver atentamente lo que tenía ante ella. Deslizaba el dedo índice sobre las líneas de los planos mientras se abstraía de todo. La observó con detenimiento y en completo silencio. Mataría y moriría por ella, no era sólo la belleza de su cuerpo era su aliento, su latido, su alma, toda su vida desde ese preciso instante y para siempre.

—¿Qué miras? —preguntó divertida Aspasia mientras continuaba revisando el contenido.

—No te muevas. —susurró encendido Pericles mientras admiraba su figura. —Déjame confeccionar mis recuerdos a tu lado. Quiero retener este preciso instante en mi memoria para no olvidarlo jamás.

Aspasia elevó el torso y deshizo lentamente el recogido ondulado para dejar caer sus cabellos sobre los senos. Pericles no podía cerrar sus labios, pensaba que al igual que Paris, el príncipe troyano que sucumbió a los encantos de Helena, observaba la belleza que enloquece sin remedio.

—¿Quieres que siga de pie o prefieres que vuelva a ser tuya?

Volvió a sucumbir a ella pero esta vez con lentitud, embistiendo las entrañas que ya le pertenecían.

Aquella tarde, Pericles no atendió a nadie. Demandó que la comida fuera llevada a sus dependencias privadas para gozar del primer día junto a su reciente esposa. Contempló el rostro de Aspasia mientras dormía, sintiéndose agraciado por los dioses a los que se encomendaba diariamente. Al día siguiente, la condujo hacia una estancia con vistas al exterior. El estadista había ordenado que se habilitara como sala de estudio para su joven esposa, pero permanecía todavía vacía de contenido.

—¿Qué es este sitio? —Aspasia admiraba absorta las paredes decoradas con pinturas de vivos colores y el alto techo de madera trabajado que quedaba sobre sus cabezas.

—Tu lugar de trabajo. —dijo con una sonrisa. —Supongo que lo adecuarás a tus necesidades.

Las lágrimas resbalaron sobre el rostro de la mujer.

—Pericles, es mucho más de lo que merezco. No es necesario que me colmes de bondades para agradarme, te amaría aunque vivieras en el mercado mendigando limosna bajo la estoa. Me conformo con estar a tu lado.

—No quiero que renuncies a lo que eres. No te he traído para gozar únicamente de tu cuerpo, aunque no te negaré que no me desprendería de ti para hacerte mía a cada instante. —dijo con ironía. —Te considero mi compañera de vida, Aspasia, y quiero que me complementes no que renuncies a lo que te ha costado tanto. Eres muy superior a mí en muchos campos y créeme que voy a cobrarme muchos pagos por tus correcciones, opiniones y consejos.

—¿Aspasia, maestra de Pericles? —preguntó la mujer con una encantadora sonrisa.

—Ya lo eres para muchos, ¿por qué no para mí?, ¿acaso no soy suficiente? —preguntó irónicamente el estadista.

—No eres suficiente, lo eres todo. —respondió mientras le rodeaba con sus brazos.

Las siguientes jornadas fueron intensas para Aspasia. Sabía que debía regentar la villa con diligencia para que Pericles gozara del sosiego que precisaba tras sus compromisos políticos en la Asamblea. Las reuniones se demoraban cada vez más y entendía que éste necesitaba un tiempo para reflexionar en soledad antes de que ella le acompañara para perderse entre sus brazos. Adecentó el aula de trabajo y se hizo cargo de la coordinación de los esclavos para que a su llegada todo le proporcionara la calma que soliviantara la presión a la que se veía sometido. Había dejado sus clases provisionalmente a la espera de abordar el tema, pero sabía que no era el momento todavía.

Pericles entró en el aula de la joven mientras ella escribía sobre un rollo sujeto por una lámpara de gran tamaño.

—Oigo tus pasos, amor. Puedes acercarte que no muerdo. —dijo la pensadora con una sonrisa sin apartar la mirada del pergamino.

Éste la abrazó por la espalda y besó su cuello dulcemente.

—¿Qué escribes?

—Ideas filosóficas que me sirven para confeccionar discursos. Abordo temas como la naturaleza del hombre, las sociedades y el impacto de la retórica sobre el pensamiento colectivo. —besó la mano de Pericles.

El estadista se sentó en la banqueta que reposaba sobre la pared, respirando profundamente para llevarse el aroma del romero que crecía bajo sus muros y se colaba por la ventana.

—¿Qué te altera tanto? —preguntó Aspasia mientras admiraba su perfil.

Pericles hizo una mueca de hartazgo.

—Me cuesta entender que nadie sea capaz de ver el prometedor futuro de esta ciudad de la forma en que yo lo hago. A cada idea, una oposición sin motivo. No les mueve el deseo de poner a Atenas en el lugar que siempre debió ocupar, sino la de contrarrestar mis opiniones como único objetivo.

Aspasia apoyó lentamente su espalda sobre el respaldo de madera.

—¿Qué te impide llevarlas a cabo? —preguntó con severidad.

—Llevan meses conspirando para ponerme en una posición incómoda en la Asamblea. Me acusan de apropiarme del dinero de las aportaciones de la confederación de Delos para destinarlas en el plan de restauración de la Acrópolis. Hace tiempo que saqué el tesoro de la isla sagrada para traerlo hasta Atenas, de hecho es

mucho más seguro, pero si la Asamblea vota a favor de sus postulados, no podré seguir llevándolo a cabo.

—¿Y es eso cierto? —preguntó.

—Sí, lo es. —hizo un silencio —Atenas ha estado a la cabeza en la defensa de las ciudades de la liga. Cuando cualquiera de ellas se halla en problemas no tardan en traer delegados a la ciudad para buscar el apoyo de nuestra flota y nuestros soldados. Si Atenas es buena para poner a sus hombres al frente y defender una causa que ni siquiera es la suya muriendo por ella, debería serlo también para percibir un pago mayor. —dijo con voz profunda. —Arriesgamos mucho más de lo que percibimos.

—Tienes una gran capacidad para convencer, Pericles, y también dispones de las herramientas necesarias para persuadir a los ciudadanos sobre este tema. En lo que has argumentado reside no uno sino los dos aspectos que justifican tus actos; la muerte de los atenienses y el derecho que la polis ostenta frente a las demás. Quién va a oponerse a percibir limosna frente a la sangre de sus hijos, ¿tus oponentes? Si es así, deja que públicamente lo expongan y menosprecien la vida de los caídos en batalla.

Pericles sonrió ampliamente mientras sujetaba el puño sobre sus labios.

—Puede salir mal si no soy capaz de convencer a una amplia mayoría.

—No necesitas a muchos, sólo alterar a cada uno de ellos agitando sus ánimos. Si lo que te preocupa es que te muestren como alguien que ambiciona un dinero que no le pertenece, revierte la situación para parecer lo contrario. Sus argumentos perderán fuerza.

Pericles la admiraba. Sabía que su capacidad para analizar situaciones complejas era una de sus muchas habilidades. Hallar una mujer a la que amar con esa intensidad era un presente al alcance de muy pocos, pero si ésta además era una compañera capaz de entender sus dudas, seguir sus pasos o valorar con discreción su

trabajo, entonces no sólo era un presente sino una bendición de los dioses.

—He hecho que nos pongan la cena en el jardín. —dijo Pericles. —Ven y seguimos con la conversación fuera.

Los esposos se dirigieron hacia los escalones que llevaban al exterior. Las luces tenues de los pebeteros habían creado un ambiente recogido e íntimo. Sobre la mesa ya se hallaba una cena ligera acompañada de una lagena de vino ático.

—Estos últimos días te he tenido demasiado abandonada, Aspasia. —Pericles cubrió cariñosamente los hombros de su esposa con un manto.

—No me tienes abandonada ni lo siento de esa forma. Te debes a tus obligaciones y de la misma forma que tú me emplazaste a seguir trabajando sin cambiar mi vida, es de justicia que sea igual de generosa contigo.

Pericles se sentó junto a ella y vertió el vino en ambas copa.

—Está bastante rebajado. No sufrirás las visiones de Dionisos. Por cierto, sé que has dejado momentáneamente tus clases y tampoco has vuelto al ágora. Anaxágoras te echa de menos y parece ser que tu amigo Sócrates también. —dijo con ironía.

—No sabía si ahora en mi condición era apropiado seguir. Desconozco los comentarios de Atenas ahora que vivimos juntos y si me presento en el ágora igual te pongo en una situación incómoda.

—No quiero que estés en esta casa recluida como un gorrión enjaulado. Debes seguir haciendo lo que hacías, ya te dije que no iba a condicionar lo que te ha costado tanto conseguir. Has renunciado a demasiadas cosas para estar a mi lado, además en poco tiempo deberemos abrir la casa a las visitas y se acercan las Tesmoforias.

—Pericles, yo no puedo asistir a las Tesmoforias. Sabes que es exclusivo para mujeres casadas legalmente con ciudadanos atenienses.

—Nadie va a cuestionar tu asistencia. Ve con tu hermana, yo me encargaré del pago y de que te acompañen otras mujeres de mi demo. —hizo un silencio al ver la decepción en la cara de Aspasia. —No voy a esconderte. Van a verte no una sino muchas veces hasta que se acostumbren a tu presencia.

—Está bien. —respondió Aspasia mientras bebía un sorbo generoso de vino.

—¿Decepcionada?, ¿quizás arrepentida? —preguntó temerosamente el estratega.

—Jamás. Sólo es cuestión de adaptarse a la nueva condición. —respondió la joven con una sonrisa tímida.

—¡Quién sabe si Deméter nos premiará con un hijo!

—¿Por eso quieres que asista a las Tesmoforias? —preguntó la milesia mientras Pericles sonreía encantadoramente.

—Me encantaría, Aspasia. No sólo tenerte como mi esposa sino ser obsequiado con un hijo salido de tus carnes. Pero, esa es otra cuestión que abordaremos cuando llegue el momento.

—Pericles, ¿puedo preguntarte algo? —el estadista asintió. —Los planos que vi en tu cuarto, ¿son los que se desarrollarán en la Acrópolis si lo aprueba la Asamblea?

—Así es.

—Creo que no he visto nada parecido, es abrumador en cierta manera. —Aspasia miró reflexivamente el paisaje que iba oscureciendo frente a ella. —Si Atenas consigue levantarse del desastre persa con esa fuerza debería ser equiparable en todas sus vertientes.

Pericles sonrió. La elegancia de su regio rostro hizo estremecer por un momento a la maestra.

—Mis obsesiones nacen de la justicia. Creo firmemente que la reconstrucción de Atenas debe ser inspiradora, pero no sólo en la arquitectura sino en la capacitación de su política, en su fortaleza naval como eje diferenciador y en el reconocimiento del pensamiento como fundamentos de Estado. De poco sirve gozar de uno de estos aspectos sin sustentarse en el otro. Belleza, virtud, fuerza y pensamiento.

Aspasia miró con admiración a Pericles. No había conocido a nadie con una percepción tan visionaria sobre los fundamentos de una sociedad idealizada y que además, hubiera sido capaz de ostentar el poder únicamente para llevarlos a cabo.

—Eres el hombre más honesto que he conocido jamás. Ojalá los ciudadanos que lideras sean capaces de ver en ti la mitad de lo que yo veo. —hizo un silencio. —Hagámoslo juntos. —aseveró Aspasia mientras cogía la mano de Pericles con fuerza. —No sé si llegaré a ser lo que mereces, pero te prometo que voy a mover montañas si es necesario, para hacer de esta casa el centro de pensamiento y cultura más importante del Ática. Volveré a mis clases y asistiré al ágora mientras tú atiendes tus compromisos políticos, convenceré a quien sea necesario para que difundan las bondades de Atenas, para que artistas, creadores y filósofos vengan de todos los rincones y hallen en esta ciudad un lugar de inspiración, para que la conviertan en el epicentro del mundo conocido. Estaré a tu lado para hacer realidad este sueño mientras nos lo permitan.

Pericles encendió la mirada hacia su compañera. Aspasia era mucho más de lo que demandaba en una esposa, sabía interpretar sus pensamientos con la lucidez de quienes están predestinados a ser uno. De entre las millones de mujeres que cubrían esta tierra parecía estar moldeada intencionadamente para encajar con precisión en su mundo. Amarla con esa fuerza le dañaba

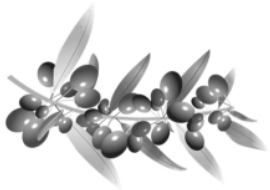
el alma y sólo pensar en perderla, le condenaba a padecer la mayor de las tragedias escritas por el hombre.

Cogió a su esposa en brazos para llevársela al cuarto donde la amaría hasta consumirla. Ambos, rendidos al otro en una necesidad casi vital, sucumbieron a la pasión de besarse hasta enrojecer sus labios, hasta dañar por la presión ejercida fruto de un fuego incontrolado, la piel de su amante.

—Te amo, Aspasia. —gimió en un susurro.

—Te pertenezco, Pericles.

Recelos



Aspasia cumplió con la promesa dada. Los amantes llegaban juntos cada amanecer al ágora para ejercer sus obligaciones por separado. Pericles parecía obviar la buena costumbre de no mostrar públicamente el afecto hacia su esposa, colmándole de besos de despedida ante la mirada atónita de cualquier ciudadano ateniense.

—Nos miran, Pericles. —decía Aspasia mientras se separaba de sus labios.

—Muy bien, eso significa que tienen ojos. —respondía mientras miraba cálidamente a la mujer.

—Susurrarán a nuestras espaldas.

—Lo harán igualmente así que démosles un motivo para hacerlo.

Aspasia era inmensamente feliz a su lado. En cuanto pudo deshacerse del embrujo de Pericles, bajó la escalinata para colocarse junto a Protágoras y vertió en la vasija un generoso pago por asistir a sus clases. Todos los hombres que quedaban frente a él, guardaron silencio. La mujer se giró para ubicar a Sócrates entre ellos, hallándolo en un espacio apartado.

—¿Puedo sentarme a tu lado o prefieres que me aleje? —preguntó la maestra.

—Ahora que tu condición es diferente a ojos de los demás, debería ser yo quien te hiciera esa misma pregunta.

—Sócrates, eres lo único que temo perder de mi vida anterior, no me prives de tu amistad ni ahora ni nunca. No soportaría que me miraras de diferente forma ni que cambiaras tu ánimo al decirme la verdad con la que siempre me has premiado. Necesito tenerte a mi lado ahora más si cabe.

El hombre la contempló con un inmenso afecto que apenas lograba disimular. La percibía diferente. Su rostro reflejaba los estragos de una felicidad plena que le mutilaba por dentro.

—Cuando me hablaste de la idoneidad de hallar la felicidad incluso dañando a los tuyos, jamás pensé que el final de ese camino angosto que tanto te torturaba, tuviera nombre y que ese fuera el del político que nos comanda. ¿Vale la pena las vistas en lo más alto del acantilado?

—Es el más bello paisaje que mis ojos han contemplado. —dijo con una sonrisa.

Escucharon durante horas a Protágoras pronunciando sus innovadoras sentencias sobre el papel del hombre como medida de cuanto le rodea, de la percepción de la verdad basada en lo que de forma individual y colectiva le atañe a cada uno bajo su propia visión. En cuanto Protágoras finalizó, Sócrates acompañó a Aspasia hasta el aula donde había dado clases. Ciriaco seguía a la mujer caminando varios pies por detrás de ambos para no interferir en la conversación y garantizar su protección. Hombres y mujeres contemplaban de manera diferente a Aspasia, algunos con indiferencia, otros con la pleitesía por el cargo ostentado por Pericles.

—Sócrates, sabes que siento no sólo afecto sino una admiración profunda por ti. Pericles tiene en mente una nueva concepción de Atenas, un modelo de ciudad que sobresalga en diferentes disciplinas. Durante años hemos estudiado la idoneidad de plasmar

en sociedad lo que nuestras mentes han discurrido como simples ideas, hemos soñado con que el conocimiento forme parte del estado indisolublemente. Creo que de entre los muchos pensadores que abarrotan el ágora; eres el más sabio, honesto y noble, así me lo has demostrado siempre.

—Pones sobre mis espaldas expectativas demasiado inalcanzables que tienen que ver más con tu percepción que con la realidad. —respondió humildemente mientras cruzaba los brazos sobre sus espaldas.

—No sé si estás en posesión de la verdad, pero sí sé que el camino por el que discurres para llegar hasta ella no está motivado por la codicia, la ambición o el poder, sino por alcanzar el conocimiento único que nos haga mejores. —dijo con plena convicción. —Necesito apelar al afecto que presupongo que me tienes para que me ayudes a llevarlo a cabo.

—Explícate.

—Tengo la intención de abrir la villa a pensadores, artistas, escultores, músicos, arquitectos o poetas. Que esas paredes constituyan un nuevo modelo basado en las emociones, la creatividad, el pensamiento crítico o la innovación, y sólo será posible si tú también estás en él. Muchos recelarán y declinarán las invitaciones si saben que es mi mano quien las escribe, por eso, sabiendo que gozas del respeto de muchos de ellos y que confiarán en tu buen juicio, te ruego que les convenzas cuando muestren sus dudas, de que te acompañen y que vean en mí no a una extranjera, sino a la anfitriona de Pericles. Yo me ocuparé de que hallen en mi hogar el oasis del sediento, la isla de Antemoesa donde las sirenas cantan a los mortales para que jamás se vayan.

—Pericles ha ganado una inmensa fortuna teniéndote a su lado, más de la que él cree. —hizo un silencio reflexivo. —No existe motivo para que renuncie a tu petición, pues con ello no sería ni buen amigo ni buen ciudadano. Haré lo que me pides aunque no puedo garantizarte el éxito de esta empresa.

—No hay nadie que sucumba a tus preguntas tendenciosas. —dijo Aspasia con una sonrisa.

—Querida amiga, mis preguntas son los fundamentos que constatan mi ignorancia, no mi inteligencia.

—Sé que algún día otros verán lo que yo veo con claridad.

—Ten cuidado, Aspasia. La ignorancia lleva a cometer actos atroces que obnubilan cualquier sentido de la contención y el deber.

—No temo nada, Sócrates. No, si permaneces a mi lado.

Aspasia llegó a la casa de Alcibíades para visitar a los suyos. Sus sobrinos se abalanzaron a las piernas buscando captar su atención, colmándola de abrazos cálidos que disfrutó durante horas. La mujer les había comprado pequeños animales de terracota para que jugaran mientras se deleitaba con la compañía de su hermana.

—Estás radiante. —dijo Arete mientras se sentaba junto a ella.

—Soy feliz, muy feliz.

—Padre vendrá más tarde, seguro que pasará a verte por el aula. Se pasa los días en los talleres provisionales que hay en las faldas de la Acrópolis. Tiene las manos llenas de llagas y no hay manera que me deje hacerle curas.

—Padre no cambia. —dijo con una amplia sonrisa. —Por cierto Arete, Pericles quiere que vaya a las Tesmoforias. Ya le he dicho que no es muy apropiado, pero ha insistido.

—No tienes de qué preocuparte. Nadie va a contravenir lo que él diga. Posiblemente nos encontremos con Luana.

—Supe que dio a luz a un niño sano y precioso. Pericles le envió una nota de felicitación y le hice llegar una cesta con regalos. Me alegrará volver a verla. —dijo la pensadora con estima.

—Luana ya ha olvidado su origen, Aspasia. Poco queda de aquella niña con la que jugábamos en las calles de Mileto. Se ha integrado

perfectamente en el círculo social de Higinio, incluso me atrevería a decir que lidera a las mujeres con las que se relaciona.

—Tiene una magnífica habilidad para entablar lazos. —respondió Aspasia.

—Supongo. —respondió Arete con parquedad. —Ahora debes ser cautelosa, hermana, y desconfiar de quienes te adulen. Temo más a quienes busquen acercarse a ti por interés que los que públicamente te desprecian.

—Me encanta como sigues protegiéndome. —respondió Aspasia. —Lamentablemente, ahora todo lo que me rodea queda fuera de nuestro alcance. Abrazo mi destino sin temor, Arete, sea el que sea.

La celebración de las Tesmoforias, exclusiva para las mujeres, dio inicio con la ascensión al Templo de Deméter en la ladera norte de la Acrópolis. Todas ellas levantaron un campamento provisional para poder dormir junto a sus dominios, amparadas por la sombra de los olivos que quedaban adosados al ádyton donde se custodiaban los objetos ceremoniales. Aspasia sabía que muchos de los grupos femeninos no aprobaban su participación, susurrando a sus espaldas y haciendo corrillos improvisados tras los actos de elección de las supervisoras. Aun así, las mujeres de la demo de Colargos y aquellas que tenían lazos con Pericles, mostraron sus respetos y la acompañaron en los ritos femeninos de fertilidad y ayuno que dieron paso tras la salida del sol.

Tal y como Arete había dicho, Luana, todavía con el abdomen abultado por su reciente parto, mostraba su extrema piedad rodeada de mujeres afines entre las que se encontraba Hipareta, la antigua esposa de Pericles. Sentadas sobre la cama de hojas que garantizaban la fecundidad, susurraban las oraciones que les acercaba a Deméter.

—Me alegra verte aquí, amiga mía. Ya sabemos que algunas no aprobarán tu asistencia, pero yo, conociéndote desde niña, no he cesado en hablar de tus bondades y de hacerles ver a las demás que

Pericles pretende que no seas vista como una cortesana, una apreciación totalmente injustificada.

Arete volvió a tensarse ante el tono de Luana. Aspasia cogió la mano de su hermana antes de que ésta se apresurara a responder.

—Te agradezco, querida amiga, tus esfuerzos. Espero que la diosa me colme con la misma alegría de la que tú ahora gozas tras la llegada de tu primer hijo.

—¡Ojalá! Aunque tu hijo no gozara de los beneficios de ser ciudadano, no me cabe duda que sería un regalo de los dioses para ti y Pericles.

—Así es. Como bien sabes, no hay mayor presente al amor sincero y profundo entre dos almas condenadas a ser una. Seguro que Higinio y tú sentís esa misma intensidad. Nada queda de aquel pueril gesto de tu esposo por buscar mi compañía, pues quedó prendado de tu belleza y carácter en cuanto apareciste ante él. No puedo culparle por tal cosa, pues ¿qué es una amiga sino una hermana con una sangre que no es la suya? Así te veo yo, Luana, no como la alumna de Mileto sino como la amiga que sustenta con su espalda la de su compañera. Tal y como Pericles sentenció a tu esposo, los dioses nos regalan lo que merecemos y ambos, Higinio y tú, no podéis optar a nada mejor.

La mujer asintió con el rostro contraído por la incomodidad. Luana sabía que las palabras de la que había sido su maestra eran flechas envenenadas envueltas en miel. Nada podía reprocharle y aun así, colmaba su alma de un profundo desprecio hacia ella. Había conseguido atrapar al hombre de mayor relevancia de Atenas y aunque a ojos de las demás fuera una simple extranjera que jamás sería contemplada con la dignidad de Hipareta, gozaba de las riquezas de Pericles y de una consideración que ella no tendría.

Todas acudieron al sacrificio de los cerdos que habían sido previamente enterrados. Sus carnes putrefactas obligaban a las

mujeres a cubrir la nariz con los mantos. Las canciones y las oraciones en honor a Deméter se acompañaban del balanceo de las espigas de trigo y las hojas de olivo y laurel que posteriormente lanzaban sobre las piras encendidas. Aquellos tres días de abstinencia y devoción a la diosa, permitieron que algunas mujeres conocieran mejor a Aspasia, disipando sus recelos ante su actitud comedida y austera. No escatimó en afecto por quienes no gozaban de su estatus, mostrándose cercana y respetuosa con las tradiciones que las unían.

—Mi señora, he de decir que agradezco haberla conocido en privado. —dijo Euterpe que ocupaba la misma tienda que la pensadora. —Mi padre fue Temístocles, el héroe ateniense que pagó con el ostracismo y con su propia vida, el desprecio de sus ciudadanos. Conozco bien la sensación de ser considerada una extranjera, mi progenitor debió sucumbir a esa clase de desprecios por el origen de mi abuela, no en vano vivieron en Cinosargo, a las afueras de la ciudad donde se hacinaban los venidos de otros lugares. No seré yo quien pague a Pericles con la misma moneda que él usó, aunque tuviera motivos para tal cosa.

Aspasia cogió la mano de la mujer que ya rondaba la cuarentena.

—Siento oír esas palabras que te dañan igual que a mí. Te ruego que disculpes los errores cometidos y agradezco profundamente la generosidad que muestras ahora conmigo.

La mujer salió de entre las cortinas para dejar intimidad a Aspasia y a su hermana.

—¿A qué juega Luana? —preguntó Arete profundamente molesta.

—No deberías darle importancia a sus palabras. Eso es lo que busca y si sucumbes, te contagiará con su veneno.

—Lo sé, pero cada vez que nos vemos aprovecha para socavar tu reputación.

—Arete, hay muchas Luanas en esta ciudad. Ella juega con ventaja porque nos conoce, pero no le voy a dar un solo motivo públicamente para que me irrite con sus comentarios. Ahora no pienso sólo en mí, sino en la repercusión que mis palabras tienen sobre Pericles y sobre vosotros.

—Sé que no necesitas ayuda. He disfrutado mucho con tu respuesta. —dijo con una sonrisa.

—De algo debe servir tanto tiempo de estudio. —respondió divertida.

Pericles recibió a Aspasia en la puerta. Sonreía apoyado sobre el muro, satisfecho con una vuelta que le había parecido eterna a pesar de que les separaban escasos pies desde el ágora.

—Dime, ¿ha ido todo bien?

—Mucho mejor de lo que pensaba, pero sabes que no puedo contarte nada. —respondió Aspasia mientras le rodeaba el cuello con sus brazos.

—¿Ha acabado ya la privación de yacer con mi esposa? La diosa no puede condenarme a esta abstinencia durante más tiempo.

—Compruébalo tú mismo.

Aspasia cogió a Pericles de la mano y lo llevó hasta el cuarto. Cerró la puerta y lo empujó hacia el lecho desprendiéndose de la ropa que cubría su cuerpo para mostrarse con la desnudez que sabía lo enajenaba por completo. A pesar de que la atrajo hacia él de forma abrupta, la mujer lo apartó con una sonrisa sensual y descarada. Se colocó a horcajadas dejando los senos cercanos a sus labios, retirándose de su cercanía para encender una pasión que apenas ya podía controlar. Aspasia estiró el torso de Pericles para que percibiera el contorneo sinuoso de las caderas, para que sucumbiera al poder del movimiento dominado de su esposa. Los gemidos de ambos se escuchaban al otro lado del patio, sin privación que entorpeciera el dulce sonido del placer. Proferían

libremente sus jadeos que despertaban nuevamente la satisfacción del otro. Las acometidas del estratega aferrado a su cintura, entrecerraban los ojos de Aspasia, rendida al hombre por el que moriría sin ápice de temor. No se saciaban, ni existía en ellos hartazgo ni cansancio cuando dejaban las palabras y hablaban únicamente a través del lenguaje de sus cuerpos. Pericles se perdió en sus entrañas mientras contemplaba el placer que fruncía el rostro de su esposa, humedecido por el calor y el esfuerzo.

Descansaron perdidos entre sus brazos. Aspasia besó con dulzura el mentón que quedaba oculto entre la densa barba oscura.

—Dime que me amas. —dijo mientras acariciaba con la yema de los dedos el sexo de Pericles para ir subiendo hasta su torso.

—Es mucho más que eso, me quedaría corto si sólo te pronunciara esas palabras. —respondió meditativo mientras contemplaba la luz que entraba por la ventana.

Besó su cabello dorado aspirando el dulce olor que manaba de su cuerpo.

—He hablado con Sócrates. Sé que me ayudará si finalmente alcanzas tu objetivo. Sería un sueño contar con él en nuestra casa.

—¿Debo preocuparme por esa admiración de mi esposa? —dijo Pericles irónicamente.

—A él lo admiro y lo estimo con toda el alma. A ti te admiro, te amo, te deseo, te necesito y te venero. ¿Hay algo más que quieras de mí si lo tienes todo?

—Lo tengo todo, pero no lo tengo siempre. —dijo nuevamente encendido.

Volvieron a perderse entre miles de besos húmedos, entre roces que alteraban la piel por el simple contacto. Pericles sabía que en Aspasia se hallaba la única debilidad capaz de alterarlo todo, de quebrar el mundo con un chasquido de sus dedos.

Quedaban pocos días para la reunión en la Asamblea. La joven se había pasado las horas manchando sus falanges con la tinta que quedaba fijada tras las correcciones hechas en el discurso de Pericles. En ocasiones se quedaba profundamente dormida hasta que la llama de la lamparilla se desvanecía. El estratega dominaba hábilmente el poder que infunden las palabras, pero mostraba demasiada fuerza por un exceso de convicción en el discurso. Enaltecía las bondades de sus objetivos, pero a oídos de cualquiera parecería, sin serlo, más una orden que una petición de apoyo a su causa. Finalmente, extendió el rollo sobre la mesa de la sala de recepción donde trabajaba su esposo.

—Léelo y asimílalo como si tragaras saliva. —dijo Aspasia.

—¿Has hecho muchas correcciones? —preguntó Pericles.

—No en cuanto la forma porque sabes muy bien qué expresiones usar en cada momento, se leen las pausas y la fuerza de tus convicciones, pero he añadido algo más que necesito que autorices. Si crees que no es apropiado, tengo una copia sin esas líneas.

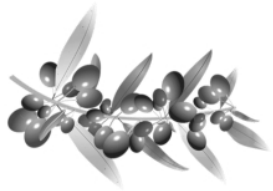
Pericles desenrolló el pergamino para comenzar a leerlo en completo silencio. Se levantó del asiento para caminar sobre la estancia mientras ésta contemplaba a contraluz el cuerpo de su esposo. Lo admiraba. En ocasiones entraba en el cuarto de armas de Pericles donde guardaba con celo las corazas que usaba en tiempos de guerra, algunas heredadas de su familia. Aspasia seguía con la yema de los dedos el contorno redondeado del bronce que simulaba la musculatura de su cuerpo. Los escudos colgaban de un saliente anclado en la pared, algunos preservaban las rozaduras de la lucha sobre la cabeza de león pintada en dorado. El fondo rojo quedaba enmarcado por la cenefa negra de sinuosas olas. Oraba a los dioses para que éste no debiera ser jamás usado de nuevo, pero si el destino le emplazaba a comandar a los hoplitas atenienses, que fuera para ensalzar su gloria y no perecer en el mar.

Pericles se giró con una amplia sonrisa, sacándola de la ensoñación en la que se perdía.

—Si sale mal me arruinaré, querida.

—Pues viviremos al raso, con el cielo como techo y un manto de hojas para sostener nuestros pies.

El discurso



Pericles iba acompañado de un nutrido grupo de hombres de su confianza. Alcanzó la colina donde se agolpaban los ciudadanos que se apoyaban sobre las encinas que salpicaban el camino. Muchos de ellos discutían acaloradamente sobre el tema que iban a votar aquella misma mañana, algunos incluso se gritaban desde la distancia sacudiendo los brazos y apuntándose con el dedo. Pericles sabía que aquel cerro acabaría atestado de ciudadanos libres, fueran jóvenes o ancianos. Algunos temas abordados desde la Asamblea causaban poco interés, pero la lucha entre las facciones de Tucídides y Pericles se adivinaba en esta ocasión, cruenta, irónica y atractiva.

Al llegar a lo más alto de la planicie se contaban por centenares. Muchos habían querido posicionarse cercanos a la escalinata central que quedaba junto a la tribuna que se abría a la explanada. Se amontonaban sobre los extremos o se encaramaban a los salientes de las rocas con la esperanza de obtener una mejor visión.

Tras los rezos frente al altar de Zeus, Tucídides y los suyos mandaron callar al gentío a mano alzada. El político, ataviado con una elegante túnica de lino, agarró el pliegue de su himatión que

quedaba unido a una fíbula dorada. Había ordenado que todos aquellos aristócratas que le eran fieles, se colocaran juntos para que sus aclamaciones coordinadas sonaran como una potente aprobación a su discurso. Tucídides, acostumbrado al enfrentamiento con Pericles, pronunció el suyo apelando a la virtud de la política, a la contención del gasto público, pero sobre todo a la honradez que se le debía presuponer a quien comandaba los designios de Atenas.

"…Pues qué nos queda, ciudadanos de Atenas, si no podemos hallar en Pericles la confianza que se exige al político honesto, qué nos queda si su palabra carece de valor a ojos de nuestros aliados que tal y como se les encomienda, pagan sus tributos a pesar de que muchos apenas tienen dispendio para llenar los estómagos de los suyos. ¿Es acaso justificable que Atenas expropie los bienes comunes para cubrir de oro nuestros templos? ¿Qué argumentos podemos ofrecer a nuestras colonias que acrediten tal pillaje? Ni los bárbaros que asolan con fuego las ciudades son peores que éste que nos comanda, pues no sólo le motiva el orgullo sino la avaricia de un espíritu ambicioso. ¿Estáis dispuestos a verter la sangre de vuestros hermanos por la enajenación de un solo hombre?"

Los vítores se escuchaban a uno y otro lado. Tucídides, satisfecho, se apartó del centro dejando espacio a su oponente. La gran mayoría de ciudadanos libres le ovacionaban, algo que no dejó indiferente a Pericles que lentamente fue acercándose a la escalinata. Guardaron silencio mientras éste contemplaba la luz de la mañana sobre la planicie de la Acrópolis que quedaba frente a él, parecía ausente de los miles de hombres que esperaban su réplica. Poco a poco el griterío fue disminuyendo hasta que fue capaz de escuchar los gorriones que sobrevolaban las encinas.

Pericles se había vestido austeramente. Pretendía infundir confianza y contención obviando cualquier tipo de lujo. Sabía que mostrarse como un hombre rico no haría más que justificar los postulados pronunciados por Tucídides y lo que menos pretendía, era parecer lo que jamás fue. La potente voz del estadista irrumpió con fuerza entre el silencio de la multitud.

"A Atenas he consagrado mi vida. Fuisteis vosotros quienes honrasteis tal sacrificio con la mayor gratificación que un hombre puede percibir, la de comandar a los ciudadanos por los que daría la última gota de su sangre y la de gobernar la ciudad que le vio nacer. Creedme que no hay mayor honor que el de liderar a mi pueblo ni responsabilidad más pesada que portar sobre los hombros el rumor incesante del recuerdo a los muertos que perecen bajo las órdenes que uno mismo aclama. No os lo deseo, atenienses. No os deseo ese mal que ensordece al gobernante y que únicamente permite escuchar los sollozos de las madres que perdieron sus hijos, o los lamentos de los hijos que entierran a sus padres bajo la arena que sustenta sus pies.

Me acusa Tucídides de aquello por lo que sus mentores fueron condenados, la ambición desmedida de unos cuantos afortunados nacidos de familias prósperas como la mía. Intenta ensombrecer mi cometido igualándome a los suyos como si tal deshonor fuera posible. ¿Cuántos de los que estáis hoy levantando el polvo de esta colina disponíais del derecho a decidir libremente sobre los asuntos de estado?, ¿cuántos percibisteis anteriormente pago por acudir a los juicios celebrados en la Heliea? Os querían mudos y sordos, atenienses, que únicamente ellos pudieran decidir sobre el destino de esta ciudad y sobre la libertad que recae por derecho sobre vuestras cabezas. Era conocedor que podía perecer por la traición de sus espadas como cayó Efialtés y aun así, antepuse el derecho de cualquier hombre libre al miedo por no ostentar un poder que jamás me perteneció pues siempre fue vuestro.

Que no os engañen, ciudadanos. No es mi supuesta ambición lo que les nubla y atemoriza, sino la libertad depositada en vuestras manos para decidir la Atenas que merecemos. La quieren sometida y temerosa, equiparable a como ellos se muestran ante vosotros, en un infame cometido político rebosante de injurias.

Yo no quiero a esta gran ciudad arrodillada ante sus oponentes ni cobarde ante lo que le pertenece por derecho. Contemplad con orgullo la colina que se levanta tras vosotros.

Contemplad con el corazón encogido el hollín entre las vigas que aún cubre nuestros ancestrales templos. ¿Cuántos perecieron por salvaguardar la morada de nuestros dioses?, ¿cuántos defendieron con su sangre la equidad que hemos ideado para diferenciarnos de las bestias? ¿No es mi deber, acaso, ofrecer a los que yacen bajo tierra el orgullo de ver su sagrada cima cubierta de la gloria de la que a ellos se les privó en batalla?

No derramaron su sangre para ver su polis cuarteada y sumisa.

Habla Tucídides de la incomodidad de nuestros aliados. No he visto tal desagrado en sus rostros cuando sus delegaciones arriban a nuestras costas para suplicar entre lágrimas nuestra flota y nuestros soldados. Jamás sus gobernantes se contuvieron de demandar nuestra sangre para que fuera vertida sobre sus tierras. ¿Se apiadan éstos de los mutilados atenienses?, ¿son ellos quienes cubren con sus naves el azul del mar que les rodea?, ¿acaso no les hemos liberado del yugo enemigo a costa de nuestras propias vidas lejos de la patria? ¿Osa aclamar públicamente y ante vosotros, Tucídides, que la sangre de los atenienses carece de valor? ¿Cuánto hemos gastado en la construcción de nuestros navíos de guerra?, ¿cuánto hemos dejado de percibir por no poder arar nuestros campos tras la partida a otras ciudades?

Tucídides os pide sumisión sin pago. Os emplaza a olvidar a los caídos, a sucumbir por el miedo. Esa no es la Atenas que comando y aunque no puedo obligaros a seguirme en este justo cometido, sí dispongo de la voluntad de llevarlo a cabo pese a quien pese. Venderé todo cuanto dispongo para levantar de nuevo el Templo de Atenea, lapidaré la fortuna de mis antepasados para pagar cada estatua, dintel o columna que sobresalga de la sagrada Acrópolis, y junto a cada piedra o incluso grabado en bronce sobre los frontones de cada templo, aparecerá el nombre de Pericles como el benefactor que lo llevó a cabo pese a la oposición de los suyos, pese a la cobardía de Tucídides y aquellos que le apoyaron.

¿No queréis honrar a los Dioses? Yo lo haré, ¿No queréis que esta ciudad resurja de sus cenizas fortalecida y grandiosa? Yo lo haré por vosotros. Pero recordad, los hombres que llegarán tras nuestro fútil paso por esta tierra, colmarán sus labios con palabras que honren mi obra y de igual forma, no os quepa duda, rechazarán los actos de mis oponentes pues no existe gloria para el que vive arrodillado y servicial ante quienes contrariamente deberían honrarles.

Mi nombre quedará en un recuerdo perpetuo y eterno mientras los de mis opositores se perderán con la fuerza de un susurro. No es eso lo que yo deseo para mis conciudadanos, pues como veis no dispongo de la ambición que Tucídides ha presupuesto en sus ofensas hacia mí, ni ansío veros arrastrados por la corriente maliciosa de sus palabras vacías. Mi rival se balancea agitado por la fuerza de la codicia y el resentimiento, siendo capaz de menoscabar el beneficio de todo un pueblo si con ello alcanza su propia gloria. Ahora que habéis escuchado la incontestable y única verdad, decidme; ¿es eso lo que vosotros ansiáis, atenienses?

La multitud estalló en centenares de gritos ensordecedores. Negaban con la cabeza y levantaban sus manos para unirse a un único alarido general que resonaba en lo alto de la colina, incluso aquellos que instantes antes se habían posicionado del bando de Tucídides, ahora hacían brotar la saliva de sus bocas fruto de la indignación. Los hijos de Pericles, colocados en primera línea, alentaban con ímpetu al resto de aliados que empezaban a empujarse para acercarse hasta la posición del estadista. Tucídides asumió con resignación, que a pesar de sus intentos de presentarlo como un usurpador a la causa, éste había neutralizado sus intenciones en apenas unas pocas palabras y no satisfecho con eso, ahora se le consideraba el más pródigo de los hijos de Atenas, dispuesto a pagar con sus propios bienes lo que debía sufragarse desde el Estado.

Las votaciones fueron un mero trámite. La Asamblea de ciudadanos libres había aprobado con una mayoría que superaba

ampliamente los dos tercios, pagar con el dinero atesorado por la confederación de Delos, los gastos derivados de la rehabilitación de la Acrópolis.

Pericles, rodeado de los suyos, descendió la escalinata para recorrer la pendiente que le devolvería a su hogar. Saludó efusivamente a quienes buscaban su contacto, mostrándose agradecido y orgulloso de una de las jornadas más decisivas de su carrera política, asiendo las manos que se abrían entre las cabezas de los aliados que contenían a la muchedumbre.

—¡Celebremos este día! —dijo a la comitiva —Venid a mi casa que es la vuestra y bebamos juntos, pues hoy nace una nueva Atenas.

Los aristócratas de la demo de Pericles, algunos familiares y sus propios hijos, llegaron a las puertas de su villa entre exclamaciones de júbilo. Aspasia permanecía de pie junto a la puerta con una dulce sonrisa que elevaba sus pómulos. Se apresuró a dar órdenes al servicio para que el andrón se llenara de comida y bebida en abundancia.

Jantipo y Páralo, los jóvenes hijos del político, no se mostraron descorteses con Aspasia. La admiración por su padre suplía las desavenencias que sus acciones pudieran despertar en ambos y la filósofa, conocedora del profundo amor de Pericles por éstos, quería que esa unión permaneciera inalterable.

Los festejos se alargaron hasta el anochecer, llenando ahora con las conversaciones distendidas el jardín de la villa. Aspasia había ocupado un discreto lugar junto a la vid que crecía adosada al muro de la fachada, contemplando con satisfacción la alegría de su compañero. Se mantuvo silenciosa.

—Ha sido uno de tus mejores discursos, Pericles. —dijo Clinias, el hijo de Alcibíades con su primera esposa.

—Estoy de acuerdo. —contestó esbozando una amplia sonrisa mientras contemplaba su copa.

—Pensé por un momento que Tucídides se saldría con la suya. ¿Habéis visto la cara que se le ha quedado cuando ha visto como hasta algunos de los suyos te han vitoreado? De poco le ha servido sentar a sus aliados juntos para parecer que le apoyaban en mayor número.

—Tucídides no tiene visión de futuro y además es cobarde, muy cobarde. —puntualizó Pericles. —Incluso se ha atrevido a acusar a Anaxágoras públicamente de no creer en los dioses y de colaborar con los persas. Se ha de ser muy mezquino para tal cosa. Todos sabemos que no es un ataque a Anaxágoras sino a mí mismo y creedme cuando os digo, que sus mentiras no van a quedar sin pago. No hace política sólo obstaculiza a la ciudad que debería servir.

—Las ratas o huyen despavoridas o atacan, Pericles, y eso es lo que hace Tucídides, pero hoy no creo que duerma, hoy se le ha quedado tan pequeña que en cuanto vaya a orinar va a necesitar que la golpeen con una vara. —el resto de hombres carcajeaban distendidos.

—Cuando hoy hablabas de los muertos, recordé a mi padre. —dijo emocionado el hijo de uno de los caídos en el asedio contra los persas en Egipto. —Habría estado muy orgulloso de tus palabras recordando a los que cayeron en batalla y que muchos parecen olvidar con gran facilidad.

—Tu padre fue un militar heroico y un político honesto. Estaría más orgulloso del hombre en el que se ha convertido su hijo que de mi discurso en la Asamblea hoy. —dijo Pericles con estima.

—Nos has conmovido. Los que no tienen una lápida donde llorar a sus muertos, quedan devastados de por vida. Es como si jamás hubieran existido. Así que escuchar la fuerza de tus palabras defendiendo el honor de los caídos, ha sido un regalo emocionado. He visto lágrimas en muchos hombres esta mañana en la colina.

Alcibíades se había sentado en el saliente junto a Aspasia.

—Ese discurso llevaba tu firma. No es difícil verlo. —dijo con una sonrisa.

—Sólo le ayudé a perfilarlo, nada más. —respondió mientras miraba a los hombres que ocupaban el jardín.

—Entiendo. —respondió en actitud irónica. —Me alegro que Pericles esté a tu lado. —hizo un silencio. —No obstante, debes ser cautelosa, Aspasia, sus opositores van a utilizar todas las armas a su alcance para hundirlo tras su victoria de hoy, y tú entras dentro de esa diana de la misma manera que Anaxágoras.

—Lo sé, Alcibíades. No temo por mí sino por el efecto que pueda causar en él. No obstante, no puedo vivir pensando en los actos que lleven a cabo los demás, únicamente me queda hacer lo que considero que puede serle de provecho y esperar. —Aspasia hizo un silencio mientras contemplaba a Pericles arrugar su expresión por las risas despertadas por sus aliados. —Las mujeres siempre esperamos. Esperamos honrar a nuestra familia, esperamos ser tomadas por un hombre noble, esperamos engendrar hijos y que éstos no mueran, esperamos en silencio vuestra llegada indemnes tras la guerra, esperamos, encogidas por el temor, las noticias desoladoras que nos convierten en jóvenes viudas, esperamos que nuestros hijos no perezcan por la enfermedad o en la batalla. Siempre esperamos. Si te das cuenta, no he hecho ni una sola mención a los deseos de nuestra propia naturaleza ni al miedo de ser nosotras quienes moren bajo las lápidas, porque a diferencia de los hombres que se les exige valentía desde niños, aprendida a fuerza de golpes y disciplina, las mujeres llevan ésta latente bajo la piel. A ellas no se les presupone tal bondad y en cambio, no hallarás fiereza mayor que la de una madre que ve amenazado su hogar. No tienes nada que temer, Alcibíades. Defenderé lo que Pericles significa para mí sin que me amedrante temor alguno.

Los sirvientes permanecían a la luz de las lamparillas recogiendo todo lo que había quedado de la celebración. Pericles y sus hijos se habían quedado en la sala de trabajo, charlando

animadamente mientras éste abrazaba amorosamente a ambos fruto de la emoción contenida durante tantos días. Aspasia se mantenía al margen de esos instantes que sabía eran sólo para ellos, vanagloriándose de la fortuna de tener un esposo que mostrara tal afecto por su propia sangre. Aún no le había dicho nada de la ausencia de los menstruos que tenía desde hacía un par de meses ni de las náuseas que padecía al amanecer. Ahora temía por el hijo que nacía en sus entrañas y en la situación en la que éste se hallaría aunque su padre fuera el mismo estratega de Atenas.

Aquella noche Pericles abrazó a su esposa con fuerza. Besó su cabello entrecerrando los párpados por la intensidad de una pasión que le consumía por dentro.

—Tengo algo que decirte. —dijo la joven mientras se sentaba sobre el lecho.

—¿Pasa algo? —preguntó con preocupación mientras Aspasia elevaba su mirada hacia él.

—Estoy encinta, Pericles. —la expresión de ésta afianzó el convencimiento del político que permanecía inmóvil.

Los ojos se le nublaron por las lágrimas. El hombre que unas horas antes había pronunciado uno de los discursos más importantes de su carrera política, apenas podía articular una sola palabra. Se arrodilló ante ella besando sus manos y abrazando el contorno de su cintura en un intento de percibir el latido del que sería su tercer hijo.

—Lo amaré con todas mis fuerzas. No dejas de ofrecerme una dicha que igual ni merezco.

Aspasia acarició el pelo rizado del hombre que amaba, apoyando tras ello sus mejillas sobre su cabeza.

—Ojalá los dioses nos premien con un varón. —dijo convencida de sus palabras.

—No me importaría tener una pequeña correteando por esta villa, pero espero que al menos sea de tu talento y belleza. —dijo con una sonrisa que Aspasia emuló.

La filósofa cayó en un profundo sueño. Su cuerpo la mantenía aletargada por momentos y no era extraño encontrarla durmiendo sobre los papiros en la sala de estudio. Sócrates apreciaba el cambio en ella pues bostezaba durante las clases y su mirada se quedaba ausente. A pesar de su estado, la mujer atendía su trabajo diario y por las tardes seguía con las alumnas cada vez en mayor número.

Pericles no podía conciliar el sueño. Se sentó en el lateral del lecho contemplando la luz de la luna que se colaba por la ventana. Las ramas de olivo oscilaban levemente por la brisa de la noche. Desentumeció los músculos de la cara con las manos en un intento de poner orden a los pensamientos que se agolpaban en su cabeza.

—¿Qué te preocupa tanto que no te deja dormir? —dijo en apenas un susurro la mujer a la que tanto amaba.

El hombre contempló los senos de su esposa que habían quedado bañados por la penumbra. Acarició su contorno con la expresión regia.

—Hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida. Y en parte ambas cosas te las debo a ti.

Aspasia cubrió las espaldas de su esposo con su cuerpo. Adoraba percibir la rugosidad de las marcas que había dejado en él la guerra, y alimentarse del calor que manaba de su piel. Tenerlo sólo para ella era despertar un deseo irrefrenable. Besó dulcemente su ancho cuello mientras los mechones dorados que caían sobre el pecho, cosquilleaban el torso de Pericles.

—Crees que me debes algo, pero no me debes nada. Soy tu compañera para siempre.

El hombre agarró el brazo trayéndola hacia el frente. La acurrucó entre su desnudez observando los ojos oscuros que le miraban encendidos.

—Los dioses me han castigado. —dijo Pericles mientras Aspasia acariciaba su mentón cubierto de una densa barba.

—Los dioses te aman como yo.

—Sabes que si tenemos un hijo varón jamás será considerado ciudadano de Atenas por mi culpa. El hijo de quien comanda esta ciudad será visto como un meteco sin posibilidad de tomar el camino que precedió su padre. Contemplará a sus hermanos ejercer mientras a él no le permiten asistir a las Asambleas. Es un castigo, Aspasia, un castigo al que he condenado a mi propio hijo y que me consume por dentro. Me mirará con desprecio y no podré reprocharle nada. —acarició el bajo vientre de su mujer con una estima infinita.

—Deja que la vida construya lo que queda por venir, Pericles. No podemos asegurar que el sol salga este amanecer ni debemos apresurarnos a dibujar un destino que desconocemos. Si es un varón lo que llevo en mis entrañas, gozará del amor de su familia y procuraremos que sea el más honesto de los hombres emulando a su padre. ¿No debería ser eso lo único que importe?

Pericles encendido por la pasión se rindió al sexo relajado y tranquilo de su esposa. Apenas podía contener un pecho encogido por una emoción intensa y contradictoria. A pesar de las palabras de Aspasia, no podía perdonarse maldiciendo una y otra vez el fatídico día que aprobó la ley que condenaba a su propio hijo.

Las noticias del embarazo de la compañera de Pericles, causaron revuelo en la sociedad ateniense. No tardó demasiado en convertirse en el corrillo malintencionado de los banquetes de aristócratas que veían en su estado un motivo para hundir la reputación del estadista. A pesar de todo ello, la mujer permanecía ajena a los comentarios, feliz de comprobar que el fruto que portaba

en sus carnes evolucionaba como debía. Aspasia visitaba a su hermana y a su padre con asiduidad para hallar el calor de su sangre. Arete acariciaba con infinito amor la leve ondulación del abdomen.

—Será un niño. —decía emocionada. —En esta familia hacemos varones, Aspasia. Por cierto, te he tejido un cojín para que lo coloques en la cama, te ayudará a dormir de lado y a conciliar mejor el sueño.

—Gracias, Arete. Siempre has tenido unas manos envidiables para tejer. Yo soy incapaz. —dijo Aspasia con una sonrisa.

—Cuando llegue el momento estaré a tu lado, lo sabes ¿verdad? No tienes nada que temer.

Aspasia la miró emocionada.

—Debo irme ya. —dijo mientras hacía una seña a Ciriaco para que la siguiera. —Pericles me estará esperando en el ágora.

Llegó al carro de Pericles visiblemente fatigada. No quería renunciar a sus múltiples compromisos y aprovechaba cualquier momento para facilitar las alianzas de su esposo. Éste mantenía una distendida conversación con Sócrates mientras sujetaba el asidero con la mano.

—Mis dos personas favoritas juntas. —dijo Aspasia con una encantadora sonrisa que fue devuelta de inmediato. —Sócrates, aprovechando que te tengo aquí, necesito que interfieras para que asistan a nuestro banquete privado todos aquellos que consideres apropiados.

—Lo haré, mi señora.

—Apelo a tu capacidad de persuasión que deberás poner a prueba y en gran medida, mi querido amigo.

—Quizás algunos rehúsen en un principio, pero estoy convencido que acabarán asistiendo. Nadie podría renunciar a una invitación de

mi señor Pericles. —sentenció Sócrates mientras sujetaba su túnica por uno de los pliegues.

—No sólo vendrán pensadores sino que he invitado a numerosos escultores y arquitectos. Mi intención es que de esa reunión nazca la nueva Acrópolis y que aunando mente y técnica, se alcance la máxima expresión de la belleza ateniense.

—No dudaré en poner en valor tal cosa. —respondió Sócrates.

En apenas unos instantes, un corrillo de hombres y mujeres se acercaron al político. Apenas podía estar en las calles sin que un padre doliente apelara a su intermediación o un mendigo suplicara su generosidad. Aunque los esclavos y escoltas empujaban a la muchedumbre, Pericles conseguía agarrar las manos de sus ciudadanos para mostrar la estima de un padre.

Aspasia se había vestido de un tono claro, nada ostentoso, y había ondulado sus cabellos que acababan recogidos en un moño sobre la nuca. La inútil contención de su belleza, de la que era ajena, no hacía más que mostrarla con la calidez de una aparición divina. Cubrió sus mejillas con el tono rojizo mezclado en cera de abeja y de igual forma resbaló el compuesto sobre los labios. Había dejado que la multitud se dispersara por las estancias de la casa para no intimidarles con una asistencia demasiado temprana. La ausencia de mujeres en ese banquete íntimo, la ponía en una situación anómala, pero lejos de mostrarse cautelosa y vulnerable, se abrió camino entre el pasillo hasta aparecer entre una multitud de hombres que fueron guardando silencio a su paso. Pericles contempló con orgullo el efecto producido por su esposa. La cogió de la mano y la invitó a sentarse a su lado.

Aspasia sonrió a Sócrates que permanecía junto a Anaxágoras, Protágoras y Arquelao.

—Querida, ya conoces a muchos de ellos, pues son maestros y compañeros tan tuyos como míos. Lo que quizás no sepas es que Protágoras, aparte de cobrar mucho por sus conocimientos, me

ayudó en la redacción de las leyes que ahora aplican a nuestros colonos en Turios.

—Sus clases no me parecen caras, Pericles. Son el justo pago por un extenso conocimiento del que tenemos el honor de gozar ahora en Atenas.

—Estimado Pericles, tu compañera parece más generosa que tú. Igual he recibido mayor dispendio de riquezas de ella por la asistencia a mis clases, que la que recibimos Herodoto y yo de tu parte por tan enorme trabajo en Sikelia. —Todos los asistentes rieron.

—No sé si ha sido buena idea que en este patio haya tantos habitantes de las colonias jonias. Creo, amigo Sócrates, que estamos en clara desigualdad. —dijo Pericles con ironía. —Por suerte, he traído a mi amigo Fidias que compensará con su talento y siendo oriundo de esta ciudad, al gran número de filósofos llegados del este.

Fidias sonrió tímidamente. Iba acompañado de algunos de sus discípulos, entre ellos de Alcámenes y Agorácrito. También se había unido a Cresilas, otro escultor de talento probado que había sido contratado para los trabajos de restauración.

—Mirón es de Eléuteras. No es ateniense pero podemos hacerlo de los nuestros para compensar la desventaja. —respondió Fidias mientras sacudía el brazo del hombre que tímidamente quedaba a su lado.

—Hay mucho arquitecto y escultor en tu casa, Pericles. —se mofó Protágoras —creo que ellos cobran infinitamente más que nosotros con la construcción de la nueva Acrópolis.

—Verás por tus propios ojos por qué se justifica el pago, llevamos años con el diseño y la cimentación del templo. Ictino, ¿has traído los planos? —preguntó Pericles emocionado al hombre que se hallaba apoyado sobre la columnata.

—Mi señor, he traído todo, pero deberéis coger vuestras copas para que pueda extenderlos.

Ictino, con extremo cuidado, abrió los rollos haciéndolos rodar por la superficie de la mesa baja que quedaba en el centro. Se arrodilló para asegurar los extremos ayudado de unos recipientes cubiertos de esencias que Aspasia había mandado colocar. Muchos de los asistentes se arremolinaron junto a él.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Protágoras ante el edificio que se alzaba con una majestuosidad jamás vista. —¿Cuántos pies tienen esas columnas?

—Sólo las columnas, más de treinta y dos pies. —respondió Ictino.

El silencio causado por el asombro se transformó en decenas de preguntas.

—Desde el ágora sólo se aprecia un montón de andamios de madera. Si éste es el resultado final, no habrá templo en este mundo donde Atenea quiera morar más que el ideado por Ictino. No he visto nada parecido.

—No lo he hecho sólo. Calícrates y yo trabajamos juntos. Él es un especialista en el cálculo de grandes estructuras, y necesitamos duplicar los estudios para garantizar que el peso del mármol queda compensado. No hay margen para el error, hacemos comprobaciones continuas.

—Apreciáis sólo una pequeña muestra, amigos míos, porque cuando la sagrada Acrópolis quede concluida en su totalidad no habrá lugar en el mundo de mayor belleza. No se trata de un templo consagrado a nuestra diosa, sino el culmen de una obra arquitectónica sin precedentes. —dijo orgullosamente Pericles.

Los hombres giraban sus cabezas para observar con mayor detenimiento los detalles dibujados en secciones más pequeñas. Fidias se acercó a Pericles y a Aspasia mientras elevaba las cejas en un gesto de satisfacción.

—Y eso que no han visto tu escultura. —dijo Pericles en voz baja.

—Mejor, eso causará una mayor impresión. Mi señora, debo decirle que su padre está siendo de gran ayuda y además es muy hábil con los relieves. En ocasiones debo obligarle a bajar del andamio porque si fuera por él permanecería durmiendo sobre los maderos, cincel en mano.

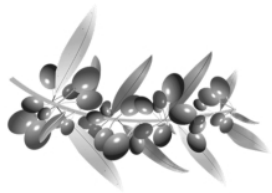
—Te admira mucho y supongo que desea estar a la altura. No me sorprende, ha sido siempre así desde que era una niña.

—Estoy convencido, Fidias, que en cuanto acaben las obras, al menos de las primeras fases de construcción, nadie cuestionará el tesoro invertido en esta empresa. —aseguró Pericles.

—Yo no confío tanto, pero espero que así sea. El otro día tuvimos problemas con el traslado del mármol desde el Pentélico, necesitaremos que algunos hombres controlen la seguridad de los trabajadores. Sé que te pido ayuda constantemente, pero en este caso preciso que se garantice el orden durante el descenso. No quiero perder obreros y que luego esto se use para socavar el trabajo de todos.

El banquete se extendió hasta bien entrada la noche. Aspasia participó de las discusiones filosóficas causando una admiración profunda entre los hombres que se acercaban con curiosidad a su posición. Disponía de una dualidad extraña de fortaleza y diligencia, mientras la calidez de su rostro parecía solicitar una protección que no precisaba. El dulce sonido de una voz adiestrada durante años, cautivaba sin percibirlo y aquellos que se habían mostrado insultados por la asistencia de una mujer, apreciaron las facultades únicas de un espécimen que les parecía exótico y del que no se saciaban. Sócrates sabía la intensidad de ese sentimiento que a él le había sobrecogido desde el primer instante que la vio y supo que, poco a poco, Aspasia sería capaz de disipar las dudas que les habían asaltado, no tanto entre los pensadores de las costas del este sino entre los atenienses más reticentes.

El deber y la muerte



Las noticias que llegaban desde las tierras de los beocios no auguraban una extensión duradera de la paz. Diez años antes, la confederación de Delos había acabado con la expansión territorial de éstos en la batalla de Enofita, obligando a los cabecillas sublevados a exiliarse a otras tierras. Con los años, éstos habían logrado reorganizarse para regresar a las polis que creían suyas y presentar batalla de nuevo contra el enemigo ateniense.

La Asamblea, reunida de urgencia para decidir sobre la estrategia a seguir, acordó que Tólmides encabezara una pequeña guarnición de mil hoplitas voluntarios, entre ellos, Clinias, el primogénito de Alcibíades. A pesar de la oposición de Pericles que veía un error en la precipitación de tal decisión, pesó más entre los ciudadanos, la gloria de Tólmides en la batalla y su amplia experiencia militar.

—Tólmides, sé que eres uno de nuestros mejores estrategas y que tu buen hacer precede a tu buen nombre, por eso como amigo te pido que desistas en tu decisión de ir a Queronea con tan pocos efectivos.

—Pericles, es ahora cuando debemos abordar la intervención y acabar con los sublevados. Si nos demoramos daremos un tiempo

valioso para que los lacedemonios les presten sus soldados de apoyo y tras ello no te quepa duda, se sublevarán otras polis.

—Ir con mil hoplitas que es lo que te ha facilitado la Asamblea es una fuerza escasa, Tólmides. Al menos prométeme que esperarás a los refuerzos que la Asamblea pueda proporcionarte si las cosas se complican.

Apenas dio tiempo a despedidas. En esos momentos en los que los hijos se separan de sus familias, únicamente prevalece la obligación como ciudadano. Los sentimientos se reservan para los regresos tras la batalla, la alegría cuando llegan con vida, los lamentos cuando sólo quedan cenizas.

No tardaron en iniciar el camino por las tierras de cultivo que se abrían a ambos lados. Las colinas se salpicaban de olivos que parecían nacer entre la piedra ocre de las lomas. Los hoplitas marchaban en formación, en línea de seis hombres lanzas en mano, dirigidos por el estratega de cada tribu.

Clinias llevaba la panoplia de su padre. En el centro de la coraza había añadido la pequeña efigie metálica de un felino en posición de ataque. Deseaba entrar en batalla para honrar a los suyos y para ello, no había escatimado en gastos para portar consigo, un flamante escudo pintado con el mismo animal sobre un fondo negro. A diferencia de muchos de los soldados que lo acompañaban, Clinias pertenecía a una familia aristócrata y eso se percibía no sólo en la vida pública sino muy especialmente en la militar. Mientras algunos cubrían sus piernas con las grebas heredadas de sus antepasados ya desgastadas por el tiempo y la batalla, los hijos jóvenes de los grandes señores atenienses mostraban el relucir del pulido del hierro en sus armas.

Tras descansar la guarnición en el bosque de encinas junto al Templo de Atenea en Alalcómenas, los hombres reanudaron el paso en dirección a Queronea. Era fácil reconocer su cercanía pues los campos se llenaban de vides hasta perderse en el horizonte.

Los aliados atenienses, que hasta ese momento ostentaban el poder en lo más alto del cerro, habían sido asesinados por los insurrectos ocupando sus cargos de forma inmediata. Sabían que los atenienses vendrían para presentar batalla y, viendo que la fortaleza de sus muros convertiría la ciudad en una ratonera fácil de asediar, presentaron formación en campo abierto frente al promontorio.

Las falanges atenienses, mucho mejor organizadas y en mayor número, chocaron de frente con el enemigo, rodeando los pocos efectivos de los que disponían los beocios. Tólmides sabía que la división en Queronea era uno de los puntos débiles del oponente, pues aquellos ciudadanos que habían sido aliados de Atenas no podían ser obligados a luchar con la misma intensidad y muchos huían de sus propias filas para facilitar las embestidas atenienses. En pocas horas, Tólmides y los suyos acabaron acorralando a los insurrectos entre los muros y sus falanges.

No existe piedad cuando la sangre se ve alimentada por la venganza, así que en los días que prosiguieron a su victoria, el arconte dio muerte a cuantos mostraron resistencia y apostó un número de efectivos en la ciudad para garantizar su control. Tal y como predijo Pericles en la Asamblea, la precipitación de Tólmides no hizo más que alimentar un exceso de confianza. Con efectivos muchos menos numerosos y sin esperar refuerzos, volvió a Atenas con parte de la guarnición por el mismo camino que había emprendido, y cuando se acercó a los dominios de Coronea, las tropas de refuerzo beocias con el apoyo de otras polis aliadas y comandada por los tebanos, les asaltaron en emboscada por ambos flancos, dándoles muerte a todos. Entre los hoplitas que acompañaban al estratega se hallaba Clinias. De nada le sirvió el dorado casco corintio que protegía su cabeza ni la panoplia que antaño había servido a sus antepasados para defender su ciudad, el joven quedó tan expuesto como el resto de soldados, rodeados en campo abierto y sin posibilidades de defenderse. Lucharon valientemente a pesar de su inferioridad, honrando los nombres de sus padres y a la ciudad que les vio nacer. Los beocios fueron

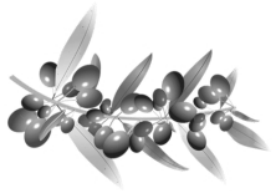
rompiendo las falanges, descomponiendo las formaciones que protegían a los hoplitas. Le arrebataron el yelmo para dejarlo al descubierto y le degollaron con su propia espada. El último pensamiento de Clinias fue evocar el recuerdo de su hijo y la vergüenza de caer con tanta premura. Los beocios se apresuraron a regresar a Queronea y aquellos efectivos atenienses que habían quedado en la ciudad, fueron masacrados públicamente sin posibilidad de rendirles honores.

Las noticias no tardaron en llegar a Atenas. Apenas unas horas fueron suficientes para saber que ninguno de ellos volvería jamás. Algunos de los cuerpos, abandonados en el camino fueron recuperados, y Alcibíades, totalmente devastado por la temprana muerte de su primogénito, le dio sepultura bajo una hermosa losa de mármol con el relieve de un soldado apoyado sobre un pedestal. El cementerio quedó revestido de nuevas y flamantes lápidas. Cientos de lamparillas en honor a los caídos cubrieron de centelleantes llamas las oscuras noches atenienses, como si pequeñas luciérnagas sobrevolaran las almas de los jóvenes difuntos.

La popularidad de Pericles se hizo mayor tras la debacle de Tólmides. A pesar de que Atenas perdía el control de Beocia, las palabras que habían prevenido al estratega de su imprudencia, no hicieron más que convertirlo en un líder confiable a ojos de sus ciudadanos. Aun así, Pericles dejaba sobre la tierra y bajo ella a familiares, a compañeros, a amigos.

Todos tenían alguien a quien llorar, pero Alcibíades se sentía tan muerto como su propio hijo.

Las calumnias



Aunque se sentía más pesada, Aspasia siguió con las clases. Entre sus muchas alumnas contaba con cinco mujeres de entre diecisiete y treinta años que se dedicaban al ocio y al placer masculino, llevado a cabo en los androne durante banquetes o simposios. Había aprendido a apreciarlas pues aunque la finalidad de sus clases se reducía a proporcionar el deleite sensitivo de sus clientes, vivían sometidas a sus deseos por más dolorosos e inmorales que éstos fueran. Aprendían disciplinas variadas enfocadas a poder mantener discusiones complejas, mostrar opiniones cuando les fueran solicitadas, ser virtuosas en el arte de la danza y la música y proporcionar un sexo placentero a gusto de sus pagadores. Eran mujeres cultas, algunas de una elegancia de la que carecían muchas esposas que se presumían piadosas.

En ocasiones, cuando finalizaban las extensas explicaciones filosóficas de la maestra, se sentaban en corrillo para hablar sobre sus propias vidas. Aspasia las escuchaba con curiosidad mientras recogía el material utilizado, valorando la incomprensión a las que se veían sometidas públicamente. No le parecía que fueran tan diferentes a ella.

—¡Por todos los dioses! No me apetece nada la invitación de esta noche. —dijo Calista dejando la cítara apoyada en la pared.

—Sabes que no podemos negarnos y menos hoy que es un cliente asiduo. Si no te encuentras bien, puedo decirle a otra que te sustituya pero ha dejado claro que quería que asistieras. —le espetó Lisandra.

—No, da igual. Si no es hoy tendré que ir otro día. —Calista hizo un silencio —Maestra, ¿por qué cree que los hombres gustan del conocimiento en nosotras mientras a sus mujeres no les dejan ni bostezar?

Aspasia sonrió mientras colocaba los cálamos en agua para sacarles la tinta.

—Porque saben que estáis formadas únicamente con el objetivo de complacer y deleitar sus sentidos. Alimentan su ego con la esperanza de que al menos por una vez, se conviertan en el centro de vuestras atenciones aunque no las merezcan. Si vuestra preparación estuviera encaminada al cuestionamiento crítico, les pareceríais deshonrosas. Sois como una brisa que se diluye entre los dedos, un sueño liviano que jamás podrían alcanzar por méritos propios. En cambio a sus mujeres les reclaman obediencia. Temen que piensen y deliberen por sí mismas, pues irremediablemente les llevaría a dejar de necesitarlos. Muchos hombres se alimentan de esa sed de ser admirados a ojos de sus esposas y les pagan con un pequeño dispendio de sus ganancias para apenas subsistir. —hizo un silencio —Cuando sacias tu mente a través del conocimiento, tiendes a elevar las exigencias, y tras ello temes mirar con otros ojos a aquel que creías tu esposo.

—Somos despreciadas por la misma sociedad que nos paga gustosamente en privado. Incoherente, ¿verdad? —aseveró Lisandra. —Pero en contraposición somos libres.

—¿Libres? —preguntó retóricamente Calista. —Es una libertad envenenada que se paga muy cara.

—Nadie es completamente libre. Al final sucumbimos a las necesidades, a nuestra educación, a lo que se espera de nosotros y eso atañe tanto a hombres como a mujeres. La libertad no es únicamente una disposición legal, es una decisión personal. Puedes vivir enjaulada y ser totalmente libre o ser libre y vivir esclavizado por tus propios pensamientos. —sentenció Aspasia.

Las mujeres se iban colocando los velos para salir del aula.

—Maestra Aspasia, es un honor para nosotras ser formadas por ti, pero también sabemos que nuestra asistencia puede perjudicarte. Eres la esposa del estratega de Atenas, y no sé si deberíamos liberarte de esta responsabilidad que podría pesarte públicamente y más ahora en tu estado.

La filósofa dejó de atender lo que estaba haciendo.

—Cuando asistís a mis clases, ¿creéis que veo lo que sois o lo que los demás creen que sois? —No juzgo, Calista, no osaría hacer tal cosa. Entre estas cuatro paredes no soy esposa, madre o hija, tampoco vosotras sois cortesanas, bailarinas o amantes. Aquí, bajo este techo, no hay nada más importante que la libertad que ofrece el conocimiento, la belleza de las melodías que aprendéis, las miles de preguntas que nos formulamos. Aquí no alimentamos el cuerpo sino el pensamiento y el arte. La belleza de vuestros cuerpos no será jamás comparable a la de vuestro ingenio y eso último, es lo único que soy capaz de valorar.

Calista ayudó a su maestra a colocar los asientos en una línea recta. Le invadía una sensación de estima sincera por ella, y sabía que aunque era la mujer más preparada que había conocido en su vida, Atenas jamás la contemplaría con la admiración que merecía. Por un momento sintió el estremecimiento de sus entrañas al disfrutar del respeto de una igual, de alguien que pudiendo menospreciarla la valoraba por lo que era no por los actos que llevaba a cabo.

—Pericles es un hombre afortunado. Toda Atenas debería complacerse de tenerte aquí. —hizo un silencio —Maestra, permíteme que te dé un consejo, aunque sé que no debería osar hacerlo.

Aspasia sonrió.

—Habla con libertad.

—Conozco bien a los hombres y sé lo que les mueve, lo que les excita y con lo que sueñan. Cuídate, por favor. Nosotras, las hetairas, somos la representación en carne de sus ocultos deseos, pero a nosotras nos pueden pagar.

—Sé de lo que hablas y el motivo, pero aunque cambies el curso de un río seguirá llevando agua. —respondió esbozando una sonrisa.

Pericles no sólo se debía a sus compromisos políticos sino que debía asistir obligatoriamente a las muchas celebraciones que se llevaban a cabo en Atenas. Las grandes Dionisíacas se habían preparado con un enorme dispendio financiado por familias aristócratas, destinado a sufragar las obras teatrales que se dispersaban en todos los demos de la ciudad. Tras las Leneas, era la fiesta que agrupaba mayor actividad cultural y era aprovechado por los nuevos comediantes llegados de todas partes, para presentar sus nuevas obras al gran público.

Ante la muchedumbre, Pericles y Aspasia ocuparon un lugar preferencial en los asientos de madera levantados provisionalmente en el demo de Kolitós. El estratega había renunciado a asistir a los concursos públicos para que fuera visto en distritos áticos donde carecía de poder y de apoyos. No ocultaban su amor y éste, aprovechaba cualquier ocasión para cogerla de la mano o incluso besar el himatión que cubría los cabellos de su esposa.

El demo, controlado por los ricos pisístratas, herederos de quienes gobernaron a través de la tiranía muchos años antes, mostraban sus miradas recelosas ante una actitud que no les parecía ni decorosa ni apropiada. Tras las oraciones a Dionisos que

precedían a la actuación, los actores comenzaron a aparecer con sus máscaras blanquecinas, ataviados con largas túnicas mientras uno de ellos portaba un casco aqueo y una tosca coraza. Aspasia sabía que aquella era la representación de su esposo y de alguna forma encogió instintivamente sus manos ante lo que podía venir.

La obra, financiada por los oponentes naturales de Pericles, representaba una comedia ofensiva hacia el estratega. Su imitador, sobre un cajón de madera, exponía un discurso exagerado mientras el resto de los actores llenaban los pliegues de su túnica con centenares de monedas doradas que caían al suelo rebotando sobre la tarima. Unos cuantos actores con máscaras femeninas simulaban ofrecer servicios sexuales en lo alto de la Acrópolis. Las carcajadas se oían a uno y otro lado, mientras Pericles se mantenía inexpresivo. Al acabar, sonrió dulcemente a Aspasia y la agarró del antebrazo para descenderla con extrema delicadeza por su avanzado estado.

La maestra deseaba llegar a la protección de su hogar. Aunque tras la obra había hecho el obligado sacrificio a Artemisa por su embarazo, y había visitado la casa de Alcibíades gozando de una noche tranquila entre los suyos, ansiaba permanecer junto a su esposo para ofrecerle el calor de su compañía. En cuanto Axíoco se despidió de su hija, reanudaron la marcha hacia la villa de Colargos en completo silencio, ignorando la incomodidad que había venido de una treta de sus oponentes apenas unas horas antes.

Aspasia ordenó que trajeran vino al comedor y rellenó el kílix.

—Tienes aspecto de cansada. —aseveró Pericles con una sonrisa.

—No importa. —dijo mientras se sentaba con dificultad sujetando su vientre con la mano. —Disfruto mucho de estos momentos a solas contigo, cuando el político se marcha hasta el amanecer del día siguiente para convertirse sólo en mi esposo. —hizo un silencio — ¿Estás bien? —preguntó mientras sorbía agua fresca.

—¿Lo dices por la comedia de hoy? No es la primera vez que me muestran grotescamente en sus obras con la cabeza abultada y

robando dinero. Estaba en su territorio.

—No valoran con justicia tus esfuerzos.

Pericles suspiró profundamente mientras contemplaba la oscuridad de la noche. Sonrió en actitud reflexiva mientras sorbía la copa.

—La vida es curiosa. Algunos me tachan de tacañería, otros de ambicionar lo que no me pertenece. Vivo de las rentas que proporcionan mis tierras sin hacer ostentación porque no necesito más de lo que tengo, pero he de ser sincero conmigo mismo y a pesar de que no dilapido en lujos mi fortuna, soy extremadamente ambicioso con mi ciudad. Es posible que usar el dinero de la confederación no sea ético, pero cuando ocupas un cargo como el mío debes visionar el futuro que deseas y actuar en consecuencia con todas las responsabilidades que esas decisiones conllevan.

—No valoras la paz sin la agitación previa ni atiendes la bondad del hombre sin haber apreciado antes la tiranía. En ocasiones son dos caras de una misma moneda. La aceptación de los demás viene condicionada por sus propios preceptos. ¡Quién sabe lo que pensarán de ti con el paso del tiempo, cuando tú y yo no seamos más que cenizas!

—De eso se trata, Aspasia, de que la Atenas que dibujo en esta cabeza de la que todos se mofan, quede reflejada en cada sillar de la Acrópolis, no por la gloria del político sino por la del pueblo que defendió un modelo público en equidad, una forma de entender el arte y la belleza, la piedad y la justicia, porque sé que nadie más va a hacerlo —hizo un silencio —La Acrópolis sobrevivirá a sus gobernantes futuros, permanecerá inalterable a autócratas, a tiranos, a demócratas y a usurpadores, pero cuando cualquier ciudadano libre de esta ciudad, sea de la época que sea, alce la mirada sobre la colina, recordará que Atenas no es un templo, una calle o una estatua con un nombre que ya no existe, es el triunfo de la grandeza del hombre contra la tiranía de la que se debe defender obligadamente. La piedra no perecerá y enaltecerá los ánimos de los

hijos de nuestros hijos y de los que vendrán tras ellos. No se trata de mí ni de Tucídides ni de una ambición personal. Va mucho más allá. No me arrepiento de mis actos y no sucumbo a sus insultos.

Aspasia acariciaba su vientre con dulzura. Sentía orgullo de que el padre de la criatura que esperaba, fuera alguien como él. No le admiraba por el cargo que ocupaba sino por su capacidad de reflexionar sobre asuntos que le trascendían.

—No es fácil decidir sobre lo que depende del tiempo y escapa del control de uno mismo. Creo que en esa duda lógica, debemos movernos por la ética y el convencimiento de que lo que hacemos es justo y por un bien mayor.

—Para el político es complicado ese equilibrio. —hizo un silencio mientras jugaba con las migas que quedaban sobre la mesa —Hace un tiempo, poco antes de conocerte, Esparta dio la independencia unilateralmente a los habitantes de Delfos para controlar el oráculo. Fue una vulgar estrategia para ser los primeros en consultarlos y para de alguna forma, disponer de una ventaja importante en las interpretaciones. Delfos pertenecía a nuestros aliados de Fócida, así que agrupé al ejército para restaurar el control sobre el territorio. Afortunadamente los espartanos abandonaron la zona ante nuestra incursión y pudimos salir victoriosos, remitiendo la independencia ofrecida a Delfos. Como ves, cada uno entiende que la justicia está de su lado o contra ellos. En la guerra no hay virtud sino necesidad, es en el arte y el pensamiento donde se aprecia la elevación del espíritu, lo demás son cálculos de posibilidades.

—Al menos ahora parece haber una cierta calma. —respondió la maestra.

Pericles dirigió la mirada hacia los ojos de Aspasia severamente.

—No. Ahora hay una tregua débil, pero es un frágil espejismo. ¿Por qué crees que obligo a los jóvenes a hacer expediciones en los trirremes y les paga el estado por ello? Hay que mantenerlos activos

y atentos. La flota que hemos construido con mucho esfuerzo es nuestra mayor fuerza. Siempre hemos estado en guerra de una u otra forma. De hecho no falta demasiado para que deba afianzar posiciones en lugares estratégicos. La caída de Beocia ha sido un revés a nuestra hegemonía y eso servirá de excusa para ser emulado por otras polis. Ahora cualquier incursión debe ser meditada con detenimiento.

—Veo la impronta de Anaxágoras en tus reflexiones y aunque nadie quiere apreciarlo, creo que engrandece al político y al hombre.

—El otro día tuve que ir a su casa, ¿te lo dije? —preguntó cambiando de tema.

Aspasia negó con la cabeza mientras Pericles esbozaba una sonrisa divertida.

—Es tan protector conmigo que vino uno de sus discípulos entre lágrimas a decirme que se había estirado en su lecho para dejarse morir porque yo no le hacía caso. —Aspasia hizo una mueca de asombro. —Me lo encontré estirado con la cara tapada y las manos cruzadas sobre el estómago. Me costó la mañana entera disuadirle para que comiera y desistiera en su empeño. Es un hombre al que respeto como a ninguno, pero es proporcionalmente igual de exagerado. —carcajeó por la escena.

—Te ama. No puedo reprocharle por ello. Ha estado a tu lado mucho tiempo y te ve casi como un hijo, así que reclama tu atención.

Ambos disfrutaban de los momentos compartidos en intimidad. A pesar de los compromisos de Pericles cada vez más numerosos, siempre hallaba un espacio dedicado a su compañera. Encontraba en su compañía el cayado en el que sustentarse cuando las fuerzas parecían flaquear, aunque ni ella fuera consciente del peso que soportaba sobre sus hombros sin saberlo.

Aspasia se puso de parto una plomiza mañana. Tras manchar el suelo con el líquido que aventuraba el alumbramiento, las contracciones se hicieron más intensas obligando a la maestra a

sentarse en el filo del asiento mientras sus manos se sujetaban con fuerza al asidero. Jadeaba insistentemente. Pericles estaba en el bouleuterión donde se reunía el consejo de Atenas pero, preocupado por la llegada inminente del parto, había contratado a dos comadronas para vivir junto a Aspasia, una de ellas la madre de Sócrates, Fenáreta. Los esclavos habían llamado con premura a las mujeres para que éstas corrieran en su ayuda. Ambas empezaron a dar las instrucciones para que trajeran el agua, los paños y las hierbas que habían amontonado en sus cuartos, llevando en volandas a la maestra que se iba deteniendo para resistir los espasmos.

—Ciriaco, ves al ágora y avisa al señor que su esposa está de parto.

Estiraron a la maestra y colocaron figurillas de Artemisa e Ilitía alumbradas por las tenues lamparillas para tras ello, colgar sobre el lecho los amuletos de hematita que simulaban varios úteros. Las mujeres proferían oraciones mientras se movían diestramente, para que las diosas custodiaran el tiempo del alumbramiento y garantizaran que la cabeza del pequeño fuera lo primero que vieran sus ojos.

Asearon el sexo de la mujer con agua caliente para dilatar las carnes y palparon sus entrañas. Fenáreta obligó a su ayudante a ventar a Aspasia para aplacar los sudores que empezaban a humedecer los mechones de la frente. La maestra contraía sus músculos dejando la mano de la obstetra marcada por los esfuerzos. Pasaron varias horas hasta que los alaridos de Aspasia se hicieron más seguidos y rasgados.

—Queda poco para que el bebé nazca, ponte sobre su vientre y ayúdala haciendo fuerza.

Las manos de Fenáreta estaban marcadas por una vida al servicio de las mujeres. Era menuda y algo gruesa pero, a pesar de su apariencia severa, mostraba una extrema calidez cuando hablaba a las parturientas pues consideraba que, en esos instantes en los que la vida de ambos corría peligro extremo, debía ofrecer al menos

un ápice de la estima que correspondería a una madre. Había visto perecer a centenares de jóvenes mujeres aún con las manos manchadas de su sangre caliente, llorando sus pérdidas en cuanto alcanzaba la calma de su hogar. Éste no iba a ser uno de esos días.

Pericles llegó a su casa apresurado y con el rostro blanquecino. Para los hombres, el recuerdo de sus esposas el día anterior se convertía en una imagen grabada a fuego en sus cabezas. Desconocían si ese sería el último recuerdo vivido a su lado o si en vez de la dicha de una nueva vida, deberían incinerar los restos acompañados de pasteles de miel para saciar al can que habita el inframundo. Pericles paseaba nervioso o se apoyaba en la pared mientras encogía el estómago por los quejidos de Aspasia. Por unos instantes el silencio se hizo atronador. Contuvo la respiración hasta escuchar el llanto repetido y vigoroso del pequeño.

Giró sobre sus pasos y abrió las puertas de par en par. Fenáreta envolvía al pequeño en lino mientras limpiaba con una sonrisa en los labios, los ojos aún cerrados del pequeño.

—Es un varón, mi señor.

—¿Y Aspasia? —preguntó sin apenas reparar en el pequeño.

—Estoy bien. —respondió la fatigada maestra en un susurro.

Pericles sujetó sus propias rodillas con las palmas de las manos, sonriendo aliviado y recuperando el color de las mejillas que había perdido instantes antes. Se acercó al pequeño que movía los puños rozándolos sobre su intenso pelo oscuro. Un velo de lágrimas cubrió sus ojos castaños.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Aspasia emocionada desde el lecho.

—Como su madre, afortunadamente.

Cogió a su hijo entre los brazos y besó su frente. Aspiró el olor y el calor de las entrañas que aún manaba de la piel del pequeño. Se acercó a Aspasia y lo volteó para que quedara encajado entre el brazo y el seno de su compañera.

—Y bien, ¿cuál será su nombre? —dijo la maestra con una sonrisa emocionada.

Ensombreció la expresión. De nuevo pensó en la difícil situación en el que ese pequeño se vería abocado por su culpa. Era el tercer varón, pero socialmente no era nadie en Atenas.

—Pericles. —dijo con severidad. —Al menos que porte el nombre de su padre para recordarles a todos la sangre que corre por sus venas.

Aspasia acarició las mejillas de su esposo con dulzura. Sabía que la tormenta que habitaba su alma no disponía de consuelo.

—Deja de torturarte.

La maestra se recuperó fácilmente del parto. Arete la visitaba diariamente con sus hijos y disfrutaba de esos momentos a su lado.

—Qué bonito es, Aspasia. Fíjate en esas manitas. No sabes cómo lloré por no poder estar a tu lado en el momento del parto. —hizo un silencio reflexivo —Disfruta de él porque ya ves lo rápido que crecen y para entonces dejan de necesitarte. —dijo señalando a sus dos hijos que jugaban a encaramarse a los árboles del jardín.

La maestra acunaba al pequeño entre sus brazos, totalmente rendida a ese amor que sólo nace de las entrañas. Disfrutaba de una etapa nueva temporalmente alejada del estudio y la asistencia a clases.

—¿Pudiste colgar el cartel en la puerta de la escuela? —preguntó Aspasia.

—Sí, tranquila. Tus alumnas saben que durante un tiempo estarás cuidando del pequeño Pericles.

—¿Cómo van las cosas por casa? —preguntó la maestra con severidad.

—Bueno, lo llevamos como podemos. El otro día vino Dinómaca con su hijo a casa, fue una buena esposa para Clinias. Alcibíades ejerce de abuelo con la misma devoción que de padre, más aún si cabe con este nieto que lleva su nombre, aunque últimamente lo noto muy fatigado y pasa mucho tiempo con la mirada ausente. Está diferente, cuando ve al pequeño se le nublan los ojos y en cuanto se va, llora desconsoladamente. Me parte el alma porque no sé cómo aliviar su dolor.

—La muerte de Clinias le ha devastado y además la Asamblea de esta ciudad consume todo el espacio reservado a los placeres de la vida. Ahora está todo extrañamente enrarecido, Arete. Pericles viene tarde acompañado de algunos políticos. Se quedan horas en las salas hablando sobre los oligarcas tebanos que han ocupado poco a poco los territorios de Fócida y Lócrida. —respondió Aspasia. —A veces ni duerme, lo veo salir de la habitación para pasear arriba y abajo por los pasillos del patio. Me imagino que Alcibíades debe estar sufriendo las mismas preocupaciones añadidas a su pena, que no es poca. —la maestra cambió de tema para darle un respiro a su hermana —Por cierto, vamos a celebrar un banquete en honor a tu sobrino. He invitado a Luana e Higinio ha aceptado.

—Entiendo que la invites, pero sabes que no me fío de ella.

—Lo sé y lo comparto. —Aspasia esbozó una sonrisa. —Primero debo hacer los agradecimientos a Artemisa en el altar. Ya he hecho un fardo con mis túnicas de embarazada para ofrendárselas y he comprado las figurillas votivas y el incienso. El banquete será al día siguiente.

—Allí estaremos. Hemos finalizado el debido luto por Clinias, y creo que le irá bien a Alcibíades estar en un ambiente que le aleje momentáneamente de su dolor.

—Si no quiere venir lo entenderemos, Arete. Para él no hay nada que celebrar.

—Te equivocas. La vida continúa a través de los hijos que aún le necesitan.

Aspasia no había perdido ni un ápice de la belleza de la que había gozado antes de su embarazo. De hecho, la amplitud de sus caderas y la sobriedad de un rostro más maduro, no hacía más que resaltar un atractivo que se acompañaba de una melodiosa voz. Ejercía de la perfecta anfitriona que debía honrar el cargo de su esposo, desplegando un sinfín de tiernas sonrisas a partidarios políticos y amigos personales de Pericles. Vestida con una hermosa túnica verde ribeteada con una cenefa de hojas doradas, se paseaba por el atrio saludando a las mujeres que la criticaban a sus espaldas, no obstante, ella correspondía con calidez en el gineceo ofreciendo conversación y complacencia. Luana apareció a media tarde ataviada con un lujo excesivo. Las joyas resaltaban sobre su piel blanquecina para mostrar los regalos con los que le colmaba su devoto esposo. Iba acompañada de dos mujeres que reían a carcajadas ante sus ocurrencias, entrando como un torbellino que arrasaba todo cuanto alcanzaba. El pequeño Pericles dormía plácidamente mientras era acunado por Arete.

—¡Por todos los dioses, Aspasia! ¡Qué belleza la de tu pequeño! Son tan dulces cuando gozan de esa calma. Mi hijo ya no busca mi calidez sino la compañía de mi esposo. Higinio se lo lleva al mercado o al ágora para que se familiarice con las multitudes y la política de esta ciudad. Siempre le digo que es demasiado pequeño, pero me responde que cuanto antes se adentre en las tripas de las Asambleas, mejor.

Arete empezó a enrojecer. Aspasia, sonrió.

—Me alegro por vosotros. Seguro que será un ciudadano tan ejemplar como su padre.

—Oh, discúlpame, querida amiga, que mi comentario no se interprete como una afrenta a tu hijo. Nada más lejos de mis intenciones.

—Luana, mi hijo quizás sea un *meteco* a ojos de los atenienses, pero por su cuerpo corre la sangre del primer hombre de Atenas. Ninguna consideración legal podrá cambiar jamás tal cosa. Es el hijo que portará orgullosamente el nombre de su padre. Yo por mi parte, siendo extranjera, gozo de placeres que quizás creéis que no merezco o lujos que igual otras meriten con más justicia, pero no puedo evitar vivir una vida plenamente feliz junto a un hombre que me ama y al que amo con la misma devoción. Nada más necesito pues lo tengo todo.

—Cierto, mi amada Aspasia. ¿Cómo iba tu esposo a saber lo que le depararía el destino?

La maestra rompió la incomodidad ofreciendo dulces de almendra y miel. Se ausentó para amamantar al pequeño alejándose del bullicio del andrón y de las salas anexas al patio. Se sentó en el saliente de un cuarto en penumbra y acercó a Pericles al seno que le ofrecía calidez y alimento, acariciando con la yema de sus dedos el vello oscuro que nacía de su cabeza.

—Podrías haber tenido lo que hubieras querido y tu hijo hubiera gozado de todos los derechos.

Higinio se había apoyado en el muro de la puerta amparado por la oscuridad y con una de las piernas flexionadas. Hablaba en apenas un susurro con la mirada fija en el pequeño. Aspasia cubrió su parcial desnudez y el rostro de su hijo con el himatión como un acto reflejo para protegerlo. Endureció la expresión hasta fruncir el ceño.

—No debes estar aquí. No tenemos nada que hablar. Respeta mi intimidad y la de mi hijo, pero también respeta a tu esposa.

Higinio seguía con la mirada perdida en el pequeño. Sonrió.

—Eres como una plaga que corrompe a los hombres, hasta a los más dignos como Pericles, pero a mí no me engañas. Deberías ponerte precio para ocupar los androne y que pudiéramos

contratarte. Pericles debería abandonarte a tu suerte con el bastardo de tu hijo.

Aspasia intentó hacer un ejercicio de contención. Hasta ese momento había controlado sus impulsos porque los comentarios únicamente le atañían a ella, pero ahora la protección de su pequeño era lo que prevalecía por encima de cualquier otra cosa.

—Algún día responderás ante las ofensas que haces. Te invade el resentimiento por tu propia incapacidad o porque te acompleja no ser como el hombre que yace a mi lado. No me insultas porque me odies, lo haces porque no puedes tenerme y eso te hace un hombre débil, Higinio.

—Crees que me intimidas con tus palabras y piensas que no gozo de suficiente poder para dilapidar tu vida, pero te equivocas. —dijo esbozando una sonrisa.

—Utiliza ese poder sobre mí cuando quieras porque aunque vuelques todo tu resentimiento para hundirme, nada cambiará. Seguiré despreciándote como el día en que te conocí en el ágora de Mileto y tú seguirás soñándome cada día sin poder hacer nada por revertirlo. Tu poder no significa nada. Cuida de tu familia y olvídate de mí.

Higinio cayó al suelo por un agarrón desde la espalda. Aspasia se levantó del asiento mientras Ciriaco la emplazaba a salir del cuarto con premura. Pericles y tres esclavos estaban en la penumbra del patio, apenas se distinguían a lo lejos las voces y risas de los hombres y mujeres que se divertían ajenos a lo que acontecía entre esas cuatro paredes. Aspasia fue conducida hacia su habitación mientras dos esclavos custodiaban la puerta.

—¡Levántate! —dijo con contundencia. —Metedlo en el cuarto y dejadnos solos. —ordenó a sus hombres.

—Pericles, no tomes decisiones precipitadas —respondió Higinio mientras recomponía su túnica.

El hombre temía más el silencio del estratega que los golpes que pudiera recibir. Pericles alcanzó un asiento que fue arrastrando lentamente para que el ruido intimidara a Higinio. Se sentó frente a él con el cuerpo inclinado y las manos cruzadas.

—Detesto profundamente la estupidez de algunos hombres, pero la tolero porque ignoran que lo son, algunos por necesidad y otros por carácter, pero si hay algo que detesto aún más son los hombres como tú; los cobardes. —Pericles fijó sus ojos en su oponente con la fiereza de un animal a punto de atacar. —Los cobardes se ocultan y muerden a las víctimas cuando las perciben débiles y vulnerables. Es asqueroso estar en su compañía, me producen náuseas. —Pericles no gritaba, casi hablaba en un susurro, algo que infundía mayor temor. —Eres cobarde, pero en tu caso además, tremendamente necio. No sólo has importunado a mi esposa en mi casa, sino que te has atrevido a hacerlo estando con mi hijo en brazos.

—Señor, yo…

—Shhh —Pericles le hizo callar con el dedo en sus labios. —No estamos dialogando, Higinio, el tiempo para eso ya pasó. Te voy a decir lo que vamos a hacer a partir de ahora y para siempre. No volverás a dirigirte a mi mujer jamás, ni te acercarás a ella o a mi hijo. No serás bienvenido en mi casa ni en ningún otro lugar donde yo esté presente. Si asisto a algún banquete tú declinarás la invitación, si voy al teatro tú permanecerás en tu hogar, si alguna vez coincidimos en la Asamblea no te dirigirás a mí. Haré extensiva esta decisión entre los nuestros, así que tu vida pública muere hoy. No voy a negar que ahora me encantaría quitarte el aliento con mis manos, pero no sería pena suficiente. Eres más idiota de lo que pensaba. He aguantado con clemencia tu mirada lasciva sobre mi esposa cada vez que la has tenido cerca, no eres el único, lo sé muy bien, pero desconozco en qué momento has pensado que podías aprovechar mi ausencia para insultarla, al menos el resto sabe hasta dónde pueden llegar, pero tú no tenías suficiente. Te he vigilado todas y cada una de las veces que has venido a mi villa porque sabía que buscarías la mínima oportunidad para salir del andrón para

reencontrarte con ella. No es difícil pillar a un cobarde porque se vuelve imprudente y piensa que el resto son igual de estúpidos que él. —Pericles agarró el hombro de Higinio apretándolo con tanta fuerza que el hombre se encogió. —Ahora mi esclavo subirá al gineceo para decirle amablemente a tu esposa que ya os vais, y soy tan considerado no porque ella lo merezca sino por el afecto que Aspasia le tiene a Luana. Ambos sabemos que ella es de la misma clase que tú. A mis oídos llegan todos los insultos que se vierten sobre mi esposa por parte de la tuya y lo he obviado por no dañarla, pero no me pongáis a prueba, Higinio.

—Aspasia se convertirá en tu perdición, Pericles. —masculló el hombre mientras se levantaba para irse lo antes posible.

—Ya lo es, Higinio. Siempre ha sido mi perdición, pero la diferencia entre tú y yo es que cuando te estires en el lecho pensarás en Aspasia mientras yo la hago mía cada noche. Es mi perdición y también es la tuya. Ahora, ¡lárgate de mi casa!

Tal y como Pericles había dispuesto, Higinio y Luana se fueron apresuradamente y sin despedirse de nadie. Aspasia había dejado al pequeño durmiendo plácidamente en el lecho mientras contemplaba las estrellas que salpicaban el cielo desde la ventana. El estratega entró en la habitación con cuidado.

—No volverá a incomodaros nunca más.

Aspasia asintió sin perder de vista el exterior. Suspiró profundamente mientras Pericles envolvía su cintura con los brazos.

—Hubiera ido mejor si Luana hubiera escogido un milesio que la respetara. —hizo un silencio. —Deberíamos volver al banquete para ejercer de anfitriones y recibir los regalos de tu hijo, ¿no crees? —preguntó rozando las mejillas de Pericles con las suyas.

—Pueden esperar algo más. —respondió con ironía.

Pericles encendido por la pasión y el control que ejercía sobre su mujer, satisfizo su deseo acorralándola en la pared. La

tomó con fuerza alentado por el poder ejercido apenas unos instantes antes, sabiéndose amado por Aspasia, correspondido en todas sus demandas frente al resto de hombres que sólo podían soñarla. Lamió el cuello de su compañera para retener el sabor de sus carnes y la penetró con embestidas rápidas. El éxtasis de ambos llegó con premura.

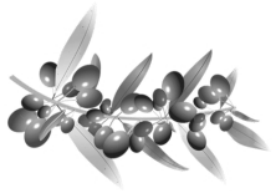
—No creas que voy a conformarme con tenerte estos leves instantes. —susurró sensualmente Aspasia en el oído de su esposo. —Voy a hacerte mío toda la noche hasta que pidas clemencia.

Cumplió con la promesa hecha. Alteró el ánimo de Pericles durante todo el banquete para mantenerlo encendido. Totalmente rendido a sus provocaciones, el estratega ordenó que su hijo fuera cuidado por la nodriza mientras Aspasia, que parecía sucumbir a los embrujos de Afrodita, se contorneaba sobre él sinuosamente. La maestra sonreía cuando Pericles perdía el control sobre sí mismo y apenas le dejaba descansar para tomarle de nuevo.

—El gran Pericles ejerce control sobre toda Atenas, ahuyenta a los enemigos y nos protege del peligro, pero nada puede hacer cuando se halla bajo los muslos de su dueña. —murmuraba mientras Pericles observaba, rasgado por el deseo, la melena de Aspasia agitarse con la brisa del amanecer.

La filósofa no mentía. El influjo ejercido sobre éste carecía de carácter humano. Ambos se complementaban de una forma difícilmente entendible para una sociedad no acostumbrada a los afectos, pero mucho menos a la locura de un amor que no decrecía en intensidad.

Una nueva Acrópolis



Fidias había invitado a Pericles y a su compañera a contemplar los trabajos que se estaban llevando a cabo en la Acrópolis. Ambos prefirieron asistir a primera hora, cuando el sol apenas se había levantado del horizonte y no azotaba con fuerza. Antes de iniciar el sagrado camino, asearon su cuerpo en la fuente y encaramaron la pendiente escarpada. A uno y otro lado se habían abierto grutas artificiales para construir santuarios a Apolo, a las ninfas, a Pan o a Hermes que colmaban con figurillas, ofrendas y luz. A Aspasia le resultaba curioso cómo las estatuas a los dioses quedaban encajadas en los orificios y la veneración de los atenienses que aún sin ser totalmente de día, se arrodillaban implorando su protección.

Guardaron un silencio reverencial. Subir la ladera hasta la morada de los dioses requería de un acto de fe y respeto a su poder. El polvo blanquecino se levantaba a través del camino, sorteando piedras y un terreno abrupto que dificultaba cada vez más la ascensión. La maestra contempló la cuadriga de bronce que rememoraba la victoria ateniense contra beocios y calcideos apenas unas décadas antes. El jadeo se hizo evidente cuando llegaron al último tramo. A pesar de que los obreros habían dejado un camino libre para sacerdotes y suplicantes devotos, los laterales estaban repletos de sillares a medio tallar, de maderos y poleas, de anchas

sogas y herramientas de construcción. Alcanzaron la cima aún con la respiración acelerada. Aspasia se quedó boquiabierta con la imagen que se abría ante sus ojos. A su derecha se izaba un segmento de los primeros pies levantados del Partenón entre los andamios de madera. La enorme plataforma de piedra soportaba una hilera de tambores a medio estriar que se perdían hasta el final de la vista y los primeros sillares de una celda de enorme tamaño. Pericles sonrió profundamente emocionado.

Frente a ellos un pedestal de mármol se elevaba varios metros. Aún no soportaba ninguna estatua, pero Aspasia entendió que una base de tal magnitud sería para custodiar una efigie de un tamaño descomunal. Fidias apareció de entre las columnas y el muro de la celda del Partenón sacudiéndose las manos.

—¡Que los dioses os protejan! —dijo apretando los antebrazos de Pericles. —Venid, os enseñaré la evolución de las obras. Es el mejor momento para contemplarlas sin sentir el terrible sol ateniense.

—Fidias, ¿este pedestal es para alguna estatua? —dijo Aspasia.

—Mi señora, este pedestal albergará una de mis esculturas en bronce, tengo los bocetos y en breve empezaré con ella. El diseño de Atenea será visto desde Súnion, no habrá barco que no divise desde la distancia el fulgor del metal y temerán verla con lanza y égida. Ahora mismo, tengo tres estatuas consagradas a ella, la única que he acabado es la que los colonos de Lemnos pagaron como agradecimiento a Pericles y que decorará la Acrópolis. Venid os la enseñaré en el taller.

Fidias se había hecho construir un espacio provisional junto al Partenón, no era más que un lugar cerrado con maderos y una puerta de doble hoja de gran altura. Encendió los pebeteros de hierro para que ambos se deleitaran con la estatua de bronce que se dibujaba frente a sus ojos.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Aspasia conmovida.

La diosa de bronce llevaba una lanza en su mano izquierda, la túnica plisada parecía caer naturalmente dibujando los contornos de su cuerpo creando varias capas sobrepuestas cogidas por un cinto con nudo. La égida se mostraba en un lateral de una coraza de escamas fijada con elegancia a los pliegues. La diosa con expresión solemne, tenía el rostro inclinado hacia su derecha donde el yelmo quedaba soportado por la mano como si acabara de retirarlo de sus cabellos. Los rizos quedaban recogidos por una cinta que rodeaba su pelo dejando al descubierto un cuello esbelto y desnudo. Aspasia contempló los dedos de los pies que apenas asomaban entre el final de la túnica.

—Fidias, creo que no ha habido dinero mejor invertido. Los Lemnos quedarán complacidos por el encargo. Me he quedado sin palabras. —logró articular Pericles.

El escultor sonrió complacido mientras acariciaba su obra. Los mechones blancos que quedaban en la cada vez menos poblada cabeza de Fidias, habían quedado rojizos por el efecto de la luz de las lámparas que agudizaban la dura expresión de la diosa.

—Es mi mejor obra hasta el momento, pero las dos que debo esculpir serán de igual valor o incluso mayor. Espero que Atenea conduzca mis manos para honrarla. Vayamos al Partenón.

Salieron del taller aún conmovidos por la efigie. El día ya se había levantado y la leve brisa había desaparecido. Un pequeño grupo de obreros empezaban a arrastrar los sillares de mármol para fijarlos con cuerdas y colocarlos en las plataformas que soportaban las poleas. Por un momento Aspasia se perdió en las vistas de Atenas que se divisaban desde lo alto de la colina sagrada.

—Atenea tiene unas vistas maravillosas, ¿verdad? —exclamó Pericles percatándose de la abstracción de su esposa.

—Sin duda. Ha valido la pena sortear cada piedra y cada desnivel sólo por contemplar por un instante, los tejados que salpican la

ladera y el azul del mar que se vislumbra al fondo. Sacude el alma y te deja sin apenas aliento.

Fidias los condujo por los maderos apilados que se sostenían entre las columnas y en las paredes de la celda. A pesar de que se elevaban aún unos pocos pies del suelo, las columnas no podrían abrazarse por dos hombres y los escasos tambores levantados se apilaban unos sobre otros a la espera de que los cincelaran con estrías para posteriormente lijar las juntas y que parecieran de una sola pieza.

—Ictino y Calícrates están haciendo el trabajo de sus vidas, Pericles. No creo que haya nada comparable a las exigencias técnicas y visuales de este edificio en ningún otro lugar. Los obreros ya están haciendo miles de tejas con el mármol traído de Paros, pero son tantos los elementos a tener en cuenta que cada día se realizan correcciones. Contemplad.

Fidias había hecho que Pericles y Aspasia se colocaran bajo los andamios que quedaban en la pared de la celda. A varios pies de altura un friso de mármol recorría toda la pared, en muchos de ellos no había ningún relieve, pero en algunos se adivinaban los primeros grabados con una procesión de caballeros sobre corceles en movimiento con túnicas plisadas que parecían seguir a sacerdotes y doncellas. Una guía bajo las grandes losas servía a los artesanos escultores para cincelar con precisión las escenas.

—La procesión de las grandes Panateneas recorrerá toda la celda en una secuencia ininterrumpida. Los colores aumentarán la profundidad y no escatimaremos en detalles metálicos para que sean vistos desde la distancia.

—Fidias, no hay palabras para describir lo que estás haciendo. Es de una naturaleza casi divina. —balbuceaba Aspasia.

—Su padre es uno de nuestros escultores, mi señora. Así que un poco de su sangre también contribuye a ello. —dijo esbozando una amplia sonrisa.

Se alejaron de la colina, no sin antes saludar a los trabajadores que ya se hallaban en gran número en la cantera improvisada. Apenas podían articular una palabra tras contemplar las hábiles manos de Fidias y el talento de los mejores arquitectos venidos de todas partes. Atenas había aumentado significativamente el número de ciudadanos desde la renovación de la Acrópolis y eso significaba, mayor repartición de riqueza y enormes posibilidades comerciales. Mientras descendían acompañados de unos cuantos hombres de Pericles, Aspasia cogió el brazo de su compañero.

—Debemos volver a abrir la casa para simposios y banquetes, necesitas momentos de calma porque sé que las cosas en la Asamblea están alteradas.

—Siempre están alteradas. No hay momentos de respiro cuando tu ciudad encabeza el poder naval del Egeo. La mejor solución es la de establecer colonos en lugares estratégicos, ya lo hicimos recientemente con Turios y también en Andros y Naxos. Estamos siempre en guerra aunque en apariencia tengamos calma. Por cierto, ¿vas a quedarte en el ágora hoy?

—Sí, necesito estar con Sócrates y relacionarme con adultos. —dijo sonriendo —Estoy encantada con el cuidado de Pericles, pero había olvidado lo mucho que echo de menos escribir, pensar y discutir.

Ambos se separaron en la plaza pública. Sócrates se había sentado en la escalinata y contemplaba en silencio el cielo de la mañana. Llevaba su túnica ajada por el tiempo a la que se aferraba como si fuera su propia piel. La pensadora lo contemplaba enternecida pues sabía que Sócrates despreciaba la vida ostentosa en pro de una vida consagrada a la filosofía.

—¡Pagaría por saber qué piensas! —dijo Aspasia mientras recogía su túnica para sentarse a su lado y esconder la desnudez de sus tobillos.

—No deberías pagar demasiado. —respondió el filósofo con ironía. —Dime, ¿ha cambiado algo ahora que tus entrañas han dado vida?

—Duermo menos y mi naturaleza no puede evitar protegerle y colmarlo de un profundo amor. Tener a tu madre a mi lado fue un regalo de los dioses, cuidó de mí y de mi hijo como si fuera de mi sangre. No te voy a negar que en ocasiones ansío volver al estudio. Las mujeres no nos podemos permitir recuperar nuestra vida sin que ésta se cobre algo a cambio en forma de culpa. —Aspasia sacó un puñado de almendras de una pequeña bolsa que extendió a Sócrates.

—He echado de menos aprender y discutir contigo, amiga. El ágora no puede permitirse tus ausencias. —Aspasia cogió su mano con estima.

—No creo que hayan cambiado demasiado las cosas. Veo que hay mayor número de oradores, pero no sé si tendremos oportunidad de debatir sobre todos ellos. —dijo con una sonrisa encantadora.

—Deberías ocupar una de esas tarimas y ser tú quien los dejara confundidos. —respondió Sócrates. —quizás entenderían por qué Pericles te escogió o por qué deberían llevar a sus esposas a tus clases. De paso quizás ellos mismos aprenderían algo.

—Aunque fuera el humano más sabio de este mundo no apreciarían mi esfuerzo. Sólo emergerían sus prejuicios sobre mi naturaleza y acabarían poniendo impedimentos a cualquier cosa que saliera de mis labios.

—El hombre está corrompido por sus miedos, pero sobre todo por su ignorancia. Para mí no eres la esposa del estratega ni la madre de tu hijo, tampoco la hija de Axíoco ni la mujer que vino de Mileto. —hizo un silencio —Eres la pensadora, la maestra, la amiga. Eres Aspasia, sin más y no es poco.

La mujer cubrió sus ojos de lágrimas. Sabía que Sócrates la respetaba ofreciéndole una admiración que no creía merecer. Se pasaron horas debatiendo sobre la política de la ciudad, sobre el papel de los dioses, sobre el compromiso social al que el hombre se ve abocado.

—Eres la única persona que sabe leerme, Sócrates, incluso en ocasiones mejor que yo misma. Tu amistad es como el aire que acaricia la cara y agita los cabellos, es profundamente regenerador y reconfortante. Es un honor contar con tu amistad. —hizo un silencio mientras alzaba la mirada a la colina —Por cierto, he podido ver las obras de la Acrópolis.

—Mi padre me ha dicho que no hay ni habrá nada parecido. Ha estado sacando mármol del Pentélico hasta cuartear la piel de sus manos. Mi madre cada día le hace ungüentos con miel y aceite de oliva para intentar sanar las heridas y las ampollas que abren la carne.

—Mi padre también está con los frisos. Arete dice que está tan cansado que se queda dormido mientras come. —sonrió divertida.

—Yo también voy a hacer mi contribución con una escultura, así aportaré algo a la economía familiar.

—¿Desde cuándo esculpes? —dijo la milesia sorprendida.

—Hace mucho tiempo. No debería extrañarte, todo cuanto hago está influenciado por mis padres. De él he aprendido a moldear la piedra desde que era apenas un crío, y de mi madre a ayudar a los demás a dar a luz aunque de formas distintas, ella físicamente y yo desde la reflexión que sacude el pensamiento de los hombres. Para mi forma de entender ambos hacemos la misma tarea en dos planos diferentes. —dijo serenamente.

—Me encantará ver esa obra tuya sobre la colina. —aseveró Aspasia.

—Había pensado en representar a las Cárites, pero por ahora es sólo una idea. —respondió el filósofo.

—La encarnación del encanto, la gracia y belleza. Creo que se ajusta a la idea de esa nueva Acrópolis.

—Espero que merezca la pena. —respondió con melancolía el filósofo.

—¿A qué te refieres?

—A lo mucho que esas piedras se van a cobrar, Aspasia. Los lujos se pagan caros y no hablo de lo económico. Por eso la naturaleza sabiamente es compartida, para que todos admiren y gocen de sus bondades sin pago ni diferenciación.

Aspasia sonrió.

—Estoy de acuerdo contigo, Sócrates. De hecho, ya se lo está cobrando en difamaciones y las que vendrán, serán mucho peores.

—Pericles está acostumbrado a esa clase de insultos. Va implícito al cargo que ostenta.

—Cierto, pero sólo las que le atañen a él, no a los suyos. Los hombres de mi vida siempre han pensado que soy ajena a lo que pasa a mi alrededor. Me han visto estudiando día y noche y creen que por ello carezco de la capacidad de discernir todo lo demás. Hay como una voluntad de protegerme de lo que se supone que no soy capaz de entender. Lo que ignoran es que no se trata de una incapacidad sino de una total ausencia de preocupación ante lo que no depende de mí. —dijo con la mirada ausente.

—Es una buena actitud ante la vida, pero por desgracia lo que te atañe a ti también afecta a los demás. No puedes obligar a quien te ama a que deje de padecer ante tu desgracia. La pregunta es, ¿el hombre padece porque egoístamente no quiere sufrir o porque realmente le altera el ánimo lo que pase al otro?

—Sócrates, soy consciente que este bienestar social no durará mucho y estoy preparada para ello, pero no sé si Pericles lo está.

—Deberá gestionar sus vulnerabilidades, Aspasia, como todos.

La maestra suspiró mientras entrecerraba los ojos, parecía intentar aliviar la asfixia que le comprimía el pecho.

—Hubo una mujer en Delos que me auguró no pocos problemas en Atenas. —hizo una mueca —Agarró mi mano con fuerza y supe que

no se equivocaba.

—Los problemas no dejan de ser nuestra propia incapacidad de hallar una solución al conflicto. El problema no existe si dispones de recursos para revertirlo. Tú posees un conocimiento profundo de la filosofía, pero allí donde no tengamos respuesta, debe tener cabida el control de nuestras propias emociones y saber cuál se requiere en cada momento. Ante una posición sin solución aparente o que no esté en tus manos, debe responderse con la serenidad, la contención, incluso la resignación si fuera necesario. Uno al final debe decidir cómo quiere afrontar su vida. A pesar de la esclavitud que supone vivir en sociedad, somos libres en nuestro pensamiento.

—No somos libres, Sócrates. Nos hemos formado en disciplinas que ya están escritas, pensadas y vividas y con ello establecemos nuestros propios cimientos en los que fundamentamos lo que somos y cómo somos. No sabemos si éstos son acertados.

Sócrates sonrió arrugando su pequeña nariz.

—La libertad no se fundamenta en lo que ya sabes, Aspasia, sino en cuestionarse lo que crees que sabes.

Al llegar a la villa, Aspasia se apresuró a mecer a su hijo. Adoraba oler su cabeza y comprobar cómo se le erizaba la piel por apreciar el calor que desprendía su cuerpo. Cuando el pequeño caía en un profundo sueño, la mente de la maestra se abría por completo, abandonándose a miles de pensamientos que se solapaban para crear unos nuevos. Analizaba la vulnerabilidad de la maternidad y la valentía animal que surgía de las entrañas de una madre para proteger a su vástago. Era antagónico en sí mismo, la esencia de una naturaleza mística y profunda para la que no tenía respuesta alguna.

Pericles entró en el cuarto para contemplar el perfil pensativo de su esposa. Había soltado su melena mientras acariciaba las manos de su hijo con infinita ternura.

—Ojalá este momento fuera eterno. —dijo mientras Aspasia le sonreía al percatarse de su presencia.

—Ven.

La maestra acercó la cabeza del estratega a su pecho para que hallara refugio y calma. Pericles escuchaba los latidos y respiraba profundamente para acoplarse a ellos.

—¿Cómo ha ido con Sócrates?

—Creo que no es consciente de lo importante que es para Atenas. Tenéis suerte de contar entre vuestros ciudadanos a alguien con ese nivel de profundidad filosófica y con tal brillantez reflexiva. —dijo en un susurro.

Pericles no pudo evitar sentir la contracción de los celos irracionales.

—Veo que la admiración es profunda. También sé que él siente lo mismo por ti, sólo es necesario ver cómo te mira cuando te tiene cerca.

Aspasia se apartó de Pericles profundamente molesta.

—No pensaba que te sentías intimidado por Sócrates. Es completamente absurdo.

—No sabes nada sobre los hombres y sus intenciones, Aspasia. Sócrates puede ser el más sabio de los filósofos, pero es un hombre, no lo olvides. —dijo con severidad.

—¿Hablas tú o tus miedos?

—Tenéis la misma edad, os conocéis desde que llegaste a Atenas, no se ha casado con nadie aún, ¿por qué crees que es?

Aspasia se quedó en silencio, incrédula por tener que justificar una amistad fundamentada en aspectos más profundos que el contacto físico.

—Mi relación con Sócrates no se fundamenta en el placer de la carne ni en la relación romántica a la que nos hace sucumbir Afrodita. Es una estima que nace de la admiración.

—¿Crees que no lo sé? —respondió Pericles. —Eso me intimida mucho más que la pasión que pueda despertar tu apariencia porque esa no decrece con los años.

—Sabes sobradamente que te admiro de la misma forma y eso debería bastarte, pero además soy tu compañera y la madre de uno de tus hijos. ¿Qué más necesitas de mí? —dijo con el ceño fruncido.

—No es inseguridad, Aspasia. Tampoco culpo a Sócrates de intentar gozar de tu compañía porque sé lo que os une. —miró a su compañera con un amor profundo. Suspiró. —Si fuera por mí te llevaría agarrada de la cintura y te sentaría sobre mis rodillas cada instante del día y de la noche para susurrarte al oído lo que siento. Y sé que ello no es sano para el alma ni tampoco bueno para ti porque te asfixiaría hasta consumirte. Deja de mirarme de esa forma porque no soportaría tu desprecio.

—Pericles, no podría despreciarte ni aunque me abandonaras en la isla más remota del Egeo. —la maestra se sentó fatigada en una silla apoyando la espalda en la pared —Mi compromiso contigo no fue un juramento con Atenas sino con los dioses. Aún no eres capaz de entender lo que significas para mí.

Pericles se arrodilló ante ella y cogió sus manos.

—No tengo derecho a reprocharte nada. Nada.

Al día siguiente un emisario de la casa de Arete llegó con una misiva de urgencia. Pericles leyó la nota y rápidamente ordenó a sus esclavos que localizaran a su médico para que se dirigiera al demo de los Escambónidas.

—¿Qué ocurre? —dijo Aspasia al ver a Pericles entrar con el rostro severo.

—Debemos ir a casa de tu hermana. Alcibíades no está bien. Mi médico se dirige hacia allí para valorar lo que tiene, pero estoy seguro que ahora lo mejor que podemos hacer es estar con ellos.

Aspasia entregó al pequeño a la mujer que lo cuidaba en sus ausencias y se apresuró a coger el carro que les llevaría hasta la villa de Alcibíades. El trayecto se hizo largo y silencioso. De alguna manera el rostro de Pericles no auguraba nada bueno. Aspasia sentía un nudo en el estómago que le producía náuseas, no dejaba de pensar en su hermana y en sus sobrinos.

Al llegar fueron recibidos por Axíoco y un esclavo que se mantenían en el jardín interior.

—Qué bien que ya estéis aquí. —dijo el padre con el rostro desencajado y blanquecino.

Aspasia apenas dirigió una palabra, su mente estaba con Arete. Sin pensarlo subió al segundo piso donde se hallaba la habitación de ambos. La puerta de madera estaba entreabierta, podía escuchar al médico y los gemidos de Alcibíades que apenas se hacían perceptibles. Arete volteó su rostro roto por la pena y la incredulidad. Se abalanzó sobre Aspasia con la cara cubierta por regueros de lágrimas y sollozos incontrolables que no la dejaban respirar.

—Estoy aquí, tranquila. Estoy contigo. —la abrazó con infinita ternura. —¿Qué ha pasado?

—Hace meses que Alcibíades está muy cansado, llegaba fatigado, apenas comía. Rechazaba todo, se estaba quedando muy delgado pero yo pensaba que era por la pérdida de su hijo. —dijo en un susurro. —Hace unos días empezó a vomitar todo y se descompuso por completo. Le daba agua mojando los labios porque todo cuanto bebía salía devuelto, pero su piel se ha vuelto totalmente amarillenta.

—Seguro que el médico de Pericles le ayudará. Ya lo verás. —dijo en un intento de ofrecerle consuelo.

—No, Aspasia. Algo me dice que me abandonará en breve. Por los dioses, ¿qué voy a hacer sin él?

La maestra entró en el cuarto de sus sobrinos para abrazarlos y que apreciaran la calidez de una madre que ahora permanecía ausente.

—¿Tía, padre va a morir? —dijo Axíoco con expresión preocupada.

—El médico está con él, debemos esperar a que los remedios den resultado. Yo estaré con vosotros para que vuestra madre pueda ocuparse de sus cuidados. Sabéis que podéis preguntarme todo lo que necesitéis saber y que seré feliz si me dejáis que os bese y os abrace.

Ambos se colocaron cerca del pecho de la maestra para buscar el calor que solivianta la incertidumbre. En cuanto sucumbieron al sueño, Aspasia salió del cuarto en silencio. Pericles estaba en el pasillo junto a la puerta acompañado de Axíoco.

—Pericles, te agradezco que hayas traído a tu médico. —dijo el padre con el rostro desencajado por la preocupación.

—Sabes que no tenéis que agradecer nada. Alcibíades es de mi sangre y además mi amigo. Haría lo que fuera por él. —respondió mientras le apretaba el hombro con estima.

El médico salió de la habitación mientras se secaba las manos con un trozo de lino.

—¿Y bien? —preguntó Pericles.

El hombre suspiró cabizbajo. Se le apreciaba el cansancio y el sudor que había mojado sus escasos cabellos blancos.

—He hecho todo cuanto estaba en mi mano, ahora sólo queda orar a los dioses para que intercedan. No puedo engañaros, está muy grave y siento decir que no he notado mejoría en estas últimas horas. Respira con dificultad, no orina y su piel está amarillenta. Le

he dado adormidera para el dolor y ahora está más tranquilo, pero todo esto es paliativo no curativo.

—¡Oh, por todos los dioses! —exclamó Axíoco tapándose la boca.

Todos ocuparon los cuartos de invitados para intentar descansar unas horas. Durante la madrugada y ante la imposibilidad de conciliar el sueño, Aspasia entró en la habitación mientras contemplaba a su hermana colocar paños húmedos en la frente de su esposo. El olor a cannabis que humeaba por la estancia impregnaba el ambiente haciéndolo extrañamente denso. Se colocó al otro lado del lecho y cogió la mano de Alcibíades.

—Deberías descansar Arete, yo me quedaré con él. —la mujer parecía no escucharla.

—¿Crees que puede oírme? —preguntó Arete.

—Seguro que sí. —respondió en un susurro.

—Alcibíades, debes curarte. Cuando estés mejor iremos con tus hijos y tu nieto al campo para que tomes el sol y puedas oler el tomillo que crece a las afueras de Atenas. Luego te prepararé un kylix de rebosante vino y el asado con miel y nueces que tanto te gusta. Por la noche podrás contemplar el cielo estrellado que como tú dices, cae para acariciar las espigas de trigo que se mecen por el aire que controla Eolo. Luego te llevaré a la alcoba —empezó a llorar sin consuelo —y te recogeré en mi pecho para acariciar tu pelo.

Aspasia no podía contener las lágrimas. Percibió cómo los dedos de Alcibíades apretaban su mano con fuerza y se destensaban al compás de una última exhalación profunda. Arete se percató de la huida del alma cuando abandona el cuerpo.

—No….no…¡No!, ¡Alcibíades, respira!, ¡respira!

Los gritos alertaron a Axíoco y Pericles que entraron apresuradamente desde el otro lado del pasillo. Aspasia se apartó del cuerpo de su cuñado para que Pericles pudiera llorar su pérdida. La maestra se dirigió a Arete para abrazarla, aunque ésta apenas

podía retirar los ojos del cuerpo yermo de su esposo. Pericles apartó la túnica empapada de su amigo para masajear su pecho en un intento de que recobrara el aliento. Todo fue en vano.

Tras limpiar y ungir al difunto con aceites, las mujeres vistieron el cuerpo de lino blanco y colocaron el óbolo bajo la lengua de Alcibíades. Arete colmó de flores la cabeza de su esposo y colocó las palmas de sus manos hacia arriba con extrema delicadeza. El cuerpo quedó expuesto en la entrada de la villa para que cualquier ateniense presentara sus respetos. Todos quienes habían tenido contacto con la muerte se purificaron con agua fría. Arete y Aspasia dejaron sus cabellos sueltos y llenaron de oscuridad sus túnicas en señal de respeto.

El día fue un trasiego continuo de hombres y mujeres, de ricos y pobres, de mercaderes y políticos que se acercaban a la familia para honrar su memoria. Los hijos de Alcibíades permanecían de pie recibiendo los respetos de los clientes de su padre. Arete, como podía, atendía a las esposas con la mirada perdida mientras Aspasia se aferraba a su mano.

—Hermana. —dijo Arete con solemnidad y consumida por la pena. —quiero que recites el epicedio en honor a Alcibíades. —Mis hijos necesitan tus palabras de consuelo y mi esposo no desearía a nadie que no fueras tú para pronunciar su discurso fúnebre. Nadie lo haría con el respeto que tú le profesas.

La maestra quedó conmovida por la petición. Normalmente se contrataba a un poeta para que hiciera el lamento en memoria del difunto acompañado por un coro, pero a pesar de la enorme responsabilidad que suponía tal cosa, sabía que no podía ni debía negarse. En cuanto contempló a un nutrido grupo de hombres y mujeres en el patio, Aspasia se levantó de su asiento y caminó lentamente hasta colocarse frente al cuerpo de su cuñado. Se le rompió el alma al recordar los momentos compartidos a su lado. Cerró los párpados para respirar profundamente y evitar que el nudo de su garganta provocara un llanto incontenible. Los lamentos de las

mujeres fueron apagándose poco a poco hasta oírse únicamente el repicar del agua de la fuente en la lejanía.

"Inicia ahora el camino a la oscuridad que te conduce hasta Perséfone de negros cabellos y piel nívea, recorre tu trasiego hasta la profunda laguna y los valles abruptos que ahora son tu morada. Extiende pago al barquero para que navegue, sorteando las olas brillantes de las ánimas que reposan bajo sus aguas, hasta los dominios que se reservan a los más ilustres mortales de esta tierra que tanto amabas.

Que te acompañe en la quietud del sendero la fulgurante calidez del amor de los que te vivimos, que jamás olvides por las aguas que ahuyentan el recuerdo los rostros sonrientes de tus hijos, que esperes con paciencia a los que aún latimos aunque la pena nos rasgue las entrañas hasta perder casi el aliento que mana de nuestros labios.

Jamás serás olvidado, reposando como el rocío de la mañana sobre los hombros de tu progenie, ofreciendo el recuerdo perpetuo de la calidez de tu alma, de la impronta del hombre noble, del consejo del amigo, de la protección del buen padre, susurrando la brisa que trasiega entre calles y templos, el nombre del más venerable de los hijos de Atenas.

Tal vez los dioses envidiaron nuestra suerte y quisieron agasajarse con tu compañía demasiado temprana, ojalá Cerbero pruebe la miel y complacido por ella permita tu regreso, pero si Hades despliega los negros cuervos hasta las llanuras del Ática, que sea para honrar la vida que ya consumiste.

Reside en tu recuerdo la virtud del amor a tu sangre y a la tierra que te otorgó la vida. Yace, amante padre, cubierto de flores que jamás perezcan, colmado del buen juicio del dios que ahora te domina. Camina, Alcibíades, por la sombría senda hacia la vida que jamás perece hasta reunirte al fin con el primogénito que sucumbió valiente a espada enemiga, que restituyas la dicha de tu alma al reconfortarte de nuevo con su mirada.

Espéranos. Espéranos al otro lado de la orilla que en la lejanía se pierde."

Volvió a su sitio mientras Arete le regalaba la más triste de las sonrisas. Pericles estaba enrojecido por las lágrimas mientras cubría con el brazo los hombros de los hijos de su mejor amigo. Volvieron los lamentos. Aquella noche se quedaron en silencio amparados por el resplandor de las lámparas, recordando los instantes que Alcibíades había regalado a cada uno. Su cuerpo yacía vacío, tan vacío como los corazones de quienes le sobrevivieron.

A los dos días condujeron, en procesión silenciosa y cuando la noche ya había caído, el cuerpo del difunto por las calles de Atenas. Dos caballos negros portaban sus restos mientras los vecinos mostraban sus respetos asomados tímidamente a las ventanas. Salieron de las puertas de la ciudad acompañados del cortejo iluminado por antorchas y pequeñas lamparillas. El dulce sonido del aulós se mezclaba con el ruido de las ruedas del carro que resbalaban por la tierra produciendo un chasquido seco. En cuanto llegaron, los hombres que habían cavado el foso, permitieron que la familia y los amigos colocaran el cuerpo de Alcibíades sobre la tierra húmeda. Junto a éste se dispusieron aceites, ofrendas, tortas de miel y la lanza y el casco heredado de su padre. Aspasia trajo hacia ella el cuerpo de su sobrino que permanecía inexpresivo. Pensó en Alcibíades y en la enorme suerte de haberle conocido. Rememoró las conversaciones mantenidas a su lado, los buenos consejos que le regalaba por amor a Pericles y a su hermana. Le echaría de menos pues a la vida no le sobraban los buenos hombres a quienes admirar.

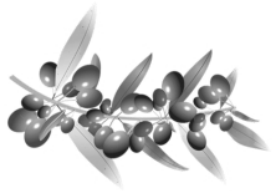
Cuando regresaron a la villa, las mujeres asearon cada esquina de las estancias. El hedor de la muerte no tenía cabida en el mundo de los vivos y todo debía ser purificado con extremo celo. Las oraciones susurradas de rodillas acompañaban el lamento que resquebrajaban sus almas. Oraban frente al altar consagrado a su recuerdo, alimentándolo con luz, derramando leche, ofreciendo alimento.

Pericles reunió a la familia en el patio interior. Las ojeras profundas de Arete se marcaban al contraste de su piel blanca y el luto de sus ropas. Axíoco no dejaba de mirar a su hija con infinita estima y profunda preocupación.

—Arete, debo decidir sobre la situación en la que quedaréis a partir de ahora tú, tus hijos y el pequeño Alcibíades. Quedaréis bajo mi protección y la de mi hermano Arifrón. Podéis continuar viviendo aquí, gozando del beneficio que siguen produciendo los negocios de Alcibíades. He encargado a mi sirviente Evángelo, que es quien lleva mis cuentas que ahora incluya las vuestras hasta que los pequeños sean lo suficientemente mayores como para gestionar su herencia. Es de mi entera confianza desde hace muchos años y sé que pondrá sus conocimientos a vuestro servicio.

—Gracias, Pericles. Por un momento creí que deberíamos volver a Mileto ahora que Alcibíades ya no está. —dijo con resignación. —No sabes cómo valoro que me permitas estar al lado de mi hermana y mi sobrino. Mis hijos no pueden tener mejor referente que tú para crecer como buenos hombres. —Aspasia colocó la mano sobre la suya.

Inspiración



La vuelta a la normalidad no fue fácil, pero en un tiempo en que la vida es tan frágil no queda resquicio para una pena duradera. Hombres y mujeres eran conscientes de lo efímero de la existencia, si éstos no morían en la guerra lo hacían ellas durante el parto, así que intentaban reconducir sus vidas aplacando cualquier tentativa de abandonarse a un recuerdo. Poco a poco fueron habituándose a la nueva situación, abriendo sus villas a nuevas celebraciones para gozar de los pocos placeres que quedan por apreciar.

En uno de los simposios realizados en su casa, Aspasia había creado espacios para diferentes disciplinas. Algunas habitaciones se habían dispuesto para el recitado de poemas, la música o las representaciones teatrales. El patio quedaba como nexo de unión para debatir acaloradamente acompañados de fruta fresca, habas y legumbres tostadas, todo ello aderezado con grandes dosis de vino. El gineceo se abrió para que la maestra atendiera a las mujeres de sus invitados que por primera vez no asistían en calidad de visitantes, sino que emplazadas por sus esposos rendidos en tantas ocasiones al talento de la milesia, las llevaban para que éstas lograran aprender algo de sus conversaciones.

La pensadora conocía bien la hipocresía de todos ellos. Aunque Pericles había hecho un gran trabajo para alfabetizar a los niños atenienses, ninguno de ellos quería prescindir de la compañía de mujeres condenadas a servirles y a mantenerse en un obligado silencio. Aspasia vio en ese instante una oportunidad para conocerlas mejor y, aprovechándose de la confianza de sus esposos, utilizó ese tiempo para que se liberaran del yugo de sus matrimonios y de todo cuanto se esperaba de ellas.

—¿Alguna sabe tocar un instrumento o recitar poesía? —dijo mientras llenaba sus copas con refrescante agua con limón y miel.

—Mi señora Aspasia, yo no tuve mucha oportunidad para aprender a escribir, sé lo necesario, pero sí que en ocasiones recito los versos que madre entonaba mientras hilaba con las vecinas. —dijo una mujer de cabellos blancos.

—Siéntete libre de regalárnoslos. Será un placer escuchar las sabias palabras de las mujeres de esta ciudad. No te sientas intimidada, evoca el recuerdo de ese momento para que te sientas como en casa.

La mujer esbozó una sonrisa y el resto guardó silencio. Aspasia disfrutó de cada entonación, de cada sentimiento mostrado por la mujer. Quizás no disponía de una educación académica, pero recitó con la fuerza de un plácido recuerdo haciendo que los poetas profesionales no fueran más que aficionados a su lado. Todas mostraron su admiración por el gesto. Poco a poco el resto, animadas por la primera intervención, mostraron públicamente el talento que siempre había quedado oculto a ojos de los suyos y por un momento, se sintieron libres, reconfortadas entre sus iguales.

Aspasia sabía que romper la timidez permitía abrir debates mucho más personales. Neutralizar la incomodidad era una tarea sencilla, pues únicamente debía ponerse como diana de sus preguntas y de esta forma, dejar que aparecieran nuevas preguntas que las llevarían a pensar sobre quiénes eran.

—Os agradezco que hayáis venido a mi hogar. Sé que no soy lo que se espera de una mujer ateniense y estoy convencida que muchas tendréis curiosidad por preguntarme o quizás recriminarme algo. —dijo con una sonrisa —Estoy convencida que algunas venís obligadas, pero sabed que responderé a lo que necesitéis saber y que no me mostraré evasiva con las respuestas. Todo cuanto hablemos entre estas paredes será nuestro secreto, aquí no somos ni hijas, ni esposas ni madres. Por ello os ruego que usemos la discreción y que guardemos silencio sobre lo que aquí se hable. Juro por los dioses que así lo haré yo.

—Yo sí tengo una pregunta, pero es curiosidad. ¿Todas las mujeres milesias son como tú?

—No. En Mileto sí que disponemos de una educación casi igualitaria para niños y niñas, pero no todos comparten mi pasión por el estudio. Es algo que no puedo controlar. De la misma forma que me alimento cada día, entiendo que de igual manera debo exigírmelo filosóficamente. Me ayuda a entender lo que me rodea con mayor claridad.

—Pero, ¿no te es suficiente con cuidar a tu esposo e hijo?

—No. Amo a ambos de una manera que no soy capaz de describir, pero mi fuerza vital como individuo se sostiene en el conocimiento. Eso es cuanto soy, no lo que se espera de mí. Todas tenemos esa pesada losa de cumplir con las obligaciones impuestas por nuestro género, pero estoy convencida que en soledad, cuando podéis abandonaros a vuestros pensamientos sin miedo a que los adivinen, soñáis con algo más que sólo atañe a lo que vosotras sois en realidad. Saber que nadie te juzga, ofrece una libertad que jamás podrán arrebatarte por más prisionera que seas.

Una mujer de mediana edad mantenía la mirada cabizbaja mientras jugaba nerviosamente con sus dedos.

—Sé de lo que hablas. Cuando era niña me encantaba jugar con mi hermano en los campos que mis padres tenían a las afueras de la

ciudad. Nos perdíamos entre los árboles y hasta en ocasiones me encaramaba a sus ramas. Me gustaba recoger los frutos que crecían en verano y ayudar con las ventas, de hecho vivíamos muy bien, sin grandes lujos pero holgadamente. Cuando mis padres murieron, mi hermano heredó todo y yo seguí trabajando duramente año tras año, me dejé las manos y la espalda en esas tierras en las que me había criado. Me encargaba de contratar a hombres que nos ayudaban durante la recolección y mi hermano controlaba las cuentas. Un buen día, dejaron de venir los trabajadores porque hacía días que habían dejado de percibir pago, luego me enteré que el patrimonio de toda una vida se lo había gastado en mujeres y en negocios que no fueron más que engaños. Era un necio. —hizo un silencio —Cuando vio que no le quedaba nada más por vender, decidió que era el momento de sacar beneficio conmigo usándome como moneda para entregarme a uno de sus fiadores. No lo dudó ni un instante. —dijo con nostalgia. —Recuerdo que me pregunté cómo tu propia sangre podía darte el valor de un simple cesto de nabos. Por suerte, el que había de ser mi marido, cayó muerto en una pelea y aunque volvía a ser propiedad de mi hermano, logré que me prometiera al que ahora es mi marido, no sólo le rogué sino que le entregué mi propio dinero para que pudiera dar una dote y el resto quedárselo como pago para él. Los dioses me premiaron con un hombre noble que no me pega, pero en ocasiones me imagino en los campos recogiendo la fruta madura cuando pensábamos que aún nos queríamos. Soñar es lo único que nos queda a muchas de nosotras.

Sorbió de la copa mientras el silencio se hacía atronador.

—Yo de niña soñaba con ser soldado, no os riais de mí. —interrumpió una joven mujer que no llegaba a la veintena. —De hecho, aún lo sueño. Veía la equipación de mi padre y hasta en una ocasión me la puse a escondidas. Me azotó con una vara hasta dejarme el trasero rojo por mi imprudencia. Cuando veía a los hoplitas ponerse el yelmo decorado con las crines y salir en dirección al Pireo, me escapaba de casa. Pensaba en las amazonas que

batallaban en Troya y me veía recorriendo mundo más allá de los muros de esta ciudad. —esbozó una mueca encantadora. —Pero yo esto no se lo puedo decir a nadie. Todo el mundo se mofaría de mí.

—Yo he dejado de querer a mi hijo. —dijo una mujer de cincuenta años sentada junto a Aspasia. —Y me da igual lo que penséis de mí, no me siento como una mala madre. Me pasé toda la vida cuidando de mi familia hasta que mi hijo mayor decidió que iba a emular a su padre menospreciándome e insultándome. Lo he visto hasta escupir en mi plato. Me culpa de sus desgracias y encima cree que fui yo quien le apartó de la mujer de la que se enamoró. ¡Cómo si nosotras escogiéramos con quiénes se van a casar!, pero como es un cobarde con su padre las paga conmigo.

—Todo cuanto habéis explicado tan generosamente refleja muy bien la reflexión que os he hecho. Sois mujeres inteligentes, soñadoras, capaces de sobrevivir a situaciones que ellos ni se plantearían. Y a pesar de todo ese castigo, seguís teniendo la capacidad de soñar con algo mejor y que sabéis que merecéis. La inteligencia no se mide por el número de papiros que cubren vuestros estantes sino por la capacidad de adaptaros y manteneros firmes en cada etapa de vuestras vidas. —Aspasia miró a la joven —No llevarás una panoplia sobre ti, pero eres tan guerrera como los que caminan hacia el Pireo, y tú sigues siendo aquella niña que se balancea sobre las ramas con la capacidad de gestionar con éxito la empresa iniciada por sus padres, y tú no dejas de ser la mejor de las madres por juzgar con justicia a un hijo ingrato. No dejéis jamás que alguien irrumpa en lo único a lo que os podéis aferrar ni que sesgue el atisbo de felicidad que albergáis en soledad.

Con la llegada de la noche, las mujeres se unieron a sus esposos relajándose y estableciendo conversaciones con la pensadora. Aspasia contempló las capacidades de todas ellas, sorprendiéndose con el inmenso conocimiento que sin saberlo, disponían. Al acabar, y sentir que ahora contaban con un espacio de libertad, marcharon hacia sus casas acompañando a esposos ebrios que apenas se mantenían en pie.

Aspasia iba recogiendo parte de las copas que habían quedado diseminadas por los muros junto al jardín. Pericles dio orden a los esclavos para que se retiraran hasta la siguiente jornada buscando un espacio de intimidad. Cogió dos copas que rellenó abundantemente con vino.

—Habéis tomado demasiada agua con limón, ten, bebe algo más contundente con tu marido y cuéntame qué tal ha ido. —ambos se sentaron junto a la mesa.

—No te voy a explicar lo que me han contado porque he hecho una promesa, pero sí te diré que había más inteligencia en el gineceo que posiblemente en todo este patio.

—¿Han aprendido algo? Porque para eso las habían traído, ¿no? para contagiarse de tu halo académico. —dijo irónicamente.

—Creo que ha sido al revés. —respondió Aspasia mientras sorbía contemplando los techos iluminados en la lejanía. —Ellas no saben que practican la filosofía cada día y sin saberlo, que aprenden lo que es la contención, la resignación, la valentía y el sentido de justicia. Poseen el conocimiento que otorga una vida de infortunio. Sus análisis son vividos a fuerza de golpes, los míos a fuerza de estudio.

—Eres mucho más que una mujer inteligente, Aspasia.

—Inteligente. —hizo una mueca. —Soy una mujer que se prepara por una necesidad personal que roza la ambición enfermiza, casi egoísta.

Pericles apoyó el codo sobre la mesa sujetándose encantadoramente la cara con el puño.

—Mientras vosotras hablabais sobre vuestros asuntos, ¿sabes qué pasaba aquí? Te lo explicaré porque yo no he hecho ninguna promesa. Un grupo de borrachos, porque no tienen otro nombre, han empezado a debatir sobre qué mesera del ágora tiene las tetas más gordas. Otro grupo hablaba sin parar de política, otros intentaban hacer negocios que les favorecieran, y ya por último el

grupo de los filósofos, dos de los cuales casi llegan a las manos. Por si fuera poco, se han añadido a la fiesta los poetas trágicos que hemos contratado y que lejos de contenerse se han enzarzado en una discusión dialéctica; Sófocles y Eurípides han empezado a debatir sobre política, uno porque le interesaba y el segundo por falta de interés. ¿Quieres más? Polignoto, que es un magnífico pintor, ha irrumpido entre ellos para defender a Eurípides y Sófocles, indignado, le ha lanzado la copa de vino por su impertinencia. Puedo seguir si quieres.

Aspasia carcajeó no tanto por lo explicado sino por la actitud divertida de Pericles.

—Has estado entretenido, pero me gusta verte animado. —la maestra acarició la barba de su compañero con dulzura. —Al menos toda la política de esta ciudad ha quedado a un lado y por un instante has podido reírte aunque fuera viendo un espectáculo mayor que el de los artistas.

—Hoy todos han dado un espectáculo.

Aspasia sintió cómo se encendía por dentro. No entendía la forma enajenada en la que Pericles la envolvía cuando estaba a su lado. Adoraba la comisura de los labios que arqueaba su barba rizada cuando éste sonreía.

—Hazme tuya esta noche. Tu hijo no tardará en demandar mis cuidados, pero yo necesitaré antes los míos. —dijo en apenas un susurro.

Pericles cambió de expresión al ver el deseo en los ojos de Aspasia. Sintió el impulso de cogerla en brazos para llevarla cuanto antes al calor de su lecho para hacerla suya lentamente, despertando las risas de ambos al chocar con las copas y platos vacíos, que caían precipitadamente de las mesas por el roce accidentado de sus pies.

La Asamblea había aprobado la expedición de Pericles hacia el Quersoneso. Su intención no era otra que la de afianzar

posiciones estratégicas llevando consigo a miles de colonos. El estratega sabía que una de las acciones más exitosas y que garantizaban la estabilidad, pasaba por el asentamiento de ciudadanos atenienses en otras zonas, uniéndose con mujeres y hombres autóctonos y procreando hijos que también sintieran como suya la sangre de sus padres. Junto a ese objetivo, el estratega había ideado un sistema de protección de la ciudad para garantizar la imposibilidad de incursiones de tropas enemigas, y también la defensa de las poblaciones ante los ataques piratas a los que se veían sometidos por situarse entre dos mares.

Pericles se colocó la equipación que había permanecido en el cuarto a oscuras durante tanto tiempo. Sus esclavos fijaban las tiras de cuero con destreza mientras Aspasia lo contemplaba apoyada en el marco de la puerta. El estratega daba órdenes precisas para asegurarse que las grebas no quedaran sueltas y flexionaba las rodillas para ver si éstas rozaban con la piel. Dos esclavos cogieron el escudo que apoyaron en la pared de la estancia y entregaron el brillante yelmo que debía proteger su cabeza y cuello. Un penacho de crines blancas y negras caía elegantemente hasta casi la altura de la nuca. Giraba sobre su cintura intentando adivinar la movilidad que le permitía tomar la coraza de hierro decorada con una efigie de león. Asintió satisfecho y con un golpe de mano, emplazó a que éstos salieran del cuarto. Envainó la espada y giró para ofrecerle una sonrisa a su compañera.

—¡Vaya! —exclamó impresionada por el aspecto de Pericles. —Supongo que estoy tan acostumbrada a verte portar las túnicas que había olvidado lo que en realidad eres.

—Y, ¿qué se supone que soy? —dijo arqueando la ceja.

—Ahora no veo el político por ningún lado.

—En los próximos meses haré más política que otra cosa. De hecho, ésta es la verdadera política.

—¿Qué sientes antes de partir? —preguntó curiosa.

Pericles se sentó e hizo que su esposa se colocara cariñosamente sobre sus rodillas.

—Realmente los días previos son caóticos. Mucha preparación, materiales, víveres, organización, distribución. Realmente no tienes demasiado tiempo para pensar. Cada trirreme lleva a una cantidad determinada de colonos con pocas pertenencias, pero tienen que hacerse las listas y asignarse trabajos. La noche antes es cuando realmente te das cuenta de que partes y que estarás un tiempo alejado de tu ciudad y de lo que más quieres. —la miró totalmente rendido a ella.

—No estoy preparada para perderte ni quiero que tu hijo vea únicamente un busto de mármol para recordar la cara de su padre. Así que escúchame bien, yo oraré a los dioses para que te protejan, pero necesito que me prometas que regresarás con vida para seguir amándote cada día que me quede. Si me fallas, iré a buscarte al Hades y te aseguro que me temerá hasta Cerbero. —cogió la cara de Pericles y le besó con tal intensidad que perdía hasta el aliento. Se sentó frente a él con las rodillas presionando sus caderas y la frente apoyada sobre la de su esposo. —Eres lo más importante de mi vida, así que no me obligues a odiarte por no tenerte cerca.

—Te prometo que volveré con vida, mi amor. —dijo en un susurro. —No ha llegado mi hora y me queda mucho por hacer todavía, pero no creo que pudiera soportar dejar de ver a la mujer por la que lo daría todo con una sonrisa en los labios. —volvió a besarla apretándola hacia su coraza.

—Ten, esto es para ti. —Aspasia extrajo un pequeño saco de cuero anudado. —No lo abras ahora. Cuando nos eches de menos, míralo y nos sentirás más cerca.

Pericles se levantó para coger el dorado yelmo no sin antes hacerle un gesto a Aspasia para que mirara en el interior.

—¿Lo has grabado por dentro? —preguntó la maestra.

—No te podré sacar de mi cabeza, literalmente. —dijo sonriendo.

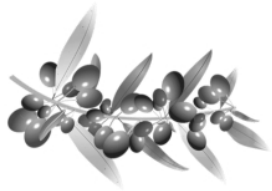
El estratega había hecho un grabado con su nombre envuelto en una preciosa cenefa.

—Seguiremos aquí cuando vuelvas. —respondió admirando la apariencia poderosa del hombre del que era dueña.

—Aspasia, sigue haciendo las mismas cosas que hacías antes. No te quedes recluida, ves al ágora y trae a esta casa a quien quieras. Ya he dado orden para que sigan tus instrucciones como si fueran las mías. Busca la manera en que la espera no se vuelva eterna para ti.

Se despidieron al amanecer. El estratega besó a su hijo que aún dormía y ayudado de diez hoplitas, se dirigió hacia el puerto del Pireo donde decenas de trirremes se habían dispuesto para la expedición. La villa se quedó en completo silencio. Aspasia se apoyó en el muro cubierta por el himatión. Contempló el amanecer dorado sobre Atenas y oró a los dioses para que Pericles hallara un mar en calma. Por primera vez pensó en la posibilidad de su pérdida. Había luchado en muchas batallas, pero ella aún no había llorado sus ausencias. Sabía que su compañero era tan buen estratega como político, igual incluso mejor, pero no podía dejar de pensar que la vida era tremendamente frágil y que aunque las capacidades de Pericles estaban sobradamente demostradas, había muchos aspectos que escapaban a su alcance.

La espera



Durante las primeras semanas, Aspasia se refugió en la villa al cuidado del pequeño Pericles y ocupando el tiempo en el estudio y la historia del pueblo micénico. Necesitaba aislarse del ruido que produce el ágora y de las posibles noticias que llegaran del este. Los hijos mayores de Pericles habían venido aquella misma mañana para ofrecer algo de información veraz proporcionada por emisarios de confianza. Los jóvenes le entregaron un pergamino con el sello del león que identificó al instante.

La maestra rompió el lacrado y lo desenrolló con delicadeza intentando apreciar cualquier atisbo de Pericles.

"*Mi amada esposa,*

No sabes lo difícil que me resulta imaginarte aferrada a esta carta sin poder apreciar el contacto de tus dedos. Es de noche, pero apenas puedo conciliar el sueño pensándote. Tuvimos una travesía en calma, supongo que tus oraciones fueron oídas por los dioses y afortunadamente no perdimos efectivos. En cuanto llegamos a las costas fuimos recibidos con aclamaciones de los atenienses que ya vivían en esos pueblos, pues esta gente está fatigada de batallar no sólo con los tracios que invaden sus territorios sino con los bárbaros y bandidos que saquean sus tierras y violan a sus mujeres. Ya sabes

lo mucho que desprecio a esta clase de vándalos sin honor ni escrúpulos, y tenía claro que no podía dejar al millar de colonos atenienses repartidos por las diferentes poblaciones sin amparo y desprotegidos. Esta zona precisaba de las órdenes y la efectividad de un estratega y de sus hoplitas casi con la misma necesidad que el hombre se alimenta del aire que respira. Hemos repelido cualquier incursión tracia y castigado duramente a aquellos que han sembrado más tempestades que bonanzas. La guerra y el poder de la fuerza es la única salida cuando el hombre no atiende a principios ni moral, y eso no sería de provecho si quien comanda la batalla fuera tan deleznable como aquellos que castiga, pero sabes que en mi caso me apremian tus enseñanzas y las de Anaxágoras, recordándome que me debo a algo mucho mayor que mi orgullo y mi gloria. En ocasiones se me hace difícil contener la rabia. Esta misma tarde una mujer me explicaba totalmente abatida cómo habían arrancado uno de sus ojos por robarle lo poco que había conseguido de la recaudación del día. Iba acompañada de su pequeño que me ha recordado a Pericles, revolviéndome el estómago por momentos.

Ahora los esfuerzos los centramos en construir una muralla de protección que vaya de costa a costa, de mar a mar, y allí donde no lleguen los sillares pondremos parapetos para evitar que vivan bajo el yugo de la inestabilidad. No hay día que no debamos intervenir por la fuerza de las armas en los límites, pero nuestros hombres han contenido con decisión y efectividad cada ataque sin bajas.

Debes saber que llevo la bolsa conmigo cada día. La he colocado entre el pecho y la coraza que me protege, una me aísla de los golpes y la otra me reconforta y recuerda por lo que lucho. Olisqueo tus mechones como los jóvenes enamorados que notan el corazón acelerado cuando evocan el recuerdo de su amante, yo cierro los ojos e imagino cómo yacerás estirada sobre el lecho, iluminada por la luz que entra por la ventana. No sabes la de noches que te he contemplado en silencio admirando cada curva plateada de tus carnes. Cuídate, mi amada Aspasia, descansa y cae bajo los influjos de Morfeo porque en cuanto llegue al Pireo, no hallarás

reposo y me cobraré cada noche que no he pasado a tu lado. Espero que sea pronto. Tu amado y amante. Pericles"

Aspasia respiró profundamente. Lo echaba de menos, pero sabía que Pericles se debía a su ciudad con la misma dedicación o incluso más, de la que ella podía demandarle para su familia.

En los siguientes días, la pensadora comenzó a reanudar las clases que había dejado momentáneamente apartadas. Con ello también ofrecía consuelo a Arete y se abstraía del recuerdo de su esposo. En un giro inesperado, algunas de las mujeres que habían gozado de sus banquetes asistieron como oyentes, e increíblemente algunos jóvenes muchachos ocuparon por primera vez, los asientos del aula.

Las semanas pasaron con rapidez, y tras una exitosa campaña de Pericles, regresó a Atenas agasajado a su paso por los vítores de una multitud entregada a su estratega. El ágora se llenó de curiosos y simpatizantes que sacudían ramas de olivo, intentando tocar con sus manos al hombre que les comandaba.

Era bien entrada la noche cuando Pericles pudo llegar a su hogar. Saludó a los esclavos y a los trabajadores de su finca con premura para llegar hasta la compañía de quien verdaderamente consideraba su refugio. Aspasia, con una sonrisa emocionada se abalanzó a sus brazos sin contener las lágrimas, colmándole de besos e intentando adivinar cualquier cicatriz añadida a las que ya portaba grabadas sobre la piel. Pericles se dejaba querer como si fuera un niño, recibiendo su merecido pago en forma de caricias y atenciones.

—Ahora debería darme un baño. Apesto. Tengo el salitre cubriéndome todos los vellos del cuerpo.

—Ves a ver a tu hijo, yo me encargo de lo demás. —dijo Aspasia.

La maestra cubrió con un palmo de agua caliente la bañera de piedra que quedaba adosada a la pared. Colocó una bandeja con arena, y la vasija de aceite a su lado. Se desprendió de las agujas

del pelo y bajó la túnica dejando los senos al descubierto. Abrió la puerta y agarró el brazo de su compañero. Comprobó la mirada lasciva de Pericles que apenas podía balbucear una sola palabra. Poco a poco, Aspasia fue retirando las sujeciones de la coraza, los cintos que sujetaban su túnica y las grebas que cubrían las piernas. Iba lentamente para que admirara su cuerpo en movimiento. En cuanto la desnudez de Pericles emergió, la mujer utilizó la yema de los dedos para acariciar levemente cada contorno, admirando el color tostado que el sol había dejado como una huella indeleble en contraste con las zonas cubiertas. Besó con dulzura cada resquicio, comprobando cómo el vello de su compañero se erizaba. Volcó el aceite en sus manos deslizándolo por todo el cuerpo de Pericles, que no podía más que abrir los labios por el dolor que produce el placer de los sentidos. Colocó tras ello las palmas de las manos en la arena y con lentitud fue masajeando cada esquina, cada ondulación, cada rizo del pecho.

—Vas a matarme. Lo que no han conseguido los tracios lo estás haciendo tú sin empuñar un arma. —Aspasia sonrió.

La mujer entró de pie en la bañera y le emplazó a sentarse frente a ella. La falda de su túnica fue mojándose hasta quedar adosada a su piel haciendo perceptibles sus curvas. Asió una vasija que fue rellenando con agua para derramarla sobre el cabello de Pericles. Entrecerró los ojos en un éxtasis que apenas podía soportar. Cogió las caderas de Aspasia y la obligó a sentarse sobre él. Se fundieron en un abrazo y respiraron profundamente. El aceite resbalaba dificultando el contacto, pero ambos se perdieron en el sexo de los retornos, en el placer de las llegadas, en un amor en el que las palabras están de más. Los ojos de Aspasia se cubrieron de lágrimas, pero no se las mostró, prefirió perderse entre la contracción de su cuerpo y hacer que Pericles, su Pericles, apreciara las mieles del amor ante tanta sangre.

Aquella noche no era para dormir. Tal y como él le había dicho en su carta, recuperó todos los días que no había podido tocarla. Apenas lograban recuperarse para volver a sentirse.

—No sabes cómo te he echado de menos. —dijo Pericles mientras entrelazaba sus dedos a los de Aspasia.

—Ha sido recíproco. Al menos todo ha ido como esperabas, espero que nos den un tiempo para poder gozar de nuestra compañía. —Respondió la maestra mientras Pericles hacía una mueca y se incorporaba del lecho para beber.

—No va a ser demasiado. —dijo severamente.

—¿A qué te refieres?

—La derrota de Tólmides es alimento para carroñeros. En nada vendrán nuevas rebeliones que habrá que sofocar con diligencia. No va a ser sencillo y no vamos a ser tan bienvenidos. Aplicar la fuerza para que otros no les emulen, es lo peor de la guerra.

—Para llegar a un buen fin, en ocasiones es necesario tomar el peor camino.

—Sí, pero cualquier decisión deja un poso con el que uno debe sobrevivir. Vivir con ciertas miradas no es para cualquiera.

—Pero es que tú no eres cualquiera, Pericles. —Aspasia sujetó la cabeza con su mano. —Poca gente es capaz de tolerar los insultos sin apreciarse un gesto de desagrado, y tú lo haces. Pocos pueden soportar la presión de la política de esta ciudad sin sucumbir a sus instintos, y tú lo haces. Si los dioses te han encomendado este trabajo es porque reúnes la capacidad para llevarlos a término, de eso no tengo la menor duda. Para llegar a ese nivel de poder que ostentas por derecho, es necesario reunir muchas virtudes; la contención, el raciocinio, el honor, la reflexión, pero en la guerra todo ello se ve diluido por lo que la batalla reclama; la protección, el deber, la ambición y hasta la justicia.

—No existe justicia para el vencido.

—La justicia, Pericles, no es una ley natural que rija al hombre, es una ley del hombre que rige sobre nuestra naturaleza. Acaso, ¿no se la has ofrecido a esa mujer que hallaste en Quersoneso?

—La justicia es subjetiva.

—Lo es, pero la diferencia reside en la virtud de quien la aplica y los motivos que la sustentan. No todos los que proclaman sus opiniones gozan del mismo derecho a ser valorados, la libertad se sustenta sobre la virtud del hombre y de igual forma la justicia. Es tu obligación la de ser profundamente reflexivo, se lo debes a quienes te han escogido entre los demás, ello te reporta una enorme responsabilidad, pero también experiencias con las que otros sólo alcanzan soñar. Sé lo que debes ser cómo debes ser.

—Ya no recuerdo cuando no te tenía a mi lado.

Aquella noche apenas conciliaron el sueño. Aspasia intentaba sanar las heridas que deja la guerra o las pesadillas que quedaban marcadas a fuego cuando lo único que ves es desgracia y sangre.

Al día siguiente, ambos se dirigieron a la ciudad para ser vistos por la multitud. Pericles no sólo había sido aclamado por los suyos sino que aquellos a los que defendió en sus tierras, se sentían honrados por el trabajo diligente de quien no ambiciona dinero. La Asamblea honró con vítores al estratega encogiendo más si cabe, las entrañas de sus oponentes, cada vez más empequeñecidos por la fama de Pericles entre los atenienses.

Asistieron a banquetes en su honor celebrados por sus aliados. A pesar de la incomodidad que le producían, Aspasia le emplazaba a no rehusar ninguno para mostrar públicamente su falta de egolatría, para que todos supieran que aquello por lo que luchaba era siempre en favor de la polis que tanto amaba. Muchas mujeres buscaban hallar una mirada furtiva del estratega con la esperanza de convertirse en amantes, se acercaban mostrando la desnudez de los hombros o la carnosidad de sus labios, insinuándose con movimientos delicados que Pericles ignoraba una y otra vez. Su atención sólo iba dirigida al grupo de hombres que, como moscas a la miel, se acercaban con curiosidad a Aspasia. La belleza de su compañera era como la del venado que se muestra como alimento al lobo, éstos se veían atrapados por una apariencia engañosa a la que

no podían renunciar por naturaleza, pero en cuanto Aspasia abría los labios para hablar con la melodiosa voz que durante tantos años había entrenado, se tornaban como niños buscando las atenciones de una madre despistada. Los lobos se hacían corderos y el cordero los iba matando lentamente sin que éstos pudieran hacer nada.

—No debes temer por ella. —dijo Fidias sujetando a Pericles del hombro.

—No es por ella por quien sufro, querido amigo. Temo por ellos. —respondió con una amplia sonrisa.

—Es una mujer fascinante. Antes he hablado con Aspasia y cuanto más ahondábamos en la conversación, más me daba cuenta que me hubiera sacado, sin darme cuenta, mis secretos más oscuros. Si pudiera la cincelaría con mis manos sobre mármol o marfil. Es de una belleza que encoge el alma.

—Hazlo. —dijo Pericles.

—¿Cómo dices? —respondió Fidias.

—Sin que nadie sepa nada. Esto quedará para siempre entre tú y yo. Utiliza su rostro y cuerpo para la escultura de Atenea Promacos. Inspírate en ella. Estoy seguro que la diosa no hallará un espacio más digno para entrar. Quiero que su rostro divise el horizonte y proteja Atenas, ¿quién mejor para mostrar la sabiduría en una mujer y la protección contra las adversidades?

—Creo que desde que la vi por primera vez, me he inspirado en ella sin pretenderlo. —dijo tímidamente Fidias. —No me malinterpretes, Pericles, soy escultor y admiro la belleza de una forma que nada tiene que ver con la atracción.

—Estimado Fidias, no sólo eres el mejor de los escultores sino mi mejor amigo. No desconfiaría de ti jamás.

—Lo haré y descuida, no diré a nadie que es su rostro. Si alguien se enterara me condenarían por sacrilegio y acabaría atado a un madero hasta morir deshidratado.

Ambos amigos bebieron y compartieron momentos de charla distendida hasta bien entrada la noche.

—Veo que estáis muy entretenidos. —dijo Aspasia mientras un grupo de hombres venía a presentar sus respetos a Pericles.

—Mi señora, Pericles es un gran amigo y mucho mejor conversador desde que está contigo, y es de agradecer. —dijo con ironía Fidias.

El grupo de hombres hizo un círculo frente a los tres para intentar entablar una conversación.

—Creo que los que estamos aquí coincidimos en nuestra admiración por el que dirige nuestras tropas. Pericles, es un honor compartir este éxito a tu lado. —dijo Filisco.

Uno de los hombres apenas se mantenía en pie. A duras penas se soportaba por el brazo del que tenía a su lado.

—Pericles, el grande —dijo en un balbuceo totalmente ebrio.

—Creo que has bebido demasiado, Pedieo. —dijo el estratega.

—En esta ciudad se le da más valor a un militar que a un arconte, especialmente las mujeres. —se derramó un kylix de vino sobre la túnica.

—Te ruego le disculpes, no manda en sus palabras.

—Te equivocas —dijo Pedieo con el dedo índice señalando a Aspasia. —Mírala, está aquí con nosotros como si tuviera derecho a dirigirnos la palabra, cuando todo el mundo sabe que no es más que una puta de Mileto. Todo el mundo lo sabe. Tooodooos.

Pericles se abalanzó sobre Pedieo mientras Fidias y el resto le intentaban contener. Aspasia se puso frente a él y negó con la cabeza mientras contemplaba el enrojecimiento fruto de la ira de su compañero.

—Es un hombre ebrio. No debes exponerte públicamente sin contenerte. Lo que muestras ante los demás es lo que te define. —

dijo en un cálido susurro.

Pericles soltó la túnica con un golpe seco.

—Lleváoslo de aquí.

Se marcharon de la villa de Timárquides en completo silencio. Durante el camino, Pericles se tapaba la boca con los dedos y se acariciaba la barba en un gesto reflexivo. En cuanto llegaron a la villa, lanzó al suelo la crátera de la entrada, sobresaltando al personal que rápidamente se apresuró a recoger los trozos. Aspasia iba a pocos pasos de él para asegurarse que rebajaba la furia contenida.

—Siéntate y bebe un poco. —dijo la maestra mientras Pericles le lanzaba una mirada gélida.

—No me apetece beber, me apetece degollarle.

—Sabes bien que debes contener esos impulsos, no te benefician en nada.

—¿Crees que puedo permitir que un borracho insulte a mi mujer y quedarme callado?

—Sí puedes y debes. —dijo calmadamente Aspasia.

—¿Tú lo harías?, ¿tienes esa contención? —preguntó irónicamente —¡Venga, Aspasia! Hay momentos en la vida en el que uno no puede permitir ciertas cosas y hoy era uno de esos días. No estoy enfadado con él, lo estoy contigo por no haberme dejado golpearle hasta abrirle la cabeza. —exclamó con rabia.

La maestra se sentó en el banco del jardín y contempló las estrellas que parecían caer sobre sus cabezas. Pericles miraba el horizonte oscuro con los brazos sostenidos sobre el muro.

—Me haces vulnerable. Soy despiadado en batalla y frágil a tu lado.

Aspasia sintió un estremecimiento de dolor en el estómago. Reflexionó sobre qué decirle para no dañarle y con qué tono para

que no pareciera un reproche.

—¿Recuerdas cuando en la obra de teatro te representaron grotescamente? Se despertó en mí la misma ira que en ti esta noche. Centenares de personas se reían viendo a mi esposo llenándose los bolsillos y disfrutando de simuladas prostitutas. Me cogiste de la mano para calmarme porque el centro de sus burlas eras tú y no yo. Hoy he hecho lo mismo porque sabía que era lo correcto.

Pericles guardó silencio. Seguía de espaldas a su compañera.

—Es diferente. Las comedias están llenas de críticas políticas y yo formo parte de ella.

—El dolor no responde a evaluaciones racionales, sólo sé que padecí por ti de la misma forma que tú hoy.

—Pues entonces es que tú eres más contenida, reflexiva y sensata. No me pidas lo que no soy, Aspasia.

La mujer adivinó la ironía de su compañero. No quería importunarle ni alimentar una discusión en la que cupiera algún reproche. Se levantó de la mesa y se fue a ver a su pequeño. Se reconfortó con su respiración acompasada mientras acariciaba los rizos cobrizos que empezaban a nacer de su cabeza. Se estiró en el lecho y pensó en las palabras de Pedieo. Él las había pronunciado, pero muchos otros las pensaban. No temía por ella, temía por esa lucha interna de Pericles entre el político y el hombre, entre el estratega y el esposo.

Pericles se fue al amanecer sin despedirse. La maestra pidió a Ciriaco que la acompañara al ágora para encontrarse con Sócrates y despejar su mente. Estaba apoyado en las columnas de la estoa mientras escuchaba las clases de Arquelao, al que admiraba profundamente. En cuanto acabó, Sócrates divisó a Aspasia y se acercó a ella con paso lento.

—¿Has podido escucharle? —preguntó Sócrates mientras Aspasia asentía —Asisto a todas sus clases. Es un pensador innovador con un concepto de la moral y la justicia de gran profundidad. —hizo un silencio —¿Qué te pasa?

—¿Tan transparente soy?

—Para mí, sí. Son años a tu lado contemplando tus gestos con detalle.

—Intento que Pericles entienda que no puede evitar que me insulten o que hablen de mí despectivamente, y que eso no puede condicionarle.

—¿Por qué pretendes que el resto actúe como tú lo harías?

—Porque sé que es una opción más inteligente y con mayores ventajas para él.

—Y eso es cierto. ¿Qué pasaría si alguien insultara a tu hijo delante de Pericles?, ¿justificarías sus actos?

—Casi con toda seguridad e incluso mi capacidad de contención se desvanecería.

—Si la mujer más inteligente que conozco es capaz de defender su sangre sin atender a la prudencia, es entendible que el hombre que la ama actúe de la misma forma. Somos esencialmente animales salvajes con actos igual de salvajes. No siempre procedemos con serenidad. Pericles viene de un conflicto donde se espera que actúe con contundencia. Aún lleva el sabor de la sangre en sus labios. Aplacar esa bestia lleva tiempo, es como agitar un avispero y esperar que sus moradoras se mantengan tranquilas.

Aspasia sonrió agitando la cabeza.

—Estar a tu lado es como un regalo, no te puedo querer más, Sócrates.

El hombre se ruborizó y bajó la cabeza.

—Es un honor ser correspondido con la misma estima que te profeso, Aspasia, aunque no sé si la merezco.

Sócrates ofrecía una calma reconfortante en ella y Aspasia, sin saberlo, alteraba el mundo interno del filósofo. Él la amaba en silencio sabiendo que jamás le abriría su corazón para no ponerla en una situación incómoda, pero sabía que crecer a su lado era una experiencia que llevaría con él el resto de su vida.

Ciriaco llevó a la maestra hasta la villa. Pericles no vino por la tarde y la noche cayó sin tener noticias suyas. Durmió al pequeño en brazos y se cubrió con el manto para disfrutar del aire fresco del patio interior.

—El señor ha llegado —dijo el esclavo.

—Gracias. Me quedaré aquí. —respondió con una sonrisa.

Pericles se adentró en el pórtico admirando el perfil de su esposa. Se sentó a su lado.

—Tengo que disculparme, Pericles.

—No hay motivo para ello.

Aspasia rozó su mano haciendo que éste se estremeciera por el contacto.

—¡Hay tantas razones por las que seguir en esta relación y tantas otras por las que sería mejor dejarla! —Pericles notó cómo el cuerpo se contraía con un latigazo que le sacudió hasta la nuca. —Ayer tenías razón cuando dijiste que te hacía vulnerable. En estos momentos de tu vida política lo que necesitas es centrarte en los asuntos que requieren de tu atención. Aplaqué tu ira sin derecho y ante todos, y eso fue una imprudencia por mi parte. No valoré que eso podía perjudicarte y que no ostento derecho alguno para intervenir en decisiones que no son mías. En mi ignorancia creí que te ayudaba. ¿Ves cómo no soy inteligente? —dijo esbozando una preciosa sonrisa.

—Aspasia… —la maestra le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Pericles, te amo más que a mí misma, pero necesitas a alguien que se mantenga prudentemente en silencio y que al igual que Hipareta, no sea una diana a la que apuntar para hacerte daño.

—¿Qué estás hablando? —dijo consternado.

—Puedo ir a casa de Arete, librarte de un yugo que te aprisiona. Nadie va a culparte, al contrario. Lo único que te pido es que no me quites a Pericles. —sus ojos se humedecieron —Si decides quedártelo permíteme verle cada día, porque si no moriré de pena.

—¡Para!, ¡para ya! —gritó.

Pericles se levantó intentando coger aire, le aprisionaba el pecho de tal manera que no podía respirar.

—¿No entiendes que esa elección la hice cuando te pedí que renunciaras a todo por mí? Era una decisión de por vida, Aspasia, de por vida. No puedo. No me pidas que renuncie, que me rinda. ¿Te recuerdo el discurso que me hiciste? Me pides que haga lo que a otros les recriminé, vivir sometido, arrodillado y solícito a lo que digan. No puedo dejarte ir, moriría en vida. —se rozó la frente nerviosamente mientras intentaba contener las lágrimas. —Me has hecho mejor político, orador, esposo y padre. No hay día que no desee llegar aquí sólo para verte ni he tenido mayor motivo para luchar que el de regresar a tu lado. Sí, me haces vulnerable, pero eso lo supe desde el primer día en que te vi y lo acepté con todas las consecuencias. No, Aspasia, no voy a permitirte que te alejes de mi lado. La última vez que te vea será porque los dioses me llamen y porque ellos son los únicos a los que no me puedo enfrentar.

—No vas a poder confrontar a todos los que me detestan. —dijo Aspasia entre lágrimas.

—Esa es mi decisión, no la tuya. —dijo severamente. —Y jamás, escúchame bien, jamás, vuelvas a plantearme algo parecido. —sentenció con parquedad.

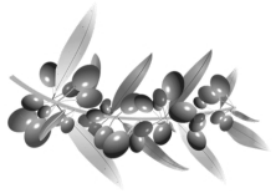
Aspasia se levantó para irse a su cuarto de estudio. Necesitaba pensar y recomponerse en soledad. Fue recogiendo los rollos que habían quedado extendidos sobre la mesa, algunos soportaban el leve impacto de las lágrimas que caían. Se sentía indefensa y tremendamente estúpida. Escuchó la anilla de la puerta que impactaba sobre la madera. No dijo nada. Siguió recopilando sus rollos con delicadeza.

Pericles la cogió por la cintura y aspiró el olor de su cabello.

—No te merezco, nunca te merecí. Lo peor es que tú has renunciado a mucho más de lo que yo te he ofrecido. Soy un hombre pobre, incapaz de liberarte por miedo a perderte.

Aspasia enredó los dedos en los rizos de su compañero. De todas las ocasiones en que Pericles la había tomado, jamás mostró tanta delicadeza. Cerraba los párpados para acariciar su piel y se deleitaba con los besos que Aspasia le regalaba. La maestra apreció un reguero de lágrimas en las mejillas de su pareja. Lo abrazó con fuerza, rota por un amor enajenado.

El estratega



La villa volvió a recobrar cierta normalidad tras el regreso de Pericles. A Aspasia le encantaban las visitas de Arete y Dinómaca porque las salas se llenaban del griterío infantil que tanto apreciaba. En ocasiones jugaba a ocultarse tras las columnas siendo fácilmente visible para que ellos la localizaran entre risas. Sócrates había venido también. Mantenía una conversación con Arete que parecía entretenida con su compañía. No tardó en llegar Pericles acompañado de sus hijos y de Calias, el primogénito de Hiparetа con su primer esposo, Hipónico, y al que Pericles tenía en gran estima.

—¡Qué alegría teneros en casa! —fue hacia ellos para saludarles efusivamente. —¿Y Aspasia?

—Jugando con los tres, es más niña que cualquiera de ellos. —respondió Arete.

Apareció por el jardín despeinada y con los tres pequeños cogidos a las piernas. Las carcajadas de Alcibíades eran contagiosas haciendo que Aspasia perdiera las fuerzas por las risas que le provocaba.

—¡Por todos los dioses! Ahora mismo desearía tener un poquito de su energía. Ya no estoy para estas cosas. —dijo la maestra mientras

Pericles la miraba fascinado desde la distancia, rendido a su sonrisa.

—Dejad a vuestra tía y venid a comer algo. —dijo Arete. Sus hijos corrían hacia la mesa entre empujones.

Aspasia abrazó a Alcibíades y le dio un sonoro beso en su mejilla.

—Gracias por hacerles reír. —dijo Dinómaca. —Lo necesitan.

—La verdad es que me he divertido mucho más yo que ellos. —la maestra saludó cariñosamente a los hijos de su esposo y se sentó resoplando.

—Sócrates, me han dicho que empiezas a tener un nutrido grupo de jóvenes como fervientes alumnos. Me alegro que la juventud de esta ciudad te tenga como referente, hay mucho charlatán por el ágora. —dijo Pericles.

—Mi señor, aún me queda mucho por aprender, pero si puedo ayudar a otros y despertarles el interés por la filosofía, la moral, la ética o el conocimiento, me doy por satisfecho. Necesitaremos hombres dignos para todo lo que nos depare el destino.

—Sócrates siempre fue un maestro, —dijo Aspasia con admiración — aunque él no fuera consciente de ello. No dudaría ni un instante en dejar a mi hijo bajo su tutela.

—Tu hijo dispone de una madre con mayor talento que el mío. Parte de mis conocimientos se basan en lo que aprendí a tu lado. Por cierto, te he traído unos cuantos escritos que espero que corrijas con benevolencia, déjame apuntadas las correcciones para que pueda ver mis fallos. —Aspasia asintió.

—Me encantaría que en cuanto Alcibíades sea más mayor pudiera aprender de tus clases. La ausencia de un padre deja cierta cojera en los hijos y algunos personajes que se hacen llamar maestros, dejan mucho que desear. Mi vecina me dijo que contrató a uno y que se inventaba las lecturas porque apenas sabía leer.

—Será un honor. —respondió Sócrates mientras Alcibíades se apoyaba inocentemente en la rodilla del filósofo.

—Si quieres, Dinómaca, en cuanto sean un poco más mayores, podemos decirle a Sócrates que venga a casa o al aula de Aspasia y que les dé clases. Le pagaremos bien. —dijo Arete.

—Estimado amigo, creo que vas a tener trabajo durante años. —dijo Aspasia en un susurro al oído del filósofo. —Espero que entre tanto éxito, me reserves un poquito de tiempo. —sonrió.

Jantipo, Páralo y Carias charlaban animadamente entre ellos. Se iban pasando al pequeño Pericles como si fuera un juego, haciéndoles muecas que le hacían reír. Jantipo lo ponía sobre sus pies intentando que quedara recto.

—No puede andar aún, Jantipo. —dijo Páralo.

—Se pone recto, no tardará.

Pericles contemplaba aquel jardín repleto de los hombres y mujeres de su familia y se sintió inmensamente afortunado. Había creado un hogar con los suyos y con los retazos dejados por otros a los que había amado. Pensó que quizás esos serían los mejores instantes de su vida y los saboreó como si fueran los últimos.

Tal y como Pericles había augurado, las primeras polis empezaron a rebelarse al control de Atenas. La isla de Eubea se había levantado en armas y había dejado de pagar el tributo impuesto años antes. La Asamblea acordó el envío de un contingente al mando de Pericles para contener la sublevación.

—Parece que no pasa demasiado tiempo sin que tengas que volver a enfundarte la coraza. —dijo Aspasia resignada.

—Era una obviedad que tarde o temprano esto pasaría, y no será la única. Me llevo menos guarniciones precisamente para asegurarme que ante cualquier imprevisto, puedan salir desde Atenas las que he dejado apostadas en la ciudad.

—Vuelve victorioso, pero sobre todo ven indemne. —dijo la maestra apoyando el yelmo sobre la cabeza de su compañero.

—Intentaré que sea una expedición rápida. No me acostumbro a pasar tanto tiempo sin tu compañía.

Se perdieron en decenas de besos para retener el sabor de sus labios. La marcha fue tan devastadora como la primera que había padecido. Apenas lograba conciliar el sueño sabiendo que Pericles iniciaba el trasiego sin saber cuándo sería su retorno. Las mujeres atenienses padecían en silencio las despedidas que las separaban de padres, esposos o hijos. Muchas de ellas maldecían que los hombres de la ciudad decidieran alimentar la hegemonía de Atenas en detrimento de sus propias vidas.

A los pocos días, estando Aspasia en el ágora acompañada de Ciriaco, empezó a ver a una multitud que se agolpaba nerviosa junto a la *Boulé*, los hombres iban apresurados de un lado a otro con expresión de preocupación, entrando al edificio o agrupándose en pequeñas masas.

—Ciriaco, intenta averiguar qué está pasando. —el hombre asintió y se adentró a codazos entre la muchedumbre.

La maestra quedó de pie junto a su amigo en un tenso silencio.

—No me gusta lo que veo, Aspasia. —dijo Sócrates.

—A mí tampoco. Demasiada gente de un lado a otro. Espero que no haya pasado nada en Eubea. —expresó con preocupación mientras los latidos se iban acelerando.

En un instante que le pareció eterno, Ciriaco volvió corriendo.

—Mi señora, los megarenses también se han sublevado casi a la par que Eubea, han asesinado a las guarniciones atenienses en la zona, menos los pocos que han podido refugiarse en el puerto de Nisea.

—Y, ¿por qué me parece que todo es más grave que eso?

—Porque lo es. —dijo el hombre alterado —No corren por esas noticias sino porque los lacedemonios han invadido el Ática.

—¿Cómo dices? —preguntó Aspasia.

—El rey espartano está en nuestro territorio. Ahora mismo la Asamblea está apostando a hoplitas en los muros para asegurar la ciudad.

—Ves a casa de mi hermana y avísales, que no salgan para nada que no sea estrictamente necesario.

—Vete tú también, Aspasia. No es seguro para ti quedarte aquí. Es difícil que entren, pero no sabemos cuánto tardará Pericles en llegar con refuerzos. —dijo Sócrates.

Ciriaco llevó el aviso a Arete y rápidamente protegió a su señora hasta ponerla a salvo en la villa. Jamás había conducido los caballos con tal premura ni había insultado a tanta gente que se le cruzaba por el camino. En cuanto Aspasia llegó, avisó a todo el personal administrativo que trabajaba para Pericles.

—Supongo que sabéis la situación. —todos asintieron —En esta casa hay víveres para todos y para varios días, si pensáis que vuestras familias estarán más protegidas aquí, podéis traerlas. Habilitaremos cuartos para todos. Debemos estar preparados para cualquier imprevisto que pueda surgir. Si los espartanos logran entrar a la ciudad, Ciriaco y la nodriza marcharán con el pequeño Pericles al campo todo el tiempo que sea necesario. Id a casa con los vuestros, quedáis liberados de vuestras obligaciones conmigo hasta que la situación se normalice. Sed cuidadosos y orad.

Pericles había recibido las noticias cuando estaba cruzando el estrecho que les separaba de Eubea. Obligó a las tropas a dar media vuelta para contener el asedio espartano. Los megarenses eran un mal menor. Sabía que la rebelión se había orquestado con la

connivencia de los sicionios, corintios y epidaurios, pero su principal objetivo era apartar a los lacedemonios de las tierras áticas.

—Mi señor, han llegado a Eleusis y Tría. Han arrasado con todo a su paso.

—¿Quién comanda las legiones espartanas?

—Es Plistonacte, mi señor, el hijo de Pausanias.

—Es un crío. Debe ir acompañado de alguien que lo aconseje y que le dé instrucciones. Averigua quién es.

Las tropas atenienses estaban acostumbradas a recorrer grandes distancias en poco tiempo. Pericles como líder militar, tenía una fijación por mantenerlas en forma durante periodos de paz, así que en cuanto fueron avisadas de la incursión espartana, aceleraron el paso para llegar con premura a pesar del esfuerzo padecido hasta llegar a Eubea. No tardó demasiado en divisar en las llanuras a las falanges lacedemonias, muchos de ellos vociferaban y golpeaban sus escudos para atemorizar a los hoplitas atenienses.

—Podemos presentar batalla. —dijo Timárquides a lomos de su caballo.

—No. Igual no es necesario. ¿Habéis averiguado quién es el consejero del joven rey?

—Sí, mi señor. Es un éforo llamado Cleándridas.

Pericles sonrió.

—Consígueme una reunión con él a campo abierto.

Timárquides asintió dubitativo. No entendía que la reunión no fuera directamente con el regente de Esparta, pero atendió a la petición de Pericles enviando a uno de sus hombres para entregar el mensaje. Al atardecer de ese mismo día, Pericles se adentró en las faldas del monte Egaleo divisando entre los olivos las antorchas de tres hoplitas espartanos.

—Cleándridas. —dijo severamente Pericles.

—Te arriesgas mucho, Pericles, reuniéndote en secreto conmigo. Sabes bien que soy un éforo y no el regente. —dijo mostrando una hilera de dientes ennegrecidos.

—Todos sabemos que los éforos espartanos ostentan mayor poder que su rey, de hecho podrías ordenar hasta su arresto si quisieras, por lo tanto ambos sabemos que estoy dirigiéndome al hombre correcto.

Cleándridas se sentó con dificultad en una roca mientras sus tres acompañantes se alejaban unos cuantos pies.

—Soy viejo y la guerra no está hecha para mí.

—Pues márchate con tus tropas, es una decisión sencilla. —dijo el estratega con ironía.

El anciano carcajeó.

—¿Por qué haría tal cosa ahora que estamos a las puertas de tu casa? Sólo nos queda atravesar esta llanura para oler de cerca a los tuyos. No es muy tentadora tu propuesta ni inteligente.

—Piénsalo, Cleándridas, en cuanto os acerquéis a Atenas deberéis luchar con nuestras falanges, pero sabes bien que ese no es el único ni el peor obstáculo. Conoces las nuevas murallas atenienses. Podéis asediar la ciudad, pero seguiremos teniendo víveres y provisiones desde el Pireo, así que pasaréis meses, quizás años, esperando tras las murallas y soportando el duro sol del estío. Eso sí que no es tentador. —dijo con la ceja arqueada.

—¿Qué propones? —dijo el viejo.

—Volved a casa. Convence al hijo de Pausanias que es una mala estrategia asediar Atenas y como sé que habéis hecho un camino largo, os compensaré con cinco talentos a cada uno.

—Cinco talentos, Pericles, es un insulto. Nadie entenderá que volvamos de regreso a Esparta estando a las puertas de la ciudad

enemiga. Deberás ser más generoso y compensarnos justamente, veinte talentos sería un precio apropiado a nuestra retirada.

—Diez talentos, Cleándridas, ni un talento más, esa será mi última propuesta. Piénsalo bien. Una vuelta a casa cargado de riqueza o años padeciendo la humedad ateniense, lejos de tu ciudad. Ese en el mejor de los casos porque créeme que presentaré una resistencia feroz y os desgastaré hasta que regreséis por voluntad propia y sin nada. Espero tu respuesta.

Las acciones de Pericles surtieron efecto. El joven rey apenas superaba la veintena y estaba poco maduro en las artes de la guerra. Sin demasiada oposición aceptó las sugerencias de su consejero. Los espartanos no entendían por qué debían ofrecer una retirada, pero asumieron las órdenes con la cabeza baja y contrariados con la decisión.

La calma volvió a la polis. Los atenienses gritaban el nombre de Pericles en las plazas y en las calles, en las casas y en los mercados, pero éste no regresó a su ciudad sino que llevó de nuevo a los cinco mil hoplitas y a cincuenta naves hacia Eubea. Animadas las tropas por el éxito de su estratega, se adentraron en territorio de los calcidios, derrotando a los aristócratas de la ciudad, verdaderos instigadores de la revuelta.

Los hestieos, situados en la costa norte de la isla, apresaron un trirreme ateniense dando muerte a todos sus ocupantes. Pericles, sediento de venganza ante tal hecho, no sólo desterró a todos sus habitantes colocando a dos mil colonos atenienses, sino que humilló a sus ciudadanos borrando el nombre de su ciudad, siendo ahora conocida como Oreo.

Durante semanas, el estratega sembró el pánico entre los eubeos. Sabía que para mitigar nuevos conatos de rebelión debía ser implacable, pero muy especialmente inteligente con sus decisiones. Dejando a Eubea sin sus grandes terratenientes, conocidos como los Hipóbotas, las clases menos adineradas no se levantarían en armas

y sus colonos permanecerían atentos y en guardia ante cualquier nuevo foco.

Regresó a Atenas recibido con toda clase de honores desde el puerto del Pireo. La fatiga se adivinaba en su rostro, la guerra iba dejando cicatrices más profundas que las que marcan los filos de las espadas o las puntas de las lanzas. Los atenienses gritaban exaltados por el ánimo de una victoria épica, considerándose invencibles, pero Pericles no sonreía. Venía con las almas de los muertos tras sus espaldas y las manos manchadas de una sangre que no le pertenecía, no tenía nada que celebrar.

Llegó a su hogar esperando hallar una paz momentánea. Aspasia le esperaba en la puerta con el pequeño Pericles sostenido sobre sus pies.

—Ves con padre. —susurró la maestra al oído de su hijo.

Con paso tambaleante y dubitativo, Pericles se fue acercando al estratega con leves paradas para estabilizarse. Pericles retiró su casco para ver a su hijo caminar hacia su posición. Abrió los brazos y lo estrechó con un reguero de lágrimas en las mejillas. Aspasia adivinó el pesar de su esposo, la emoción había despertado profundos sentimientos de pérdida que nada tenían que ver con su regreso. Soportaba las consecuencias más oscuras del poder que ostentaba.

Pericles necesitaba descansar, necesitaba guardar silencio. La maestra dejó que él dirigiera las conversaciones hasta donde considerara oportuno sin consumirlo con preguntas que le evocaran recuerdos sombríos.

—Les he dicho que te traigan algo de fruta, queso y aceitunas. —dijo Aspasia mientras dejaba al niño con la cuidadora.

—Es suficiente. Gracias. —hizo una mueca fingida.

La maestra le cogió de la mano con fuerza y besó los nudillos agrietados de su compañero.

—Me he perdido los primeros pasos de Pericles.

—No te los has perdido, hace menos de tres días que empezó a soltarse, si hubieras estado en la Asamblea habría sido lo mismo. —llenó las dos copas. —Bebe conmigo.

—Casi llegaron a las puertas de la ciudad. Cuando me llegaron las noticias a Eubea casi me vuelvo loco. No podía dejar de pensar en lo que hubiera pasado si las tropas lacedemonias hubieran entrado a Atenas.

—Pero no lo hicieron, y no sé lo que hiciste ni cómo, pero nos pusiste a salvo a todos.

—Mejor que no lo sepas. —dijo reflexivo. —Son unos vendidos, no hay nada de honorable ni en mí ni en ellos, te lo aseguro.

—Te castigas innecesariamente. Ante una situación límite supiste qué hacer para proteger a tu gente. Hiciste lo que debías, evitaste centenares de muertes. Hoy muchos descansan en sus hogares y no bajo losas de piedra. Eso es suficiente. Debes descansar para abstraerte de lo que has vivido y de las decisiones tomadas en cada momento.

—Durante días tendré un sueño muy liviano. Las imágenes de las urnas con las cenizas aparecen en mi mente especialmente cuando cae la noche. —bebió casi de un solo trago el vino que quedaba en su vasija.

—Pues estaré despierta a tu lado para reconfortarte. Compartiremos el peso de esas almas juntos. —dijo conmovida. —Eres excepcional, Pericles, y los hombres extraordinarios lo son por la capacidad de soportar la responsabilidad de sus actos. No sabes lo que te admiro por ello ni lo que te amo por ver la vulnerabilidad del hombre que tengo delante. A pesar de ese peso que te comprime no sucumbes al placer de la sangre, sigue habitando en ti el estratega que padece con el lamento de su gente. Preferiría morir ante una decisión tuya que permanecer en vida bajo el mando de un tirano. Seguro que

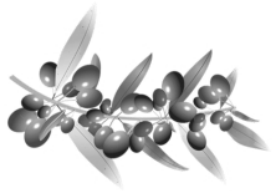
muchos de los que ahora llenan de cenizas esas urnas pensaban lo mismo que yo.

Pericles cogió las manos de su esposa y las besó con fuerza. No podía tener a nadie mejor a su lado, era como un regalo de los dioses hecha a su medida.

No concilió el sueño, pero se reconfortó con sus abrazos y con la exhalación de su respiración. Aspasia tranquilizaba a su esposo con ternura, acariciando su piel para que éste supiera que estaba en vigilia apaciguando su pesar. Pasaron semanas hasta que las pesadillas cesaron y de nuevo, el tiempo hizo lo que mejor sabía; recomponer una vida seccionada por la guerra.

La Asamblea había agasajado a Pericles con reconocimientos públicos, pero de igual manera sus oponentes usaban cualquier pretexto para socavar sus logros. El estratega debía rendir cuentas sobre el dinero invertido en su incursión en Eubea, y no era un secreto que los diez talentos entregados a los lacedemonios no podían justificarse. Tucídides intentó en vano posicionar a los ciudadanos en su contra, pero ninguno osó cuestionar al hombre que les había protegido de los espartanos, saliendo indemne de los ataques de sus enemigos.

La paz



Las Dionisias rurales llegaron con los primeros fríos del invierno en el mes de Poseideón. Todas las familias asistieron a la procesión que seguía a las reuniones previas en los campos a las afueras de la ciudad. Hombres y mujeres ataviados con máscaras y actuando en tono burlesco y desinhibido, se paseaban en dirección al teatro acompañados por el falo pintado de rojo en honor a Dionisos, y por las jóvenes que cubrían de pétalos a todos los que se agolpaban a sus lados.

Los banquetes públicos eran financiados por la Asamblea y también por los aristócratas atenienses que buscaban popularidad. Se dirigieron al témenos del dios donde rindieron culto en el templo junto al teatro consagrado a él. Tras ello, asistieron a las representaciones que agolpaban a gran número de ciudadanos bajo la ladera. Las victorias de Pericles habían dado un mayor impulso a su carrera política, así que no tardó en convertirse en el centro de todas las atenciones. En cuanto llegaron al banquete celebrado en el ágora, el arconte y un nutrido grupo de ciudadanos se acercaron hasta su posición. Aspasia permanecía junto a su compañero con una amplia sonrisa y elegantemente ataviada.

—Pericles, estimado amigo, —dijo Lisimáquides. —estás tan solicitado que apenas podía acercarme.

—Sabes que siempre tengo un hueco para ti. —respondió amigablemente mientras estrechaba su brazo.

—Quizás no sea el mejor momento, pero necesito hablar contigo sobre asuntos importantes, antes de que se celebre la Asamblea.

—Vayamos a mi casa. —dijo Pericles —Ya he tenido suficientes celebraciones por hoy.

En cuanto llegaron a la villa, Lisimáquides y la pareja se sentaron en un cuarto al calor del brasero.

—Y bien, puedes hablar tranquilo. Aspasia sabe más de política que tú y yo juntos.

—Pericles, hay que tomar decisiones en relación a los espartanos. Sé por nuestros confidentes que en cuanto los lacedemonios llegaron a Esparta, fueron acusados de traición. El éforo ha escapado y ha encontrado asilo fuera de la ciudad. Tú y yo sabemos que es una calma momentánea y que Pausanias puede ser mucho menos cordial que su hijo.

—Ya he pensado en eso, Lisimáquides. Coincido contigo y además sé que vamos a tener que pactar con ellos, pero también ambos sabemos que deberemos renunciar a ciertas cosas.

—Quiero plantear en la Asamblea la votación para enviar una delegación para establecer un tratado de paz. Necesitaré tu persuasión dialéctica para que sea ampliamente apoyada.

Pericles volteó la cabeza hacia Aspasia.

—Querida, creo que tienes trabajo. —dijo con una sonrisa —Por otro lado, Lisimáquides, me he enterado de que Tucídides tiene muchos amigos espartanos incluso ciertos aliados persas.

—¿Qué propones?

—No me fío nada de él ni de los movimientos que pueda tomar. Seguramente pensarás que mi animadversión se debe a criterios personales, pero no es así. Tucídides enturbia la política de la ciudad y siembra la duda entre los atenienses con sus falsas acusaciones, ya viste de lo que fue capaz con Anaxágoras sólo por perjudicarme. Debe ser condenado al exilio si queremos llegar a un acuerdo de paz sin obstáculos y sin tratados paralelos a la sombra. Lo que quiero es que se proponga como cada año en la Asamblea la celebración de un ostracismo, y que en esos dos meses convenzas a tu gente y al máximo de ciudadanos de los demos afines, para que pongan su nombre en la ostraca. Si lo conseguimos, tendremos más posibilidades de establecer alianzas con Esparta y en mejores condiciones.

—Tiene muchos aliados, pero creo que podemos llegar fácilmente a los seis mil ciudadanos.

—Sé que lo harás y también sé que con mis victorias será más fácil encontrar apoyos. Ahora es el mejor momento para llevarlo a cabo.

Aspasia se centró en el discurso que Pericles debería pronunciar para que éste consiguiera un amplio consenso. No era tan fácil hacer entender a los atenienses que tras la marcha de los espartanos en el asedio, debieran pactar ahora con ellos. A su vez, la Asamblea votó masivamente para que se celebrara un ostracismo y en los dos siguientes meses, los aliados de las facciones a Pericles, fueron conminados a incluir el nombre de Tucídides como única propuesta. Pasado ese tiempo, unos cuantos escribas supervisados por los arcontes de la ciudad y por miembros de la *boulé*, se apostaron en al ágora para que los ciudadanos procedieran a emitir su voto. Los fragmentos de las vasijas de cerámica fueron grabándose con el nombre de Tucídides y tras ello, apilándose boca abajo para el recuento final. A pesar de que existían varias hileras y que eso significaba que los atenienses habían dado otros nombres, una destacaba por encima de las demás. Pericles tuvo claro que había conseguido su propósito y que su rival debería permanecer diez años alejado de Atenas.

En cuanto anunciaron públicamente el nombre de Tucídides, éste sonrió. Sabía que no podía interceder ni recurrir el fallo, asumiendo que apenas tenía tres días para abandonar la ciudad por la que lo había dado todo. Algunos de sus aliados intentaban animarle para que durante este tiempo renovara esfuerzos y alianzas, pero Tucídides se prometió no regresar jamás. Era la época de Pericles, no la suya, y entendió que erróneamente había intentado socavar antes al adversario que la fama que le precedía.

Liberado de un opositor duro y correoso, Pericles encabezó la Asamblea para buscar la aprobación de sus ciudadanos para pactar con los enemigos. El discurso preparado por su compañera había apelado a la necesidad de garantizar las alianzas y establecer un período de crecimiento económico que beneficiara a todos. No tardó en ganarse sus votos sin apenas resistencia.

—Últimamente, todo son aciertos, Pericles. —dijo Aspasia mientras alcanzaba un higo.

—Un espejismo. Las masas son volubles. —hizo un silencio — Tu discurso ha sido brillante, por cierto, ha sido esencial para apoyar mis tesis.

—¿Por qué esa premura para pactar con Esparta? —preguntó la maestra.

—¿A qué te refieres?

—Hum, te conozco bien. No tomas esa clase de decisiones si no hay un propósito final muy meditado.

—Necesitamos un escenario de calma.

—¿Por asuntos de estrategia militar y para acabar las infraestructuras? —preguntó Aspasia.

Pericles sonrió ampliamente.

—Sorpréndeme. Es una suerte no tenerte como enemiga política, querida.

—Tras las pérdidas en Eubea, necesitas reorganizarte militarmente eso me queda claro. También necesitas esos años de calma para acabar la tarea titánica de reconstrucción de la Acrópolis.

—Cierto. En realidad mi idea es pactar para ganar tiempo. Un tiempo extremadamente valioso. Si conseguimos ese tratado que frene las hostilidades, será de forma temporal. Es incluso muy posible que no se dilate hasta el final y que los conflictos aparezcan antes. Atenas debe fortalecerse, Aspasia, para contener lo que es irremediable.

—Algún día el enfrentamiento de ambos acabará. Sabes bien que los imperios acaban sucumbiendo tarde o temprano.

—Por eso debemos prepararnos. —hizo un silencio —¿Por qué me miras inquisitivamente? —preguntó el estratega.

—Porque creo que tu visión idealizada de Atenas se sustenta exclusivamente sobre tus espaldas.

—¿A qué te refieres?

—Que la idea de un hombre acaba cuando éste no está.

—Atenas seguirá cuando yo no esté —dijo extrañado.

—Es cierto, pero no sabes en qué condiciones. —la maestra hizo una pausa meditada —Demasiado poder, Pericles, y sabes bien lo que ocurre con ello.

El tratado de paz con los espartanos llegó con unas condiciones que obligaban a ceder a ambas facciones. Tras meses de conversaciones y de altibajos en las negociaciones, ambos pactaron treinta años de paz. A cambio, los lacedemonios solicitaban el control de los territorios que permanecían bajo control ateniense en sus tierras, recuperando Trecén, Pegas, Nisea y Acaya, por su parte Atenas aseguraba el control marítimo afianzando las posiciones estratégicas de las polis costeras y de las islas. Lisimáquides y Pericles habían logrado contener los conflictos eternos entre ellos y sus enemigos, dotando a ambos de una conveniente tregua que permitiría reforzar los contingentes militares y reconstruir parte de la

flota que había quedado maltrecha. Era el mejor de los escenarios, pero treinta años eran demasiados para contener dos leones que ahora sólo permanecían dormidos y convenientemente aletargados.

La paz proporcionó el escenario perfecto para seguir con la reconstrucción de la Acrópolis. Tan pronto como se hizo público el acuerdo, artesanos y comerciantes de todas las ciudades llegaron a Atenas buscando una oportunidad de negocio. A pesar de que todos consideraban imposible que el Partenón se levantara en tan poco tiempo, Pericles instó a que se contratara más mano de obra para garantizar que la casa de Atenea, fuera contemplada en su plenitud en menos de una década desde la pacificación.

Durante aquellos primeros años que transcurrieron en completa calma, Aspasia alcanzó tanta fama como la adquirida por Pericles, incluso mucho más allá de las fronteras de control ateniense. Totalmente volcada en su papel de maestra y anfitriona, empezó a ser considerada un referente en los simposios y no era de extrañar, que hombres y mujeres buscaran su cercanía para entablar conversaciones profundas o apreciaran sus opiniones sobre asuntos políticos, filosóficos o éticos. Incluso los hermanos de Pericles con los que no había entablado demasiada relación, engrosaron la lista de asistentes asiduos a sus banquetes. La maestra cautivaba con las palabras, pero la belleza que había ostentado durante su juventud no hizo más que acrecentarse con el tiempo, convirtiéndose en un oscuro objeto de deseo para muchos. No era extraño que en apenas unos instantes, políticos y comerciantes acercaran sus banquetas en círculo para oírla, para deleitarse con sus conversaciones o para disfrutar de los elegantes movimientos de su cuerpo, sus eternas sonrisas o la ondulación de los cabellos dorados de su frente.

—Aspasia, querida, te presento a Lisicles, un gran amigo y aliado.

—Es un placer, Lisicles.

El hombre apenas logró hacer un gesto de cortesía, impresionado por la apariencia de la compañera de Pericles.

—Lisicles es un gran comerciante ateniense, un hombre adinerado y comprometido con la política. Aquí tienes a la autora y correctora de los discursos que tanto alabas. —dijo Pericles —No sabes la de veces que le he comentado que me atribuye méritos que son tuyos.

—No es como te lo explica, Lisicles. Simplemente los leo, los corrijo e intento dotarlos de emotividad, nada más. La autoría es suya.

—Yo no soy tan hábil con la retórica. Es como tener una piedra en la sandalia. O son largos y tediosos o cortos y poco fundamentados.

—Lisicles, puedo ayudarte con unas cuantas técnicas. Al final, como todo, puede aprenderse. Ya sabes que tengo un aula cerca del ágora abierta a quien la necesite.

—Será un honor, mi señora. —Lisicles enrojeció, algo que no pasó desapercibido para Pericles.

Aspasia recorrió la villa a la búsqueda del grupo de filósofos. Anaxágoras y Sócrates estaban rodeados de los jóvenes herederos políticos de Atenas, entre ellos Alcibíades que había perdido la apariencia cándida de niño y los hijos de Pericles.

—¿Cuánto queda para tus nupcias, Jantipo? —preguntó Aspasia mientras se apoyaba en la pared.

—Demasiado poco. —Todos rieron. —Con la asignación que me da padre no me llegará ni para sustentar a mi esposa. —bebió un trago de vino.

—No necesitas nada si todo lo tienes. —dijo Sócrates. —El dinero es el mal de los hombres nobles, es preferible que ambiciones riquezas que no requieran de una renuncia de la virtud. Siendo justo, proporcionado y reflexivo serás el más rico de los hombres y constatarás que menos necesitas. —pronunció Sócrates.

—Estimado maestro, es perceptible por tus ropas que aplicas lo que dices y admiro tales bondades, pero no están hechas para mí y tampoco creo que mi esposa se conformara con tener a su lado a un

filósofo que apenas gana unas monedas con sus clases en el ágora. —Aspasia borró su sonrisa.

—Una buena esposa no mide a su compañero por el dinero que le proporciona, pues ante la guerra, el hambre o la penuria, permanecerá a su lado si éste aporta otras virtudes. Si fuera como dices muchas de las esposas que hoy se desloman en los campos para ayudar en el sustento de sus hogares, detestarían a sus maridos y tal cosa no sucede.

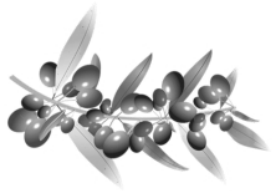
—Bueno, eso es fácil decirlo cuando llevas ropas caras como las tuyas o vives en una hermosa villa. Mi padre te proporciona ciertos lujos, ¿verdad? —dijo con ironía Jantipo.

—Siento defraudarte, Jantipo. Las ropas que llevo las pago con mi esfuerzo diario. Antes de llegar a esta casa ya me ganaba la vida y así seguiré haciéndolo mientras pueda. Nunca esperé ser una carga para nadie.

Jantipo se levantó visiblemente molesto. Aquella noche, Pericles se discutió con su primogénito, no porque hubiera faltado el respeto a Sócrates sino porque había pedido dinero a un fiador en nombre de su padre y éste, había ido al ágora para reclamarle la deuda con intereses.

Los años pasaron. Todos aquellos que habían vaticinado una ruptura de Pericles con la maestra, vivieron bajo la sombra de su error. Lejos de alejarse, ambos habían completado una simbiosis perfecta entre el amor y la admiración. El estratega se apoyaba en su compañera como una extensión de sí mismo, pero a la vez, cuanto más tiempo pasaba, más se oscurecía ante el imparable crecimiento del más pequeño de sus hijos. Ese era el único mal que le encogía, la arista que seccionaba su alma sin remedio.

Tierra y sangre



Aspasia se preocupó por el estado de su padre. El arduo trabajo en el Partenón había hecho mella en muchos de los artesanos que trabajaban cada día bajo el acuciante sol, el aire o el frío que castigaba la colina. El desgaste era apreciable y su dulce mirada se había transformado en un gesto de dolor. Pericles se entretenía con sus primos en la casa de Arete, mientras ambas se encargaban del cuidado del hombre que tanto había hecho por ellas.

—Aspasia, quiero hablar contigo. Siéntate a mi lado. —Axíoco dio unos golpes en el lecho. —Ambos sabemos que no me queda demasiado tiempo.

—Padre, debes descansar.

—Hija, sabes que os amo más que a mí mismo. Ahora no temo morir porque sé que estáis al cuidado de un hombre noble que os protege. Tú has sido siempre mi debilidad, he sufrido más por ti que por nadie, pero ahora te veo tan feliz siendo libre, gozando de tu hijo y amando a tu esposo; ¡qué más se puede pedir! —hizo una pausa para toser hasta enrojecer. La filósofa le acercó el agua para que se recuperara. —Aspasia, quiero ser enterrado en Atenas y estar a vuestro lado, pero te pido que no olvides tus orígenes. Jamás dejes de apreciar las tierras que te vieron nacer y que moldearon tu

carácter. No te regodees en la pena que puede suponer mi marcha pues me voy en paz. Sigue siendo fiel a lo que eres sin desfallecer. Ya has conseguido más de lo que pensabas y muchos, que antes te miraban con recelo, ahora te admiran. Estoy orgulloso de ti, por eso te pido, te ruego, que seas tú quien pronuncie las palabras durante mi marcha. No deseo más que saber que será mi hija quien ofrezca un último consuelo a mi alma. No podría tener mejor despedida.

La maestra asintió e inundó sus ojos en lágrimas, tras ello besó la frente de su padre con infinito amor.

Ambas hijas cuidaron de él hasta el último de sus días, cogiendo su mano para reconfortarlo ante la inminente llegada de las Moiras. Su alma halló la paz una mañana soleada del estío, con el leve trinar de los gorriones que se posaban sobre las ramas de olivo. Fueron muy numerosos los asistentes a su funeral. Sócrates, Fidias y los trabajadores con los que había compartido sus últimos años, quisieron ofrecerle sus respetos y ensalzar su recuerdo.

De luto riguroso y con la melena cayendo sobre los hombros, Aspasia se acercó al cuerpo de su padre. El dolor era acuciante en su rostro y a pesar de la pena que destrozaba su alma, todos admiraron la sobria elegancia de sus gestos. Pericles deseaba rodearla entre sus brazos, pero respetó el espacio que ésta necesitaba. Aspasia miró al techo para contener la emoción que le impedía emitir un solo sonido. Respiró.

"Acúname por última vez, padre. Sostenme entre tu pecho para no dejarme ir jamás. Recítame poemas para conciliar el sueño y bésame la frente para abrigarme entre tu aliento. Acúname, padre, y protégeme de los que hablan a mis espaldas, borra las heridas con tus caricias y disipa el temor que ahora alberga mi alma. Acúname, padre, acúname eternamente.

Recuerdo el rumor de la corriente y el pesar por el sufrir de tu tierra, de cómo ahuyentaste el rencor con la belleza surgida de tus manos, de cómo entre la barbarie cincelaste miles de nuevos amaneceres, de cómo soportaste los miedos moldeando los más

dulces recuerdos para así borrar cualquier rastro de pesar. Ahora caminarás hacia los que tanto amaste y espero que sea sin echar la vista atrás, que no te detenga nuestro llanto y que la dicha por el reencuentro sea más pesada que la pena que ahora dejas. Sigue el intenso aroma a lavanda que impregnaba las manos de tu progenitora, reencuéntrate con ella y ofrécele el abrazo del que otros te privaron en tu obligada marcha. Dile a madre que no hay un solo día que no la recordemos y que vuestro legado seguirá vivo en aquellos que aún respiran.

Los jueces han de ser benévolos porque no existió hombre más digno que vagara por estas tierras ni padre que honrara más su nombre que el que yace inerte ante mí. ¡Qué somos sino una suave brisa que está de pasada! Y a pesar de lo liviano de nuestro camino, ¡qué honor haber nacido de tu sangre!, ¡Qué afortunadas de haber sido tan amadas!

No podemos más que honrarte con el más noble de los recuerdos, prolongando tu legado en los que ahora te lloran para que éstos alcancen acariciar levemente la probidad con la que nos criaste. Tengo el corazón roto, padre. Siento que algo se aleja de mí para caminar a tu lado, que nada será lo mismo cuando el atardecer asome tras las colinas. Y a pesar de tanto dolor que me condena a partir de ahora y para siempre, no albergo más que gratitud a tu recuerdo y el más profundo amor que un hijo le debe a quien le otorgó la vida.

No te has ido pues habitas en nosotras. No hay olvido si permaneces inalterable en mis sueños, donde espero reencontrarme cada día para retener el aroma del barro húmedo que cubre tus dedos. Alzaremos la vista hacia el templo de Atenea y te veremos en cada imagen que creaste donde antes no había nada, y otros verán tu obra y sabrán de ti sin haberte conocido.

Querría poder odiarte por abandonarnos y en cambio, hoy no puedo más que amarte con una intensidad que me ahoga. No dejes de acunarme, padre, allí donde estés, no dejes de acunarme."

Aspasia había pronunciado el discurso fúnebre entre lágrimas, rota por un dolor que apenas la sostenía en pie, rasgada en el alma hasta comprimir su pecho. No era la única, todos los que allí se apostaron permanecían en silencio con la emoción contenida ante el pesar de sus hijas. Pericles lloró la pérdida de Axíoco, pero si aún quedaba un resquicio en su corazón para amarla más si cabe, aquella noche quedó cubierto. Pensó en que algún día sería ella quien pronunciaría las palabras dedicadas a él, que tras su muerte no podía dejarla devastada sin nadie en quien apoyarse.

La maestra guardó luto, pero no el que se lleva en las ropas sino el que te rompe por dentro. Oraba ante el altar y colocaba ofrendas. Fidias le había regalado una losa de mármol con un relieve hecho por su padre. Aparecía una joven danzando con una túnica movida por el viento acompañada por un fauno. Éste le decía que Axíoco se había inspirado en ella y que la túnica llevaba pintadas unas florecillas que Aspasia llevaba en su peplo cuando era apenas una niña.

Pericles la veía pensativa y la envolvía en sus brazos sin decir nada. Sabía que en ese instante no había espacio para las palabras.

—No me dejes tú también. No permitas que te arranquen de mi lado.

El estratega la besaba para recordarle que permanecía junto a ella, cumpliendo con la promesa que le hizo a Axíoco cuando llegó a su casa por primera vez.

Pasaron los meses. Las hermanas se veían asiduamente para compartir las ausencias, pero sobre todo porque Aspasia sentía que la soledad de Arete era una losa demasiado pesada tras la pérdida de un esposo y un padre.

Sócrates, consolidado en Atenas como un emergente referente filosófico, empezó a dar clases a los jóvenes de la familia,

compartiendo más momentos con su amiga y ofreciendo algo de distracción.

—Sócrates, ¿crees que esta paz será duradera? —preguntó Aspasia con seriedad.

—¿Por qué lo preguntas?

—Demasiada calma en un mundo que se sustenta en el conflicto.

—Yo también lo pienso. Han reforzado las murallas que circunvalan la polis, eso ya habla por sí mismo sobre la confianza que tenemos sobre los tratados que firmamos. Algún día seré yo quien deba portar las armas de mi padre y luchar por Atenas, no me cabe la menor duda.

—Ojalá una mente tan brillante que apela al engrandecimiento del hombre, no deba empuñar jamás una lanza.

—Tarde o temprano todos debemos sacudir nuestras ideologías por un bien que nos trasciende. Se trata de lo más esencial, la supervivencia. Vivimos en sociedad, Aspasia, y defendemos lo que otros han protegido con su vida. Como bien dijiste en el hermoso discurso a tu padre, perpetúas el recuerdo de los grandes hombres que te preceden porque así debe ser.

—Quizás un mundo de mujeres no establecería tal conflicto de intereses. —dijo con ironía.

—Hum, sería interesante saber si las decisiones femeninas incurrirían en los mismos errores o por el contrario seríais más conciliadoras. Quién sabe si igual vuestra naturaleza se ve salpicada por la heroicidad en tiempos convulsos o si incluso podríais ser más beligerantes ante una amenaza.

Aspasia sacudió la cabeza encantadoramente con una leve sonrisa.

—Hay en la mujer una condición unida a su naturaleza que es la de proveer de vida, así que sería más cautelosa antes de poner en

riesgo la de sus propios hijos, pero por otro lado no hay mente más intrigante que la de la fémina que ve amenazada la seguridad de los suyos. Esa dualidad presenta una discrepancia y es difícil calibrar sus efectos. —Aspasia suspiró —Todo son supuestos, pero hay algo en el aire que me inquieta poderosamente, Sócrates. No soy una mujer que atienda a supersticiones, pero hay algo que me remueve y no sé darle explicación.

—Eres una mujer sabia, Aspasia. Llevas con Pericles diez años y has vivido la política desde un lugar preferente. Sabes que la calma precede a la tormenta y también conoces la naturaleza del hombre. No hay que buscar el motivo de tus sospechas sino apelar a tu buen criterio para saber que hay algo de verdad tras ellas.

Y la maestra no erró. Una delegación venida de Mileto atracó en el puerto del Pireo para reunirse de urgencia con los estrategas y el arconte de la ciudad. Varios políticos afines acordaron que la casa de Pericles podía ser un refugio seguro fuera del alcance de ciudadanos y curiosos que se alterarían con la llegada de los milesios. Pericles avisó a Aspasia para que estuviera presente y de esta forma, ofrecer un espacio amistoso para sus conciudadanos.

La maestra ordenó que la sala de recepción de su esposo se acomodara para la reunión. Hizo cerrar los porticones de madera y emplazó a todos sus esclavos y personal que se ausentaran de la villa hasta nueva orden. En cuanto llegó la comitiva, pasaron a la sala donde tomaron asiento.

—Quédate aquí. Les infundirás confianza —dijo Pericles. —Bien, señores, siéntense.

Un hombre de unos cincuenta años se retiró el pañuelo que aprisionaba su cuello para tomar la palabra. Se veía fatigado tras la travesía.

—Mi señor Pericles, debes saber que no estaríamos ante tu presencia si los hechos que se están dando en Mileto no fueran de extrema importancia. Créenos que antes de hacerte tal petición

hemos intentado contener por nuestros propios medios a los enemigos samios. Hace unas semanas ocuparon Priene y como no podía ser de otra forma, ofrecimos resistencia ante tal ultraje. No habita en ellos ninguna benevolencia y actúan como bárbaros que no atienden a razones. No podemos enfrentarnos en igualdad de condiciones pues éstos reciben la ayuda del sátrapa persa de Sardes. Apelamos a las relaciones que nos unen para que ofrezcas un arbitraje para restablecer la paz, y que Priene siga siendo la colonia milesia que siempre fue. Si no contenemos al enemigo, ¿quién nos dice que no hará lo mismo con el resto? Tememos por nuestras familias, por nuestros hijos, y por la democracia que instauraste de nuevo en nuestra ciudad tras la fallida oligarquía que tensó nuestras alianzas.

Timocles, arconte de Atenas miró con preocupación a Pericles.

—Podemos enviar una delegación ateniense para actuar como mediadores e intentar frenar a los samios. No auguro que tal objetivo se consiga, así que deberemos estar preparados para cualquier imprevisto. —sentenció Pericles.

—Volved a casa y decid a vuestro consejo que Atenas arbitrará, y que toda acción quedará supeditada a la respuesta que los samios ofrezcan. —sentenció Timocles.

Los hombres se levantaron e hicieron un saludo solemne a los atenienses. Aspasia los acompañó hacia la salida esbozando una sonrisa melancólica.

—Mi señora, su fama se ha extendido por la ciudad que le vio nacer. Nos sentimos orgullosos de que haya logrado exportar a Atenas, los méritos que nuestra escuela jónica exhibe con orgullo. No hay mejor embajadora que Aspasia, la maestra de Mileto.

—Se me presupone más de lo que se debe, pero agradezco el cumplido. —hizo un silencio —¿La situación de los ciudadanos entraña peligro?

—Sí, mi señora. La ciudad que tanto nos ha costado restaurar ahora resiste a duras penas. Los samios no se van a dar por vencidos y, a pesar de la buena intención de los atenienses, dudo que acepten sus órdenes sin presentar batalla. —el hombre hizo una mueca —Sabe bien que no se conformarán con Priene y si no se les frena, será Mileto quien caiga tras ella. Conoce la ciudad y sus gentes, lleva nuestra sangre y ha corrido en las riberas del Meandro. Los milesios hemos contenido a muchos enemigos y también hemos ofrecido mucho más de lo que nos han reconocido. Ojalá no debamos lamentar más pérdidas y espero que éstas, no sean hombres y mujeres a los que una vez estimó.

Se alejaron custodiados por un grupo de soldados. Las palabras del hombre habían conmovido a la maestra que había traído a su mente el recuerdo de Basilia, de sus vecinas, de los maestros que la formaron y de las alumnas a las que enseñó. Evocó a su padre y a las conversaciones mantenidas en el patio de casa.

—Pericles, podemos mediar, pero deberíamos dejar que ellos mismos arreglaran internamente sus asuntos. No sabemos las repercusiones que nuestras acciones puedan tener en el tratado firmado con los lacedemonios. —sentenció Timocles.

—Podríamos, sin duda, o podemos hacer lo que debemos que es mediar con firmeza ante el conflicto. —respondió el estratega.

—¿Y si se niegan los samios?

—Será el pueblo quien decida en la Asamblea, pero mi posición es clara al respecto. No se puede ceder por miedo. Si miramos hacia otro lado, otros los emularán.

—Es peligroso.

—Lo peligroso es un levantamiento general y simultáneo. Es entonces cuando no podrás hacerles frente. Si sofocamos la primera con determinación, otras dudarán en imitarlas.

La Asamblea acordó el envío de una delegación ateniense para apaciguar la disputa entre Samos y Mileto. Aspasia permanecía inquieta ante la posibilidad que su ciudad sucumbiera a una guerra. No podía evitar que la sangre le sacudiera internamente y que los recuerdos se agolparan en su cabeza. En vano intentaba evadirse con su hijo, formándole en historia y gramática. Pericles la intentaba calmar, pero la pérdida reciente de su padre añadida al pesar de la incertidumbre, no hacía más que aplacar su sonrisa.

—No hay buenas noticias, Aspasia. —anunció el político.

—Lo imaginaba. Como decía mi padre Mileto nunca fue una ciudad segura ni lo será jamás. Y, ¿ahora qué?

—Debemos votarlo en la Asamblea. Ya hemos intentado por las buenas que entren en razón, pero su negativa nos lleva a tener que decidir si entramos en conflicto con los samios, o dejamos que lo resuelvan internamente.

Aspasia suspiró mientras cruzaba los brazos y perdía la vista en el horizonte.

—Intentaré convencerlos para enviar una expedición y sofocar la ocupación, pero no puedo garantizarte nada aún.

—Mileto merece ser respetada y protegida. Ha sido muro de contención persa, y es en sus tierras donde el pensamiento ha alcanzado las mayores cotas de excelencia, de donde vosotros también habéis bebido. Vive en la democracia que impusisteis, es nuestro arquitecto quien ha diseñado los muros que os protegen, y muchos de nuestros filósofos os forman en el ágora. —suspiró. —Espero que el sentido común se imponga. Si se defendió a Delfos y a otras muchas polis, por qué no hacerlo con Mileto ahora.

—No es tan sencillo. Los samios han pedido ayuda a los espartanos, éstos se han negado no por el tratado de paz sino porque saben que no cuentan con las naves de sus aliados corintios, y por mar es difícil presentarnos batalla. Debes comprender que los lacedemonios,

aunque no sea por falta de ganas, no van a inmiscuirse. Haré lo que pueda, te lo prometo.

Pericles, con la motivada ayuda de Aspasia, pronunció un discurso ante los ciudadanos convenciéndoles para ayudar a los milesios. Entre los opositores nacieron los recelos ante una incursión peligrosa que ponía en una situación incómoda a Atenas. Aun así, Pericles y cuarenta naves se dirigieron a Samos para restablecer el orden que no habían querido respetar.

Pericles apresó a decenas de rebeldes pertenecientes a la oligarquía samia, y a decenas de niños a los que trasladó a Lemnos donde quedarían bajo control ateniense. Obligó a que los sublevados vivieran bajo una democracia impuesta y tras ello, retiró sus naves para regresar a Atenas. El estratega no sucumbió al pago de los persas que pretendían defender a sus aliados samios, así que en cuanto las naves atenienses volvieron a mar abierto creyendo que todo quedaba sofocado, los rebeldes volvieron a levantarse en armas esta vez apoyados por efectivos mucho mayores facilitados por Pisutnes, sátrapa Lidio, obligando a regresar a Pericles con urgencia a la costa sur de la isla, mientras éste esperaba nuevos refuerzos desde el Pireo para así, presentar resistencia y acorralar las setenta naves enemigas que incluían un contingente persa en Tragias.

El estratega impuso con dureza castigos que humillaban a los samios, hasta el punto de marcar sobre sus frentes los hocicos de cerdos que recordaban la forma de las proas de sus naves. No quiso alimentar más su venganza y se contuvo de tomar represalias más severas para apaciguar su ira.

Creyendo que quedaba resuelto y que los efectivos dejados en Samos eran suficientes, volvió con gran parte de la flota a frenar el avance de unas naves fenicias que parecían venir al rescate de los samios. Meliso, el filósofo que controlaba a los samios, vio que el resto de estrategas atenienses, mucho menos experimentados y el número de naves dejadas por Pericles en sus costas, podían ser

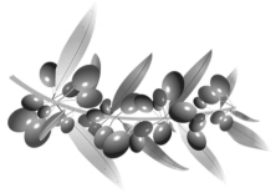
atacadas con cierta facilidad y convenciendo a los suyos, los sorprendieron con la misma virulencia mostrada por Pericles.

Muchos jóvenes hoplitas cubrieron con sus cuerpos las playas. A los que sobrevivieron les grabaron sobre la frente la imagen de una lechuza, haciéndoles prisioneros. Tras ello quemaron los trirremes que bloqueaban los suministros, haciéndose los amos de las aguas durante al menos las dos semanas en las que pudieron disfrutar de su triunfo.

La victoria momentánea de los samios no hizo más que enaltecer a los enemigos atenienses de la zona. Bizancio y Mitilene intentaron rebelarse de igual forma, así que Pericles, avisado de la debacle de sus guarniciones, dividió el número de efectivos para contener los focos de insurrección, ordenando que el grueso de la flota sitiara la isla hasta que se rindieran o murieran de inanición.

Nueve meses fueron necesarios para que los samios solicitaran la clemencia de Pericles. Éste entró en la ciudad destruyendo las murallas y quemando su flota. Castigó a los rebeldes con el pago de un tributo superior a los mil talentos que deberían abonar anualmente durante más de veinte años, pero supo que, a pesar de su victoria, debería rendir cuentas sobre las numerosas pérdidas humanas.

El desprecio



Atenas estaba satisfecha con la enorme competencia de Pericles, pero no era una alegría compartida por todos. Aquellos que vieron que sus hijos regresaban victoriosos a la ciudad, colmaron al estratega de coronas y vítores, pero los padres que recibían las cenizas de sus hijos miraron con recelo a quienes habían decidido proteger a los milesios.

Durante las semanas siguientes empezaron a aparecer las primeras pintadas en el muro de la villa de Pericles. Sabiendo la procedencia de Aspasia, no tardaron en asimilar que la impronta de la maestra había sido la causante del inicio de un conflicto que creían, no les afectaba. El estratega había redactado junto a ésta un emotivo discurso a los caídos, conmoviendo a los hombres y mujeres agolpados en la colina. En cuanto el estratega bajó del promontorio cubrieron su cuello con coronas y bandas, pero Elpínice, hermana de Cimón no tardó en increparle públicamente lo que muchos otros opinaban.

—¡Qué gran victoria, Pericles!, si no fuera porque luchabas contra tu propia gente, no contra el enemigo persa o contra los fenicios, sino con aquellos con los que compartes sangre y origen. Han muerto nuestros hijos por luchar con nuestros hermanos.

Pericles permanecía impávido ante las insinuaciones. Tampoco acostumbraba a alterarse con provocaciones. Tras tantos años de política a sus espaldas, había aprendido a esquivar los golpes producidos por el descontento del pueblo o por los opositores que tanto lo detestaban.

Aspasia comprendía las reticencias de los atenienses. En los últimos meses no sólo observaba las miradas de desprecio de muchos de ellos sino que no rehusaba a éstas. A pesar de que ella no había obligado a Pericles ni a sus aliados a votar a favor de los milesios, tampoco sabía si Pericles había decidido apoyarles en parte por complacerla a ella. No se sentía culpable. En su interior albergaba el convencimiento que su ciudad merecía ser protegida con la misma determinación que el resto de polis aliadas y que además, beneficiaba a los atenienses disponer de un aliado en los límites con los persas. No obstante, entendía que una decisión de tal envergadura había sembrado muchas dudas, y que el consuelo de la victoria es sólo para los que no pierden nada en la batalla. Aceptó con resignación cada insulto, cada pintada y cada desprecio.

El tiempo no calmó los ánimos. Poco a poco, en cada plaza o en cada calle fue germinando la semilla de la duda, e Higinio y Luana, que habían permanecido en un silencio social obligado por la acción pública de Pericles, encontraron el momento perfecto para acabar con su enemiga, una por unos celos nacidos de la sinrazón, otro por el menosprecio de la mujer a la que amaba en silencio, iniciando habladurías maliciosas allí donde iban.

La maestra llamó a su hijo para que iniciaran las clases del día. En el rostro del muchacho se adivinaba un rictus serio y de desánimo. Aspasia sonrió dulcemente al verle aparecer por la puerta de su estudio.

—Veo que hoy no hay muchas ganas. —dijo mientras sacaba un rollo del estante.

—No entiendo por qué tienes que darme tú las clases. Podría venir cualquier otro maestro. A ninguno de mis amigos le enseña retórica

su madre. —respondió con desaire mientras se sentaba frente al escritorio.

—¿Crees que no estoy preparada para hacerlo? Doy clases a decenas de alumnos como tú. —dijo con ternura. —Además, me permite conocerte mejor, entender tu carácter y formarte como un buen hombre.

—¿Para qué? Pierdes el tiempo. —dijo el muchacho.

—¿A qué viene eso? —dijo la maestra levantando la mirada con seriedad.

—Soy el bastardo de esta familia y lo soy por tu culpa. Todo es por tu culpa. —dijo con ira.

La maestra contuvo la respiración para no dañarle con sus respuestas. Estaba preparada para el desprecio de la gente, lo había vivido desde que era apenas una niña, pero no lo estaba para recibirlo de su propia sangre.

—No eres un bastardo, eres el hijo de Pericles, y sólo por ello debes honrar a tu padre con una educación que te convierta en un hombre digno, un hombre justo, alguien que merezca la pena escuchar por su destreza con las palabras, que muestre benevolencia, piedad, contención, dureza cuando sea necesaria, generosidad cuando se requiera. Que cuando te oigan sepan que eres el hijo de quien comanda esta ciudad.

—No digas tonterías. Mis hermanos se dedican a la política, pero sabes que yo no haré nada de eso. Perdemos el tiempo.

—Formarse no significa una pérdida de tiempo, jamás.

—¿De qué te ha servido a ti? Por tu culpa me miran mal, madre. Por tu culpa no podré hacer lo que hacen otros. Si hubiera nacido de Hipareta no tendría que soportar cómo te llaman puta. —tiró el tintero y salió corriendo hacia su cuarto.

Aspasia apenas podía soportar el peso de su cuerpo. Se agachó para recoger con el lino la tinta derramada en el suelo. Veía borroso por el efecto de las lágrimas que nacen de un daño profundo. Se sentó apoyada sobre la pata tallada de la mesa y lloró en silencio, sujetándose la boca del estómago con el puño para contener el dolor nacido de las entrañas.

No dijo nada a Pericles. Prefería sentir el desprecio de su hijo y que a cambio, éste admirara a su padre para ganarse sus respetos. Calló y aceptó como siempre había hecho, a pesar del dolor, a pesar de que los muchos porqués que le asaltaban.

—Estás ausente, querida. ¿Va todo bien? —dijo Pericles mientras Aspasia asentía.

—Algo cansada, nada más. —intentó cambiar de tema —He visto esta mañana que ya se ha levantado una parte del frontón del Partenón. Sólo he podido verlo de lejos, pero empiezan a apreciarse las líneas rectas.

—El Partenón es sólo una parte de lo que hay diseñado. Mi idea es remodelar los propileos y ya he contratado a Mnesicles para que lo lleve a cabo. Los actuales no están a la altura del resto de edificios que albergará la planicie. Todo debe ir en consonancia y guardar la misma proporción y armonía.

—¿Qué tal van las cosas por la Asamblea?

—Por el momento tranquilas. —hizo un silencio contemplando el aspecto de su esposa. —He hablado con Lisicles, nos ha invitado a su casa a las afueras de la ciudad. Creo que nos irá bien alejarnos un poco del bullicio incesante de Atenas.

—Te llevas muy bien con él, ¿no?

—Es un hombre discreto con el que se puede hablar de cualquier tema. Es un buen amigo desde hace años. Lo mejor de Lisicles es que esencialmente, es un hombre bueno y honrado. Eso no se prodiga demasiado y menos en el mundo en el que me crié.

A la semana siguiente asistieron a la casa que Lisicles tenía en los campos de Filé. Era una imponente finca cubierta de olivos, granados e higueras que proporcionaban sombra a un camino de tierra clara y que acababa en una hermosa fachada blanca. Se escuchaba el ganado al otro lado de la propiedad, con caballos pintos y decenas de cabras que agitaban sus cabezas para desprenderse de las moscas. Los campos de olivos y los viñedos, se repartían en las escarpadas colinas que servían como fondo a una gran extensión de terreno agrícola.

Aspasia acarició al perro de Lisicles, que estaba apostado en la puerta junto a su amo. Era de color lechoso con una cola enrollada sobre sí misma. Complacido, el animal apoyó su cuerpo en la túnica de la maestra para disfrutar de sus caricias a las que respondía subiendo el hocico.

El anfitrión llevó a sus aposentos a sus más ilustres invitados para tras ello, agasajarlos con comida abundante y una conversación amena. Aquella misma tarde, un grupo de amigos de Pericles y sus esposas se sumaron a una jornada repleta de risas y camaradería que soliviantó por un momento, la pena que los últimos días había inundado a Aspasia.

Lisicles aprovechaba cualquier instante para agasajar a la esposa de su amigo, enseñándole su biblioteca y ordenando a un grupo de músicos que amenizara con poemas la velada únicamente para complacerla. Pericles lo miraba con una media sonrisa. Sabía que era difícil no sucumbir a los encantos de la pensadora.

En cuanto la noche cayó, los invitados fueron dispersándose a sus cuartos para hallar descanso tras demasiado vino, quedando únicamente los dos amigos acompañados del sonido de las cigarras.

—Lisicles eres un gran amigo y alguien a quien aprecio, lo sabes ¿verdad?

—Sabes que es mutuo, Pericles. Yo no sólo comparto lo que dices sino que además añado la admiración que siento por ti.

Se hizo un silencio.

—Le ha venido bien a Aspasia venir a tu casa. —dijo premeditadamente. —Soporta demasiada tensión por mi cargo. Es la mejor esposa a la que un hombre con mi responsabilidad puede aspirar.

—Es una mujer fascinante. Una entre miles. —dijo Lisicles con cierto rubor mientras sorbía de su copa.

—¿Estás enamorado de ella? —dijo Pericles sin contemplaciones.

Lisicles abrió los ojos y enrojeció. Las manos le temblaban y prefirió dejar la copa sobre la mesa.

—Pericles, me conoces bien, si te he importunado o crees…

—Lisicles, espera, espera. —el estratega levantó la mano. —Tranquilízate porque no es un reproche, al contrario. —hizo un silencio —Necesito que me digas lo que sientes por mi esposa con la sinceridad que te presupongo. Sé que me estimas y es por eso que necesito que seas honesto esta noche más que nunca. Basándome en tu respuesta tengo que proponerte algo.

El hombre rascó contrariado su barba levemente canosa. Lisicles era de complexión fuerte, de apariencia ruda y de ojos oscuros. Apasionado de la política de Pericles, había sido un aliado reconvertido en amigo personal, un confidente sin precio.

El hombre arqueó las cejas.

—Sabes que mi esposa murió y que logré quererla. Le fui fiel a pesar de que no me dio hijos, y la cuidé hasta el último día de su vida. —tragó saliva y entrecerró los ojos —Pero yo nunca había amado a nadie antes.

—Hasta… —continuó el estratega.

—Hasta que vi a Aspasia. No me malinterpretes, no la conozco tanto como para saber cómo es su carácter, pero es una mujer diferente a las que he conocido. Toda nuestra vida nos han dicho que éramos

los hombres los que llevábamos el sustento, los que disponíamos de la capacidad de organizar la política, de reaccionar ante las dificultades y entonces aparece ella, y con una pregunta te sacude todo lo que creías saber.

Pericles miró el fondo de su copa como esperando algo.

—Sé de lo que hablas. He sido un hombre afortunado, Lisicles. Conocerla ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, y precisamente por amarla de esta forma que muchos no son capaces de entender, voy a proponerte algo que va a contrariarte. Lo único que te pido es que guardes este secreto hasta que llegue el momento.

—Habla en confianza —dijo el hombre con expresión interrogativa.

—He pasado la cincuentena, Lisicles, y tú y yo sabemos que más temprano que tarde llegará el fin de mis días. Puedo perecer en la batalla, engullido por el Egeo a bordo de mis naves o caer por el arma de uno de los míos. Llegados a este punto de mi vida soy consciente de que ahora sobrevivo con el olor a tierra cada vez más cerca. Un día le hice la promesa a su padre que cuidaría de ella, que la protegería y que dejaría que fuera libre. Así lo he cumplido, pero no dejo de pensar en lo que pasará cuando yo no esté. Sabes bien que a mi muerte lo primero que harán es hacerla añicos, así que, sabiendo que me estimas y que aun sintiendo ese amor por ella me has respetado, deseo que a mi muerte la desposes, con la promesa aquí y ahora, que dejes que siga siendo ella misma como hasta ahora. Apártala de Atenas cuando yo no esté, pero no le prives de lo que es.

Lisicles le miraba atónito. Destensó su cuerpo y se frotó la frente con los dedos.

—Puedo morir antes yo, Pericles.

—Eres más joven y también vives en un estado más apacible y seguro que el mío. Sé que es un planteamiento arriesgado.

—¿Ella lo sabe? —preguntó mientras el estratega negaba con la cabeza.

—Piénsalo. Si te propongo esto es porque sé que le darás lo que necesita. La amas, Lisicles. Te estoy dando la oportunidad de ser su compañero de vida, te estoy ofreciendo lo mejor que tengo. —los ojos de Pericles se enrojecieron.

—Debes amarla mucho para proponerme algo así. —dijo Lisicles con la respiración alterada.

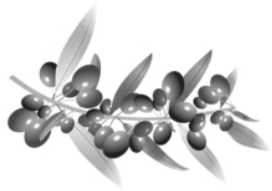
—No sabes cuánto. Sólo te pido que apelando a tu amistad, me respetes hasta que yo no esté y que jamás le digas a nadie lo que te he dicho aquí.

Lisicles levantó la vista y asintió.

—Así será. Espero que ella alcance a entender tu decisión, aunque también espero que ese momento nunca llegue.

Brindaron con un cierto pesar. Pericles aliviado, Lisicles con sentimientos encontrados.

Una idea eterna



Los años fueron pasando sin apenas darse cuenta, disfrutando del amor maduro que ambos se negaban a descuidar. Pericles no hallaba mayor dicha que cuando encontraba a Aspasia a su lado, oyendo sus discursos, discutiendo sobre filosofía, riendo a carcajadas con las ocurrencias enajenadas fruto de la complicidad. La maestra no tenía más ojos que para él, ni sentía felicidad si éste no la hallaba, ni podía evitar preocuparse cuando Pericles llegaba fatigado de las largas sesiones en la Asamblea o la Boulé o cuando, devastado por la culpa, debía negarle a su propio hijo su incursión en la política.

Aspasia se estiraba sobre las piernas de su amante en el jardín y acariciaba su barba cada vez más clara. Se pasaban la tarde leyendo con la suave brisa del atardecer.

—Yo cada vez más viejo y tú cada vez más hermosa. Eres un recordatorio incómodo del paso de los años.

—¡Oh, Pericles!, ojalá pudieras verte como yo lo hago. —Aspasia se puso sobre los muslos de su esposo acariciando cada redondez de su cara. —Lo eres todo para mí. Ya no recuerdo cuando no estabas en mi vida y ahora te amo más que el primer día en que te vi bajo las escaleras. Yo también envejezco, querido, y el día que los

achaques no nos dejen ser tan intensos disfrutaremos de la calma, quién sabe si igual proporciona mayor placer.

—Déjame que lo compruebe ahora.

El estratega se perdía en ella. Detestaba envejecer porque era consciente de que cada día sería uno menos a su lado, pero también se congratulaba de que él perecería antes, de esa forma no debería padecer el dolor insoportable de su pérdida. Sólo pensar en tal posibilidad le comprimía el cuello hasta privarle de aire.

Pericles se estiró en el lecho cubriendo con sus brazos la cintura de su mujer.

—¿Sabías que antes de llegar a Atenas, una mujer en Delos predijo mi vida aquí? —dijo la maestra.

—¿Acertó? —preguntó el estratega mientras besaba su cuello.

—Sí, creo que va acertando.

—Tú no has sido nunca supersticiosa.

—Le dije que acataría lo que el destino me deparara.

—Entonces la que ha acertado en las predicciones eres tú. —dijo éste mientras ambos reían.

Aspasia ensombreció la expresión.

—Pericles, sabes que amo a nuestro hijo más que a mí misma. Daría mi vida por él sin dudarlo. También lo haría por los tuyos aunque no sean de mi sangre, por mis sobrinos…, pero siendo honesta a lo que soy, no he amado a nadie como lo hago contigo. Te pienso cada día y te sueño cada noche. —dijo en un susurro —Hemos construido una vida sustentada el uno en el otro. No me importa que nuestros cabellos se cubran de canas o que nuestros cuerpos pierdan el vigor de cuando nos conocimos. Yo contemplo la misma luz en tus ojos cuando me miras y eso me alimenta hasta saciarme por completo. Sé que si otros me oyeran decir esto, me tacharían de mala madre o de no ser una mujer completa, dirían que merezco la ira divina por

no cumplir con lo que se espera, pero no puedo evitar necesitarte, estremecerme en tus brazos o que erices mi cuerpo con tan solo rozarme. ¿Soy una mala madre, Pericles?, ¿crees que nuestro hijo merece alguien mejor y más digno?

El estratega cogió el mentón de su compañera y giró su rostro para fijar los ojos en ella.

—Aspasia, los hijos no son nuestra propiedad, no los escogemos, nos son dados por un tiempo. Se vuelven egoístas, caprichosos e impulsivos. Dejan de necesitarnos y nos reprochan cosas que desconocen. Muchos hombres y mujeres no han podido elegir a quién amar y vuelcan su estima en sus hijos para suplir sus carencias. Yo mismo lo hice en su momento. Estimé a Hipareta, pero desconocía el alcance de la pasión desmedida por una compañera. Comparto contigo cada palabra y a pesar de eso, a pesar de amarme tanto, has sido la mejor madre para nuestro hijo.

Se abrazaron como lo hacían cada noche. Se colmaron de besos lentos, de roces con las mejillas que cosquilleaban su piel. Nadie podría entender lo que les unía. Allí donde las palabras no obtienen refugio, no hay explicación que responda a quienes son incapaces de comprender.

Fidias había invitado formalmente a los más ilustres hombres y a los sacerdotes de Atenea a que visitaran la colina. Los trabajadores habían cubierto las esculturas y parte del Partenón con los restos de velas de lino usadas para las naves atenienses, para de esta forma causar una impresión que les elevara hasta el éxtasis.

Los hombres y mujeres iniciaron el camino hasta la cumbre contemplando los primeros cambios en las puertas de entrada a la planicie, donde Mnesicles iba levantando sillares de mármol a cada lado de la alta escalinata. Todos los asistentes llegaron a la cima sin poder pronunciar una sola palabra. La maestra apretó el brazo de su esposo en un acto reflejo mientras Pericles sonreía plenamente satisfecho.

Fidias y algunos de los escultores y arquitectos del complejo, se acercaron hasta ellos y dieron la orden de que los hombres retiraran las enormes lonas que cubrían las esculturas y la fachada del Partenón. Los asistentes emitieron un sonido de admiración al unísono. Apenas podían hablar, únicamente movían sus pupilas a uno y otro lado para intentar retener la belleza de lo que se había cincelado sobre la piedra y el bronce. Los sacerdotes cayeron de rodillas ante el templo y las estatuas, otros lloraban conmovidos mientras alzaban los brazos.

Aspasia contempló la estatua de Atenea sobre el pedestal que había visto vacío la última vez. La diosa, en posición de ataque, llevaba un peplo plisado hasta los pies y sostenía una lanza y un escudo dorado que llevaba grabado la lucha entre los centauros y los lápitas. Un cinturón quedaba fijado bajo la coraza con la cabeza de la Gorgona que desplegaba sus bestias bífidas sobresaliendo en relieve sobre el pecho. El yelmo que cubría su rostro, disponía de un gran penacho que simulaba las crines de caballo y que caían por la nuca dejando ver el cabello recogido de la diosa que levemente, se abría paso con hermosos mechones ondulados. Más de treinta pies obligaba a levantar la vista y a empequeñecer ante el relucir que la haría visible por los barcos en el puerto del Pireo, causando tanto estupor como admiración. La maestra se alejó para ver el rostro de Atenea perfectamente cincelado. Pericles miró a Fidias y sonrió con complicidad. Ambos sabían que los detalles armoniosos de la diosa se habían inspirado en ella, pero guardaron silencio para jamás revelarlo. Aspasia sonrió con emoción en sus ojos.

—Fidias, no existen palabras que pudieran hacerle justicia. Me quedaría bajo su sombra toda la vida.

La maestra contempló entonces las Cárites que Sócrates había esculpido. Se acercó para admirar el talento de su amigo, hábil no sólo con las palabras sino con el cincel, heredando el talento trabajado por la influencia de su padre. Sonrió. Tras ello giró su cuerpo quedando a la vista la leona de bronce que se izaba majestuosa en actitud protectora, la estatua de Apolo con el cuerpo

levemente volteado acompañado de su inseparable arco, la ternera junto al altar de Atenea esculpida por Mirón o el héroe Perseo con la cabeza de Medusa junto al Santuario de Brauronia. Los visitantes no pronunciaban una sola palabra, iban de uno a otro pedestal para deleitarse con movimientos inéditos, con esculturas que parecían disponer de vida, de gestos que jamás habían visto esculpidos sobre el metal o la piedra.

Aspasia se acercó al conjunto que se hallaba en la esquina noroeste de la Acrópolis. Atenea lanzaba el aulós al suelo frente al sátiro Marsias que asustado, retiraba su cuerpo hacia atrás en un movimiento casi instintivo.

—Es obra de Mirón —dijo Fidias.

—¿Podemos hablar con él? —preguntó Aspasia.

—Lamentablemente, mi señora, ya no está entre nosotros. Nos dejó hace unos meses, pero aunque los escultores o arquitectos abandonemos esta tierra, siempre dejamos un legado eterno que nos trasciende. Todo cuanto somos queda retenido en el material que trabajan nuestras manos. —Fidias sonrió al saber que sus palabras eran extensibles a Axíoco.

Poco a poco, dejaron de centrarse en las esculturas para conmoverse con la majestuosidad del templo de Atenea. Aunque no estaba completamente finalizado, el grueso de gran parte de los exteriores estaba prácticamente concluido.

—Fidias, estimado amigo, es estremecedor. Cuando idealicé a través de vuestros bocetos este lugar, jamás pensé en este resultado. Creo que nadie sería capaz de llegar a imaginar algo de esta magnitud. No es únicamente el tamaño de este templo sino la forma en que el hombre es capaz de levantarlo con una perfección casi divina, con esa armonización de las columnas, con la policromía justa y comedida. Nada que haya visto es comparable, nada. —Pericles estaba sobrecogido por la emoción. Unas lágrimas resbalaron por las mejillas. Se sacudió la frente con la mano en un intento de

recomponerse. —Sólo puedo daros las gracias por hacer realidad algo que nos sobrevivirá, Fidias, por entender la importancia y llevarla a cabo con este nivel de excelencia.

El escultor apretó cariñosamente el brazo de Pericles.

—Cada sillar de este templo está trabajado con lo mejor que puede ofrecer cada obrero y cada artesano. Se mantendrá en pie para siempre, Pericles. Han trabajado arquitectos y matemáticos más allá de un cálculo de resistencia y proporción. Han sido capaces de corregir los defectos de nuestra propia naturaleza humana al contemplar las líneas perfectas y rectas. Se ha estudiado cada detalle, cada esquina. Ni una sacudida de la tierra podría derribar las columnas que sostienen el techo. Han honrado a Atenea.

Subieron la escalinata que precedía a las ocho columnas. Alzaron la vista para ver el nacimiento de Atenea en el frontón acompañada de Zeus sentado sobre un trono, mientras el resto de los dioses contemplaban la escena como espectadores. El azul intenso se divisaba en los cintos que sujetaban sus túnicas plisadas, los terrosos simulaban el cuero, mientras ocres, púrpuras y dorados, parecían sobresalir del fondo. Los escultores habían intensificado el grisáceo de las armas y habían añadido detalles que brillaban desde la distancia.

Dos puertas de bronce mantenían la celda de la Diosa protegida. Los grabados de figuras geométricas, rosas azules y ramas de olivos decoraban los remaches sobre el pulido dorado. Fidias los condujo por el perímetro donde quedaba suspendida a varios pies, la procesión de las Panateneas. Los relieves de vivos colores seguían un hilo conductor en la que caballeros, políticos, sacerdotisas, animales para el sacrificio o músicos, amenizaban la comitiva que portaba el peplo de la diosa. Los detalles metálicos sobresalían de los frisos brillando como pequeños destellos. Fidias paró ante las tejedoras del manto de Atenea que eran custodiadas por dos sacerdotes.

—Mi señora, aquí yace su padre. Fue inmensamente feliz y lo demostró con el mejor arte producido por sus manos. —Aspasia sonrió emocionada.

—Gracias, Fidias. De algún modo seguiré teniéndole cerca.

Se unieron al resto del grupo frente a las puertas. Calícrates e Ictino habían esperado a Fidias para que fuera él quien procediera a dar la orden de apertura. Sonrieron entre ellos. Las dos hojas de las magníficas puertas se abrieron lentamente dejando entrever, la penumbra de una celda oscura rodeada por una hilera de columnas sobrepuestas en dos niveles. Un pequeño estanque rectangular mostraba un reflejo dorado y blanco entre la tenue luz de los pebeteros y el intenso olor a incienso.

—¡Por todos los dioses! —exclamaron.

—¡Atenea, mi señora! —dijo un sacerdote poniendo su frente en el frío mármol pulido del suelo.

Aspasia, al igual que el resto, abrió ojos y boca sin poder pestañear. Agarró instintivamente la túnica de Pericles encogiendo el puño y haciendo fuerza, totalmente incrédula.

La estatua de Atenea estaba enteramente realizada en marfil y oro. Casi treinta pies de altura sostenida sobre un pedestal grabado con el nacimiento de Pandora. La diosa portaba sobre su cabeza un yelmo con grifos a sus costados y una arpía en el centro. La coraza dorada llevaba una cabeza de medusa en marfil, bajo ésta, la túnica plisada descendía hasta sus pies, toda ella realizada en el áureo metal. En su mano derecha soportaba una estatua de la victoria, mientras que en el lado izquierdo, Fidias había colocado la lanza y un inmenso escudo que en su parte interior custodiaba una gran serpiente.

Pericles sonreía boquiabierto. Entraron cuidadosamente y guardaron un piadoso silencio. Admiraron los detalles del escudo finamente detallado con relieves de la batalla con las amazonas, mientras que si fijaban su mirada en el reverso del mismo, se

contemplaban los gigantes luchando contra los dioses del Olimpo. El detalle de cada elemento era abrumador. Durante mucho tiempo admiraron cada esquina del Partenón, cada relieve, cada sillar, cada casetón de madera del techo. En cuanto lograron recomponerse, salieron de la celda para reconfortarse con la brisa que les devolvía a la realidad.

—Fidias, el reflejo de la estatua en el estanque es conmovedor. —dijo Aspasia. —No sé cómo has podido crear una estatua de esa belleza y nivel de dificultad.

—En realidad, mi señora, tiene un doble uso. Es cierto que impacta porque es como disponer de dos diosas, pero el agua del estanque también proporciona humedad al marfil para que no se dañe. Ha sido difícil trabajar con las láminas de ese material, debía lijar la superficie cuidadosamente con la piel de tiburón y fijar las capas con delicadeza.

—¿Cómo soporta el peso de tanto oro?

—Hemos hecho un armazón de madera de ciprés, ese es el esqueleto que sustenta todo. Tras ello ha sido cuestión de moldear cada pieza de oro que se desmonta en varias partes, intercalándolo con la piel de Atenea que ha sido realizada en marfil blanco. Creo que el esfuerzo ha valido la pena. Espero que la diosa se complazca con tal regalo de los atenienses.

—Fidias, amigo mío, esta estatua va a ser recordada por toda la eternidad. —dijo el estratega aún conmovido.

—Pericles, cada pieza de oro se puede desmontar tal y como solicitaste.

—Era necesario, Fidias. Conozco bien a mi gente y sé que van a poner impedimentos, elucubrarán para saber si alguien se ha quedado con parte del oro o si lo rebajan, de esta forma se podrá pesar anualmente y aplacar suspicacias. Además, si en algún momento es necesario fundir el metal ante una situación de

emergencia económica puede ser usado por el pueblo como método de subsistencia.

La Acrópolis seguía en construcción. En algunas zonas de la planicie se empezaban a levantar nuevos templos y santuarios, pero las losas del suelo ya permitían adivinar la disposición del espacio y la belleza sobrecogedora que emergía de él. Cada artista, cada obrero, cada arquitecto, había regalado su talento de una manera como no se había visto jamás, y todos supieron que la cima de esa colina había cambiado en ese preciso instante, la historia de los pueblos helenos.

Marcharon conmovidos y en silencio.

—Lo has conseguido, Pericles. Atenas está en la cúspide de la arquitectura, la política, el arte y el pensamiento. —susurró la maestra.

—Ahora sólo queda defenderla. —dijo con preocupación. —La codicia del hombre atenta siempre a lo que no puede alcanzar.

Aspasia sabía a lo que se refería y tampoco era ajena a que el tratado de paz entre peloponesios y atenienses era un espejismo momentáneo. Ya se habían levantado nuevos conflictos que aplacaban con conversaciones que no satisfacían a nadie. Dos leones que se miran de reojo esperando a que uno se mueva primero.

El Partenón se inauguró públicamente durante las Panateneas de aquel año. La conmoción por la espectacularidad del recinto fue un clamor general. Los fieles que se agolpaban a los lados de la cuesta, lloraban al contemplar la estatua de la diosa guerrera y se encogían con devoción al observar las ocho columnas frontales del Partenón con el frontón y las metopas policromadas que eran visibles desde la distancia. Habían hijos que portaban a sus ancianos padres a cuestas para poder contemplar al menos una sola vez, la grandeza artística erigida en favor de la protectora de la ciudad. Los teatros se llenaron de espectadores y los más grandes comediógrafos, se disputaban un espacio para poder presentar sus

obras. Poco a poco, los más irónicos autores fueron incorporando mensajes políticos de burla a Pericles y sin atisbo de rubor, incluyeron a la milesia, acusándola de prostituta y mostrándola con la túnica subida hasta los muslos.

"Todos saben que la puta le facilita hembras al gran señor y llena su casa de los aromas de los persas. Contemplad al dirigente dirigido por los senos de su meretriz milesia. ¡Mirad la que se cree señora regentando un caro burdel! La que encandila los oídos y erecciona sus miembros"

Las carcajadas se amplificaban en las gradas mientras el público se deleitaba con actores vestidos con máscaras y cabellos dorados que bailaban sinuosamente. Otros muchos portaban túnicas blancas simulando erecciones bajo éstas. Aspasia y Pericles habían declinado la asistencia a muchas obras, pues sabían que desde la guerra contra los samios, una corriente de desprecio hacia la pensadora se iba alimentando en cada calle. Anaxágoras y Sócrates acudieron a la villa de Pericles en un intento de avisar sobre lo acontecido, pero Aspasia, con una sonrisa en sus labios, le restó importancia.

—Sócrates, sé que me estimas y sé que te duele el desprecio con el que me tratan, pero no está en mis manos cambiar lo que otros opinan. Sabes que no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

—Te tratan de meretriz, Aspasia, de hetaira. Ya no les frena ni el respeto a Pericles. El desprecio hacia ti es cada vez mayor y la impunidad no hace más que alimentar tu deshonra día a día. Aquellos que durante años han conspirado contra Pericles, ahora encuentran una herida donde hurgar con fuerza.

—Lo sé, y esto no ha hecho más que empezar, Sócrates. Doy clases a hetairas, a mujeres que se dedican a ofrecer placer a cambio de dinero. Ellas mismas me cuentan cómo algunos hombres les piden que me imiten, que cubran sus cabellos con pelucas doradas para satisfacer sus deseos, entre ellos el propio Higinio. Algunos se mofan de mí y otros ven saciadas momentáneamente sus miserias. Sé todo

lo que pasa en esta ciudad. —hizo un silencio —Cada día pintan sobre el cartel del aula la palabra "burdel" y muchas niñas y mujeres han dejado de asistir a mis clases por miedo a que les tachen de prostitutas. Mi hermana antes de que llegue lo limpia intentando que no me dé cuenta, pero veo como lo han grabado sobre las puertas con los filos de la navaja. Eso ya me pasó en Mileto. Sigue siendo lo mismo, nada cambia. —dijo con una mueca que simulaba una triste sonrisa.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir estudiando. Seguir enseñando a quien quiera oír. Ahora estoy con mis estudios sobre los embarazos, alumbramiento y recuperación del parto. Ya he recogido unos cuantos volúmenes que espero sirvan a muchas otras mujeres. —se giró hacia su amigo —Tu madre ha sido de una ayuda inestimable en mi trabajo. Es una mujer fascinante.

—Ojalá otros te conocieran como yo. —sentenció Sócrates.

—Hablas sobre un supuesto en el que el resto es tan capaz como tú lo eres, y eso no es así. Por cierto, Tucídides vino el otro día a visitarnos.

—Es un gran conversador y un hombre de profunda reflexión sobre los acontecimientos sociales.

—En la conversación que mantuvimos nos habló sobre cómo la guerra era inevitable e hizo un análisis pormenorizado de las razones. Pericles coincidió en todo. Es por eso, Sócrates, que soy consciente de mi fragilidad frente a lo que escapa de mi voluntad. —miró a su amigo con estima —De mí no se evocará recuerdo alguno, pero me conformo con saber que se harán estatuas recordando tu obra.

Sócrates la miró con inmensa estima.

—Las ciudades están repletas de bustos de hombres a quienes ensalzaron sin motivo, de tiranos, de necios que son recordados con

honores. No ansío que me admiren, sólo espero que lo que les ofrezca a mis alumnos a través de lo poco que sé, sirva para construir hombres que sean más capaces, dignos y justos que yo. ¿Acaso no es eso lo que hace un padre?

—No todos, sólo los mejores. —respondió con una sonrisa.

Una soleada mañana del mes de hecatombeón, llegó un emisario a la villa de Pericles. Aspasia aún no estaba en casa pues asistía a sus clases regulares. En cuanto la milesia entró por la puerta acompañada de su hijo y del escolta personal, supo que algo no iba bien. Se oían los gritos de Pericles por el atrio de entrada y como algunas vasijas se hacían pedazos al ser lanzadas hacia la pared. Aspasia hizo un gesto a Ciriaco para que se llevara el joven a su cuarto.

—No te preocupes, todo irá bien. —dijo la milesia con una sonrisa.

El ayudante personal de Pericles esperaba en la puerta, mientras se encogía por cada estruendo. Profundamente alterado se acercó a la mujer.

—Ha llegado un legado, pero no me ha dicho de que se trata. Lleva así horas. —Aspasia asintió.

—Dejadnos solos.

La maestra tocó la puerta y abrió sigilosamente. Pericles estaba en la penumbra de su estancia de trabajo, sentado y con la mirada perdida. Sorteó los restos de las vasijas negras rotas y los rollos que habían quedado esparcidos por el suelo. Levantó el taburete que quedaba frente a la mesa y se sentó en completo silencio. Pericles extendió hacia la posición de su esposa el papiro lacrado que tenía sobre la mesa sin osar mirarla.

"Citación de asistencia obligada a la Heliea en base a acusación formulada por Hermipo, ciudadano ateniense libre y mayor de edad, contra Aspasia, hija de Axíoco oriunda de Mileto.

Siendo la demandada considerada como extranjera sin derecho y quedando bajo la tutela legal de Pericles, hijo de Jantipo de d.Colargos, será éste el encargado de proporcionar defensa pública en juicio penal por los cargos referenciados a continuación:

IMPIEDAD y CORRUPCIÓN

En base a la Ley de Atenas, la no asistencia se considerará indicio de culpabilidad cayendo sobre la demandada la pena máxima estipulada por el tribunal popular.

El juicio tendrá lugar 10 jornadas desde la recepción de la citación, bajo el auspicio de los dioses y tras haber seleccionado previamente y bajo sorteo juez y jurado en el tribunal del ágora ateniense."

Aspasia suspiró y dejó la misiva sobre la mesa.

—Sabíamos que tarde o temprano esto iba a pasar. —dijo en apenas un susurro.

Pericles la miró entrecerrando los ojos y negando con la cabeza. Estaba encolerizado, sabiendo que observaba a un animal herido.

—Ahora prendería fuego a toda esta ciudad, sin ápice de clemencia. —dijo con rabia.

—Han tardado más de lo que pensaba. —dijo esbozando una suave sonrisa.

—Aspasia, esto no es una broma. Es una acusación penal, si te condenan puede no sólo ser una multa, pueden desterrarte o peor aún.

Pericles no se atrevía ni a pensar en la posibilidad de una condena a muerte. Se levantó, con las manos sujetando sus caderas, en un intento de recomponer el aliento. Aspasia lo miraba enternecida.

—Pericles, no temo nada. Prometí unirme a ti con todas las consecuencias, y ésta era una de ellas. Los dioses me han permitido

estar a tu lado y darte un hijo. Si he de morir por todo ello que sea en completa libertad.

—Esto no es por ti, es por mí. Te acusan por ser mi esposa. —dijo con los ojos inundados en lágrimas.

—Yo no me arrepiento de nada, pase lo que pase volvería a repetir mi decisión eternamente.

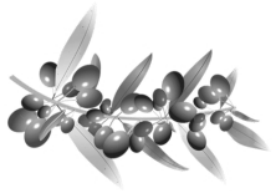
La maestra se levantó y rodeó con fuerza la cintura de su compañero. Éste la aprisionó entre sus brazos.

—No dejaré que te condenen injustamente.

—No puedo gozar de mejor defensa que la tuya, pero si aun con tu pericia no hallo la absolución, prométeme que seguirás gobernando la ciudad y cuidando de tus hijos como hasta ahora. No te abandones si yo ya no estoy, sólo estamos de paso.

El estratega se perdió en sus besos, totalmente abatido. No había sueño ni descanso. Sólo existía un único motivo para seguir erguido y era garantizar la vida de Aspasia.

El juicio



Pericles supo que al igual que su esposa, Anaxágoras y Fidias habían recibido demandas por acusaciones que se asemejaban. Las tres personas que habían ocupado su vida sin ser de su sangre, padecían las iras de los oponentes a su causa, de aquellos que le despreciaban por su poder, de los que ansiaban arrebatarle todo lo bueno que le había ofrecido la vida tras décadas de dedicación a su pueblo.

A pesar de que cada año se pesaba el oro de la estatua de Atenea, no dudaron en denunciar al escultor de apropiarse de parte del noble metal, de poner su efigie y la de Pericles en el escudo de Atenea, así como de corromper al propio estratega. En la demanda de Anaxágoras, utilizaron las viejas calumnias vertidas sobre él para acusarle de impiedad, por renegar de los dioses y enseñar a sus alumnos que el sol no es más que un hierro candente y que la luna refleja su luz, siendo ésta un desprendido de la tierra que habitamos los mortales.

El estratega se pasaba día y noche preparando el discurso que debería pronunciar para salvar la vida de su esposa.

—Pericles, déjalo ya. —dijo la maestra apoyada en el muro de la sala de estudio.

—No puedo, Aspasia. Debo pensar en cualquier supuesto que presenten. No sé quién será el testigo o si hay más de uno. Sé que van a intentar desprestigiar tu trabajo, tu infancia y hasta a tu propia familia.

La maestra se acercó a él y quitó el cálamo de la mano. Tras ello se sentó frente a su esposo con una sonrisa plácida.

—Por más que escribas sobre la verdad no convencerás al más incrédulo ni tampoco te ganarás el favor de quién ya te cree.

—El jurado estará compuesto por centenares de personas, Aspasia, cada voto es indispensable. Tampoco sabemos quién será juez porque será elegido de igual forma.

—Pericles, ¿qué corrijo siempre de tus discursos?

El estratega unió sus manos.

—La emotividad.

—Ahí tienes la respuesta. Lo único que puede hacer inclinar la balanza es que aquello que digas, sacuda lo que venían pensando previamente. Generar la duda con la verdad, y eso no se gana apelando a aspectos de mi vida que no les van a convencer. A mí me desprecian, pero a ti te respetan. Como bien dijiste los tres juicios son un castigo dirigido al político, así que despójate del cargo y que vean al padre, al esposo, al hombre vulnerable. Conmuévelos. Remueve sus entrañas hasta que se pongan de tu parte.

—¿Y si no sale bien?

—El juicio está perdido de antemano, Pericles. Tienes tres horas para revertirlo. Tu oponente apelará a aspectos generales, a mi comportamiento impuro, a mi influencia en ti, a la clase de alumnas que tengo en mis aulas. Esperará que rebatas sus acusaciones sabiendo que no existen pruebas que puedas aportar. No llames a ningún testigo ni pongas a nadie en la tesitura de defenderme.

—Aspasia podría llamar a Sócrates.

—Un filósofo hombre, sin esposa, insultado por muchos de ellos. Se mofarán de su testimonio y públicamente dirán que me acuesto con él. No, Pericles. A nadie. —hizo un silencio —Acato el castigo que decidan, hace años que lo tengo asumido. Sé fiel a lo que sientes y a lo que eres.

—Tú, quizás, pero yo no lo asumo.

—Lo asumirás, y te voy a decir por qué, a pesar de amarme tanto, jamás intentaste cambiar la ley que tú mismo aprobaste respecto a los matrimonios con extranjeras y tampoco lo hiciste cuando tu hijo nació, siendo eso mucho más doloroso. ¿Se puede ser más justo con la ciudad que llevas liderando años? Éstos son los motivos que neutralizan la acusación.

A pesar del dolor que comprimía al estratega, se envolvió en una apariencia de dignidad y fortaleza. La última noche antes del juicio, Aspasia hizo llamar a Anaxágoras y a Fidias. No quiso llamar a Sócrates para evitarle una pena que consideraba innecesaria. Los cuatro se sentaron en el jardín casi en completo silencio. Todos sabían que casi sufrirían una condena segura, pero desconocían el alcance.

—Fidias, no tienen nada contra ti. Cada vez que se ha pesado el oro de Atenea ha dado el mismo valor. Y tú, mi maestro Anaxágoras, eres un referente en la ciudad, no pueden condenarte a muerte pues caería sobre ellos la deshonra. —sentenció Pericles.

—Creo que hablo por los tres, Pericles, cuando digo que no nos pesa la condena sea cuál sea. Soy un hombre anciano que ha visto demasiada vida y que sabe que los días son regalados. No sientas pesar por mí. Eres como un hijo y como cualquier padre, lo único que ruega es que éste sobreviva a su pérdida. —dijo Anaxágoras.

Fidias tomó la palabra.

—Pericles, tú y yo somos amigos desde hace muchos años. Todos los que te rodean y gozamos de tu amistad sabemos que vivimos intensamente los mejores momentos de nuestra vida a tu lado, y eso

conlleva también grandes sacrificios. Bajo tu mandato he podido desarrollar mi arte y dejar un legado que me sobrevivirá. Lo único en lo que diferimos de otros es que igual la muerte nos sobreviene antes, pero sólo se trata de eso. Está todo compensado con creces.

Aspasia sonrió y llenó las copas.

—Por la vida bien vivida, por el arte, la filosofía, el conocimiento y los recuerdos que jamás podrán arrebatarnos.

Disfrutaron de una velada sombría, muy alejada de los grandes banquetes compartidos entre risas y discursos. En un momento de ausencia de Pericles, Aspasia tomó la palabra en un susurro.

—Gracias a los dos por todo lo que habéis hecho por Pericles y por mí. No sé si mañana mis ojos se cerrarán para siempre, pero siento un profundo amor por ambos que siempre llevaré conmigo. Anaxágoras fuiste el primer hombre en darme refugio en esta ciudad, sin juzgarme, regalándome un conocimiento que quedará grabado para siempre, y tú Fidias has sido un amigo de valor inestimable, ¡hemos compartido tanto juntos! No puedo sentir mayor gratitud a los dioses por haberme cruzado en vuestro camino y sé que cuanto habéis hecho o dicho, no quedará en el olvido. Sé que viviréis eternamente.

Cogió las manos de ambos y las besó con estima. Se despidieron entre abrazos cálidos y lágrimas contenidas. Nadie quería echar la vista atrás por miedo a sucumbir a la pena y la rabia. Marcharon en la oscuridad sin saber si volverían a verse.

Ninguno pudo conciliar el sueño. Pericles acariciaba los brazos de su compañera y aspiraba el aroma de su piel. Estaba completamente abatido ante la posibilidad de perderla. Le venían a la mente las imágenes de su muerte, de una condena que dejara huérfano a su hijo. La veía mil veces ajusticiada, golpeada, degollada, envenenada. La respiración le comprimía el pecho y se levantaba para intentar coger aire.

Aspasia no quiso despertar a su hijo. Había dejado una carta en el aula de estudio para que fuera entregada a éste por si jamás regresaba. Quería causar el menor daño posible e incluso pretendía dejar algo de culpa sobre ella para que la pérdida fuera menos llorada. Se arregló con una sobria túnica blanca y un velo de igual color. Sin joyas, sin lujos, sólo ella. Trenzó su cabello y lo recogió en un moño bajo. Pericles la observó en silencio con la tenue luz de un amanecer que apenas asomaba desde el horizonte. La mujer más hermosa que había visto en su vida aparecía ante él como una representación de las musas. Aspasia sonrió con dulzura mientras éste le dedicaba unas lágrimas de impotencia ante la injusticia de los mismos hombres a los que había defendido en batalla. Pericles negaba con la cabeza, incrédulo.

—Hoy harás el mejor discurso de tu vida. —dijo la maestra.

Subieron a la carreta y se dirigieron al ágora.

—Aspasia, yo…

—No, Pericles. Sé lo que sientes porque me lo has demostrado todos estos años. Afrontemos el destino con dignidad, con la cabeza alta pase lo que pase.

El ágora estaba abarrotada de gente. Arete estaba abriéndose paso con sus hijos para esperar la bajada de su hermana. Se abalanzó entre lágrimas mientras Aspasia la miraba con un inmenso amor.

—Cuida de mi hijo. Os quiero. —le dijo en un susurro al oído.

Algunas mujeres increpaban a la milesia desde la distancia con gritos y gestos obscenos, otras miraban con curiosidad. Unas pocas apartaban la vista pues les inundaba la pena, esa angustia silenciosa cuando no tienes voz para gritar lo suficientemente fuerte. Aquellos hombres libres que habían sido descartados como jurados en el sorteo del tribunal, esperaban apoyados en la pared de la Heliea para verla llegar. Divisó a Sócrates con el rostro compungido

haciéndole señas desde la distancia. Aspasia le regaló una sonrisa que sin palabras, hablaba de respeto y estima.

Pericles cogió su mano y la miró con tal ternura que silenció a gran parte de los curiosos. La maestra sonrió desoyendo cada insulto, aferrándose a su compañero de vida con la seguridad de que pasara lo que pasara, nadie más que ellos eran conocedores de la verdad, y cuando sólo eso te es suficiente, dejas de temer, de llorar, de maldecir tu suerte. Entraron en silencio. Los centenares de hombres que se agolpaban en las bandas hicieron un corrillo silencioso para que ésta pasara. Aspasia caminó lentamente hacia la posición cercana a los jueces y retiró su himatión hasta la altura de su recogido, dejando que la tenue luz que se filtraba por la celosía, cubriera sus dorados cabellos. Todos enmudecieron. Tan frágil y tan cautivadora, tan digna y tan íntegra. Uno de los jueces asignados por sorteo salió de la ensoñación y mandó callar a la muchedumbre. Hermipo, un comediógrafo que detestaba a Pericles, se acercó a la posición de los jueces para que le presentaran como acusación.

—La acusada en su condición de mujer sólo hablará para pronunciar su nombre. A partir de ese momento será Pericles, hijo de Jantipo, su representante con derecho a voz y defensa, mientras que Hermipo se presenta como acusación por cargos de impiedad y corrupción. Les recuerdo que cada uno de los asignados como jurado público, deberán depositar sus votos en las vasijas, en la dorada colocarán la decisión tomada que será la utilizada para hacer recuento, y el voto descartado debe ser introducido en la de madera. Un representante legal los contará y procederemos a dar el resultado así como, en caso de mayoría condenatoria, la resolución de la pena. También recuerdo al demandante y al demandado que pueden proveer de testigos y que dispondrán de hasta tres clepsidras para exponer sus alegatos en uno u otro sentido. Que los dioses nos guarden y actúen con justicia.

—Diga la acusada su nombre. —dijo uno de los jueces con severidad.

—Soy Aspasia, hija de Axíoco, de origen milesio, legalmente bajo el demo de Colargos.

La dulce voz de la mujer conmovió a los asistentes.

—La clepsidra se voltea para dar voz a la parte de la acusación. Toma la palabra Hermipo. —dijo el juez que parecía más anciano.

"Nos hayamos aquí para cumplir con un digno propósito, el de defender lo que todo ateniense jura como obligación y derecho; cumplir con los dioses y defender la democracia que nos hemos dado. Mi acusación a esta mujer no se basa en el desprecio a su amante, sino en el ejemplo indecoroso con el que ha ensuciado el nombre de nuestra ciudad, corrompiendo a nuestras mujeres e hijos con su palabrería más cercana a los enemigos persas que a los jonios, enseñando las artes de amar y ofreciendo las carnes de nuestras mujeres en su villa para satisfacer los actos depravados de su compañero. Y no creáis que pienso que Pericles es el que demanda esos hechos impúdicos y ruines, sino que la milesia que regenta un burdel, le proporciona mujeres de dudosa reputación para que éste sucumba a sus encantos, poniendo en serio peligro la integridad de nuestra ciudad. Todos sabéis que la incursión ateniense en Samos no fue únicamente decidida por Pericles, pues éste se acuesta con la ramera de Mileto y cegándole por completo, ensució sus oídos con palabras de desprecio a nuestros hermanos para defender su patria. Todos sabemos el resultado, hijos que yacen bajo losas, silenciados por el vicio y la depravación de una sola mujer. Que no os conmueva su belleza, pues se sirve de ésta para que otros sucumban a sus deseos. Y como ejemplo de que eso ya se llevaba a cabo desde sus tierras, llamo a Higinio, oriundo de Atenas, que con su declaración esclarecerá las motivaciones de Aspasia y cómo era considerada en su propia ciudad."

Higinio apareció en la sala con aspecto falsamente compungido. No pudo evitar fijar la vista en la mujer que le había obsesionado. Aspasia no apartó la vista de él. La maestra esbozó una sonrisa para recordarle que hiciera lo que hiciera, jamás sería

suya y que ese tormento sería peor condena que la suya. Pericles se apoyaba en la mesa conteniendo las ganas de degollarlo ante todos.

"Señores, sé bien de los orígenes de la acusada. La conocí en Mileto y no sólo yo sino también mi esposa. Como sabéis ella sí cumple con las obligaciones de las buenas mujeres y estando yo aún en Mileto, supe por ésta que Aspasia regentaba un burdel desde bien joven. Tanto era así que grababan con dibujos obscenos los muros del aula donde ella corrompía a las más jóvenes. En cuanto vio que podíamos proporcionarle una salida de Mileto, no dudó en acercarse a Alcibíades y como éste no sucumbió a sus encantos, obligó a su hermana a ganarse su confianza. Saben los dioses que intentó cortejarme con sus encantos una y mil veces y a la vista de todos, pero yo sólo tenía ojos para Luana, quien me relató las argucias que su vecina utilizaba para proporcionar mujeres a los maestros de Mileto en las palestras donde practicaban ejercicio. Todos en su ciudad la repudian y en cuanto llegó a nuestra polis, no dudó ni un instante en usar las mismas armas, consiguiendo que el digno Pericles enloqueciera abandonando a Hipareta, que como todos sabéis, es de una dignidad incuestionable. Y sepan que las rameras no dejan de serlo, pues en sus banquetes flirteaba con todos y llenaba la cabeza de mensajes obscenos a nobles atenienses, mujeres piadosas de los dioses que renunciaban a rendir culto en sus casas. Dejaban de hilar y preferían acudir como putas a la villa de Pericles para ofrecerle placer."

Hermipo abrió una carta de Luana donde acusaba a Aspasia de toda clase de depravaciones, ensuciando su imagen y la de su familia. La milesia recordó la juventud a su lado, jugando por los campos que bañaba el Meandro, escondiéndose en la maleza para sorprenderse entre el griterío de una infancia compartida. No esbozó ni un solo gesto, permaneció de pie observando el balbuceo nervioso de Higinio que no era debido al juicio sino al desprecio que veía en los ojos de ésta. La clepsidra se giró.

—Toma la palabra la demandada.

Pericles se puso en el centro de la sala, mirando a cada uno de los asistentes.

"Cuántos de vosotros habéis luchado a mi lado, cuántos habéis venido a pedirme amparo. Cuántos de los que aquí estáis habéis dejado de recibir mi ayuda desde que estoy con Aspasia. Cuántos me habéis visto ebrio, obsceno con vuestras mujeres, ausente en los asuntos públicos, ¡cuántos!

Dice Hermipo que no es una acusación hacia mí. No puede engañaros más, es deleznable la cantidad de injurias vertidas hacia una mujer que sólo ha querido regalar su talento a la ciudad que la acogió, con una generosidad que ahora le pagamos con desprecio y castigo. Arribó de Mileto siendo maestra, admirada por aquellos que fueron sus preceptores, ensalzada con las virtudes de los grandes pensadores que nos dieron sus tierras. Y en cuanto llegó a Atenas, pudiendo vivir al amparo de mi hermano Alcibíades, decidió seguir aprendiendo en el ágora y usar sus conocimientos para extenderlos a quien quisiera oírlos. Ante el recelo de muchos de vosotros, ella misma consideró cerrar el aula donde impartía clases para no perjudicar el honor de los suyos, algo a lo que me negué yo mismo. Muchos habéis bebido de mis vasos y os habéis deleitado con sus conversaciones, con el arte de su música, con la equidad de sus juicios. Jamás visteis un solo comportamiento impúdico en mi hogar, ni un insulto, ni una conducta deshonrosa.

Porque aquí no se juzga a Aspasia, se juzga al hombre que la ama. Se intenta castigar al político y al esposo. Casi quince años al lado de la más noble de las mujeres, sin que ésta pidiera a cambio nada. Hermipo dice que me instiga y que sucumbo a sus órdenes, y ¿no habéis pensado que si tal cosa fuera cierta, habría pedido un cambio en la ley que yo mismo promulgué contra el matrimonio con extranjeros? ¿Qué habría suplicado que nuestro hijo obtuviera la consideración de ciudadano, antes que ver cómo sufro por tales hechos? No, atenienses, esta mujer que veis aquí, aceptó con resignación la codicia, la envidia, la pugna y la ira de mis enemigos. Me aconsejó al amparo de nuestro hogar que respetara las

decisiones tomadas y que acatara sus consecuencias, pues el primero que debe dar ejemplo a ojos de los dioses y los hombres es quien aplica la ley a pesar de que ésta fustigue su propia conciencia. Hermipo me presenta como un hombre que sucumbe a los placeres de las carnes de otras mujeres, observad y decidme si después de tenerla en vuestro lecho, desearíais otro rostro, otro cuerpo que no fuera el suyo.

Higinio, el hombre que escupe rencor por no tenerla, ese que ahora se muestra cabizbajo ante este tribunal, no dudó en ultrajar mi casa, a mi esposa y a mi hijo. A patadas lo eché, acrecentando el rencor que ha alimentado durante estos años como las víboras que se arrastran para esconderse tras la maleza. Sufre del mal del despechado por amor, de aquel que contempla a una mujer en su lecho que desprecia y por la que no siente nada, deseando la del prójimo pese a quien pese, oscureciendo su alma hasta consumirla por la codicia.

Nos acusan de impiedad. A los mismos que han creado el santuario a Atenea sobre esta colina que nos da sombra, a los que estaban dispuestos a pagar de su tesoro cada sillar y cada templo consagrado a ella. Decidme una sola vez que hayáis oído a Aspasia renunciar a los dioses, pues no hallaréis ninguna. Su propio padre se dejó la vida en esta ciudad dando forma a los relieves dedicados a nuestra protectora. Hermipo la acusa de obligarme a enfrentarme a los samios, ¡cuánto desconocimiento se halla en tus palabras! Acaso ¿no se envió una delegación para que éstos desocuparan la ciudad?, ¿no se les encomendó bajo el amparo mayoritario de la votación en Asamblea, que desistieran de sus pretensiones? Ahora algunos los alaban como hermanos, pero veo aquí hombres que lucharon bajo mis órdenes y éstos saben que no hubo piedad entre los samios con aquellos que consideraban sus enemigos.

Ahora que conocéis la falsedad de todas y cada una de las acusaciones, sólo me cabe preguntar, ¿qué más queréis de mí? Aspasia no es el centro de vuestras condenas, yo lo soy. Aquí me tenéis, ¿me queréis arrodillado?, ¿queréis ver al político suplicante

ante la posible pérdida de la mujer que ama sin remedio? No me importa, haced conmigo lo que consideréis. Condenad al hombre que lo único que ha soñado es ver su ciudad libre, poderosa y admirada. Condenad al estratega que ha llevado a Atenas a liderar las polis que bañan nuestro mar. ¿Creéis que mi dedicación absoluta a la política merece vuestro desprecio? Pues heme aquí, volcad vuestra furia en mi torso desnudo, hablad de las lágrimas que corren por mis mejillas para insultarme públicamente, para decir que el gran Pericles yace en el suelo rogando que sus hermanos se apiaden de la única mujer a la que ha amado en vida. Si ese es el peor de mis errores, castigadme sin piedad. Clavad el hierro en mi pecho pues tal cosa ya la habéis hecho en mi alma, denunciando al amparo de una mentira.

Os lo he dado todo. Os he dado mi vida y he jugado con la muerte tantas ocasiones como han sido necesarias, sólo por amor a Atenas. Lo volvería a hacer una y mil veces, pero lo único que os pido es que si alguna vez creísteis que merecía una compensación a tal esfuerzo, me lo compenséis con un voto inocente porque no sólo es justicia ante los dioses sino la única verdad a la que apelo con pleno convencimiento."

Los hombres lo miraban conmovidos. Jamás habían visto a Pericles arrodillarse ante ellos, suplicante, con el torso desnudo y cubierto de lágrimas.

Hermipo usó sus turnos para intentar solapar la emoción de su oponente, pero ante el desgarro de un hombre herido no existía más que respeto y cierta sensación de culpa.

"No os dejéis llevar por sus falsas súplicas, atenienses. Intenta causaros congojo, porque como veis sucumbe a la debilidad al lado de la milesia. Como buenos ciudadanos deberíamos apartarlo de ésta para que volviera a ser el hombre de estado y no el juguete de la mujer que yace con él. Esa hembra se vale de su sexo para conseguir su propósito, que no es otro que el de corromperle y hacerle perder la razón envuelta en una falsa apariencia de buena

esposa, aunque no sea más que una prostituta de alto precio. Si que es maestra como presupone Pericles, pero del engaño, de las artes lascivas, de la corrupción de los hombres vulnerables a los placeres de la carne. Ya habéis oído a Higinio y la carta de su esposa que creció a su lado. Ni tan siquiera él puede defenderla de la verdad que los suyos dicen de ella"

Algunos hombres asentían ante las palabras de Hermipo y hablaban entre susurros.

"¡Oh, Hermipo! Cuánta mentira hay en tus acusaciones. ¿Acaso he sido peor estratega desde que es mi compañera? No. Los grandes logros de mi vida política, extensibles a mis hermanos atenienses, han sido bajo el amparo de su sombra. Mis éxitos han estado inspirados en sus sabios consejos, en el propósito de volver al hogar con vida y con el honor intacto de haber luchado valerosamente en la batalla. ¿No es eso lo que os motiva a vosotros durante la guerra?, ¿no esperáis el regreso para yacer al calor de una familia que os alienta con su estima?, ¿no dispongo yo de ese derecho que sí disfrutáis vosotros? ¿Vuestro estratega debe cargar con un castigo inmerecido sin motivo? Si el pago que recibo de mis hermanos es éste, no os podré defender con el mismo ímpetu del enemigo, pues cualquier motivación se convertirá en pena, y mi único objetivo sería hallar una muerte segura para volver a estar a su lado.

Estoy en el ocaso de mi vida, no busqué riquezas ni tampoco el poder que dejasteis en mis manos. Defendí vuestro derecho a decidir en libertad y que hoy mismo ostentáis para acusar a la mujer que amo. Sucumbid a esta gran mentira y todo cuanto nos hemos dado como hombres libres caerá como una losa sobre nuestras cabezas."

Decenas de miembros del jurado mostraban su consternación ante las palabras del político que les comandaba con justicia desde hacía años. Tal y como Aspasia había dicho, la emoción del hombre

era más poderosa que los cientos de justificaciones que hubieran sido desoídas.

Los votos fueron depositados mientras cada uno de ellos tapaba la palabra inocente o culpable con sus dedos. Centenares de ciudadanos dejaban las tablillas en las dos vasijas en completo silencio. Los jueces emitieron los suyos y ordenaron el recuento. Pericles no apartaba la mirada de Aspasia que le sonreía profundamente conmovida. No temía nada.

—Hay veredicto. —dijo el contador tras un tiempo que se hacía eterno.

—En el caso de Hermipo contra Aspasia, el jurado ha encontrado a la acusada *Inocente*, por 375 a 163. Queda por tanto absuelta. Que los dioses nos amparen ahora y siempre. Pueden irse.

Aspasia cayó de rodillas, aliviada por la fortuna que la mantenía viva. Pericles la agarró de los brazos y la levantó mientras apoyaba la frente en la suya.

—Volvamos a casa de una vez. —dijo con una amplia sonrisa repleta de lágrimas.

Muchos de los que se apilaban en la puerta vitorearon al político. Éste agarraba las manos de la multitud como símbolo de victoria o posaba la palma en su corazón para demostrarles una estima profunda. Aspasia fue hacia su hermana y sus sobrinos para abrazarlos con fuerza.

—¡Los dioses me han escuchado! —dijo la mujer entre lágrimas.

En cuanto llegaron a la villa, el joven Pericles salió de su cuarto para mostrar los respetos a su padre. Apenas conocía el alcance de lo que unas horas antes había pasado en el ágora, ni lo cerca que había estado de haber perdido a su madre. Aspasia fue hacia el aula y quemó, ayudada de la lamparilla, la carta que había preparado a su hijo. Ciriaco entró con sigilo.

—Mi señora, los que trabajamos a su lado nos sentimos aliviados con su vuelta.

La maestra se dirigió hacia éste y cogió sus manos.

—Lo sé, Ciriaco, soy afortunada de teneros.

Aspasia no quiso celebrar nada. Sólo quería seguir viviendo y esperar a conocer la resolución de los dos juicios pendientes.

En unos pocos días, tanto Fidias como Anaxágoras fueron hallados culpables de los cargos y condenados injustamente. Pericles lloró amargamente el abuso al que habían sido sometidos, sabiendo que la acusación no había podido mostrar públicamente ni una sola prueba de tales calumnias. La imputación del escultor se basaba en simples conjeturas; el robo parcial del oro de la estatua de Atenea o que había usado como modelo su propio rostro y el de Pericles en la escena de la lucha contra las amazonas. A tales injurias añadieron las de haber proporcionado prostitutas al estratega en la cima de la Acrópolis para gozar de los placeres de éstas y así, permanecer alejado de las miradas de los ciudadanos.

Y si con Fidias habían alcanzado tal nivel de corrupción, no fue menor la que utilizaron para condenar a Anaxágoras, pues consideraron que actuaba como un físico alejado de los preceptos religiosos y que tal comportamiento, atentaba contra las creencias a las que debía obligado culto. El anciano, harto de tales inculpaciones sin fundamento, utilizó su turno de réplica para rebatir cada sentencia pronunciada por el demandante y sus falsos testigos, pronunciando una clase magistral sobre el origen del universo y la probabilidad de que éste hubiera sido creado por un ente racional de capacidades infinitas y eternas. No entendieron nada, y lejos de ayudarse con una defensa justificada en los mandatos filosóficos a los que había consagrado su vida, utilizaron sus palabras para vociferar contra éste como si rehusara de los dioses.

El anciano fue condenado y hecho prisionero. La intercesión de Pericles fue necesaria para garantizar la supervivencia de su

maestro consiguiendo que ambos conservaran la vida, pero alejados de Atenas. Recogieron sus pertenencias para ser acompañados hasta las afueras de la ciudad. Permitieron que ambos se despidieran de la pareja como un acto de piedad con el político, intentando soliviantar la culpa de quienes saben que han causado un daño irreparable y sin motivo.

—¿Dónde iréis? —dijo profundamente consternado el estratega.

—Yo vuelvo a mis tierras, Pericles. —dijo el filósofo —El hombre viejo acostumbra a buscar la muerte allí donde otros le vieron nacer. La vida es así, un círculo perfecto que se muestra caprichoso en el trasiego, pero que alcanzas a ver en plenitud cuando estás al final del camino.

Pericles lo abrazó roto por el dolor.

—Has sido el mejor mentor. Nadie ha tenido mayor honor que el que yo he conocido a tu lado.

—Has sido el mejor alumno. —dijo emocionado Anaxágoras. —Deja que me vaya antes que sucumba a la pena de no volver a verte. Aspasia, cuida de él. —acarició su mentón y endureció la expresión. —Demasiada miel para los que no saben diferenciar el putrefacto olor del estiércol. —hizo un silencio —Algún día deberás alejarte de esta ciudad para poder vivir.

El anciano subió sus fardos al carro que le llevaba hasta el Pireo y ascendió ayudado de Pericles. Fidias se había mantenido en silencio respetando la despedida del que había sido un padre para el político.

—Mi buen amigo. —Fidias abrazó con estima a su confidente y compañero de viaje. —Ha sido un honor servirte y hacer el que seguramente es el gran proyecto de mi vida. La Acrópolis queda en las mejores manos; Mnesicles, Cresiles, Filocles, Calícrates e Ictino, continuarán la obra.

—No, Fidias. La gratitud es mía. Si no fuera por ti no habría podido llevarlo a cabo, pero lo que más me pesa no es el inmenso trabajo que has hecho en esta ciudad sino el pago que has recibido de los tuyos. Amigo mío, espero que allí donde vayas recibas más justicia.

—Iré a Olimpia para seguir haciendo lo único que sé hacer, trabajar con mis manos. Ojalá algún día volvamos a vernos para disfrutar de nuestras conversaciones, aunque sea en una ciudad que no es la nuestra. Jamás os olvidaré.

Se despidieron de Fidias entre lágrimas. Se iba uno de los artífices de las obras más imponentes que bañaban estas tierras, menospreciado por los suyos que lo dejaban marchar antes que ampararlo al calor de sus hermanos, vecinos y ciudadanos.

—¿Por qué, Aspasia?, ¿por qué los míos tratan de esta forma a los hombres más destacados de su tiempo?

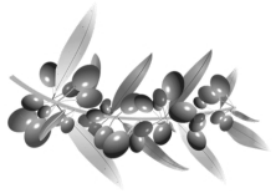
La milesia observaba a Fidias alejarse acompañado de tres escoltas que garantizaban su salida de los límites de Atenas.

—Porque en democracia el poder no distingue entre los mediocres o los dignos. El sistema político que garantiza la igualdad entre los hombres libres, pone en igual valor la decisión del ignorante que la del ilustrado. Únicamente la educación proporciona mayor espacio de justicia. Una sociedad sin ética ni filosofía, sin aprecio por el arte o por la razón, está condenada a la involución. Los mezquinos entonces alcanzarán el poder con discursos vacíos y nadie sabrá distinguir la verdad para rebatirlos, injuriarán a los más nobles y el resto acatará sin reproche. No hace falta un tirano o un rey para vivir sometido a su voluntad sino una sociedad ignorante, será entonces cuando tendremos muchos más reyes y tiranos con derecho a voto, con la diferencia que nadie podrá arrebatarles el poder que ostentan por derecho. El sistema político más justo se convierte en el más ilícito de todos ellos.

Pericles acercó a su compañera hacia su costado. La admiraba. Conocía la profundidad de su intelecto y la meditación

constante de cada aspecto de la vida. No erraba. A pesar de que la democracia era el sistema de mayor equidad en el mundo heleno, se sustentaba en la consideración del individuo como juez, político y soldado.

Difamada



Con el amargo sabor de la despedida, y apaciguados momentáneamente los ánimos de los contrincantes de Pericles, se inició un nuevo periodo de calma en la vida de la familia. La maestra sabía que tanta pérdida personal, acabaría haciendo mella en su compañero y que a pesar de la fortaleza personal de Pericles, iba fatigando poco a poco no tanto al político sino al hombre que habitaba en él. Lo colmaba de afectos y atenciones para disipar su pesar.

La maestra acudió al ágora donde apreció un grupo de jóvenes que rodeaban a Sócrates. Sonrió complacida. De alguna manera la pérdida de Anaxágoras había quedado suplida por alguien que honraría su memoria y sus preceptos. Esperó a que acabaran para no entorpecer sus clases, apoyándose en una de las paredes de la estoa que quedaba resguardada del acuciante sol. En poco tiempo, los alaridos de una mujer la sacaron de su ensoñación.

—¿Dónde está? ¡Sé que está aquí!, ¡sal de tu agujero, Aspasia!

La maestra giró la cabeza y vio a Luana fuera de sí. Tenía el rostro cuarteado por las lágrimas y los ojos completamente abiertos. Iba dando codazos a los hombres y mujeres que caminaban en dirección contraria a la suya. Aspasia anduvo hacia su posición

deteniéndose en el centro del pasillo porticado. Ciriaco intentó ponerse delante de la maestra, pero ésta negó con la cabeza emplazándole a que se quedara quieto.

—¡Ya has conseguido lo que querías!, no vales nada, puede que te hayas salvado en tu juicio amañado, pero todos saben que eres una puta. ¡Yo lo sé! Y ahora, sigues ensuciando a los hombres. ¡Has dejado huérfanos a mis hijos! —exclamó arrodillada en las losas —¡Miradla! Ella ha enloquecido con sus artimañas a mi esposo y lo hará con los vuestros. No le creísteis y ahora yace muerto en la colina de los lobos, ni siquiera podré llorar su cuerpo. —la señaló con el dedo —¡Ojalá tengas peor final que el suyo, sucia perra!

Aspasia permanecía de pie, sin expresión, entre una multitud de curiosos entre los que se hallaban el filósofo y sus alumnos. Se acercó hasta su posición.

—Lamento tu pérdida y la de tus hijos, Luana, pero sobre todo la ira que escupes sobre mí. Sabes bien que todo lo que has dicho es una mentira, y también que jamás te he dado un solo motivo para tanto desprecio. Tú y yo hemos compartido una infancia feliz. Tus padres fueron amigos de los míos, aprendimos juntas, reímos juntas, lloramos juntas. Deberías preguntarte si con tus injurias les honras. —respiró —No me alegro de lo que te ha pasado porque a diferencia de ti, te guardo respeto y evoco el recuerdo de los momentos que compartimos para poder seguir hablándote sin desairarte, necesito aferrarme a ellos para no odiarte. Sólo me infundes pena, Luana, por vivir con rabia y alimentarte de los ataques que me has hecho durante tantos años sin ápice de piedad. Tu esposo no te respetó, yo sí lo hice. A él es a quien deberías haber pedido explicaciones. Mi única culpa es la de amar a mi esposo y honrarlo con mis actos, aunque muchos no lo crean o prefieran tacharme de lo que no soy. No importa. No es mi destino complacer a quien no es capaz de entender. Ahora cuida de tus hijos y olvídate de mí y los míos. El final que me deparen los dioses lo acepto con complacencia sea cual sea, porque a diferencia de ti me iré sin culpa, sabiendo que he honrado a mis padres, a Mileto, a mi esposo, a mi hijo y a Atenas.

No volveré a verte. Espero que seas capaz de sanarte para vivir con dignidad lo que te queda de camino.

La gente guardó silencio. Aspasia le dio la espalda y salió acompañada de Ciriaco en dirección a Sócrates al que apretó del brazo para ofrecerle una muestra de cariño y respeto. Se fue en dirección al aula donde ofrecía clases.

Supo que Higinio, roto por el dolor de saber que la maestra no había sido condenada, empezó a delirar en su casa. Lanzó por los aires cada mueble, cada vasija y cada plato que encontró. Rasgó las telas de las cortinas completamente ebrio, lanzando improperios sobre Pericles y su compañera. En cuanto Luana y sus esclavos intentaron apaciguar su ira, los apartó a empujones, vociferando insultos a ésta a la que tachaba de repugnante.

—¡Yo no debería estar contigo!, estás gorda y no haces más que criticar a todo el mundo. Rebuznas más que hablas. ¡Aparta!

—¡No me hables así, lo he hecho todo por ti! —suplicaba Luana entre lágrimas.

—Si no es por mí estarías retozando en tu asquerosa casa de Mileto, viviendo con un paleto o curtiendo el cuero de la factoría de tus padres oliendo a estiércol. ¿Crees que alguna vez te amé? —reía sarcásticamente —No puedes compararte con ella. Me conformé con las migajas y ya está.

—¡Eres un desagradecido, Higinio! ¡Ella te despreció, te detestaba y te odiaba porque no significas nada! ¿Te crees mejor que Pericles? Tú no vales nada. Sólo sabes beber y andar con putas. —dijo con ironía —¡Maldito cretino!

Higinio la agarró del cuello y la lanzó contra la pared. Tenía los ojos llenos de ira. Los esclavos los separaron mientras éste intentaba desprenderse de ellos con un golpe seco. Se compuso la túnica enérgicamente y cogió una crátera de vino alejándose en dirección a la calle. No se le volvió a ver. Ascendió el monte de los lobos hasta el templo de Zeus y allí, encaramado en la colina y

divisando la belleza de la Acrópolis al fondo, lloró amargamente. Bebió hasta vaciar la vasija lanzándola contra las rocas escarpadas que quedaban bajo sus pies. Cerró los ojos. Trajo a la memoria el contacto con la milesia, la obsesión enfermiza que le había torturado cada día desde que la vio en el ágora de Mileto. La soñó en brazos de Pericles y evocó su mirada de desprecio al acecharla en su casa, al insultarla en el tribunal. Quería verla muerta y por eso ayudó en la acusación, instigando para que otros fueran quienes le arrebataran el aliento. Prefería perderla que vivir con su ignominia. Se sintió un cobarde.

Abrió los brazos y se dejó caer.

Nadie pudo rescatar su cuerpo porque había quedado atrapado en una zona escarpada sobre un saliente de las rocas. Fue abandonado como alimento para carroñeros, descomponiéndose lentamente esperando a que el viento y la lluvia lo arrastraran para perderse para siempre.

Pericles mostró alivio ante su muerte. Para él lo merecía e incluso le parecía poco castigo para tanta afrenta. Luana se refugió en su hogar, sola. Solía vérsela en la puerta de su villa hablando con las vecinas, escupiendo veneno para sobreponerse a una vida que no te permite llorar pérdidas durante demasiado tiempo, respirando por la inercia del cuerpo.

La política ateniense era como una rémora que se alimentaba de sus hombres hasta consumirlos. Silenciosa, selectiva y constante. Todos sabían que la paz era frágil, liviana como una pluma mecida por el viento. En pocas semanas, Pericles llegó a casa con noticias que auguraban una nueva sacudida. Apenas unos años antes, Corinto había expulsado a los opositores a su liderazgo naval en las tierras de Epidamno, colocando a sus propios colonos. Los exiliados, solicitaron la ayuda de Córcira que aceptaron ofrecerles auxilio con la ayuda de combatientes ilirios, en parte porque éstos sabían que las ansias expansionistas no se reducirían a Epidamno, sino que tarde o temprano serían ellos quienes sucumbirían.

Cuarenta naves arribaron a las costas de la polis asediada para presentar batalla a la flota corintia. Mientras, sus aliados hacían lo propio en tierra firme sirviéndose de todos los flancos, para subyugar al enemigo que cayó ante ambas avanzadillas venidas por tierra y mar. Los corintios, heridos por la derrota, solicitaron entonces la ayuda de sus aliados peloponesios y tebanos que reunieron una flota y un ejército para asaltar a los córciros en sus propios dominios. A pesar de que éstos pidieron reunirse con la confederación peloponesa para llegar un acuerdo y cesar las hostilidades, los corintios se negaron a sucumbir a las peticiones presentando batalla en la isla de sus enemigos. Los córciros, obligados a resistir en sus costas, frenaron al contingente derrotándolos de nuevo.

Ahora, apenas unos años después, Córcira pedía unirse a la confederación de la liga de Delos ante las noticias de que un nuevo contingente corintio, se preparaba para volver a presentar batalla.

Pericles llegó a casa junto a Lisicles, un grupo de políticos afines, Alcibíades y sus propios hijos. El joven Pericles, que había alcanzado los quince años, se sentaba junto a ellos con la mirada ausente, sabiendo que no podía opinar en su condición de extranjero y que por mucho que corriera la misma sangre de sus hermanos por sus venas, nadie tomaría en cuenta sus preguntas ni escucharía sus comentarios con la misma benevolencia que las del resto. Aspasia contemplaba su incomodidad y cómo éste, se levantaba para apoyarse en el muro, reconociendo la lucha interna en la que se debatía.

—Participa y da tu opinión. Te escucharán.—dijo la maestra acariciando el hombro de su hijo. Éste hizo un gesto para apartarse de su contacto.

—¿Con qué finalidad?

—Deben conocerte, saber quién eres y confiar en ti. Estás preparado, Pericles, a pesar de tu juventud tienes herramientas suficientes para rebatir.

—Madre, deja de compadecerme de una vez. No soy nadie aquí, como tampoco lo eres tú. ¿De qué te ha servido todo tu sacrificio por el conocimiento? Sigues sin ser nadie. Yo no quiero seguir tus pasos sino los de mi padre. Poder estar en política y comandar como él lo hace, pero eso tú y yo sabemos que no va a pasar nunca.

—No soy yo quien se compadece de ti. Lo haces tú mismo. Eso no es lo que te he inculcado todos estos años, y no he debido hacer bien mi trabajo si me atacas por una cuestión en la que yo no puedo incidir. Puedes quedarte apartado en este jardín o puedes sentarte con los tuyos y aprender. Esa es una decisión que sólo te atañe a ti, pero no me culpes de tus faltas. Si eres mayor para juzgarme, lo eres para resolver tus miedos. —la maestra se apoyó en el kline para escuchar la conversación, intentando despejar de su mente la rabia de su hijo.

—Incluir a Córcira en nuestra liga podría ser peligroso. —dijo Alcibíades. —Los peloponesios lo verán como un agravio y no les va a gustar que ampliemos aún más nuestro poder naval.

—Precisamente por eso, debemos aceptarlos. —dijo Pericles. —Lo que es una evidencia es que la paz está a punto de convertirse en una quimera. Más pronto que tarde buscarán la forma de romper la alianza y atacar. Cuando esto pase todas las fuerzas serán pocas.

—Si fuera por mí, los arrasaría y acabaría con ellos. Nos envidian y nos temen. Enviaría toda la flota y les cortaría los suministros. —dijo Jantipo.

—Das por hecho que asediarlos por mar sería suficiente y sabes bien que por tierra nos superan en gran número y con efectivos mejor preparados. ¿Una guerra de todos contra todos? Eso es un suicidio, Jantipo. Acabaríamos unos y otros muertos, nuestra flota destruida y las tropas reducidas a mínimos. Los persas verían nuestra propia destrucción sentados en sus tronos. —dijo Pericles con ironía.

Aspasia guardó silencio, algo que no pasó desapercibido por su compañero. En cuanto llegaron al cuarto, la maestra fue

quitándose las pocas joyas que había usado para recibir a su comitiva.

—Verte hacer lo más simple es como un espectáculo para mis ojos. —dijo Pericles mientras su mujer sonreía. —Ven con tu esposo y bésame.

La maestra acarició el torso de su compañero y se apoyó sobre él. Besó cada espacio de piel y fue subiendo hasta notar el contacto de la densa barba de Pericles. Le besó con infinita ternura, gozando del placer de su contacto. El estratega se perdió en ella totalmente vulnerable a los gestos de la milesia. En todos estos años, lejos de perder la pasión que les consumió por primera vez en el aula, incrementaban aún más el placer de sus cuerpos con el intenso amor y admiración que sentían el uno por el otro.

—¿Sabes que aún guardo el pergamino manchado con tu primera sangre? —dijo Pericles abrazado a ella.

—¡Oh, por los dioses! Espero que no lo abras a menudo para imaginar cosas que podrías hacer directamente conmigo —exclamó divertida la maestra.

—Hum, no lo había visto así. —hizo un silencio —Jamás entenderé cómo aceptaste.

Aspasia apoyó la barbilla sobre el pecho de su amante.

—Llevamos muchos años juntos y hemos sorteado todo lo que el destino nos ha puesto frente a nosotros. Llegados a este punto no hay nada que demostrar. Te buscaré, Pericles. El día en que cierre mis ojos, te buscaré eternamente y sin descanso.

El estratega miró al techo para evitar derramar las lágrimas. Sabía que la vida se acortaba por instantes. Oraba a los dioses para que no le permitieran envejecer hasta perder la cabeza y no poder recordar ni el nombre de sus hijos, pero sobre todo no quería que Aspasia viera la decrepitud del hombre que amaba.

Las nupcias de Alcibíades fueron como un oasis político dentro de la densa maraña de problemas que se aventuraban. El joven había escogido a la hija de Hipónico, un hombre rico con extensos negocios en la ciudad. Dinómaca, contemplaba con languidez cómo ambos se unían a la sombra de Pericles que ejercía de tutor legal.

—Es todo un hombre ya. Parece que aún lo veo colgando de mi pierna. —susurró Aspasia mientras cogía afectivamente del brazo a Dinómaca.

—Me hubiera encantado que Clinias y su abuelo pudieran verlo ahora.

—Estarían muy orgullosos de él. Sabes bien que Alcibíades lo adoraba y tú has hecho un gran trabajo, Dinómaca.

—He hecho lo que he podido, Aspasia. Sé que Alcibíades ha heredado mucho de su padre y también que visita a hetairas más de lo que debiera. Me preocupa que Hipareta pueda soportar eso. Es apenas una niña.

—Todo irá bien, ya lo verás. Seguro que encontrarán un equilibrio entre ambos.

—Aspasia, lo que me aflige no es su matrimonio sino que caiga en batalla como su padre. Esta ciudad se cobra muchos hombres para mantener el liderazgo. Además parece que nunca es suficiente. —hizo un silencio —No quiero que Hipareta acabe como yo y se pase la vida en soledad, recordando con tristeza lo que una vez tuvo. Yo no podría vivir habiendo perdido todo lo que me importa.

—No caerá, Dinómaca. Seguro que antes asistirá a nuestros funerales, tal y como debe ser.

El banquete que dio paso a la celebración, fue más una reunión política que una festividad. Los hombres aprovechaban para hablar sobre los asuntos que no habían quedado conclusos o susurraban en pequeños grupos para alcanzar posibles acuerdos.

Pericles se mostraba firme, encabezando los postulados que otros acataban o cuestionaban, pero jamás dudaba de aquello que meditaba día y noche y que consideraba un bien para Atenas.

A su regreso a casa, Pericles descansó plácidamente tras tomar asiento junto al olivo que rozaba las paredes de la villa.

—Estás cansado. —la maestra entrelazó sus dedos en el canoso cabello de su esposo.

—Ya no dispongo de tantas fuerzas. La política es para los jóvenes. —dijo con un gesto sereno.

—La guerra es para los jóvenes, la política para los sabios. —respondió la maestra.

—Nuestro hijo no ha intervenido en las conversaciones. Se ha colocado a mi lado, pero no ha dicho ni una sola palabra. Saben los dioses que no desisto en que se inmiscuya en los asuntos de Atenas, no obstante lleva un pesar silencioso que a mí me mata lentamente.

—Lo sé. —hizo un silencio —Yo también he intentado que a pesar de todo, ejerza sus deberes como ciudadano. —la maestra suspiró con pena —Es un buen chico, pero sueña con emularte y estar a tu altura. Eres una alargada sombra y en mí ve parte de sus males.

Pericles negó con la cabeza. Un velo de lágrimas cubrió sus ojos.

—No sabes el dolor que me produce. Lo llevo conmigo a todos lados, pero siente que no goza de derecho. Y lleva razón. Estoy intentando darle una normalidad que no existe.

—Debes dejar de castigarte, Pericles. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido.

—Estoy cansado, Aspasia. Me hubiera gustado que gozáramos de mayor tranquilidad en el ocaso de mi vida, pero me temo que no va a ser posible.

La maestra acurrucó la cabeza en el cuello de su compañero.

—Sería demasiado aburrido. ¡Piénsalo! Tantos años acostumbrados a tantos sobresaltos y de repente la calma. —dijo con ironía.

—¿Has sido feliz? —preguntó Pericles mientras colocaba su barbilla sobre el pelo de Aspasia.

—A tu lado no podría haber sido de otra forma.

—Debes empezar a pensar que un día yo ya no estaré y también asumir que cuando eso ocurra te daré instrucciones.

—¿De qué estás hablando? —dijo la maestra apartándose de su pecho.

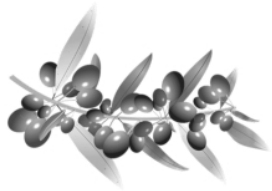
—En mi sala de reuniones, en el mueble de los papiros, hay un rollo lacrado con mi sello y tu nombre. Evángelo sabe todo lo que hay que hacer. Soy casi veinte años mayor que tú, y ya he cumplido más años de los que creí que duraría. ¿Crees que no lo tengo todo pensado?

—Detesto que hablemos de este tema. Puedo morir yo antes y en cualquier momento, de hecho casi ha sido así.

Pericles le cogió la barbilla con un amor profundo.

—No voy a permitir que te pase nada.

El despertar de la guerra



La Asamblea aprobó un pequeño contingente naval de respuesta para ayudar a los aliados córciros. Pusieron al mando a Lacedemonio, hijo de Cimón, quizás con la esperanza de que este nombramiento apaciguara los posibles recelos enemigos. Todos sabían que Cimón había sido próxeno de los intereses espartanos en Atenas y gran admirador de éstos, no en vano había puesto el nombre de su hijo respondiendo a tal predilección. Las consignas ofrecidas eran claras, sólo intervendrían en caso de ocupación de la ciudad y aunque en un primer momento se mantuvieron latentes y a la espera, en cuanto observaron que los corintios iban ganando terreno y abatiendo a los córciros en sus propios dominios, Lacedemonio solicitó un mayor número de trirremes para contenerlos. Los corintios, que vieron las embarcaciones atenienses arribar a las costas y desconociendo el número total de naves, se retiraron por temor a ser destruidos, a pesar que en efectivos no llegaban ni a la treintena.

El estratega llegaba a casa siempre acompañado de un administrador, de sus secretarios y de aliados políticos a los que ofrecía un espacio de calma para debatir sobre los asuntos del día. No siempre eran los mismos, buscando de alguna forma sopesar sus apoyos o asegurarlos.

—Pericles, las informaciones vienen de primera mano. Filipo y Derdas han enviado emisarios para decirnos que el rey de Macedonia está conspirando con los espartanos. Nuestra alianza con los córciros para protegerles no ha gustado nada a los corintios, y se van sumando más y más polis de uno y otro lado.

—Lo sé. Los lacedemonios tienen como aliado a Corinto y es la única fuerza naval con la que cuentan para poder hacernos frente. Si vamos comiéndoles territorio y haciendo nuevos aliados a nuestra confederación, despierta sus recelos. Eso ya lo sabíamos.

El gobierno ateniense, preocupado por la deriva de los acontecimientos y por la debilidad de una paz que parecía truncarse por momentos, solicitó a Potidea, una polis aliada de la confederación délica, pero que había sido colonia de los corintios, que demoliera sus murallas y que abriera un paso al mar para que las tropas atenienses pudieran entrar y controlar los accesos. No era ningún secreto que el rey de Macedonia, Pérdicas, apoyado por los lacedemonios instaban a la rebelión de Potidea contra los atenienses y que tal invitación había calado entre gobernantes afines. Muchos de ellos se mostraban contrarios a seguir pagando tributos a Atenas y habían simpatizado con los postulados de los magistrados de origen corintio que aún controlaban la política de la polis. No tardaron en romper su alianza con Atenas para forzar el enfrentamiento.

Los atenienses, recelosos y sabedores de que Potidea estaba sublevándose, les obligaron a entregar a los rebeldes corintios y a un grupo de rehenes como muestra de sumisión. A pesar de que éstos enviaron delegaciones a Atenas para frenar las hostilidades, también hicieron lo propio con Esparta para solicitar su protección, y así como los primeros hicieron caso omiso a sus demandas, los espartanos no dudaron en proporcionar ayuda si éstos la requerían.

Atenas no tardó en enviar un contingente de hoplitas para reforzar las tropas que se hallaban en Macedonia y así sitiar, con

mejores opciones y mayores posibilidades, a los rebeldes de Potidea. A esa llamada no sólo acudía Alcibíades, sino su maestro Sócrates y los sobrinos de Aspasia.

La maestra fue al gimnasio donde esperó a la salida a que Sócrates finalizara sus clases.

—Sabía que vendrías. —dijo el filósofo en cuanto la vio sentada sobre un banco de madera adosado a la pared.

—He ido a ver a mi hermana y a mis sobrinos antes. Están entusiasmados con ir a Potidea. Arete y yo no somos de la misma opinión. —dijo la maestra con una sonrisa melancólica, mientras aprovechaba para saludar a Alcibíades que se alejaba con el grupo de alumnos.

—Como ya te dije, tarde o temprano siempre nos debemos a nuestro papel de ciudadanos, dejando atrás todo lo demás.

—¿Cuándo partís? —dijo preocupada.

—Dos días. —hizo un silencio y se sentó junto a ella. —Aspasia, no será la última vez que debamos enfrentarnos a nuestros enemigos. He ido a la Asamblea y sé que es el preludio de una guerra contra los espartanos. Es como si un montón de fuegos simultáneos se encendieran en un bosque. Tú y yo llevamos casi dos décadas viendo ese equilibrio extraño, pero no es eterno.

—Lo sé, Sócrates. Es como percibir el aire que precede a la tormenta.

—Y no vas mal encaminada, estimada amiga. No vas mal encaminada. El rey Pérdicas de Macedonia es enemigo de Atenas y sabemos que ha enviado delegaciones a Esparta para incitar a la guerra y a la sublevación. Algún día, el apremio a romper la paz será mayoritariamente aceptado. Los hombres aman el poder, temen el del contrario y saben que la única forma de revertirlo es la guerra.

Los efectivos partieron del Pireo en dirección a las costas macedonias comandadas por Calias y otros estrategas atenienses.

Los hoplitas, reforzados ahora con nuevos efectivos, asediaron las ciudades costeras obligando a Pérdicas a firmar un tratado de paz. Los atenienses sabían que con su número de tropas inicial no podían haber hecho frente a dos levantamientos simultáneos, así que una vez controlada la costa macedonia con Terme y Pidna como polis sometidas, proporcionaron a los recién llegados otros mil soldados para dirigirse hacia el campamento provisional de Gigono en dirección a Potidea. A éstos se les unió la caballería de apoyo de Filipo, hermano de Pérdicas y aliado de Atenas.

Las tropas potideatas, comandadas por Aristeo y menores en número al contingente ateniense, habían acampado en el istmo de Palene. Sus aliados calcideos y una unidad de soporte de la infantería de Pérdicas, estaba asentada en Olinto a la espera de ofrecer apoyo si Aristeo los necesitaba. La fortuna quiso que Calias, que comandaba un buen número de efectivos atenienses, obtuviera la información de la localización del campamento enemigo, ordenando que su caballería y una parte de las falanges atenienses los sorprendiera en la retaguardia. Tras una victoria que aislaba de suministros y tropas de refuerzo a Aristeo, se dirigieron a Potidea para iniciar el asedio.

Mientras, en Atenas las cosas no iban mejor. Pericles había logrado aprobar un decreto que castigaba a la ciudad de Megara con un embargo sin precedentes que les impedía comercializar con las ciudades de la confederación délica y atracar en sus puertos. Los megarenses, aliados de los lacedemonios, encolerizaron al ver peligrar su modo de subsistencia, siendo extensibles los efectos al resto de ciudades peloponesias. Pericles no mostraba piedad y tampoco sucumbía a las amenazas, para él la guerra con los espartanos era sólo una cuestión de tiempo.

Aspasia y Pericles caminaron en silencio por el sendero que llevaba a las tierras apícolas. La maestra pretendía ofrecerle un espacio de calma ante la presión que la política ejercía sobre él. Se aferró a su cintura mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su

compañero. Pericles besó el cabello de Aspasia entrecerrando los párpados.

—Me encanta subir por este camino. —dijo Pericles mientras veía la roca escarpada y los arbustos que crecían haciendo equilibrios sobre sus grietas.

—Es un lugar precioso, además tiene unas vistas únicas de Atenas.

—¿Sabías que fue aquí donde avisé a Alcibíades que me divorciaría y me uniría a ti? —dijo esbozando una media sonrisa.

—Ahora que lo sé, me gusta aún más. —respondió Aspasia dulcemente.

—Hemos vivido muchas cosas juntos, ¿verdad, amor? —hizo un silencio —Pero vienen tiempos convulsos e inciertos.

—Atenas ahora es un modelo a seguir y fundamentalmente es gracias a ti. Cuando llegué desde el Pireo no era ni la sombra de lo que ahora representa. Tu impronta está en gran parte de lo que es la ciudad. Miles de personas viven en ella o trabajan para ella, por no hablar de lo que has hecho en la Acrópolis y el ágora. El otro día pude ver como desmontaban los andamios de los Propileos y el resultado es excepcional.

—Sí, Mnesicles ya ha acabado prácticamente. Hace unas semanas se cayó del tejado y tuve que decirle a mi médico que fuera a visitarle porque creíamos que había muerto. —dijo el estratega con preocupación. —Afortunadamente quedó en un susto sin más. Ha hecho un trabajo perfecto.

—Deberías sentir orgullo de todo lo que has conseguido, Pericles. Has sido honesto con lo que piensas y con los tuyos.

—No, querida. Ahora todo es diferente. Mientras las cosas van bien te llueven las alabanzas y los apoyos, pero la cosa cambia cuando tomas decisiones que nadie se atreve a aprobar por impopulares.

—¿Te refieres al decreto que has impuesto a Megara?

—Ese es un ejemplo. Aún hay gente que piensa que el tratado de paz con Esparta debe ser defendido a cualquier precio, cuando todos sabemos que están buscando romperlo a la mínima oportunidad. Y no sólo ellos. Llevo toda mi vida en política y comandando ejércitos, ¿crees que no sé cuándo un hombre busca el conflicto? —hizo una mueca irónica —Hemos enviado delegaciones y ellos han hecho lo mismo. En cuanto nos reunimos en la misma mesa empiezan los reproches en uno y otro sentido. Les acusamos de haber invadido tierras sagradas y éstos de tensar la paz con nuestro apoyo a los córciros. Los corintios no dejan de llenarles la cabeza para que rompan el acuerdo y en cierta manera, nosotros también sabemos que tarde o temprano deberemos presentar batalla. Es inevitable. Lo ha sido desde que vencimos a los persas.

—¿Crees que Atenas saldrá vencedora de la contienda? —preguntó la maestra.

—Sé que no pueden con nuestra flota, pero por tierra la cosa es diferente. En la guerra hay miles de supuestos que no controlas. Es difícil saberlo. De lo único que estoy convencido es que va a haberla, Aspasia, lo sé desde la revuelta de los ilotas hace treinta años.

—¿A qué te refieres? —preguntó la maestra.

—Hace tres décadas un terremoto asoló el valle del Eurotas. Los esclavos al servicio de Esparta, que mayoritariamente se dedicaban al cultivo de los campos, aprovecharon la incertidumbre del momento para rebelarse contra sus señores, fortificándose en Itome. Los espartanos tenían las fuerzas mermadas por la cantidad de muertos y solicitaron ayudas de todas las polis, incluyendo la nuestra, para asediarlos y acabar con la rebelión. Cuando fuimos a tenderles una mano, nos hicieron dar media vuelta. Aquello levantó ampollas en la Asamblea. Pasado un tiempo, acogimos a algunos de los rebeldes y les dimos asilo en Atenas.

—No les sentaría demasiado bien. —dijo irónicamente Aspasia.

—Somos tremendamente diferentes en la forma de hacer política y en la manera de entender el crecimiento de nuestras polis, pero iguales en cuanto a ambición. —hizo un silencio —En parte si entramos en guerra es por mi responsabilidad. Todos los recelos que les hemos generado han sido provocados por la tenacidad en hacer de Atenas una potencia naval y protegerla por tierra.

—Pero también sabes que es precisamente eso lo que debías hacer. Era tu obligación y tu cometido.

—Lo sé. Es el anverso y reverso de una misma moneda, garantizo la protección de Atenas y a su vez la pongo como objetivo a batir.

El decreto de Pericles que asfixiaba económicamente a Megara, resultó ser una justificación para Esparta y sus aliados. Las reuniones acababan en acusaciones recíprocas de rupturas deliberadas del tratado de paz firmado quince años antes. Además, en un ambiente enturbiado por las ansias de guerra, las polis helenas aliadas en uno u otro sentido, aprovechaban la ocasión para invadir a sus vecinos o para reclamar las tierras que creían suyas por derecho. Así, un grupo de trescientos tebanos ayudados por oligarcas y aliados externos, se adentraron de noche en la polis de Platea, aliada de los atenienses, con la intención de tomarla por la fuerza. Hombres y mujeres, en un alarde de defensa de sus propios hogares, colocaron barricadas hechas con sus pertenencias, acorralando a los enemigos entre las callejuelas y dando muerte a más de la mitad de los atacantes.

Aquello fue tomado por los atenienses como una afrenta. Los espartanos instaron a sus enemigos a apartar a Pericles de la política para de esa manera, abrir un período de diálogo, pero los atenienses, sabedores que su única posibilidad de éxito se basaba en la pericia de su comandante, apoyaron sin fisuras al estratega, siendo plenamente conscientes que la guerra había comenzado.

Arquidamo, el regente espartano, inició el camino en dirección a las tierras áticas para asediar Atenas. Envalentonado por el apoyo de los partidarios de la liga del Peloponeso, comandó las falanges

espartanas hasta las tierras de cultivo de sus enemigos. Pericles dio orden de que todos los habitantes, agricultores, pastores y granjeros de las ciudades y poblaciones que circundaban la ciudad, entraran en las murallas de Atenas para ofrecerles protección y garantizar su supervivencia.

En apenas unos pocos días, las puertas de la ciudad, se llenaron de carros, cabras, ganado, provisiones y miles de personas que se hacinaban como podían en tiendas levantadas junto a las murallas de la Acrópolis, en las esquinas de las plazas o en pequeños pisos compartidos para quienes disponían de familia.

La llegada de sus sobrinos, Sócrates y Alcibíades desde Potidea, soliviantó levemente el temor de Aspasia. No tardaron en venir a su casa para fundirse en un abrazo sincero. Aquella noche, amparados por el silencio que presagia sangre y guerra, conversaron en calma.

—He visto que la ciudad está abarrotada de gente venida de todas partes. —dijo Sócrates visiblemente más delgado, aún vestido con su equipo de hoplita.

—He dado orden de que se protejan al amparo de nuestros muros. No podía dejarles expuestos a los espartanos. —respondió Pericles fatigado.

—Me cuesta reconocerte vestido de militar, Sócrates. Estoy tan acostumbrada a imaginarte con tu modesta túnica que me parece extraño verte armado. —dijo la maestra con una mueca que simulaba una sonrisa.

—Sócrates es un gran soldado, Aspasia. No te dejes engañar por la imagen del filósofo, porque gracias a él he salvado mi vida. —dijo Alcibíades.

Y era cierto, Sócrates tenía la virtud de entender que los asuntos del pensamiento se analizaban a través de la meditación que ofrecía la calma, pero ante el devenir de la guerra o cuando la ciudad requería de la bravura en la contienda, debía ser igualmente

honesto y virtuoso. Aplicaba sus preceptos en la vida y en la batalla, porque para él, el buen hombre era aquel que servía y actuaba con integridad en cada momento de su existencia. Sócrates, que estimaba profundamente a Alcibíades, había logrado apartarlo de una escaramuza en la ciudad, luchando valerosamente hasta que éste pudo ponerse a salvo junto a su unidad.

—Padre, ¿presentaremos batalla al enemigo en campo abierto? —preguntó el joven Pericles.

El estratega negó con la cabeza.

—Sería un suicidio. Los espartanos ya han llegado a sesenta estadios de la ciudad y han arrasado con todo, pero no pueden robarnos el ganado. Han prendido fuego a todos los campos de cultivo. Lo que pretenden es un asedio que nos obligue a salir fuera de las murallas. No les voy a dar ese gusto. Tenemos víveres suficientes y el puerto del Pireo está asegurado.

—¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados? —dijo el joven.

—Yo no he dicho tal cosa. Nuestra fuerza es naval y es ahí donde podemos hacer más daño. Arquidamo no podrá asediar la ciudad durante demasiado tiempo porque los miles de soldados se quedarían sin víveres y porque sus cultivos están sin atender. Todos los hombres que aran sus campos están fuera de nuestras murallas y han dejado sus propiedades desatendidas. Hijo, la guerra no es alimentar la sed de venganza actuando por impulsos, es leer los tiempos e ir un poco más allá.

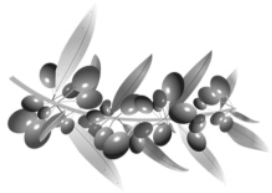
—Tiene razón. —espetó Sócrates. —Espero que tu propuesta tenga éxito.

—Nunca se sabe, amigo mío.

Arete había alquilado habitaciones a buen precio para los venidos de las afueras. Mucho más aliviada por la llegada de sus hijos, trabajaba con dureza para mantener todo aseado, pero el ambiente en la ciudad se había vuelto insoportable. Hombres y

mujeres se aseaban como podían y orinaban y defecaban en las calles haciendo que el hedor fuera insoportable. La ladera de la Acrópolis estaba repleta de campamentos improvisados donde las familias dormían o hacían pequeños fuegos. Pasear por el ágora era sortear decenas de pies ennegrecidos o excrementos de cabras que se acumulaban en los caminos. Hubo pillaje y los soldados puestos por Pericles en los muros largos y en las plazas públicas, debieron actuar con dureza para garantizar una convivencia cada vez más difícil.

La plaga



El malestar en la ciudad fue incrementándose por momentos. Los atenienses, acostumbrados a vivir en un entorno idílico, contemplaban mareas humanas que llenaban los muros con las marcas de los orines. Los oponentes de Pericles, encabezados por Cleón, comenzaron a pedir explicaciones al estratega, a acusarle de gastar el tesoro ateniense en el largo asedio a Potidea y a condenarlos a una vida indigna y temerosa del enemigo, azuzando los recelos de una población cada vez más hastiada con el asedio al que eran sometidos. Los comediantes que seguían mostrando sus obras ante el público a pesar de la situación, tildaban a Pericles de cobarde y encendían los ánimos de los ciudadanos para que éstos le increparan a su paso.

Una mañana tras la Asamblea diaria, Pericles fue asaltado por un hombre que se abría paso entre la multitud.

—Mi señor, debo hablarle en privado. Le ruego que no esquive mi petición porque lo que debo informarle es de vital importancia.

Pericles le hizo señas para que le acompañara en la bajada que dirigía al ágora.

—¿Y bien? Habla con libertad.

El hombre giró la cabeza para cerciorarse que nadie le escuchaba, acercándose al oído de Pericles para hablarle en apenas un susurro.

—Señor, llevo treinta años como médico en esta ciudad. Sabe que ahora con la cantidad de gente que vive dentro de los muros, el trabajo que abarco es mucho mayor. Hace tres jornadas estaba en el puerto del Pireo para atender a los soldados heridos y unas mujeres que vivían hacinadas en los muelles, me hicieron llamar para que visitara a sus esposos. —el hombre se rascaba el pelo compulsivamente —Cuando entré, cuatro de los seis miembros de la familia presentaban temperaturas altas y convulsiones, sus ojos estaban enrojecidos y tenían zonas abultadas en la parte trasera de las rodillas. Esputaban y su tos era fétida.

—¿Podría ser el efecto de vivir frente al puerto, quizás? —dijo Pericles visiblemente preocupado.

—Eso pensé yo en un principio, pero en cuanto me dirigí hacia la ciudad, vi que había más y más personas con los mismos síntomas. —el hombre suspiró —Creo señor que estamos ante una enfermedad contagiosa y también he llegado a la conclusión, por los síntomas, que no es menor.

Pericles entrecerró los ojos percibiendo los latidos de su corazón acelerarse.

—Gracias por tu discreción. —El estadista dio unas monedas que el hombre recibió con un saludo reverencial.

La enfermedad había entrado por el puerto y no tardó en extenderse, cebándose especialmente con aquellos que vivían hacinados en los campamentos. A los pocos días, los primeros síntomas ya se hicieron visibles en los diferentes demos de la ciudad, donde hombres, mujeres y niños sucumbían a los intensos dolores musculares y a las fiebres que les consumían lentamente. Tras esos primeros síntomas, los dolores alcanzaban el estómago causando diarreas y vómitos que se acompañaban con salpullidos en la piel, que provocaban una intensa quemazón. Los enfermos, desesperados ante el calor y el malestar que les impedía descansar, se lanzaban a los pozos de agua para poder hallar un resquicio de alivio, contaminando a muchos otros.

Pericles llegó a casa profundamente atormentado. Aspasia besó sus labios y acarició el rostro del estadista para que hallara consuelo.

—Ven, siéntate y descansa.

Pericles desentumeció la cara agitándola con las manos.

—No salgáis de esta casa si no es estrictamente necesario. —aseveró.

—Hoy he ido a visitar a Arete para saber si estaban bien. También he visitado a tu hermana por si necesitaba algo. —hizo un silencio —¿Cómo está la situación?

—Cada vez peor. Por el momento los espartanos han desistido del asedio y han regresado porque no pueden hacer nada, pero la enfermedad está haciendo lo que ellos no han sido capaces de hacer. En breve partiré hacia las costas del Peloponeso para intentar atacar sus colonias y asegurar las nuestras.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó la maestra mientras enredaba sus dedos entre el cabello gris de su esposo.

—Estoy acostumbrado a soportar estas situaciones y no puedo regodearme en las miserias. —hizo un silencio —¿Pericles está bien? Sé que no he podido regalaros demasiado tiempo últimamente.

—Tu hijo te admira profundamente. Está deseando presentarse como hoplita y defender su ciudad emulando a su padre. Sé que algún día le veré partir y eso será devastador para mí.

El estratega miró con dulzura a su mujer. Le regaló una preciosa sonrisa que la hizo estremecer por dentro.

—Eres madre, una buena madre, así que no se te puede exigir que aceptes una marcha de tu hijo hacia la batalla con gusto. Los hombres necesitamos en ocasiones ese olor a trigo quemado, gritar apasionadamente cuando embestimos o sentir que formamos parte de algo que nos trasciende. Cuando acampas junto a los tuyos se

establece una unión que va más allá del afecto, hay un orden que acatan por supervivencia y un respeto que se pierde cuando atraviesan los muros de su propia ciudad. Es difícil resistirse a la sensación de poder o a la simpleza de lo más fundamental de nuestra conducta. Una vez pruebas la guerra sientes que te atrapa, así que siempre buscamos la manera para tenerla presente o buscarla inconscientemente. El conflicto alimenta tu parte más salvaje y a su vez hace emerger de ti algunas de las mejores virtudes.

—Hace años que asumí que nuestro hijo se incomoda ante mí. Ahora es un hombre que necesita su propio espacio y aceptar eso, me pesa más a mí que a él.

Pericles hizo un silencio reflexivo.

—Has sido lo mejor de mi vida, Aspasia. —la maestra se giró hacia su compañero con expresión de asombro. —Repetiría una y mil veces cada decisión tomada.

—Sabes que es recíproco. —respondió emocionada.

Aquella noche se amaron delicadamente. La pasión que les había consumido durante décadas, ahora se había transformado en cientos de caricias delicadas y lentas. Les resultaba imposible poner palabras a esas miradas cómplices que rodeaban de surcos sus ojos y Pericles, aspirando el reconocible aroma de la piel de la milesia, pensó en las posibilidades de perderla.

Tal y como el estratega había dicho, reunió más de cien naves rumbo al Peloponeso. A pesar de los intentos de tomar Mesenia, perfectamente defendida por el general espartano, Brásidas, debió conformarse con las polis del Élide, infundiendo cierto temor en el enemigo ante un repunte de su control territorial. Pericles no se conformó con ello sino que, haciendo uso de las mismas naves, ordenó poner rumbo a las tierras dominadas por Corinto, para de esta forma someter a la polis de Astacós y

arrebatarle el poder a su tirano, Evarco. Tras ello, anexionó al control de Atenas la isla de Kefalenía.

En los siguientes meses, castigados por el intenso calor del Ática, los muertos fueron acumulándose en el cementerio que quedaba a las afueras. Ante la imposibilidad de ofrecer una sepultura digna, cavaban fosas comunes para intentar cubrir con tierra una plaga que ya había acabado con un tercio de su población. El temor, la indignación y la ira, empezaron a hacer estragos en el ánimo de aquellos que habían apoyado desde hacía décadas a su estratega.

Pericles, lejos de sucumbir a la presión de la muerte a la que tantas veces había retado en batalla, prosiguió con las campañas fuera de Atenas. Reunió a un grupo de colonos hacinados en la ciudad y los llevó a la isla de Egina, echando a sus legítimos pobladores, para así garantizarse un puerto cercano a las costas de su enemigo y un emplazamiento que pudiera garantizar los suministros de grano que Atenas necesitaba. Seguidamente obligó a sus trirremes a acercarse a las costas peloponesias para arrasar sus campos y los pequeños núcleos de población. Con los efectivos que él mismo comandaba, ocupó Megara, su eterna enemiga, causando inquietud entre los espartanos, sabedores que en tierra eran difíciles de abatir, pero vulnerables en las costas.

La precipitación de Pericles estaba justificada pues todos los años en primavera los espartanos asediaban las tierras del Ática. No debían hacer nada pues la enfermedad trabajaba sigilosamente para ellos. El estratega meditaba con premura cómo crear golpes de efecto que garantizaran la victoria, con la intención de poder aislar la peste que mataba día a día a decenas de los suyos y que incluso ya se había extendido entre los hoplitas que permanecían en el asedio de Potidea.

No tardó en volver a la mar con la intención de asediar Epidauro. El oscurecimiento repentino del sol en el puerto ateniense antes de su partida, no hizo más que despertar los temores de su

navarca y de aquellos que ocupaban sus naves. Veían en tal hecho un mal presagio que Pericles rápidamente desvaneció de sus mentes. A pesar de toda la fuerza de su convicción y de casi acabar con éxito su empresa, los soldados iban cayendo fruto de la enfermedad, obligándole a regresar sin haber concluido su propósito.

Atenas volvió a la seguridad de las murallas con los huesos de centenares de sus muertos en batalla. Levantaron una tienda donde amontonaron cada cuerpo para que sus familiares los colmaran de honores y ofrendas. Tras ello, el estratega ordenó que fueran introducidos en arcones de ciprés, uno por cada tribu a la que pertenecían, y sepultados en un túmulo preferente del cementerio que quedaba a las afueras de la ciudad. La comitiva que seguía a los carros en un silencio roto únicamente por los llantos, contemplaron cómo habían dejado uno vacío en recuerdo de los cuerpos de los atenienses que no habían podido recuperarse, recordándoles que muchos yacían fuera de su ciudad, ahogados en el Egeo o bajo tierra enemiga.

El discurso conmovido de Pericles, sacudió a los dolientes padres, a las jóvenes viudas, a los huérfanos de Atenas. Ayudado en gran medida por las capacidades de Aspasia, el estratega había sido el escogido para ensalzar a los caídos en batalla y, en un alarde de solemnidad y de reconocimiento a todos los que perecieron, pronunció un alegato sentido que dejó sin palabras a la multitud.

" *…diré que nuestra ciudad, tomada en su conjunto, es norma para toda Grecia, y que, individualmente, un mismo hombre de los nuestros se basta para enfrentar las más diversas situaciones, y lo hace con gracia y con la mayor destreza. Y que estas palabras no son un ocasional alarde retórico, sino la verdad de los hechos, lo demuestra el poderío mismo que nuestra ciudad ha alcanzado gracias a estas cualidades. Ella, en efecto, es la única de las actuales que, puesta a prueba, supera su propia reputación; es la única cuya victoria, el agresor vencido, dada la superioridad de los causantes de su desgracia, acepta con resignación; es la única, en fin, que no les*

da motivo a sus súbditos para alegar que están inmerecidamente bajo su yugo.

Nuestro poderío, pues, es manifiesto para todos, y está ciertamente más que probado. No sólo somos motivo de admiración para nuestros contemporáneos, sino que lo seremos también para los que han de venir después.

No necesitamos ni a un Homero que haga nuestro panegírico, ni a ningún otro que venga a darnos momentáneamente en el gusto con sus versos, y cuyas ficciones resulten luego desbaratadas por la verdad de los hechos. Por todos los mares y por todas las tierras se ha abierto camino nuestro coraje, dejando aquí y allá, para bien o para mal, imperecederos recuerdos.

Combatiendo por tal ciudad y resistiéndose a perderla es que estos hombres entregamos notablemente sus vidas; justo es, por tanto, que cada uno de quienes les hemos sobrevivido anhele también bregar por ella. La razón por la que me he referido con tanto detalle a asuntos concernientes a la ciudad, no ha sido otra que para haceros ver que no estamos luchando por algo equivalente a aquello por lo que luchan quienes en modo alguno gozan de bienes semejantes a los nuestros y, asimismo, para darle un claro fundamento al elogio de los muertos en cuyo honor hablo en esta ocasión.

La mayor parte de este elogio ya está hecha, pues las excelencias por las que he celebrado a nuestra ciudad no son sino fruto del valor de estos hombres y de otros que se les asemejan en virtud. No de muchos helenos podría afirmarse, como sí en el caso de éstos, que su fama está en conformidad con sus obras. Su muerte, en mi opinión, ya fuera ella el primer testimonio de su valentía, ya su confirmación postrera, demuestra un coraje genuinamente varonil. Aun aquellos que puedan haber obrado mal en su vida pasada, es justo que sean recordados ante todo por el valor que mostraron combatiendo por su patria, pues al anular lo malo con lo bueno resultaron más beneficiosos por su servicio público que perjudiciales por su conducta privada.

A ninguno de estos hombres lo ablandó el deseo de seguir gozando de su riqueza; a ninguno lo hizo aplazar el peligro la posibilidad de huir de su pobreza y enriquecerse algún día. Tuvieron por más deseable vengarse de sus enemigos al tiempo que les pareció que ese era el más hermoso de los riesgos. Optaron por correrlo, y, sin renunciar a sus deseos y expectativas más personales, las condicionaron al éxito de su venganza. Encomendaron a la esperanza lo incierto de su victoria final, y, en cuanto al desafío inmediato que tenían por delante, se confiaron a sus propias fuerzas. En ese trance, también más resueltos a resistir y padecer que a salvarse huyendo, evitaron la deshonra e hicieron frente a la situación con sus personas. Al morir, en ese brevísimo instante arbitrado por la fortuna, se hallaban más en la cumbre de la determinación que del temor.

Estos hombres, al actuar como lo hicieron, estuvieron a la altura de su ciudad. Deber de quienes les han sobrevivido, pues, es hacer plegarias por una mejor suerte en los designios bélicos, y llevarlos a cabo con no menor resolución. No sólo oyendo las palabras que alguien pueda deciros debéis reflexionar sobre el servicio que prestáis, servicio que cualquiera podría detenerse a considerarse ante vosotros, que muy bien lo conocéis por propia experiencia, señalándoos cuántos bienes están comprometidos en el acto de defenderse de los enemigos; antes bien, debéis pensar en él contemplando en los hechos, cada día, el poderío de nuestra ciudad, y prendándoos de ella. Entonces, cuando la ciudad se os manifieste en todo su esplendor, parad mientes en que éste es el logro de hombres audaces, conscientes de su deber y pundonorosos en su obrar; de hombres que, si alguna vez fracasaron al intentar algo, jamás pensaron en privar a la ciudad del coraje que los animaba, sino que se lo ofrendaron como el más hermoso de sus tributos. Al entregar cada uno de ellos la vida por su comunidad, se hicieron merecedores de un elogio imperecedero y de la sepultura más ilustre.

Ésta, más que el lugar en que yacen sus cuerpos, es donde su fama reposa, para ser una y otra vez recordada, de palabra y de

obra, en cada ocasión que se presente.

La tumba de los grandes hombres es la tierra entera, de ellos nos habla no sólo una inscripción sobre sus lápidas sepulcrales; también en suelo extranjero pervive su recuerdo, grabado no en un monumento, sino, sin palabras, en el espíritu de cada hombre. Imitad a éstos ahora vosotros, cifrando la felicidad en la libertad, y la libertad en la valentía, sin inquietaros por los peligros de la guerra. Quienes con más razón pueden ofrendar su vida no son aquellos infortunados que ya nada bueno esperan, sino, por el contrario, quienes corren el riesgo de sufrir un revés de fortuna en lo que les queda por vivir, y para los que, en caso de experimentar una derrota, el cambio sería particularmente grande.

Para un hombre que se precia a sí mismo, en efecto, padecer cobardemente la dominación es más penoso que, casi sin darse cuenta, morir animosamente y compartiendo una esperanza.

Por tal razón es que a vosotros, padres de estos muertos, que estáis aquí presentes, más que compadeceros, intentaré consolaros. Puesto que habéis ya pasado por las variadas vicisitudes de la vida, debéis de saber que la buena fortuna consiste en estar destinado al más alto grado de nobleza, ya sea en la muerte, como éstos, ya en el dolor, como vosotros, y en que el fin de la felicidad que nos ha sido asignada coincida con el fin de nuestra vida. Sé que es difícil que aceptéis esto tratándose de vuestros hijos, de quienes muchas veces os acordaréis al ver a otros gozando de la felicidad de que vosotros mismos una vez gozasteis. El hombre no experimenta tristeza cuando se lo priva de bienes que aún no ha probado, sino cuando se le arrebata uno al que ya se había acostumbrado. Pero es preciso que sepáis sobrellevar vuestra situación, incluso con la esperanza de tener otros hijos, si es que estáis aún en edad de procrearlos. En lo personal, los hijos que nazcan representarán para algunos la posibilidad de apartar el recuerdo de los que perdieron; para la ciudad, entretanto, su nacimiento será doblemente provechoso, pues no sólo impedirá que ella se despueble, sino que la hará más segura ya que nadie puede participar en igualdad de condiciones y equitativamente en las deliberaciones políticas de la

comunidad, a menos que, tal como los demás, también él exponga su prole a las consecuencias de sus resoluciones.

Y aquellos de vosotros que habéis llegado ya a la ancianidad, tened por ganancia el haber vivido felizmente la mayor parte de vuestra vida, considerad que la que os queda ha de ser breve, y consolaos con la fama alcanzada por éstos, vuestros hijos. Lo único que no envejece, en efecto, es el amor a la gloria; y cuando la edad ya declina, no es atesorar bienes lo que más deleita como algunos dicen, sino recibir honores.

Y en cuanto a vosotros, hijos o hermanos, aquí presentes, de estas víctimas de la guerra, veo grande el desafío que tenéis por delante, porque solamente aquel que ya no existe suele concertar el elogio de todos; a duras penas podréis conseguir, por sobresalientes que sean vuestros méritos, ser considerados no ya sus iguales, sino incluso sus cercanos émulos. La envidia de los rivales la sufren quienes están vivos; el que, en cambio, ya no representa un obstáculo para nadie, es honrado con generosa benignidad.

Y para aquellas esposas que ahora quedan viudas, debo también decir algo acerca de las virtudes propias de la mujer, lo resumiré todo en un breve consejo: grande será vuestra gloria si no desmerecéis vuestra condición natural de mujeres y si conseguís que vuestro nombre ande lo menos posible en boca de los hombres, ni para bien ni para mal.

En conformidad con nuestras leyes y costumbres, pues, queda dicho en mi discurso lo que me parecía pertinente. Ahora, en cuanto a los hechos, los hombres a quienes estamos sepultando han recibido ya nuestro homenaje.

De la educación de sus hijos, desde este momento hasta su juventud, se hará cargo la ciudad. Tal es la provechosa corona que ella impone a estas víctimas y a los que ellas dejan, como premio de tan valerosas hazañas. Cuando los más preciados galardones que una ciudad otorga son los que recompensan la valentía, entonces también posee ella los ciudadanos más valientes.

Y ahora, después de haber llorado cada uno a sus deudos, podéis marcharos."

Aquellas palabras pretendían ofrecer un consuelo que trascendía al dolor de la pérdida. La milesia entendía al igual que Pericles, que cuando uno cae honrosamente defendiendo los principios y la virtud de aquello que han escogido libremente, el pesar se atenúa ante el resarcimiento de un bien mayor que no pertenece al individuo.

Pero, como no todos apelaban a la emoción de los funerales, los opositores políticos de Pericles, le despojaron del cargo de estratega alegando una manifiesta incapacidad de gestión de los asuntos públicos. De alguna manera, Cleón, al igual que muchos otros, pretendían medirse con Pericles, hastiados de una grandeza que se había prolongado durante cuarenta años. No era difícil hallar el apoyo de la Asamblea cuando tantos habían perdido a sus seres amados, a sus hijos y esposas. Así, el tribunal ateniense le impuso una multa que acató con dignidad, tal y como siempre había ejercido en su vida.

Se encerró en casa cobijándose en el amor de Aspasia. Casi todos los días recibía a un pequeño grupo de políticos y amigos, pero como la muerte no hace diferenciaciones cuando ésta acaricia tu hombro, fue comprobando como la enfermedad le apartaba de aquellos que había amado tanto. Su hermana, sus aliados, sus consejeros y amigos, y seguidamente su primogénito Jantipo.

De nada sirvieron los tratamientos del médico de Pericles, pues éste yacía convulsionando en la alcoba de su villa ante la mirada aterrada de su esposa. Las fiebres derivaron en una tos seca, cubriendo su cuerpo del sudor que presagia la muerte irremediable. Permaneció día y noche a su lado, desestimando los consejos de su propia familia. Aspasia lo acompañó a cada instante sin apartarse de su lado, ofreciendo un consuelo que parecía inútil.

Jantipo exhaló su último aliento de madrugada. Para nadie era un secreto que la relación de Pericles con su primogénito no había

sido un dulce trasiego. Había heredado la ambición de su padre, pero no le alcanzó en ninguna de sus otras virtudes. No obstante, llegado el día en que el padre, fuera de la naturaleza de la propia existencia, debe enterrar a su hijo, ninguna afrenta anterior se recuerda ni tampoco rememoras las preocupaciones que te han asaltado por sus actos. Sólo escuchas el crujido seco de tu alma sesgándose de una forma que jamás recompondrás. Pericles no mostró ni una sola lágrima, ni un quejido, ni un gesto de dolor.

—¿Qué haces en el aula todavía? —dijo en apenas un susurro el estratega.

—Intento encontrar una manera de protegernos de la enfermedad. He leído todo lo que he encontrado sobre medicina en papiros egipcios y persas, pero no hallo ninguna forma de aplacarla. La gran mayoría de la población cubre sus bocas con los mantos, pero desconozco si a través de la sudoración también se contagia.

Pericles abrazó a la milesia buscando su calor. Ésta dejó todo para arroparle casi como lo haría una madre.

—Los dioses han castigado mi ambición. —dijo.

—No digas tonterías, Pericles. Los dioses te han amado siempre, pero esto escapa de cualquier conocimiento. No está en nuestras manos.

—¿A cuántos más he de cubrir de tierra, Aspasia? —preguntó sin esperar respuesta.

—No desesperes porque nada dura para siempre. Lo único que me altera es saber que tú no estás comandando Atenas y que son otros los que lo hacen incompetentemente.

Pericles llenó una copa de vino y se acercó a la ventana parcialmente tapada con una cortina.

—Mi poder no podía dilatarse durante más tiempo. Sé que he hecho lo que creía mejor para mi pueblo, pero también sé que mi momento político ha llegado a su fin.

—No lo creo. —dijo severamente la milesia —Atenas está bien acostumbrada. Hasta ahora tú comandabas todo como si fueras un padre, ahora sólo hay un grupo de hombres con grandes pretensiones y poco talento que se muerden como perros para ver quién saca mejor rédito. Ahora, en este momento vulnerable, la ciudad necesita un mando sólido y eso sólo podías ofrecerlo tú. —hizo un silencio —Yo no temo a la muerte, Pericles. Sé que me llegará tarde o temprano, pero he vivido más vidas a tu lado que cualquier otro morador de este mundo extraño en el que habitamos. Los dioses saben cuánto te agradezco que me hayas amado y que hayas permitido que sea lo que soy. —sus ojos se cubrieron de lágrimas. —Lloro por tu pérdida que también es la mía, por tu pena que la padezco de igual forma. Ojalá pudiera quitarte ese pesar que te ha ensombrecido la mirada para sufrirlo yo.

Pericles dejó la copa y trajo hacia su pecho a su mujer. La balanceó entre sus brazos con lágrimas en los ojos, deshecho por dentro e invadido por la gratitud de haber sido amado por su compañera.

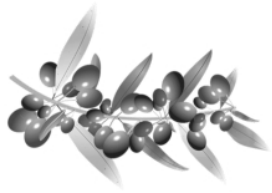
Las desgracias se fueron sumando. A pesar de que evitaban salir de sus villas y de que los miembros de la familia se atrincheraban en sus propiedades sin apenas relacionarse con nadie, los trabajadores que visitaban el ágora o que se encargaban de las tareas de mantenimiento, introdujeron la enfermedad en los hogares en los que servían. Y como si fuera un tormento eterno, Pericles supo que el segundo de sus hijos, Páralo, también había contraído la infección. Roto por su desgracia, cayó de rodillas sobre las frías baldosas del atrio, gritando sin consuelo y con los ojos abiertos e inyectados en sangre.

Aspasia dejó que su compañero, de igual forma, asistiera al más joven de sus hijos. Sabía que esos instantes eran únicamente para ser sufridos por Hipareta y Pericles, manteniéndose al margen y convirtiéndose en sólo un refugio para él. Pensaba en la devastación de los padres y en la desdicha que se cernía sobre sus cabezas. En

pocas semanas, Páralo, cerró los ojos para siempre. Atenas supo de la tragedia del que había sido su estratega y la lloró de igual forma.

Durante el funeral, Pericles, que siempre se había mostrado contenido en sus emociones, se abalanzó sobre el cuerpo de su hijo envuelto en lágrimas para colocarle una corona de flores sobre su cabeza, conmocionando a todos los atenienses que se habían acercado a rendirle honores por deferencia a él.

Soledad



¿Qué decir cuando ni una sola palabra ofrece consuelo?, ¿cómo resarcir un corazón que late por inercia arrasado por la desdicha? Pericles no dormía, apenas comía, casi no hablaba. La milesia intentaba acariciarle para que al menos supiera que no debía pasar ese calvario en soledad. No le importaba nada, no hallaba gusto en aquello que una vez le motivó. Privándose de una felicidad que no creía merecer, se abandonó a su suerte, merodeando por el patio u ocultándose en su sala de estudio donde bebía sin atender a nadie. En una de las ocasiones en las que su único hijo vivo visitó sus aposentos, el joven acabó gritándole con angustia increpándole con dolor que él seguía respirando y también merecía un padre.

—Debes entenderle. —dijo la milesia con preocupación. —Nadie puede quedar indemne tras enterrar a dos hijos.

—¿Y es que yo no lo soy también?

—Lo eres, pero permítele llorar su pérdida. La naturaleza no está hecha para que los padres os sobrevivamos. Dale tiempo.

Pero el ímpetu de la juventud no atiende a razones ni goza de la serenidad que se adquiere con el paso de del tiempo. Aspasia recibía a la poca familia que quedaba, excusándose por la ausencia de Pericles. Alcibíades, asentado como político y hombre, acudió a la

casa de su mentor para intentar rescatarlo de una pena que le arrastraba a la insalubre oscuridad de sus cuatro paredes.

—¿Hasta cuándo vas a permanecer recluido, Pericles? —dijo apesadumbrado.

—Déjame, Alcibíades. He aceptado recibirte por amor a ti, pero no me des lecciones sobre cómo vivir mi luto.

—No es eso lo que me has enseñado todos estos años. Tampoco me des lecciones sobre pérdidas porque te recuerdo que yo perdí a mi padre y mi abuelo cuando apenas era un crío. Fuiste tú quien me acogiste, fuiste mi referente, mi mentor, fuiste y eres un padre para mí. Y no sólo para mí, lo eres para toda esta gente que muere en la ciudad mientras sus gobernantes son incapaces de tomar decisiones.

—La Asamblea decidió apartarme y no carecen de razones. —dijo en un hilo de voz.

—Después de tantos años dedicándoles tu vida, luchando por hacer de esta ciudad un imperio, ¿me dices que ya está bien? No eres el Pericles que yo admiro, haz el favor de levantarte, sal de esta cueva y toma las riendas que jamás debiste perder. Si no lo haces por mí hazlo por tu hijo.

—Sabes que te quiero como si fueras de mi propia sangre, Alcibíades. Eres digno heredero de tu padre y honras con tu nombre al hombre que fue mi amigo y mi familia, pero mi tiempo pasó.

—¡Deja de compadecerte! —gritó —Muchos hijos de Atenas han perdido a toda su familia por la guerra o la enfermedad. No les dejes más huérfanos de lo que ya están. ¿Has olvidado el discurso que pronunciaste a los caídos?, acaso ¿no les emplazaste a que soportaran su pesar por la honra de morir por su patria? —hizo un silencio —Practica con el ejemplo y muéstrate ante ellos.

Las palabras de Alcibíades lograron sacudir a Pericles. De alguna manera se sentía responsable, pero también conocía bien a los hombres que ahora comandaban la ciudad. Todos los que

amaban y conocían al estratega sabían, que esos momentos críticos precisaban de un mando resolutivo, de alguien capaz de dirigir con mano férrea el destino de una ciudad en guerra, de un hombre que restableciera el orden y proporcionara seguridad aunque fuera ésta una tarea titánica. Y no sólo ellos lo pensaron, pues cuando la Asamblea vio que nadie llegaba a la determinación de Pericles, no tardaron en presentarse en su villa para restituirle en sus funciones e implorar que se mostrara públicamente para satisfacer a las masas.

Aspasia respiró tranquila al ver a su compañero con mejor ánimo. Habían pasado unos meses desde que Pericles pronunciara su discurso en defensa de las acusaciones vertidas contra él en la Asamblea, y dudaba de si ahora reunía todas sus capacidades para mostrarse solvente tras tanto dolor. Se sentaron en el patio interior y Pericles extendió un rollo frente a su mujer.

—Échale un vistazo y dame tu opinión. Sé que estás abatida por mi comportamiento errático de estos meses, y también sé que no he sido la mejor compañía. —dijo con pesar.

—No tienes que disculparte. —respondió convencida la milesia.

Aspasia leyó el rollo en silencio, empezaba a alejarlo pues la edad hacía mella tras tantos años de estudio, algo que hizo sonreír a Pericles.

—No te rías de mí. Te recuerdo que eres mucho mayor que yo y aunque empiece a tener canas en mis mechones quedan perfectamente disimuladas con mi color de pelo natural. —dijo irónicamente mientras Pericles apoyaba el puño en su densa barba.

—Eres un regalo.

—¡Cállate! —dijo la maestra divertida.

Poco a poco el rostro de Aspasia fue tensándose. El rictus del gesto disimulaba la emoción que aplacaba en su interior. Enrolló de nuevo el pergamino y lo dejó en la mesa de madera.

—¿Qué te parece? —preguntó el estadista.

—¿Crees que lo aceptarán como condición? —preguntó sobrecogida.

—No aceptaré la renovación del cargo si no lo hacen.

Aspasia lloró. Pericles la emuló mientras la contemplaba en silencio. No le había dicho todo. Había obviado el malestar físico que padecía. Se había levantado aquella misma noche acuciado por un intenso dolor de cabeza que ya no remitía. No temía por su suerte sino por lo que quedaba por hacer. Guardó silencio, entendiendo que las palabras que debía pronunciar eran más importantes que el desenlace de su propia vida.

A la mañana siguiente, acompañado por los suyos y por su único hijo, ascendió la empinada cuesta de la colina. El gentío se había agolpado tras varios meses de incertidumbre, pero iban dejando reverencialmente un camino libre al paso de su comandante. Lo echaban de menos. Así como los padres se enfrentan a su progenie y éstos los retan para medirse en una discusión acalorada, de igual forma los ciudadanos y Pericles establecían un delicado equilibrio. Porque cuando uno se acostumbra a tantos años de bienestar no recuerda que había antes, y ahora que vagaban sin rumbo y sin líder, rememoraban la prosperidad de antaño proporcionada por el estratega.

Pericles alcanzó la tribuna antes de la votación que le convertiría de nuevo en su cabecilla político. Levantó la mano para que guardaran silencio.

"Me hallo aquí ante vosotros con el alma rota. Comparto con mis ciudadanos el pesar de tantas pérdidas que no dependen más que de la naturaleza y de los dioses, no así de esta Asamblea a la que me he dirigido en tantas ocasiones y por causas bien distintas. Me habéis visto llorar sobre el cuerpo de mis hijos y en cuanto me despojasteis del cargo, me alejé al amparo de mi hogar en completo silencio y sin albergar un ápice de resentimiento, pues es la Democracia el sistema por el que he luchado toda mi vida y a ella

me consagro aunque pueda parecernos en ocasiones, esquiva o injusta ante nuestros ojos.

Habéis venido a mí con celeridad tras contemplar la complejidad de la responsabilidad pública. Muchos creen ignorantes, que liderando se extrae beneficio, pero nadie recuerda de igual forma, las obligaciones que deben ser asumidas y que privan de un sueño plácido al que comanda para que sus ciudadanos sí lo gocen cada noche. Y como siempre he hecho, he respondido a tales peticiones que no han sido escasas. Aquí me tenéis dispuesto a restablecer un orden que parece haber sido violentado por la incompetencia manifiesta de mis predecesores que creyeron fácil la más difícil de las tareas, servir a su patria con eficiencia.

Pero, estoy en el ocaso de un camino largo e intensamente vivido, y ahora que observo la oscuridad que se cierne sobre mis espaldas no hallo alivio en los ruegos si éstos no se acompañan de una demostración pública de vuestros afectos. No apelo a dispendios ni a coronas, tampoco requiero de gratificaciones en forma de una remuneración que jamás he solicitado durante mi desempeño público. Sólo apelo a la comprensión de mi pueblo.

Hace tres décadas que sobre esta misma tribuna os pedí el voto para prohibir la consideración de ciudadanos a los hijos nacidos de extranjeros. Era una demanda que consideramos en Democracia justa y necesaria, y es por ello que en todos estos años jamás he hecho el gesto de revocarla públicamente a pesar de que ésta, que yo mismo propuse, me afectara como un capricho del destino. Asumí las consecuencias de mis actos y de la política que defiendo por el bien de Atenas. Ahora, tras tantos años de servidumbre a los míos, no me alcanzan los ánimos si no es para avivar mi disposición con un gesto de benevolencia de los que son mis hermanos. He enterrado a mis hijos, lo sabéis bien pues me habéis acompañado con vuestros lamentos sentidos, dejadme pues que obtenga la dicha de los días que me queden, viendo cumplir con los deberes públicos al más joven de mis descendientes, al único que exhala aliento. Permitid que el que porta dignamente mi nombre, pueda honrar el legado de sus antepasados; de mi padre Jantipo, y del que vivió

antes de él, luchando por defender la libertad de todo un pueblo. Que toda mi obra no acabe cuando yo ya no esté, y que sea él quien perpetúe el compromiso público con la ciudad que le vio nacer. Nada más pido, pues nada más debo solicitar. Ved en mi petición el ruego de un padre que como vosotros, debe sobrevivir con las más dolorosas ausencias. No me castiguéis con otra, que a diferencia de la muerte, puede resarcirse aquí y ahora.

El hijo contempló con lágrimas a su padre. La sombra de Pericles era extremadamente larga, difícil de emular si uno no está tocado por las muchas bondades que se requieren para el servicio público. Ansiaba poder demostrar que gozaba de su impronta, pero éste ignoraba que aquel líder que se hallaba tras las escalinatas, era inalcanzable, un eco furtivo y lejano del que se habla mientras perdura la memoria de los hombres, un resplandor cegador que sólo ofrece luz mientras permanece latente.

La Asamblea votó a favor de la petición de su comandante, revocándole la ley que el mismo Pericles había defendido. Con ello, su único hijo fue considerado un ciudadano libre con derecho a voz y voto, con potestad para optar a los cargos públicos y quizás, honrar en la guerra y en la política, la memoria de su sangre.

Aspasia los recibió conmovida por la mirada vivaz de su hijo. Abrazó a su esposo en un intento de resarcir toda la pena que habían sufrido durante tantos años.

—¡Le ha cambiado hasta la expresión! —dijo Aspasia mientras contemplaba sentarse con dificultad a Pericles. —¿Te encuentras bien?

—Siéntate, mi amor. Tenemos que hablar. Dile a todos que nos dejen a solas.

La milesia hizo lo que le ordenó con el estómago encogido. Se sentó a su lado y cogió cariñosamente la mano de Pericles. Éste hizo un gesto brusco para desprenderse de su contacto.

—Me estás asustando. —dijo con la respiración acelerada.

—Aspasia, he contraído la enfermedad.

La maestra lo miraba atónita y jadeante.

—¿Qué estás diciendo?, ¿has hablado con el médico? —sintió como su mundo se desmoronaba en un instante.

—Hace días que no estoy bien.

—Debemos avisar al médico inmediatamente y decirle que vaya controlándote. Le diré al personal que cambie la cama y airee la habitación a diario. También buscaremos algún remedio para aliviar la quemazón y bajar la fiebre…

—Aspasia, para…—Pericles la miraba enternecido —Asumo lo que venga. No temo a morir, pero debes ser consciente que eso va a pasar más pronto que tarde y debes estar preparada.

La milesia empezó a llorar desconsoladamente.

—No me pidas que me resigne sin más. Voy a luchar a tu lado, voy a estar contigo a cada instante y no vas a rechazar mi contacto jamás. ¿Te queda claro? —dijo con rabia contenida.

—No voy a permitir que tú caigas conmigo, Aspasia.

—¿Recuerdas cuando me ordenaste que no volviera a plantearte dejar nuestra relación?, ¿que esa no era una decisión sólo mía? Bien, pues ahora me voy a hacer dueña de tus palabras. No vuelvas a insinuar que no me acerque a ti o que no te toque. Si haces tal cosa vas a matarme por dentro. Tú y yo hace más de veinte años que decidimos ir de la mano a pesar de todo y de todos. ¿Quieres saber la verdad? Ojalá me contagie, ojalá ya lo esté.

—No, no… —dijo Pericles mientras ésta colocaba el puño en el estómago. —Mi amor, debes vivir conmigo o sin mí. Todavía debes hacer muchas cosas.

—¿No entiendes que no hay vida si no estoy a tu lado? ¿Es que no comprendes que no quiero seguir si no estás aquí? —la maestra susurraba en apenas un hilo de voz.

Pericles ensombreció el gesto marcando las arrugas que quedaban en el ceño.

—Aspasia, te prometo que lucharé hasta el final de mis días, pero no me condenes a asumir también que no me sobrevivirás. Vas a prometerme que continuarás, que seguirás con tus estudios y que vivirás hasta que los dioses decidan.

—No me hagas eso…—dijo la milesia completamente devastada.

Pericles suspiró con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Mi vida, no hay día que no dé gracias a los dioses por tenerte. La muerte es lo único que sabemos que llegará algún día sin distinción, la diferencia es que yo sé que mi fecha está cercana. Te suplico que me regales la tranquilidad de saber que continuarás. Recuérdame como estoy ahora, como era antes. —Las lágrimas resbalaron hasta encontrar la barba rizada y canosa del estratega —No olvides que te amé como nadie lo hará jamás.

Aspasia se abalanzó a su cuerpo, encogida por un dolor que la consumía.

—Te prometo que seguiré, pero ¡mírame bien! —la milesia cogió el rostro de su compañero entre lágrimas —Voy a tocarte, sentirte y cuidarte. Mi vida no dependerá de ti ni de mí, si el destino me condena que sea porque los dioses así lo quieren, no vas a decidir por mí ni por ellos.

Pericles aceptó su compromiso. De todas formas nada podía hacer pues cuando Aspasia decidía, lo hacía obviando cualquier consejo, algo que él valoraba y siempre había admirado de su esposa. Él mismo había hecho lo propio con sus hijos y tampoco podía demandarle que se apartara de su lado. Aunque no quería contagiarla, sabía que sus cuidados y su afecto sería el mejor remedio para soportar los síntomas que aparecerían violentamente.

La ciudad iba perdiendo población día a día y en gran número. Los perros que merodeaban la ciudad se alejaban de los enfermos adivinando la muerte que consumía lentamente sus cuerpos. Lo peor llegaba cuando los moribundos eran abandonados en las calles de la ciudad, desatendidos por sus familias o cuando eran los últimos en sucumbir, sin percibir cuidado alguno. Nadie

quería tocarlos, tampoco nadie quería hacerse cargo de sus cuerpos para amontonarlos sobre los carros para incinerarlos durante la noche.

Aspasia había perdido peso. En cuanto Pericles alcanzaba el sueño, se sentaba en el aula de estudio para encontrar remedios que paliaran la fiebre o el dolor muscular. No se resignaba a dejarle morir, aferrándose anímicamente a la posibilidad de hallar una cura como única motivación para seguir respirando. Pericles no había renunciado a su cargo, continuaba sin descanso promulgando leyes, dando órdenes a las delegaciones, ofreciendo esperanza a una población que lloraba cada vez más pérdidas. No se quejaba, incluso había momentos en que parecía no estar afectado. La noticia de la enfermedad había conmocionado a su hijo. Poco le había durado la dicha de ser legalmente un ciudadano libre y acompañar a su padre para absorber cualquier enseñanza sobre el buen gobierno. Parecía obviar lo que era una realidad, que Pericles no sería el único hombre que sobreviviría a la epidemia que les asolaba. Decidió actuar como si nada pasara, esperando quizás que fuera capaz de resistir.

La milesia acudía al mercado cubierta con el manto. Por la mañana el ágora se llenaba de gente, pero en cuanto las tiendas recogían las mercancías, se volvía un espacio casi fantasmal. Algunos oradores y maestros acudían a las clases, pero muchos habían optado por cancelarlas hasta que la situación se normalizara. Sócrates aprovechaba para acercarse a Aspasia y hablar con ella, aunque permanecían en una distancia que les parecía segura.

—¿Cómo está tu familia? —preguntaba la mujer compungida.

—Por el momento vamos aguantando. Intento no relacionarme demasiado y que mis padres no salgan de casa, aunque es difícil. A pesar de la edad de mi madre, sigue asistiendo a las parturientas y de ninguna forma ha aceptado renunciar. —Sócrates apreció el aspecto blanquecino de la milesia y las profundas ojeras que se le marcaban bajo sus ojos castaños.

—¿Y tú? —preguntó el filósofo.

Aspasia suspiró mirando hacia una posición indefinida.

—Tengo casi cuarenta y cinco años. Todavía recuerdo esa inocencia que me llevó a sentarme en estas escalinatas. —hizo una pausa con melancolía —Nunca pensé que sería capaz de soportar tantas cosas y si lo hice, fue porque tenía a mi lado un motivo que lo justificaba. Ahora estoy cansada, Sócrates, cansada de seguir, cansada de aguantar.

—Son épocas de extrema dureza, Aspasia. La guerra y la epidemia ponen a prueba a cualquiera, por más reflexivo que éste sea.

—A veces da la sensación que todo sigue igual. La gente se acostumbra a la rutina, ya ni miran a los enfermos, como si no existieran. La guerra nos queda lejos a pesar de los asedios lacedemonios. Es como si viviéramos aislados y no nos importara.

—El hombre tiene una capacidad innata de adaptación. —dijo Sócrates.

—¿De adaptación o de resignación? —preguntó la milesia. —Porque aunque parecido no es lo mismo.

El filósofo la miraba con preocupación. Sabía que su amiga se debatía en una lucha interna que nadie podía soliviantar. Vio su perfil cubierto parcialmente con el manto y le pareció más hermosa que nunca, vulnerable y a la vez tan audaz.

—Hablas entre líneas, mi buena amiga. Sé que algo te altera, pero no seré yo quien te obligue a explicármelo. Si no lo has hecho ya, es porque deseas padecerlo en soledad.

La filósofa lo miró con una sonrisa profundamente triste.

—Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad?

Sócrates se ruborizó percatándose que sus mejillas abultadas se encendían. Aun así, le asaltaba más la conmoción interna de la mujer a la que tanto admiraba.

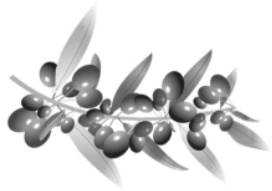
—No sé qué te sacude, pero debes saber que siento lo mismo por ti. Pase lo que pase, estaré a tu lado cuando me necesites. Me has ofrecido una amistad que jamás podré agradecerte lo suficiente.

La mujer asintió emocionada.

—Debo irme. Cuídate.

Aspasia se perdió entre las calles acompañada de Ciriaco.

Devastación



Pericles seguía atendiendo a todo y a todos sin disminuir la intensidad de trabajo. A pesar de la degradación de su propio cuerpo, ya cubierto de un salpullido de pústulas que ocultaba con paños empapados en ungüentos, mantenía la mente ocupada sin atender a cómo la epidemia lo iba devorando.

El médico se rascaba la cabeza incrédulo, por cómo había sido capaz de tolerar los síntomas. Si a otros les mataba en apenas unos días, a lo mucho, semanas, Pericles seguía de pie soportando diarreas y nauseas.

—Vayamos al jardín. Debo comentarte algo importante. —dijo el estratega a su esposa en un hilo de voz.

Aspasia no soportaba verle en ese estado. Día y noche cuidaba de la piel de su esposo para evitar que las llagas se abrieran más. No podía abrazarle, no podía besarle, no podía acariciarle. Vaciaba las cerámicas de agua con sal, contemplando los restos de pequeñas pieles desprendidas de las úlceras. Lloraba apoyada en la pared del aula con tal dolor, que no se percibía sonido alguno, produciendo una compresión de sus órganos que intentaba retener con la palma de la mano. Se quedaba despierta encogida en el suelo, dejando que las lágrimas calientes por tanto esfuerzo, cayeran en un reguero hasta las losas. Cuando se recomponía, volvía a la

habitación para quedarse estirada al lado de Pericles, viendo cómo inconscientemente éste profería quejidos de dolor que ocultaba en cuanto despertaba.

—Te sentará bien algo de aire. —dijo la milesia.

—Tú lo necesitas más que yo. Además así podrás ver que el color púrpura de mi piel y ojos se funde con el de mi túnica.

—Me encanta el color púrpura. —dijo con una sonrisa melancólica.

Pericles seguía utilizando el humor de la misma forma que había hecho durante toda su vida. Aspasia se sentó junto a éste, desprendiéndose de la aguja que aguantaba sus ondas.

—Nunca me cansaré de verte. —dijo interrumpido por una tos seca que le impedía continuar.

Aspasia llenó una copa de agua fresca que Pericles apuró con ansia.

—Haces demasiados esfuerzos y hablas más de lo que debieras.

—Eso no es fruto de la enfermedad, querida. —respondió esbozando una sonrisa. —Aspasia, antes de que deje de soportar el peso de mi cuerpo y que apenas pueda decir una palabra, debo explicarte varias cosas. Le prometí a tu padre que te cuidaría y eso es lo que he hecho todos estos años, pero antes de que te indignes por mis decisiones, déjame que me explique. De la misma manera que a Hipareta le concerté un matrimonio para garantizar su futuro, he hecho lo mismo contigo. Me duele más a mí que a ti saber que estoy entregando el amor de toda mi vida y que será él quien te contemple cada noche. —la expresión de perplejidad de Aspasia no cogió de improviso a Pericles. —Escúchame antes, por favor. —levantó la mano con dificultad —Lisicles es un buen hombre, te respetará y lo que es más importante para mí, no aplacará tu luz. A su lado podrás seguir desarrollando tus capacidades y tiene fortuna y contactos suficientes como para ofrecerte una vida más que digna. —Pericles observó el rostro de su esposa que permanecía en silencio. Eso le asaltaba más que si le hubiera increpado a gritos. —

Él aceptó y lo único que te pido, es que tú hagas lo mismo para poder morir en paz.

Aspasia no soportó que hablara de su muerte sin abrir sus entrañas. Lloró sin consuelo, rota en pedazos ante lo que se avecinaba. El estratega, aunque más contenido, la emuló derramando un reguero de lágrimas.

—Hay algo que no entiendes, Pericles, y es que cuando cierres los ojos yo moriré de igual forma. —dijo con un nudo incontenible en su garganta —Si quieres que asuma ese compromiso sin oponer resistencia, lo haré por ti y por este amor que tanto me asfixia. Si lo que necesitas es mi aprobación para yacer en paz, la tienes sin condiciones, pero no porque me protejas sino porque con ello te alivio de una carga que te consume más que la enfermedad. No puedes protegerme porque no quedará nada de mí, nada de la mujer que ahora tienes delante. —hizo un silencio para recomponerse —No viviré más de lo que tú lo hagas, porque tu latido es lo único que me aferra a este mundo que siempre me ha tratado como a una extraña. Lo único que lo hacía habitable era saber que estabas a mi lado. Nunca me importó lo que otros pensaran, nunca, y si mañana abrieran mi cuello con una daga, no creas que me resistiría, sonreiría aliviada por no tener que soportar el horror de no volverte a ver jamás.

Pericles, boquiabierto, se levantó con dificultad de su asiento para estrecharla entre sus brazos. El leve contacto de su esposa le inundaba de un dolor insoportable en cada resquicio de su piel, y aun así era más tolerable que la desolación de su alma. Acercó los labios amoratados al oído de su mujer.

—Aspasia, has sido lo mejor de mi vida. La muerte no puede borrar nada de lo que hemos construido juntos. Yo te esperaré, ahí donde los dioses me retengan, aguardaré hasta que llegue tu hora, pero hasta entonces, vive lo mejor que puedas y disfruta de esos años.

—Te lo prometo. —dijo sin ápice de convencimiento.

—Y recuerda, en cuanto llegue mi momento, abre el pergamino y sigue las instrucciones que te dé.

No volvieron a hablar sobre ese tema. Aspasia asumió que debía corresponder a su petición sin ejercer oposición, a pesar de que sabía que su mundo se iba desmoronando a cada instante. Cada anochecer, la maestra se sentaba a su lado. Le cogía de la mano para intentar retener cada momento, evocando los miles de recuerdos que le asaltaban entre esas cuatro paredes.

—Amor. —dijo en apenas un susurro, mientras sus pulmones se agitaban aceleradamente.

—Dime. —respondió Aspasia.

—Quiero que tú escribas el discurso de mi funeral, pero no debes ser tú quien lo pronuncie, ni tampoco mi hijo. No voy a hacerte pasar ese trago público.

—Haré lo que quieras que haga. —dijo con una sonrisa repleta de tristeza.

—Estoy muy cansado.

Al día siguiente, por orden del médico, fueron llamados todos los amigos y familiares que quedaban vivos, incluyendo a Lisicles. La devastación de todos ellos era visible en los gestos y en la ausencia de conversación. Se sentaron alrededor del lecho esperando el desenlace fatal. Estaba aferrado a la mano de Aspasia y de su hijo, pero apenas movía el pecho. La maestra miraba como ascendía y descendía en una secuencia cada vez más espaciada. Todos pensaron que había partido hacia el Hades.

—Todavía os escucho. Os recuerdo que nadie se ha puesto en Atenas un manto negro por mi culpa—dijo en un hilo de voz que despertó las carcajadas de los asistentes.

Así era él, irónico hasta el final de sus días, en parte porque entendía que durante su paso por este mundo, había visto el rostro cercano de las Moiras demasiadas veces. Se había bebido la vida a grandes sorbos, desconociendo el alcance real de la huella que dejaba tras su paso.

Exhaló su último aliento un mediodía, devastando a una ciudad entera que ahora se sentía más huérfana y vulnerable de lo

que jamás había estado.

Arete alcanzó el cuerpo de su hermana que apenas podía sostenerse en pie. Los lamentos de Aspasia se oían en cada esquina de la villa, dejándola sin respiración. Aun así, obligaron a la multitud a salir del cuarto para que fueran ellas quienes prepararan su cuerpo.

La milesia le despojó de la túnica observando el torso consumido de Pericles. Las costillas se marcaban entre el denso vello, fruto de los vómitos de las últimas semanas. Acarició cada espacio que permanecía carente de úlceras, recordando las muchas ocasiones en que lo amó, las miles de veces que se quedaba dormida sobre su pecho escuchando sus latidos, la amplia sonrisa que llenaba de surcos la comisura de sus labios. Lo asearon durante horas, esparciendo los aceites que debían servir para aplacar el intenso olor de la podredumbre.

La villa se iba llenando de gente, de miles de flores que apostaban en la puerta, sujetas a las verjas o lanzadas desde el exterior al patio. Los hombres, entre sollozos, colocaron la estructura de madera para soportar el cuerpo de su comandante.

—¿Cómo quieres que le vistamos, Aspasia? —preguntó Arete.

—Como el general que fue para todos. Adoraba portar el yelmo.

Los esclavos bajaron la panoplia de su dueño y ayudaron a las mujeres a ajustarla. Ninguno se mantenía entero. Lloraban sin descanso mientras ejercían su deber por última vez. Aspasia juntó las manos de Pericles y acarició los mechones grises que había limpiado para borrar el sudor que augura la muerte. Se acercó a sus labios morados y los besó con un amor infinito.

Todos los que presentaron sus respetos, alabaron la habilidad de las mujeres. A pesar de la delgadez del estratega, el rostro mostraba la serenidad del descanso eterno sin renunciar a la fortaleza de lo que representó en vida. Las armas pulidas y el yelmo, grabado internamente con su nombre, quedaban sostenidos sobre el cuerpo, evidenciando el estatus del hombre de estado. El hijo de

Pericles recibió las condolencias de centenares de asistentes, compungidos por una pérdida que sabían que era irreparable. Aspasia vestía de luto con los cabellos cubriendo sus hombros. No había expresión ni consuelo, permanecía ausente admirando el perfil de su esposo desde la distancia, aspirando el aroma de las miles de flores que se habían depositado en el vestíbulo y el intenso olor a incienso que en ocasiones convertía el ambiente en un hedor irrespirable. Pocos se acercaban hasta su posición. Ahora que él ya no infundía ninguna autoridad, no debían medir sus aprecios a la mujer que consideraban la precursora de la guerra que les atenazaba desde hacía tres años. Algunas mujeres que habían gozado de sus clases o que sentían estima por ella, se acercaban tímidamente para mostrar sus respetos, pero eran escasas.

Al caer la noche, dejando el cuerpo velado por sus amigos y por las plañideras, Aspasia abrió la sala de Pericles en soledad. Encendió las lamparillas y cogió el rollo que quedaba en el mueble de madera. Rompió el lacrado y lo desplegó con los dedos temblorosos.

"*Mi amor,*

Si estás leyendo estas palabras es que parto en paz hacia el final del destino que nos abraza a todos. Sé que no tengo derecho a pedirte que no derrames lágrimas en honor a mi recuerdo, pues si fuera yo el que respirara, estaría desolado y muerto en vida, así que únicamente puedo solicitarte que me perdones por causarte tanto dolor. Supongo que el tamaño de nuestra pena es equivalente al del amor sobrevivido, así que, sabiendo que nuestra devoción al otro ha sido casi enfermiza y difícilmente comprensible para quien es incapaz de sentir lo mismo, sólo albergo la esperanza de que el tiempo logre disiparla para convertirla en un recuerdo iluminado por tu sonrisa, esa que me ha estremecido día y noche desde hace más de veinte años.

La fortuna ha sido benevolente conmigo, Aspasia. Me ha premiado con muchos éxitos, pero cruzarte en mi camino ha sido, con diferencia, el más preciado de los honores al que un hombre

puede aspirar en su vida. Mientras otros mantienen a una compañera a su lado, con peor o mejor suerte, yo contemplo cada noche a la mujer por la que mataría y moriría, a la madre, esposa, amiga, confidente, maestra y amante que sacudió todo lo que había vivido hasta ese preciso instante. Aquella noche, mientras descendías las escaleras, supe que algo se había quebrado en mi alma para siempre, pero en cuanto te escuché recitar la oda a nuestra diosa, constaté que jamás podría renunciar a ti.

Me lo has dado todo. Espero haber estado a la altura de lo que mereces, mi vida. Ojalá Hades sea benevolente en mi juicio y considere que he sido digno de tu amor tan generosamente correspondido, a pesar de que hayas renunciado a la dignidad que tenías ganada por derecho y que yo te arrebaté, quizás por el egoísmo de tenerte o por la cobardía de perderte. Has sido mi única debilidad, esa de la que no quieres ni puedes desprenderte, pues acaba convertida en el trazado de tu propio camino y porque sabes que sin ella deambulas sin rumbo y totalmente perdido.

Ahora que ya sabes que mi vida se alimenta de tu exhalación, déjame que te exponga unos ruegos como última petición.

No hallo nadie mejor que tú para escribir mi discurso fúnebre, pues eres la única que sabes de mi carácter como hombre y de mi devoción como político, pero no dejaré que te vean rota por la pena, ni débil ante mi obligada partida. Así que, pagad a alguien que recoja honrosamente tus palabras y que sea éste el centro de sus réplicas. ¡Ya ves, mi amante esposa, que ni ausente, me privo de seguir solicitando tu talento! Menos mal que ahora te librarás de esa carga.

Hay una estatua encargada hace meses a Cresilas para que sea colocada sobre mis restos, no veas en ello una intención ególatra de ser admirado, sino el deseo que no debáis costear nada por mi falta. Te ruego que incluyas entre los objetos que me acompañen en mi último viaje, el portarrollos que hay junto a esta carta. Dentro incluí los colgantes de mis hijos y el pergamino que porta tu primera

sangre, lo primero para que pueda hallarlos en la oscuridad del Averno, lo segundo para jamás desprenderme del recuerdo más importante de mi vida a tu lado.

Dejaré en herencia esta villa a nuestro amado Pericles, esperando que viva con la mitad de dicha que yo gocé entre sus paredes. Tú, mi señora y dueña de todo lo que una vez fui, halla la felicidad sin portar el peso de mi recuerdo, no sería un buen esposo ni fiel al profundo amor que te tengo, si te privara de ésta. Siempre estaré a tu lado, en cada brisa que agite tus cabellos, en cada esquina que recorras, en cada exhalación que emane de tus labios, porque cuando dos almas se pertenecen, no existe hombre ni voluntad divina capaz de separarlas.

Te quiere por siempre. Pericles."

Aspasia enrolló el papiro y lo acercó a su pecho. El dolor era tan profundo que pensó que hallaría la muerte esa misma noche, incapaz de soportar la ausencia de su compañero. No concilió sueño alguno, se sentó frente a la mesa y acercó el cálamo impregnado en tinta.

"¡Llorad a mi lado, atenienses!, llorad bajo la colina que la diosa custodia desde lo más alto. Plañid afligidos por la pérdida del hombre que dirigió, bajo el mandato divino de Atenea, el devenir de todo un pueblo, el destino de los padres que nos otorgaron la vida, el de los hijos que pronunciarán su nombre como un recuerdo imperecedero. Llorad, ciudadanos y metecos, hombres y mujeres, esclavos e ilustres, la partida de quien no poseerá rival que ensombrezca un eterno legado, construido a través de la sangre y la dignidad de quien renuncia a todo por un bien que trasciende al tiempo y a la tierra que lo sustentó. Llorad como pueblo que queda huérfano y perdido. Llorad con dolor al saberos afortunados por haberle conocido para ahora padecer el vacío infinito que deja tras su marcha. Lloremos al hijo que honró con nobleza a su padre, al padre que inspiró al vástago, al amante esposo, al político honesto, al valeroso soldado, al avezado estratega.

El hombre digno no contempla la fortuna de su propia existencia, sino el legado que puede brindar mientras éste respira. El general victorioso no osa exhibir arrogante sus laureles, sino que hace prevalecer el bien que gratifica a sus hermanos en la cruenta batalla. El político no satisface sus deseos si no es a través del fulgurante destino que ennoblece a su ciudad. Y éste, que yace ahora esperando el abrazo de Perséfone, no merece menos que morar en el Elíseo donde otros le precedieron con iguales honores.

Ahora que nuestro general porta la moneda que posará sobre la enjuta mano del barquero que reclama pago, no queda más que la perennidad de la obra acometida, la visión majestuosa que llevó a Atenas a lo más alto entre sus iguales, defendiendo la democracia, luchando por nuestros lares, sufriendo en sus carnes tal y como los hijos que no portan su nombre, pero que lo advierten como si fuera un padre, las pérdidas que se cobra la batalla y la desoladora enfermedad.

Llorad conmigo, atenienses, porque el hombre tocado por la gracia divina entraña una lectura que traspasará los siglos, porque quien adivina el futuro prometedor, no ansía más que transformar el devenir que llega tras éste. Los dioses saben que de él se evocarán sus gestas, que alguien que obra por el bien de los asuntos de estado con destreza y probidad, merece la consideración de sus iguales, procedan éstos de lejanas tierras o convivan al amparo de su mismo hogar, incluso de aquellos que alguna vez lo enfrentaron.

¡Cuán afortunados hemos sido, atenienses!, ¡Qué honor haber luchado bajo su mando escuchando las sabias palabras del mejor de entre los nuestros!, enalteciendo el ánimo que disipa como la brisa el temor en la contienda, porque si fue temido entre el enemigo fue igualmente amado por quienes le conocieron y ahora, le lloran justamente en su trasiego hacia la última morada destinada al hombre.

Regocijaos conmigo pues hemos sido rozados por la fortuna de tenerle, congratulémonos del honor de haber sido amparados por la tenacidad del estratega más importante de nuestro tiempo,

rendiros al feliz reencuentro del más digno de entre los ciudadanos que moran estas tierras.

No derraméis más lágrimas, atenienses, y defended con sangre el legado que nos dejó con diligente bravura, ensalzad pues, su recuerdo, emulando los actos que definen al hombre que sirve libre. Llenaros de la dicha de su existencia para convertirla en valor ante el enemigo que arremete contra la igualdad que nos ofrecimos tras tanto sacrificio. Defendamos pues, lo que tantos otros lucharon sucumbiendo bajo el filo de la espada para proteger nuestra libertad, morando ahora bajo la tierra húmeda que queda bajo nuestros pies, abriendo éstos sus brazos al general que les enseñó que el propósito de morir no es otro que el de preservar el calor de su hogar.

Si no somos capaces de honrar la disposición de quien consagró su vida sin solicitar pago alguno, no seremos dignos de ser considerados atenienses. Si no cubrimos de luz nuestros templos en recuerdo al camino que éste trazó para ser transitado por el resto, mereceremos caer en el olvido al que el tiempo relega como pago a los ingratos. Llenad esta noche y todas las que tras ella vengan, de ofrendas a nuestros dioses. Suplicad a vuestros antepasados que recojan su alma errante para colmarla de la calidez de una gratitud eterna.

Cuando un nudo encoja vuestro estómago por la pérdida del que fue nuestro amante padre o cuando el afligido recuerdo comprima el latir del pecho, elevad vuestros ojos a lo más alto de la colina, pues lo hallaréis en cada piedra esculpida, en cada gesto, en cada exaltación del ingenio del hombre. Y en cuanto lleguéis al calor que brinda la lumbre, conmovidos aún por su obra, cantad a vuestros hijos; que aquí vivió y murió Pericles, el ateniense."

La milesia se quedó dormida sobre el papiro. Maldijo haberse despertado para revivir una pesadilla que la envolvía en la más devastadora soledad. A pesar de sus esfuerzos por ofrecer consuelo a su hijo, éste se había vuelto hostil. Ahora sentía que debía ocupar el espacio dejado por un padre al que jamás podría emular. Amaba a su madre, pero en su interior albergaba el desprecio contagiado de

las habladurías que tanto le habían marcado de niño. Alejarse de su presencia, sería como resarcir el buen nombre de su progenitor que para él, había quedado ensombrecido por la mujer que le había dado la vida.

La milesia era incapaz de rememorar el funeral de Pericles. Sólo recordaba al aire frío sobre un cielo plomizo y gris que parecía presagiar el dolor de todo un pueblo. Arete la mantuvo cogida del brazo mientras contemplaba la tierra que cubría el cuerpo inerte del hombre al que amaba, siendo cada palada sobre éste, una herida que la desangraba por dentro. Vio como el portarrollos que había colocado adosado a su cuerpo, quedaba cubierto por la arena. El discurso pronunciado por uno de sus más estimados amigos, fue visto como el justo pago por tanto sacrificio. Sócrates sabía que la tinta que dibujaba sus palabras llevaba el sello inimitable de Aspasia. Se mantuvo alejado ante el rostro marmóreo de su amiga, compungido por esa mirada ausente solapada por la hinchazón de los párpados de quien llora hasta quedarse yerma.

Con el paso de los días, Aspasia hizo llamar a Lisicles. Su hijo había recibido instrucciones de Pericles antes de morir, advirtiéndole de lo inalterable de su decisión. Sabía que heredaba casi todo lo que había pertenecido a su padre y que la unión obligada a Lisicles, le alejaría de la sombra de difamación que siempre perseguiría a su madre.

Aspasia invitó a que éste tomara asiento. El hombre, visiblemente nervioso, jugaba con los dedos mientras esperaba que ésta rompiera con el acuerdo.

—Lisicles, mi esposo te tenía en gran estima. Alababa tu carácter y tu fidelidad. —hizo un silencio —Ambos sabemos por qué estás aquí y que en su afán por controlarlo todo, decidió por mí sin consultarme. No quiero que veas en mis palabras un rechazo, pues le prometí que acataría su voluntad si con ello aliviaba su dolor, y a pesar de todos los insultos que recibo a mis espaldas, te aseguro que alabo el compromiso que uno asume con honor, aplicándomelo

a mí misma como deber. Al unirte a mí, toda crítica será vertida de igual forma a cuanto hagas o decidas, y debes saber que mancharán tu reputación con comentarios maliciosos. Si aun así, decides seguir adelante, deberás aceptar que mi corazón siempre poseerá dueño y que hasta que me muera, será de esa forma sin posibilidad de sentir otra cosa más que afecto a tu generosidad. —bebió un sorbo de agua —Estoy devastada, Lisicles, seré una compañía extraña y quizás ausente. Lo único que puedo ofrecerte es el talento que ayudó a Pericles y que te doy como pago. Yaceré a tu lado como esposa, regalándote todo lo que pueda para cumplir con lo que esperas, pero seguramente no con todo lo que mereces.

Lisicles la miraba conmovido. Soñaba con tenerla cada día a pesar de los obstáculos que se le presentaban, a pesar de que jamás le amaría como él lo hacía. Pensó, en apenas un instante, que algún día la milesia sanaría su pena y lograría disipar su recuerdo.

—Tú le hiciste una promesa al igual que yo. No pretendo parecerme a él, porque eso es imposible. Le he admirado siempre sabiendo que jamás podría estar a su altura. Era una estupidez intentarlo. —esbozó una sonrisa tímida. —Me pidió que te cuidara y protegiera y acepté, Aspasia, por amor a ti y por el honor de cederme lo que él más quería. Y no quiero faltar a mi juramento. —miró los ojos avellana de la milesia —Acepto todo cuanto has dicho y me sentiré honrado con tu compañía. Ojalá logre algún día aplacar, aunque sea momentáneamente, esa pérdida. Me pidió que no te privara de la libertad de la que gozaste a su lado y así será.

Aspasia miró al horizonte, esperando hallar una respuesta.

—Una última cosa, Lisicles, no deseo participar de más eventos públicos, no porque no quiera compartirlos a tu lado sino por una necesidad personal. Si estás de acuerdo con todo lo que te he expuesto, ambos cumpliremos con la promesa dada en honor a Pericles. —Lisicles asintió —Te pido dos meses para poder guardarle luto y organizar mi marcha a tu hogar.

—Viviremos en mi casa de Atenas momentáneamente hasta que las invasiones cesen. En cuanto todo esto acabe, me encantará llevarte

a la villa del campo que visitaste junto a Pericles, para que goces de mayor tranquilidad.

Aquellos dos meses antes de su partida fueron una amarga tortura. Vivía recluida, recogiendo los rollos que quedaban a la vista en los estantes. Ciriaco soportaba los pergaminos sobre los antebrazos hasta casi ocultar su rostro, algo que provocó una dulce sonrisa de la milesia.

—Descansa, mi buen amigo, o al final acabarás sepultado por tanto conocimiento.

Ciriaco había crecido con ella. Ambos, casi de la misma edad, habían compartido décadas de servicio, pero cuando alcanzas a ver a la mujer a la que sirves, desprovista de lo que muchos otros imaginan, emerge el afecto sincero.

Aspasia bajó del alzador sacudiendo el polvo que había quedado en sus manos.

—Ciriaco, siéntate. —el hombre alcanzó el difros que quedaba cercano. —Dentro de unos días me iré de esta casa, y como sabes quedarás bajo el control de mi hijo. No quería marcharme sin decirte antes, lo mucho que has significado para mí, lo que valoro tu protección y compañía durante tantos años. Fuiste el primero en recibirme y serás el último del que me despida. —intentó contener la emoción —Espero que mi hijo cumpla como lo hizo su padre, pero no es ningún secreto que debemos asumir que no es él. Por eso te pido tu apoyo incluso en las ocasiones que no lo merezca. —Aspasia cogió sus manos —Gracias, Ciriaco, por todo.

—¿Puedo hablar con libertad, mi señora? —la maestra asintió —Llegué a esta casa hace tres décadas y serví a mi señor lo mejor que pude. Cuando éste me dejó su cuidado a costa de mi propia vida, me asusté porque en el ágora se hablaba mucho y mal de su persona. Yo no soy muy listo, pero sé cuándo hay más envidia que razón. Y entonces crecí a su lado viéndola estudiar, recitar los discursos, escribiendo día y noche y atendiendo las preguntas que todos le hacían en los banquetes. Entendí por qué mi señor la amaba tanto y por qué el resto la despreciaba. —hizo un paréntesis

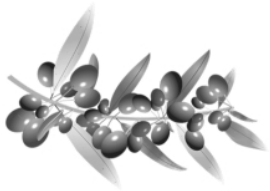
para pensar qué decir —He visto cosas que otros sólo soñarían; han venido pensadores, actores, arquitectos, gente muy importante. Y he movido mis pies cuando los músicos tocaban y he reído cuando los cómicos imitaban, pero ¿sabe lo que más disfrutaba?, cuando cogía la cítara y poco a poco todos enmudecían. Siempre era igual. Y por mi afecto, he de decir y ¡que me perdonen los dioses!, que me alegraba de que les cerrara la boca aunque luego la menospreciaran a sus espaldas. Por un instante no podían disimular. Vi a mi señor, que los dioses le protejan, sonreír sentado en el kline, totalmente rendido a mi señora Aspasia. Es una mujer sabia y aunque no tengo muchos estudios sé que el mayor valor se halla en lo que no abunda. Mi señor era el mejor hombre que haya conocido y él no se equivocaba nunca, con mi señora menos. Yo también he aprendido a su lado aunque estuviera esperando, y también le he oído recitar como las musas. Soy yo quien le agradece que me dejara acompañarla todos estos años tratándome con respeto. La echaré de menos, muchísimo. —dijo con lágrimas en los ojos.

Aspasia lo abrazó con estima. Poco le importó que no fuera apropiado, llevaba años actuando por gusto y no por deferencia a nadie.

—Hemos sido muy afortunados, mi buen amigo. Uno sabe que los tiempos que hemos vivido al lado de mi esposo, nos proporcionarán el más dulce de los recuerdos.

La milesia hizo una última petición a Ciriaco, llamar a Sócrates.

Partida



Sócrates llegó vestido con la antigua túnica, aferrado a los pliegues que quedaban sujetos en su hombro derecho. Sonrió al ser recibido por su amiga en el vestíbulo. Estaba demacrada y visiblemente más delgada, a pesar de ello, mantenía la sobria elegancia que siempre le había acompañado.

Se acercó a él y le agarró del brazo para acompañarle por el pasillo que conducía hacia su lugar de trabajo, invitándole a tomar asiento en un cuarto en el que resonaba el eco de sus voces.

—Es un lugar perfecto para trabajar. La luz que entra por la ventana ofrece placidez, resulta inspiradora. —dijo el filósofo mientras contemplaba las estanterías vacías y un fardo cerrado.

Aspasia sonrió. Las arrugas que se marcaban en sus ojos no hacían más que ensalzar la belleza serena que había sacudido tan profundamente y durante tantos años, a hombres y mujeres.

—Necesitaba que vinieras y te agradezco que hayas aceptado. Primero porque necesito disculparme. No he atendido a tu amistad en muchos meses, pero no era capaz de levantarme de la cama si no era por una obligación.

—No necesitas mi perdón, Aspasia. —respondió conmovido.

—En realidad mis súplicas serán por lo que te diré esta mañana. —aseveró. —Ese fardo contiene un montón de rollos que he reservado para ti, quiero que te los quedes. No conozco a nadie mejor para que haga uso de ellos. Son tratados filosóficos que traje y adquirí de Mileto, y también recopilaciones sobre retórica que he ido almacenando con los años.

—Será un honor contar con ellos. Los guardaré como un preciado tesoro.

Aspasia se sentó y cruzó las manos mientras perdía la vista en los árboles que se mecían suavemente en el exterior. Respiró profundamente.

—Sócrates, dejo el que ha sido mi hogar. Pericles pensó que era buena idea entregarme a Lisicles para salvaguardar lo que me quedara de vida y asumí esa decisión.

El filósofo torció el gesto en desaprobación.

—No debería haber hecho tal cosa. —sentenció con rotundidad. —No pretendo ofender su memoria, pero es una decisión sustentada en una necesidad que le atañía a él. No conozco personalmente a Lisicles, lo he visto intervenir en alguna ocasión en la Asamblea, pero no he intercambiado conversación alguna, así que no tengo una opinión formada. —dijo con parquedad.

—Entiendo tus reticencias. —dijo Aspasia con una media sonrisa —Eres el único hombre que no me percibe vulnerable, ese siempre ha sido el mal que me ha perseguido en vida con los que más me han amado. Lo hizo mi padre, lo hizo Pericles y seguramente también lo haga Lisicles. Llevo media vida escuchando como me llaman hetaira; me han escupido en la calle, me han abucheado públicamente, incluso se han atrevido a imitarme en los espectáculos. Todos los días aparecían pintadas sexuales con mi rostro, hasta han entrado en el aula para ofrecerme cantidades obscenas de plata que harían enrojecer a cualquiera, sólo por poseerme una sola vez. —hizo un silencio —Era sencillo convertirme en blanco de sus objetivos, aquí sólo las prostitutas gozan de ese derecho, así que por una cuestión de paridad, bien por desconocimiento o con intencionalidad, me

tratan con la misma consideración desde hace años. Ahora que Pericles ya no está y que hay que poner un culpable ajeno para escupir las desgracias que nos asolan, soy un objetivo perfecto. Supongo que quería protegerme de ese escenario. Le he ocultado muchas cosas, muchas. Sabe más Ciriaco de las que conoció él jamás.

—Podría haberte ayudado si me lo hubieras contado. No tenías porqué pasar por esas situaciones en soledad.

Aspasia sonrió.

—Precisamente era eso lo que intentaba evitar, mi buen amigo. No precisas ayuda cuando aquello que te envuelve lo significa todo para ti.

Sócrates cayó en su error.

—¿Recuerdas nuestra conversación en el ágora cuando me preguntaste mi parecer sobre Pericles? Recuerdo bien que te dije que era un hombre y que como tal, disponía de las mismas vulnerabilidades, sucumbiendo a éstas como lo harían otros. De cualquiera puedes atender a lo que es o a lo que representa, cada uno decide qué proporción de cada aspecto pone en mayor valor. Entiendo que no puedes reprocharle nada y que por eso has accedido a sus demandas. ¿Crees que alguna vez le debiste algo?

—No se trata de poner un precio, sino honrar un compromiso.

—Sé que no buscas mi opinión, Aspasia. Creo que hablo más por mis aprecios a ti que por mi buen juicio.

—Apelo precisamente a eso ahora, Sócrates, al mejor amigo y al hombre más sabio que he conocido. —suspiró —He tomado una decisión personal e invariable. En cuanto me una a Lisicles, abandonaré mi actividad pública. Le acompañaré en lo que sea estrictamente necesario, pero no volveré a asistir al ágora como oyente.

—¿Qué intentas decirme? —dijo frunciendo el ceño.

—Que serán escasas las ocasiones en las que coincidamos. —dijo con melancolía —No me alejo de ti, simplemente me volcaré en el estudio y en los encargos que me hagan. Si esta guerra algún día acaba, me marcharé a la villa que Lisicles tiene a las afueras.

Sócrates enmudeció. Agachó la cabeza pensando qué responder.

—¿Por qué esa ruptura con todo? Tú no has muerto, Aspasia, sigues viva para tu hijo, para tu hermana y para todos los que te queremos y valoramos.

La mujer sonrió con ironía mientras apoyaba el puño sobre su sien.

—Mi hijo detesta lo que soy, Sócrates. Está deseando que me vaya definitivamente para iniciar un camino donde yo, ya no tengo cabida. No le culpo. Pensé que con amarle sería suficiente, pero me equivoqué. Hay cosas que pesan mucho más sobre su conciencia. Mi hermana siempre estará a mi lado, hemos estado siempre muy unidas y no me permitiría alejarme demasiado. —hizo un silencio — Sé que me estimas, Sócrates, y es por eso que necesitaba ofrecerte una explicación. No perderemos la comunicación, te escribiré y seguiré apelando a tus sabios consejos.

—Es más a la inversa. —hizo un silencio. —Respeto tu decisión, pero no la comparto. Sé que sigues siendo la misma persona que conocí en las escaleras de la estoa, pero me es difícil verla en este momento.

Aspasia sonrió melancólicamente. Entendía la agitación de su gran amigo y la decepción que seguramente sentía ante una decisión tan drástica.

—Tú y yo hemos visto la nave del héroe Teseo que Atenas tiene como reliquia. Hemos contemplado como la sacan cuidadosamente del museo para conducirla anualmente a los muelles para tras ello, partir hacia la isla sagrada de Delos. Cuando llega de regreso a Atenas, los astilleros repasan cada fuste, cada junta y cada cabo que soporta su vela negra para preservarla. —Sócrates la contemplaba

interrogativo sin decir nada. La pensadora prosiguió. —Extraen la madera maltrecha y ésta queda repuesta con nuevos fragmentos, replicando en forma y detalle a la sección original con exactitud. Hay tanto cuidado y respeto que cuesta diferenciar la intervención del artesano. —guardó silencio —Algún día, nada quedará de la embarcación original y será entonces cuando emerja la gran pregunta, ¿seguirá siendo la nave de Teseo?

Sócrates sonrió. Despertó el brillo de sus ojos que nacía ante un reto filosófico.

—Si apelamos a la razón, diríamos con certeza que no sería la nave de Teseo, pero existe un valor inmaterial otorgado por el hombre que trasciende a su naturaleza física. Sería comparable a nuestra apariencia al nacer de las entrañas de nuestras madres y nuestro aspecto actual. No guardamos semejanza y en cambio nos consideramos la misma persona.

—Ahí tienes la respuesta, Sócrates. Aunque pueda parecerte una extraña, pues evocas un recuerdo lejano, esencialmente sigo siendo la misma.

—Echaré de menos estas conversaciones a tu lado.

La milesia contempló el menudo cuerpo del filósofo. Tenía las manos cruzadas sobre su abultado abdomen y la mirada perdida en un pensamiento nostálgico.

—No eres consciente, Sócrates, de la impronta de tu legado. Eres tan austero y tan modesto con tus capacidades, que te niegas a ver lo que es evidente para los demás; te siguen, te respetan y te admiran. Algún día tus enseñanzas serán contempladas como fundamentos filosóficos de incalculable valor, una fuente de inspiración que te trascenderá. De la misma manera que tú te has alimentado de tus predecesores, otros usarán los tuyos de igual forma.

—Eso no pasará porque nada dejaré escrito en tinta. Mi intención no es sobrepasar el tiempo que los dioses me tengan fijado, tampoco

ambiciono un recuerdo que sé, no merezco. Igual, mi querida amiga, seas tú la filósofa a la que emular, haciéndose por fin justicia.

Aspasia sonrió sabiendo que eso jamás pasaría.

—No me olvides, Sócrates, porque yo jamás lo haré. —las lágrimas cubrieron, como un fino velo, sus hermosos ojos del color de las avellanas.

—Sería imposible. —dijo profundamente conmovido.

La maestra se despidió con un abrazo sentido que sacudió internamente al filósofo. De alguna forma supo que Aspasia había sido parcialmente sepultada por la misma tierra que ahora cubría a Pericles. Por un instante, despreció el recuerdo del estratega, maldiciendo las decisiones que no asumiría él y en cambio, condenarían fatalmente a la mujer que había amado tanto.

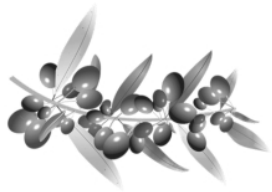
La pensadora llenó la carreta con sus enseres. Evocó el recuerdo dolido de su partida de Mileto y también, la feliz llegada a ese apacible lugar que había sido su hogar durante más de veinte años. Se volteó para contemplar la fachada y la ventana superior que daba al cuarto, imaginando a Pericles despedirse de ella con una amplia sonrisa. Una sensación de desvanecimiento le obligó a aferrarse a uno de los maderos del lateral.

—Iré a verte en cuanto pueda. —dijo el joven Pericles mientras besaba el cabello de su madre.

—No te preocupes, sé que la política se cobra mucho tiempo. —respondió sabiendo que sus visitas serían escasas o nulas.

Ciriaco le ayudó a subir los escalones. En cuanto ésta se acomodó en el interior le hizo un gesto de complicidad apretando con fuerza su mano. La carreta inició el camino con una sacudida seca, perdiéndose lentamente por la inclinación de una bajada pronunciada. Vio los olivos decrecer en la lejanía aspirando el aroma del romero por última vez. Tras ello, alzó la vista para ver el monte Himeto y los caminos serpenteantes que tantas veces hacía recorrido junto a Pericles. Cerró los párpados lentamente, rogando morir en ese instante.

La ausencia



Aspasia asumió con resignación aquellos primeros meses entregándose a un hombre que para ella, era un auténtico desconocido. Padeció el profundo dolor de un sexo consentido en carne, pero carente de la estima necesaria para aprender a amarle. Cuando uno ha satisfecho el hambre con el más dulce de los manjares, dejará de apreciar aquello que no le alcanza a parecerse.

No era ni remotamente feliz, tampoco se consideraba desdichada, simplemente respiraba para satisfacer las necesidades de una vida que consideraba yerma. Aun así, cumplió con la promesa dada y ofreció a Lisicles, no solo el cuerpo que tanto deseaba, sino su capacidad para ayudarle a crecer políticamente. No escatimó esfuerzos para escribir sus discursos públicos y en limar sus torpezas para ser visto como un oponente serio, algo que no pasó inadvertido entre aliados y opositores.

Con el devenir de los meses, Lisicles se convirtió en el centro de las críticas de los comediantes, mostrando a la pareja como objeto de las burlas más atroces, a ella como la prostituta desagradecida que rápidamente había olvidado a Pericles, a él como un burdo comerciante de ganado con aspiraciones de poder. A pesar de todo ello, a pesar de todas las difamaciones que seguían vertiéndose sobre la milesia, Lisicles consiguió ser nombrado estratego de la ciudad, cumpliendo así con todos los anhelos que una vez sólo alcanzó a soñar.

El joven Pericles, tal y como la maestra había vaticinado, no se acercó hasta la villa que ahora era su hogar. Si antes Aspasia era señalada con desprecio, ahora su imagen quedaba grotescamente ridiculizada. Pericles sabía que cada injuria a su madre era inmerecida, también conocía las órdenes ejercidas por su padre antes de morir, aun así, escogió alejarla de la calidez de su contacto para no padecer el influjo de las infamias. Aspasia aceptó la situación sin reprocharle nada. De nuevo el silencio. Ese que resuena dañando cada resquicio del alma que permanece vacía por la pérdida.

La guerra seguía corroyendo la política mientras la epidemia hacía lo propio con los atenienses. Ambas se habían cobrado demasiadas vidas, dejando edificios vacíos y derruidos por la pérdida de casi dos terceras partes de la población. Aquellos que resistían, habían olvidado los estragos de la enfermedad, asumiéndola como si ésta, formara parte de sus pasatiempos. Cuando llevas tanto tiempo viendo la muerte, pierdes el temor a sucumbir a ella, rindiéndote a las simples plegarias diarias a los dioses para que garanticen la buena fortuna.

Con la disminución de efectivos atenienses, la guerra se había vuelto tediosa, sin apreciar un final decisorio en una u otra dirección. Los más jóvenes ansiaban glorificar su nombre con sangre enemiga mientras los que marcaban surcos en el rostro, apelaban a negociaciones que jamás llegaban a materializarse. Fue entonces cuando Lisicles comandó junto con el resto de estrategos, la expedición hacia la costa jonia para recaudar dinero entre sus aliados y así soportar los gastos derivados del asedio a Mitilene. En cuanto las doce naves arribaron a la desembocadura del Meandro, fueron atacados por los sublevados carios dando muerte a todos y cada uno de sus ocupantes.

Poco más de un año. Ese fue el tiempo en que Aspasia fue la compañera de Lisicles. No lloró. Tampoco se alegró de la pérdida. Era otra más de las muchas que se iba cobrando una guerra que parecía no acabar.

Se mantuvo en silencio y retirada de la vida pública. Algunas mujeres asistían a sus clases privadas con extrema cautela para no resultar dañadas en su reputación. La sociedad ateniense la detestaba, pero seguían precisando sus servicios con el convencimiento de que ésta jamás vulneraría ese compromiso de discreción. Por sus manos pasaban los discursos de políticos, generales y pritanos. Escribía oraciones fúnebres por encargo e incluso revisaba la redacción de acuerdos o contratos comerciales. No precisaba de los bienes que generaban los negocios de sus esposos, ni tampoco apreciaba el lujo que se le presuponía. Le bastaba con seguir trabajando día y noche para aplacar los recuerdos que la consumían.

Tras el paso de los años, Alcibíades, aquel joven divertido que colgaba entre risas de sus piernas cuando apenas era un muchacho, inició su vida pública. Los atenienses, ahora liberados de los efectos de la peste, pero profundamente dañados en sus efectivos, iniciaron incursiones en territorios limítrofes contra los aliados de los lacedemonios, fortificando sus defensas y asediando simultáneamente a los espartanos por mar.

Demóstenes y Cleón, comandaron con algunos éxitos notorios las tropas atenienses, especialmente en Esfacteria, donde sus peltastas, mucho más ligeros, acorralaron las falanges espartanas bajo una lluvia de proyectiles, flechas y lanzas, obligándoles a rendirse deshonrosamente ante el estupor de los regentes de Esparta. Éstos castigaron con extrema dureza la rendición de sus filas, en parte debida a que gran parte de los efectivos lacedemonios no eran soldados entrenados, sino ilotas que habían dejado de arar los campos para luchar contra un enemigo que ni tan siquiera lo reconocían como suyo. Cuando los esclavos a tu servicio forman parte de las filas, no sabes si éstos abrazarán al oponente con mayor afecto que a quienes les han aprisionado y tratado con desprecio.

De igual manera el enemigo, con Brásidas a la cabeza, hizo lo propio controlando las minas de plata de Anfípolis, dejando a los atenienses sin su principal fuente de financiación. Alcibíades y Sócrates, pupilo y maestro, siguieron engrosando las listas de

soldados llamados a filas. No dudaban en proteger sus espaldas a costa de sus propias vidas. El afecto de ambos, alimentado desde hacía años, no hacía más que garantizarles una posibilidad mayor de supervivencia entre el horror de tan larga guerra.

La delicada paz no llegó hasta la muerte de los líderes de cada facción, Cleón y Brásidas, pero ésta duró poco, tan poco como los oponentes lograron aplacar sus ambiciones, pues a pesar de la fatiga producida por tanto desgaste, ninguna potencia quería renunciar al liderazgo de un territorio fragmentado en pequeños núcleos dispersos.

Nicias, por el bando ateniense y Pliestoanacte, regente espartano, acordaron devolverse las polis conquistadas y con esta tibia tregua, las tareas de rehabilitación de la Acrópolis se reanudaron.

En las pocas ocasiones que Aspasia salía de su retiro, subía las empinadas calles para admirar desde lo lejos los propileos que daban acceso a la llanura de los templos. Ambos flancos custodiaban salas con relieves, pinacotecas y museos, mientras las ciclópeas puertas de mármol permanecían abiertas para contemplar parcialmente la hilera de columnas del Partenón. En el promontorio de la derecha, casi quedando sostenido por la dura roca, Calícrates había levantado un nuevo templo en honor a Atenea que ofrece la victoria. La maestra volteó su mirada enternecida con una leve sonrisa, pues a pesar de su tamaño reducido, guardaba una apariencia majestuosa y liviana. Casi le pareció que flotaba sobre los tejados, como si la pequeña efigie de la victoria que la diosa soportaba entre sus dedos, hubiera extendido sus alas para izarlo sobre la ciudad.

Aquel armisticio duró apenas cinco años. Tampoco podía considerarse como una época de paz, pues muchas de las ciudades aprovecharon para rebelarse en pequeñas escaramuzas contra el enemigo, aliándose con otras con igual propósito. Era difícil contener a las diferentes facciones sin que una sola pavesa ardiente encendiera los ánimos de años de conflicto. Y Argos, apoyada por

aqueos y eleos y por un pequeño contingente de atenienses comandados por Alcibíades, vieron la ocasión de tomar Tegea para de esa forma, controlar estratégicamente el territorio de Laconia. Los aliados de Esparta emplazaron al rey a que presentara batalla bajo el chantaje de que renunciarían a permanecer por más tiempo ofreciendo apoyo a la liga peloponesia. La batalla, mucho mejor planificada por el rey espartano y sus aliados, acabó con una memorable derrota de los argivos y su coalición a la que obligaron a devolver la ciudad de Orcómeno, a los prisioneros de guerra y a unirse al bando peloponesio. Una derrota más para el bando ateniense que quedaba cada vez más maltrecho en el ánimo y en sus ya mermados efectivos.

Para esos años, Alcibíades había conseguido convertirse en un general fundamental para los intereses de la ciudad. No era ningún secreto que durante la celebración de las Asambleas, era ampliamente respaldado por la facción demócrata y que en cierta manera los ciudadanos lo contemplaban como un heredero natural de Pericles. Lo cierto, es que Alcibíades era el mejor recurso del que disponían. No obstante, el mayor enemigo de los atenienses siempre fueron ellos mismos, tal y como Pericles siempre señalaba, así que, viendo sus opositores políticos que emergía un nuevo referente demócrata como líder, le acusaron injustamente de haber mutilado las efigies religiosas de la ciudad, para de esta forma ser juzgado por un tribunal popular.

Por aquel entonces, los atenienses se dirigían a Egesta para apoyar a sus aliados frente a la enemiga Selinus, y Alcibíades, emplazado a regresar para ser juzgado y conociendo que sería condenado públicamente sin posibilidad de una legítima defensa, se pasó al bando espartano convirtiéndose en un desertor al servicio del enemigo.

Aquellos años fueron difíciles. Sócrates permanecía en silencio incapaz de emitir un juicio a su pupilo. Continuaba con sus clases en el ágora impartiendo sus conocimientos a quienes quisieran escucharle. Para alguien como él, que veía en la dignidad un bien

necesario que trasciende al hombre noble, la decisión de su joven amigo eran como sendas puñaladas en su alma.

Con Alcibíades en el bando espartano, la guerra adquirió un tono sombrío pues conocía bien las debilidades tácticas y estratégicas de la que había sido su gente, pero también sabía de la intención ateniense de controlar toda la isla de Sikelia. Informados de todos los planes, los lacedemonios enviaron refuerzos a Sarausa, comandados por Gilipos y repelieron a la flota de Nicias y Demóstenes, infringiendo una derrota que acabó con las tropas atenienses asesinadas por miles o capturadas como esclavos para las minas.

Al año siguiente, bajo el consejo de Alcibíades, fortificaron Decelia para barrer el paso de suministros a Atenas. La decepción se leía en los rostros de cada hombre y mujer que habitaba la ciudad. Los mercados escaseaban en productos y los astilleros del puerto apenas eran ocupados por unas cuantas decenas de naves que habían sobrevivido al desastre de Sikelia. Apenas quedaba nada del liderazgo del que había gozado unas décadas antes; las malas decisiones, las torpezas o los recelos hacia sus mismos ciudadanos, habían consumido lo poco que quedaba de un imperio naval sin precedentes.

Atenas estaba herida, profundamente enajenada. Ante una Asamblea que parecía inmóvil, dividida y somnolienta se dieron las mejores condiciones para alentar un golpe de Estado iniciado por los oligarcas de la ciudad. Los herederos aristocráticos de aquellos primeros que habían opositado a Pericles, aprovecharon para delimitar el poder de los ciudadanos, cambiando la constitución que les había otorgado la libertad, privándoles de los pagos a los más pobres, limitando los derechos que se habían alcanzado con la sangre de tantos hombres. Únicamente los soldados que se hallaban apostados con las naves en la isla de Samos, se rebelaron ante el gobierno de esos cuatrocientos escogidos entre los más poderosos de las cuatro tribus de Atenas.

Recelosos de que los generales que les comandaban fueran afines a la sublevación ateniense, nombraron a otros estrategos surgidos de los efectivos de las mismas tropas, con la firme voluntad, de que éstos fueran capaces de pactar con Alcibíades su regreso desde la corte de los persas. Alcibíades ya no contaba con el apoyo espartano. Tal y como su madre siempre había señalado con acierto, sucumbía a sus debilidades como hombre sin contemplar las repercusiones de sus actos, y tras yacer con la esposa del rey espartano, huyó al este buscando la protección del sátrapa persa al que ofrecía consejo sobre cómo actuar, a quién ofrecer apoyo y cuándo llevarlo a cabo.

Alcibíades regresó con los suyos uniéndose a la flota ateniense, pero ésta seguía actuando ajena a las decisiones del gobierno de los cuatrocientos a los que no reconocían como legítimos. Los tres comandantes nombrados unilateralmente por los soldados, atacaron a los espartanos en el Helesponto, consiguiendo una amplia victoria que ofrecía un respiro, pero sobre todo una vía de entrada de grano para Atenas.

Alcibíades seguía siendo su mejor general, y a pesar de su deshonrosa deserción, contaba todavía con apoyos importantes en la ciudad que le vio nacer. Sus determinantes victorias y su capacidad para persuadir hábilmente a las masas, permitió reinstaurar la maltrecha democracia estableciendo contactos con los principales líderes de la aristocracia y emplazándoles a abandonar el gobierno si no querían que los hoplitas de la flota que ahora lideraba, entraran en Atenas para iniciar una guerra civil. Alcibíades mostraba una excelente competencia para moverse entre las diferentes facciones políticas, realmente no se mostraba partidario de ninguna de ellas sino que transitaba por éstas como si fuera mecido por el viento.

De nuevo la población recuperó la esperanza. El estimado hijo que tantas glorias había ofrecido a la ciudad, volvía con los suyos para ahora sí, enfrentar al enemigo espartano. Y no defraudó, durante meses siguió cosechando victorias hasta recuperar casi en su totalidad todas las polis perdidas en años anteriores. Apenas lograba contener la emoción tras atracar en el puerto del Pireo. Por

una parte temía la reacción de sus ciudadanos y amigos, por otra, ansiaba regresar para mostrar a los atenienses que su decisión no fue voluntaria sino obligada por las circunstancias. Aquellos que se agolparon en los muelles lo vitorearon alimentados por un exceso de anhelo, pero no todos compartían esa visión esperanzadora. El nuevo gobierno de los Cinco Mil no tardó en atribuirle las pérdidas en la batalla de Éfeso, y como una pesadilla que no acaba, éste decidió alejarse definitivamente de Atenas para no regresar jamás.

Día a día, votación tras votación, los ciudadanos que asistían a la Asamblea parecían adoptar decisiones que les perjudicaban.

Aquel mismo año, el joven Pericles visitó a su madre antes de su partida hacia Arginusas. Aspasia lo recibió con los brazos abiertos mientras aspiraba el aroma de la piel de su cuello. Arete estaba hilando en la esquina de uno de los cuartos en una parcial penumbra, para así gozar del frescor que le proporcionaban los amplios muros. Hacía una década que las dos hermanas habían decidido vivir juntas para cuidarse ahora que la vejez dificultaba los movimientos. La maestra continuaba trabajando sin descanso a pesar de que la vista apenas le permitía escribir. Había contratado a un copista que le ayudaba en la lectura y escritura de documentos, pero era ella quien seguía corrigiendo y estructurando cada frase.

—Ven, siéntate a la sombra. —dijo la milesia con infinita ternura.

Pericles contempló a su madre sentarse con dificultad en un saliente encalado junto a un olivo. A pesar de que casi había cumplido setenta, poseía una elegancia de la que le costaba desprenderse. Su cuerpo se mantenía erguido y las canas habían completado su melena hasta hacerla casi plateada. Era complicado no apreciar la belleza de la que había gozado siempre, porque seguía adivinándose en una mirada endulzada por unas arrugas que se acentuaban con la sonrisa. Pericles pensó en lo intimidante que seguía siendo y en la excepcionalidad de una apariencia que aún sacudía aunque por motivos diferentes.

—Vengo a despedirme, madre. Pasado mañana partimos en dirección a Lesbos. —dio un sorbo a la copa de vino.

—¿Llevas la armadura que te regaló tu padre? —preguntó la milesia mientras éste asentía. —Estaría muy orgulloso de ti. —dijo con una sonrisa melancólica.

—En cierta forma creo que todo lo que hago es pensando en él.

—Está bien que tu padre sea una fuente de inspiración, pero debes dejar de cargarte con el peso de una sombra tan alargada. Debes ser el dueño de tu propio camino.

Pericles contempló los mechones ondulados de la milesia que se recogían en un moño que casi llegaba a la nuca.

—Es difícil hacerlo cuando aún ahora seguís estando en boca de ciudadanos y extranjeros. Años después de la muerte de padre, los comediantes seguían burlándose de ambos durante las Leneas. No respetaron ni su memoria. Lo peor era escuchar lo que decían de ti. Me veo en la obligación de restaurar el buen nombre de esta familia en cada acción que llevo a cabo.

Aspasia sintió el encogimiento de su estómago, pero era demasiado mayor para privarse de decir lo que pensaba. A estas alturas del camino, cuando sabes que te queda poco para exhalar tu último aliento, te vuelves indemne a los ataques incluso de aquellos a los que más amas.

—Pericles, ¿he sido una mala madre para ti? —preguntó con dulzura.

—No, pero no sabes lo mucho que he tenido que soportar. Tú te has mantenido impávida, mientras yo he sufrido las consecuencias de tus actos todos estos años.

La milesia clavó la mirada en su hijo, estremeciendo a ese hombre ya maduro que se preparaba para comandar como estratego, pero que aún se intimidaba por la mujer que le había otorgado la vida.

—Entiendo, por tanto, que das por hecho que las acusaciones vertidas sobre mí son ciertas, aunque ni una sola vez puedas recordar un acto inmoral o un gesto inapropiado que haya podido dañar tu reputación o la de tu padre.

—Madre, tus clases estaban llenas de putas. ¿Qué creías que pasaría? —dijo con desdén. —Podrías haber servido a mi padre simplemente estando a su lado sin intervenir en sus decisiones, pero preferiste seguir egoístamente con lo que tú querías hacer aunque eso nos perjudicara a todos los que vivíamos bajo tu techo. Y aún sigues haciéndolo.

Suspiró mientras perdía la mirada en el horizonte.

—No voy a darte réplica porque no la mereces y porque tampoco te importa. Diga lo que diga seguirás pensando en el dolor que otros te han provocado en mi nombre, culpabilizándome de todo como un objetivo fácil. Ante eso no existe ningún remedio que pueda ofrecerte como consuelo. Me apena que vivas con esa desazón porque ensucia todo lo bueno que hay en ti y que no es poco. Pero siento decirte, Pericles, que mi vida me pertenece. No es tuya. No es a ti a quien debo rendir cuentas sobre las responsabilidades de mis actos. Lo que sí puedes hacer es decidir cómo quieres transitar este mundo, si lamentándote sobre una desgracia que otros han vertido sobre ti, o liberándote de esa carga para que tu paso sea más liviano. Yo te amaré siempre, decidas lo que decidas, y si precisas ponerme como objetivo a abatir lo acepto, pero siento decirte que no me arrepiento de nada de lo que he hecho.

Pericles desentumeció el rostro con las palmas de las manos.

—Respeto tu decisión. Tampoco esperaba que lo entendieras. Padre ha influenciado mucho sobre mi vida, pero no sabría decir si tú has dejado una impronta mucho más profunda. ¿Nunca has pensado por qué no me he casado? —hizo un silencio mientras se acomodaba en el respaldo. —A quién escoger, madre. ¡A quién! Siempre apareces tú como un recuerdo borroso.

—Lo que te inquieta no es lo que dicen, es la lucha interna en la que te debates. El hombre al que más admiras, por el que sientes una devoción profunda, me escogió y permitió que fuera libre. Le culpas a él no a mí.

Pericles apoyó el puño en el mentón. Había heredado mucho de su padre, pero las facciones eran mucho más redondeadas ofreciéndole una apariencia endulzada y atractiva que recordaba a Aspasia.

—Yo te amo, madre. —dijo cubriendo sus ojos del brillo de un hilo de lágrimas. —A mi manera y aunque no sea capaz de decírtelo, pero no puedo evitar sentir lo que siento. —se levantó apresuradamente —Debo irme.

Pericles abrazó a la maestra en silencio, balanceándola entre sus brazos. Aspasia entrecerró los ojos asaltándole los recuerdos del hombre al que más amó. Sabía que habitaba en su hijo de alguna forma, correspondiendo a su gesto entre un mar de besos cálidos.

—Cuídate, por favor. —dijo entre lágrimas.

El hombre entró en la habitación donde se hallaba su tía. Arete cogía el hilo mientras lo aprisionaba y retorcía entre sus manos en completo silencio.

—Tía, vengo a despedirme.

Pericles se acercó a su mejilla para besarla.

—Antes de que te vayas, quiero decirte algo. —dijo dejando la madeja en un canastro de mimbre.

—Dime. —Pericles acercó un taburete frente a ella.

—He escuchado todo lo que habéis hablado. No lo he hecho a propósito, esta vieja que ves ante ti carece de vista, pero la agudeza de mi oído no se ha perdido. No sé si es una maldición o un regalo de los dioses. —dijo esbozando una sonrisa. —Escúchame bien, Pericles. Tu madre es una mujer excepcional y eso no es fácil de llevar. No lo fue para ella, ni para tu abuelo, ni para mí, ni para tu padre, tampoco tú podías interpretar la magnitud de su singularidad. No he conocido en mi dilatada vida a nadie que pudiera alcanzarla en su sed de conocimiento y en ese talento que ella jamás buscó ostentar. Siempre guardaba silencio y aceptaba, sin poner un solo impedimento si con ello protegía a su familia. Lo que ves como un

pesar debería ser el mayor orgullo de un hijo. Dos padres que han dejado una huella imborrable. —hizo un silencio —Este mundo no está preparado para mujeres así. Y por si fuera poco, le condicionaba una belleza incómoda de digerir, lo he visto desde que éramos unas crías. Tu padre fue mucho mejor hombre a su lado, y él lo sabía, todos lo sabíamos. Honras con razón el nombre que llevas, pero créeme que no ha habido mayor injusticia que la que se le ha aplicado a tu madre sin merecerlo. Sabe con detalle todo lo que se dice de ella y calla. Una y otra vez. Pregúntate por qué lleva tantos años retirada de la vida pública o del placer de recorrer el ágora, si no es para no dañarte más.

—Ha sido duro, tía, y sigue siéndolo. Si hubiera sido como tú las cosas hubieran sido diferentes. —respiró profundamente.

—Si hubiera sido como yo no estarías ocupando el lugar que ahora ostentas, porque un hombre como tu padre sabía ver la excepcionalidad entre lo común. La respetó, Pericles, y la amó profundamente. Tú deberías corresponderle haciendo lo mismo.

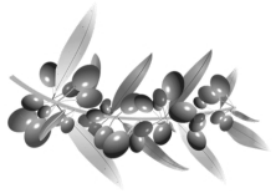
—¿Quieres saber el nombre que le ha puesto Ciro, el sátrapa persa, a la más hermosa de sus concubinas? Aspasia. Esa es la mofa que ahora circula por la ciudad. Está tan obsesionado con las artes sexuales que se le presuponen a mi madre que no ha dudado en llamarla igual.

—¿Crees que no lo sabe? No importa el daño que otros quieran hacerte sino el que tú les dejas que te hagan. Sabes que no es cierto y eso debería ser suficiente al menos para ti. Deja de compadecerte y hónrala, aunque sea en silencio.

Arete se acercó a la frente de su sobrino cogiéndole de ambas sienes. Le dio un prolongado beso.

Se alejó en dirección a la villa que su padre le había cedido en herencia, el lugar donde éstos habían sido inmensamente felices.

El destino



Los ocho estrategos elegidos para dirigirse a Arginusas, fueron escogidos entre los mejores de Atenas. Pericles, emulando el recuerdo y la habilidad de su padre, comandaba una flota de jóvenes atenienses, esclavos y metecos inexpertos. Los navarcas no podían optar a mejores soldados, pues las bajas producidas tras años de guerra no permitían profesionalizar las falanges de hoplitas en tan poco tiempo. Aun así, los comandantes mostraron la firme determinación de atacar a las naves espartanas comandadas por Calicrátidas.

El líder lacedemonio no era un advenedizo. Poseía una actitud más moderada en su relación con Atenas y aún guardaba un exceso de celo en las tradiciones espartanas que en ocasiones, le hacían dudar de las decisiones tomadas por sus líderes, especialmente cuando éstos habían aceptado sin condiciones, los pagos persas para cubrir los gastos derivados de los honorarios de sus hombres. Le parecía un acto deshonroso, pues los consideraba tan enemigos o más que los atenienses, por ello no había dudado en buscar una fuente de financiación alternativa entre sus aliados de las costas jonias.

Ahora, con más de un centenar de naves a su mando, se dirigía a cerrar el paso ateniense que comandaba Conón para

intentar causar el mayor número de bajas en la flota enemiga, pero más si cabe para cerrar el suministro de grano que entraba por el Helesponto. Y aunque en un primer momento llegó a rodear a la flota comandada por Conón empujándolos hacia las costas de Mitilene, el auxilio del resto de las naves de los otros navarcas que llegaban como refuerzo desde Atenas, logró no sólo hundir dos tercios de la flota de Calicrátidas, sino que el cuerpo del general espartano se perdió lentamente bajo las olas que sacudían el Egeo.

La victoria ateniense llegó con júbilo a la Asamblea y también calmó la inquietud de las familias de los jóvenes soldados, pero apenas fue un espejismo lejano. Algunas decenas de naves atenienses que habían quedado maltrechas durante la contienda, atracaron como medida de seguridad en la costa de Arginusas a la espera de ser rescatadas. Los dioses, que a veces parecen dar la espalda a los suyos con extrema crueldad, enviaron una fuerte tormenta a la zona, empujando los barcos varados hacia las escarpadas rocas. Los cuerpos de centenares de jóvenes soldados se precipitaron al mar agitándose con virulencia entre las olas, engulléndolos sin apenas percibir resistencia por la intensa fatiga de sus extremidades. El resto de la flota ateniense intentó en vano acercarse hasta sus posiciones. La misma tormenta que condenaba a sus compañeros les impedía llegar hasta ellos, y tampoco les permitió asestar el último golpe a los pocos efectivos espartanos que habían sobrevivido a la batalla.

La noticia sobre la imposibilidad de rescate, llegó a Atenas causando un enorme revuelo entre la población. Fue entonces cuando los ciudadanos, indignados por el número de bajas innecesarias y por la supuesta incompetencia de sus navarcas, decidió acusarles en un juicio público. Dos de los ocho que comandaban la flota, enterados de la intención de ser juzgados, huyeron. Los seis restantes, entre los que se encontraba el joven Pericles, asumieron su responsabilidad y llegaron al Pireo, donde fueron arrestados y encarcelados.

Aspasia se dirigió apresuradamente en dirección a la prisión excavada en la roca que quedaba no demasiado alejada de la ladera

de la Acrópolis. Diez hoplitas custodiaban a los presos que se mantenían en calma apoyados sobre los barrotes de hierro. Los guardianes, desprovistos del casco por el intenso calor ateniense, se guarecían bajo la sombra de los olivos que quedaban a ambos lados. Uno de ellos se acercó a la milesia para apremiarle a que se alejara por donde había llegado, no obstante ésta sacó de los pliegues de la túnica una bolsa de cuero que entregó al carcelero como pago por ignorarla.

Pericles vio a su madre que le buscaba entre las aberturas. Sacó el brazo de entre los hierros haciéndole señas.

—Madre, no deberías haber venido. —dijo Pericles con dulzura mientras sujetaba los dedos de la milesia entre los suyos.

—Necesitaba saber que estabas bien. —respondió emocionada. —¿Cómo te encuentras?, ¿necesitas algo? Te he traído fruta y algo para comer.

—Estoy bien, tranquila. —hizo un silencio mientras contemplaba el rostro compungido de Aspasia. —Madre, no sé qué va a pasar, pero debes estar preparada para lo peor.

—No digas eso.

—Sabemos que están intentando que seamos juzgados en grupo y no de forma individual. Si finalmente eso se aprueba será difícil que no haya una condena ejemplarizante para contener la rabia de los ciudadanos.

—No es justo. Lo que no entiendo de esta ciudad es por qué siempre socavan lo mejor que tiene. Habéis sido valerosos, habéis comandado diligentemente y lograsteis una victoria. ¿Qué más quieren?

—Venganza.

Por primera vez Pericles observó, invadido por la ternura y el amor, la pena que afligía a su madre y que ésta se negaba a disimular. Besó sus dedos mientras Aspasia acercaba la frente para buscar el contacto de su hijo.

—Haré lo que pueda para sacarte de aquí.

—No, madre. A pesar de las circunstancias siento un alivio inmenso. Soy más consciente que nunca de que he servido con honor a mi patria, he honrado la memoria de mi padre y sobre todo me he reconciliado contigo. Deja que el destino decida sobre lo que quede por llegar. No temo nada. —hizo un silencio —Perdóname porque no supe entenderte y te castigué aún más a causa de mi torpeza como hijo.

Aspasia lloraba sin consuelo, consumida por un dolor que rasgaba sus entrañas. Negaba con la cabeza mientras acariciaba las mejillas de Pericles.

—¡Abuela, se acabó el tiempo! —exclamó el carcelero mientras sacudía unas migas de pan de la panoplia que cubría su pecho.

—Pericles, es tu sangre la mía. Conozco el significado de cada gesto y cada mirada que me has regalado todos estos años. No necesitas mi perdón porque no hay ofensa para una madre. Veo en ti la dignidad intacta que sólo atañe a los buenos hombres, la valentía del ciudadano y la honra a los que le precedieron. ¡Siempre he estado orgullosa de ti! —Cogió su mentón para llevárselo a su cara —Te amo más que a nada ni a nadie. No lo olvides jamás.

El hombre apartó a la milesia de las manos de su hijo. Ésta se volteó rápidamente con una mirada gélida que sobrecogió al guardia.

—¿Has visto qué carácter tenía esa mujer? —dijo el joven carcelero entre risas.

—¿No sabes quién es? —espetó el compañero con ironía mientras el otro negaba con la cabeza. —Es la hetaira del gran Pericles. La puta que lo volvió loco.

—Pues hubiera estado bien conocerla hace años.

—No te la hubieras podido permitir. Esa es de las caras, no de las que pagas tú y te dejan pústulas en el falo. —dijeron entre sonoras carcajadas.

Pericles escuchó la conversación de ambos sin apreciar atisbo de rabia. Por primera vez entendió que el honor y el respeto no te lo otorga nadie y que aquello que no depende de ti, no merece ni el esfuerzo de retenerlo como un recuerdo. Sonrió. Eso es lo que su madre había aprendido siendo apenas una niña.

El juicio no se demoró. Escogidos los jueces y el jurado popular de entre los miembros de las tribus, se dio inicio a una sesión que enfrentaba directamente a varias facciones de la ciudad. Como un capricho del destino, Sócrates fue escogido para presidir, como uno de los epístatas, el consejo que se reunía para sentenciar a los seis estrategos. Tal y como Pericles había augurado a su madre, y aún con los ánimos exaltados donde apremiaba más el sentimiento que la razón, se decidió que fueran juzgados en bloque. En vano, Sócrates intentó convencerlos de la idoneidad de que la sentencia fuera individual para que ésta se ajustara a la ley, pues Euriptólemo, sobrino del fallecido Pericles, en vez de apoyar a quien era de su misma sangre, emitió un discurso conmovedor alegando que él había sido uno de los supervivientes y que los estrategos merecían morir.

A pesar de que en un primer momento la ciudadanía aceptó la celebración de varios juicios, la intervención de Menecles, obligando a votar de nuevo a mano alzada y la coincidencia de la celebración de las Apaturias, donde los jóvenes aceptaban su papel de ciudadanos con sus cabezas rapadas, inclinó la balanza en contra de los derechos legales de los generales. Los ciudadanos admiraron cómo los jóvenes aceptaban sus responsabilidades públicas con el recuerdo doliente de sus padres y hermanos muertos. Su apariencia y el rictus cetrino de su piel debido en parte a la hambruna ateniense, conmovió al jurado incitándolos a ofrecer como consuelo un veredicto ejemplarizante.

Aspasia y su hermana se apiñaban entre la muchedumbre para intentar recibir noticias. No tardó en vociferarse la sentencia entre la multitud de asistentes. Con una población famélica y

vengativa, la resolución fue rápida; los seis estrategos fueron condenados a muerte y sus propiedades confiscadas.

La milesia perdió el control de sus piernas. Se deslizó por la columna de la estoa mientras Arete intentaba ofrecerle un consuelo inútil. Contemplaba entre jadeos acelerados, las cabezas de los generales increpados por centenares de hombres, mujeres y niños. Gritó desgarrada, pero su voz se perdió entre los alaridos nacidos fruto de la venganza que iba a consumarse. Pudo apreciar los rizos oscuros de su hijo entre los guardias que los trasladaban a la cantera que quedaba al otro lado de la Acrópolis. La comitiva de magistrados y jurado siguieron a los condenados para garantizar la ejecución de la sentencia.

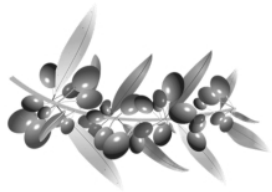
Pericles y sus cinco compañeros fueron colocados al borde del profundo foso. El hombre apreció los cantos aristados de la roca caliza que se perdían hacia el fondo entre una intensa oscuridad. Respiró profundamente apreciando una brisa que agitaba ligeramente su barba y la humedad que manaba de la tierra. Contempló sus pies y cerró los párpados. Evocó el recuerdo feliz de su madre iluminada por la cálida luz del patio y a su padre persiguiéndole entre risas por los pasillos de la villa. Se vio oculto entre el cortinaje para observar a la milesia acompañada de los dulces sonidos de la cítara durante los banquetes. Un leve murmullo salió de sus labios:

"Como la dulce manzana se cubre de rojo en la rama más alta, la más alta en la más alta cima, y la olvidan los recolectores. Mas no es que la descuiden, sino que apenas osaron alcanzarla."

Fueron arrojados al abismo uno a uno. Sin posibilidad de darles sepultura, acompañando para siempre los huesos de los persas que se habían atrevido a pedir tierra y agua muchas décadas antes, descomponiéndose entre los restos de la peor calaña, de algunos inocentes y de muchos culpables.

Aspasia, devastada, se recluyó en su casa. Comía porque debía comer, respiraba porque debía respirar.

La carta



"Mi estimado amigo, Sócrates,

Permíteme que antes solicite tu perdón y que apele a la amistad de tantos años para que mi conciencia repose tranquila. Regálame la generosidad que sólo ofrece el que te aprecia con sinceridad y sin condiciones para así descansar de tanto dolor, de una pena que comprime tanto que acabas por no percibir nada. Disculpa también esta caligrafía tosca y poco depurada pues mis ojos apenas logran distinguir el detalle de cada palabra escrita.

Espero, mi sabio amigo, que todos los tuyos gocen de salud y que tu esposa e hijos te acompañen cada amanecer con el calor de su estima. No te prives de cualquier muestra de afecto hacia ellos, tampoco sucumbas a malos gestos o palabras inapropiadas. Sé benevolente hasta cuando no lo merezcan, pues luego extrañas hasta los desprecios si con ello te sobreviven.

Ahora que estoy acariciando mis últimos instantes, no albergo más que el deseo de abandonar este mundo para hallar descanso. Así que, sabiendo que en breve veré asomar las crines ondulantes de los corceles negros conducidos por Hades, he decidido legarte una última carta para recordarte lo mucho que has significado para mí, no existiendo suficiente gratitud que te honre justamente por mi parte.

Vivo aferrada a un sueño del pasado, Sócrates. Ya no me queda nada, tampoco a nadie a quien coger de la mano cuando exhale mi último aliento. Arete ya no me recuerda, permanece los días hilando la misma madeja que estira de nuevo al caer la noche. En ocasiones me parece contemplar en sus gestos a la cándida Penélope a la espera de que Odiseo atraque con su nave en las costas de Ítaca. ¡Quién sabe si no es una bendición vivir en un olvido perpetuo!

En cambio yo, gozando aún de lucidez como una condena, me aferro a todo lo que he perdido para poder honrar la memoria de quienes más amé. Cualquiera que me haya conocido a lo largo de todos los años que estuve unida a Pericles, pensará que los Dioses han castigado mi carácter libertino e inapropiado, pero nada más lejos de la realidad, estimado amigo. Así como el más dulce sabor de los frutos, se aprecia apenas unos pocos días al año, la felicidad completa la hallé mientras permanecí a su lado. Sació mi vida como mujer y jamás osó aplacar el hambre desmedida que me consumía sin remedio. Ahora, con tantas décadas sobre mis espaldas doloridas, aprecio aquellos tiempos como el más inmenso regalo. Agradezco haberte hallado al pie de las escaleras del ágora y aún sonrío al evocar nuestras inexpertas conversaciones repletas de preguntas filosóficas a las que no hallábamos respuesta. No somos más que una brisa pasajera y en cambio sé que conocerte cambió parte de lo que soy y de lo que pienso. Y acaso, ¿no es ese el mejor legado?

Sé que hiciste lo imposible por salvar a mi hijo y que la pena te consumió, también que sufriste los muchos reproches vertidos contra Alcibíades como si fueran dirigidos a ti mismo, pero cuando las brasas se dispersan entre las zarzas secas no hay posibilidad de apagarlas todas, se asume con pesar que una parte del daño no tendrá enmienda.

Así he logrado sobrevivir, Sócrates, aceptando que mi paso por Atenas queda supeditado a la intensidad de las calumnias infligidas hacia mí todos estos años. Pocos ciudadanos quedan de nuestra juventud que no cayeran por la hambruna, la guerra o la

enfermedad. Así, no albergo esperanza que los hijos de todos ellos hagan el esfuerzo innecesario de entenderme. Replican aquello que aprendieron diligentemente, pues las injurias gozan de mayor interés que el justo valor de la verdad. Me conformo con contemplar las muchas plegarias y ofrendas que siguen dejando sobre el pedestal de la estatua de Pericles. Al hombre excepcional, al político y general audaz, al visionario que entendió que su impronta le sobreviviría con un heroico recuerdo.

Una vez le dije que el sueño de grandeza ateniense que tanto le obsesionaba, acabaría cuando él partiera. Lamentablemente, no me equivoqué. Esta ciudad se comprometió con él y sólo sucumbió a sus decisiones, a cambio le pidió cada gota de su sangre y su insaciable ambición como pago. Los políticos que llegaron tras su marcha ni fueron diligentes ni albergaban el mismo sentido de Estado. Son muchos los aspectos del carácter que debe aunar un solo hombre para convertirse en un buen gobernante, tanto aquellos que atañen a la dignidad del comportamiento como a la efectividad de sus actos. Mi único consuelo es que no ha debido vivir la deshonrosa rendición de Atenas a Esparta y que no padecerá el gobierno impuesto por éstos sobre sus ciudadanos. Lo peor, mi buen amigo, es que no ganaron los lacedemonios sino que fue Atenas quien perdió ante la imposibilidad de aceptar el acuerdo de paz que éstos plantearon antes de la derrota, quizás por incompetencia, quizás por un inoportuno orgullo. Los mismos que habían condenado a muerte a mi hijo y a sus iguales, se arrepentían poco después pues ya no les quedaba nadie que comandara con solvencia. Atenas prefería morir a manos del enemigo que sobrevivir aplacando el orgullo al que tantas veces se ha entregado.

Pericles nunca me abandonó del todo. Cuando quiero reencontrarme con mi esposo subo a la planicie de la Acrópolis acompañada de la lentitud con la que te premia la vejez, y admiro lo que ideó entre líneas de tinta sobre el papiro. Ojalá éste pudiera contemplar las mujeres pétreas que sustentan sobre sus cabezas el peso del Erecteion, hábilmente cinceladas por los artesanos con hermosas melenas oscuras recogidas en densas trenzas que caen

sobre las espaldas. Él fue Atenas, Sócrates. Unas décadas que jamás podrían entenderse sin pronunciar con admiración la extensión de su nombre, y que sé, con absoluta certeza, que sobrevivirán a nuevos tiempos.

Te daré, mi sabio amigo, dos verdades que sé que cuestionarías sin dudar en mi presencia; la primera es que tu conocimiento inundará a los que te sucedan, la segunda es que la obra de Pericles obtendrá mayor valor por su significado que por la belleza de los miles de sillares sobre los que se sustentan sus templos. Y esas certezas se fundamentan en la excepcionalidad de una época dorada, en el convencimiento que el arte, la filosofía, la arquitectura y la política por sí mismas no significan nada, pero cuando todas ellas se diluyen para convertirse en los fundamentos de un modelo de sociedad, cuando alimentas la libertad y la creatividad del hombre como instrumento para un fin de grandeza para tu pueblo, entonces estimado amigo, no sólo trasciende los tiempos que gobierna Crono sino que se hace ajena a la ofensa, la guerra y el insulto.

Mi fortuna ha sido teneros, viviros, amaros, a pesar de todo, a pesar de todos. No albergo odio hacia esta ciudad que me dio lo mejor y lo peor, tampoco ansío un reconocimiento que sé que no hallaré. Mi premio ha sido la libertad de poder elegir, y como un capricho de los Dioses, ese presente me lo dieron los que también me juzgaron por esas mismas razones. Siento, no obstante, que esta ciudad no se vanagloria de todo lo extraordinario que tiene y que no es escaso, sino que una y otra vez, busca cualquier pretexto para acabar con ello, como si no lo merecieran.

Gracias, mi buen amigo. Gracias eternas por permitirme acompañarte, por crecer en mi compañía y respetar las prolongadas ausencias que he precisado para no enloquecer. Tras tantos años vividos, somos como ese barco de Teseo del que apenas ya queda nada, reemplazando con maderos nuevos para no olvidar lo que en esencia, una vez fuimos. Y sí, Sócrates, seguirá siendo la nave del héroe porque lo que significamos no está en lo perecedero de

nuestros cuerpos sino en la huella que dejamos durante nuestra travesía.

Lo he perdido todo, y aun así sigo pensando que gozar de esos instantes en libertad a vuestro lado, han sido un presente al que quizás no he correspondido con la merecida justicia.

Vive mucho y con salud, ora por mí y recuérdame con una sonrisa.

Tu amiga que te estima, Aspasia."

Aspasia cerró los ojos una madrugada. La encontraron apoyada sobre uno de sus papiros aferrada todavía al cálamo. Fue su ayudante quien, agitando su hombro, se percató de la laxitud de sus músculos. El hombre corrió entre los pasillos para que los esclavos a su cargo pudieran reanimarla, pero nada se pudo hacer ya por ella. Arete siguió habitando la casa sin apreciar la ausencia de su hermana. La anciana preguntaba por ésta cuando el olvido se alejaba momentáneamente, pero sus cuidadores le ponían excusas para no acrecentar un dolor que creían innecesario.

Tal y como la maestra predijo, se fue en soledad y sin nadie que pudiera prorrogar su recuerdo, sin nadie que defendiera el honor y el inmenso legado de una larga vida consagrada al estudio y a la formación. Los únicos que acompañaron los restos que hallarían reposo junto a su padre, Axíoco, fueron unas pocas alumnas, los trabajadores a su cargo, entre ellos Ciriaco, y el mejor de sus amigos, Sócrates.

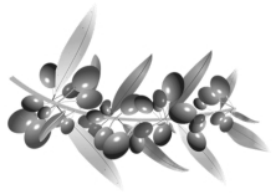
El filósofo contempló la belleza serena que aún se adivinaba en su rostro blanquecino y curtido por los años. Le habían colocado una corona de flores blancas y amarillas que se mimetizaban con una sencilla túnica. Lloró amargamente su pérdida cuando la tierra la cubrió por completo. Entrecerró los ojos para traer el recuerdo de la primera vez que la vio sentada en el ágora con la cara levemente oculta por el manto, sonriendo mientras los surcos endulzaban el gesto. Sócrates, a pesar de que se había unido a Xantipa hacía unos años y que ésta le había dado tres hijos, sentía por ella únicamente

respeto. El amor se reserva a quien escoge caprichosamente el destino sin que la voluntad aprecie un resquicio para poner calma. Ésta, a pesar de su juventud, detestaba la actitud del filósofo, al que ridiculizaba públicamente echándolo de casa o lanzándole lo que tuviera a su alcance. La muchacha no sentía la veneración que otros le proferían pues no veía en él más que dejadez y tacañería. Tampoco sus hijos mostraban interés en seguir los pasos de su progenitor.

Pensó en todas las cartas que Aspasia le había remitido durante los últimos años, en el pesar por la ingratitud de los hijos, en el dolor que produce vivir con la dignidad que uno se autoimpone y que los demás no alcanzan a apreciar de la misma forma, sin queja y totalmente resignada. Aspasia había sido como la musa que susurra con delicadeza al oído. Tan inalcanzable como excepcional. Una mujer que había marcado profundamente a quien se cruzaba en su camino; incómoda para los costumbristas, rebelde para los cobardes, vulnerable para los tiranos. Cuando uno escoge no defenderse es porque sabe que es una lucha estéril que demanda demasiado esfuerzo y escaso pago.

Aspasia eligió amar y vivir a su forma. Escogió luchar incansablemente para que cualquiera tuviera el derecho a aprender independientemente de la naturaleza de su género, sin condiciones, sin la presión social que sesga y limita el pensamiento. Fue libre a costa de su reconocimiento, fue feliz cargando con el infame recuerdo que le sobreviviría. La excepcional maestra de alumnos avergonzados. La perfección irritante para las miradas ignorantes. La cara visible y orgullosa de lo extraordinario.

La exhalación



El sabio seguía formando a los jóvenes, ya consagrado como el más notable de los filósofos que habían nacido en el Ática. Se apiñaban en semicírculos, apreciando sus muchas preguntas sin respuesta.

—Maestro, hemos leído como nos dijo, el discurso de Pericles en honor a los caídos. —dijo el joven discípulo.

—¿Qué apreciáis de relevante entre sus líneas?

—La exaltación del orgullo patrio y el apego a la emoción. Sin duda fue un gran orador de su tiempo con una gran capacidad retórica.

Sócrates sonrió.

—Admiráis al hombre y al político atribuyéndole lo que no es suyo. Aspasia fue su autora.

Todos se miraron entre ellos.

—¿La hetaira? —preguntó Esquines.

—¿Acaso sucumben los buenos hombres a las habladurías? —Tampoco aseveran con rotundidad lo que no saben, pero sobre todo no reproducen en sus labios una posible infamia para que ésta se perpetúe en el tiempo como una única verdad. ¡La maestra, no la hetaira!, y no sólo de Pericles sino de todos los que aquí nos congregamos con ella. La más brillante en variadas disciplinas. Muchos bebimos de su saber y aun así, su recuerdo parece unido a las injurias vertidas sobre ella. Adoráis a Pericles e insultáis a quien

le instruyó, a la mujer que logró convertirle en quien ahora os entregáis con admiración.

Sócrates aprovechaba cualquier oportunidad para reparar el buen nombre de Aspasia, pero sus intenciones se convertían en una tarea titánica y baldía. A pesar de los años, las historias de la pareja se iban adornando y llenando de invenciones añadidas para ofrecer un mayor impacto. La belleza de la milesia se decoraba con capacidades sexuales extraordinarias, y su talento sólo era relevante si éste tenía como objetivo enloquecer al hombre que tenía a su lado. La filósofa poco a poco fue perdiéndose, quedando sólo la puta de Pericles.

Apenas dos años después de aquella última carta, Sócrates fue condenado a muerte por los mismos ciudadanos que presumiblemente, lo admiraban. Tal y como ocurrió con los allegados a Pericles, el filósofo también había sido ridiculizado por los comediantes apenas unas décadas antes. Ahora, despertaba las iras de los atenienses al haber sido mentor del traidor Alcibíades y maestro de uno de los tiranos que habían gobernado Atenas. Aspasia había dicho una gran verdad y es que éstos parecían sabotearse acabando con lo más notable que nacía de sus tierras.

Las acusaciones eran infundadas; la corrupción de sus jóvenes alumnos y la impiedad, como si Sócrates obviara la debida devoción a los dioses a los que cualquier buen ateniense debía venerar. La ignorancia transita por esos caminos repletos de temor. Entender que el filósofo buscaba precisamente a través del conocimiento los fundamentos de todo lo que rige lo humano y lo divino, era demasiado ininteligible para una sociedad abandonada ya a la miseria, la derrota y el poder.

Durante aquel juicio que despertó el interés de gran parte de la comunidad, los insultos se sucedieron sin que el sabio mostrara oposición a las múltiples injurias vertidas sobre él. Cuando Sócrates tomaba la palabra, evidenciaba la incompetencia de las acusaciones sin albergar temor alguno a una pena que quizás, veía más como un alivio que como una condena. Jugó con sus denunciantes a través

de la ironía que proporciona la serenidad, aceptando con la resignación del hombre que entiende su lugar, los casi trescientos votos en su contra.

Los discípulos, no así sus hijos, en vano intentaron que se le aplicara una multa que ellos asumirían parcialmente, tampoco pudieron convencer al anciano de escapar apoyado por su connivencia. Aristocles, el más aventajado de los alumnos, apodado por los suyos como Platón, visitó a cada contacto de su aristocrática familia para frenar la mayor de las injusticias, pero Sócrates se acercó a los barrotes de la prisión para hablar con los que se apiñaban a su lado para ofrecer un consuelo que no necesitaba.

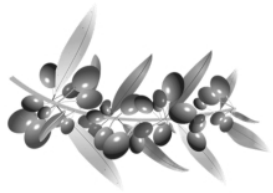
—Maestro, permítenos ayudarte. —dijeron compungidos.

—¡Qué clase de ejemplo os daría si huyera cobardemente! No lo hice en el campo de batalla y no será ahora, en mi vejez, cuando me aleje de la ciudad para vivir más años, traicionando la dignidad que predico. Mi camino acaba aquí y ahora. Tan importante es saber afrontar la vida como el devenir de la muerte que siempre nos acompaña como una sombra funesta. He tenido una vida larga. Ahora deberéis formularos vuestras propias preguntas y hallar las respuestas, inspirando a quienes vengan tras vosotros.

El recipiente con cicuta fue dejado en el suelo de caliza blanquecina por sus verdugos. Apoyó con dificultad su espalda en la pared que quedaba en la penumbra, buscando el sosiego para la reflexión y el debido silencio que le permitiera evocar un último recuerdo. Apuró de un trago dejando un sabor cítrico y terroso en su lengua. Cerró los párpados.

Ahí estaban todos y también ella, sobre todo ella. La dulce imagen de una sonrisa plácida, de los mediodías en su casa charlando con Axíoco, comiendo almendras, discutiendo sobre política, sobre el hombre, sobre la vida. Vio a sus hijos, y trajo a su memoria los ojos oscuros de su madre cocinando frente a la lumbre, y de nuevo ella, pulsando las cuerdas de su cítara. Ella, siempre ella.

El legado



Nada quedaba ya de ese anhelo que una vez fue Atenas y sin embargo nadie fue capaz de predecir que a pesar de todo, sería eterno.

Los bustos de Sócrates y Pericles que se levantaban en las zonas nobles de la ciudad, resistieron al sol y la lluvia, al temblor incesante de la tierra y al frío. Aquellos que muchas décadas después contemplaban con admiración sus efigies pétreas en el camino que recorría el ágora, evocaban a sus vástagos la impronta dejada por éstos en Atenas, en el orgullo que debía significar para cualquiera tenerlos como los más ilustres antepasados.

Poco a poco y año tras año, el recuerdo ensalzó a los que vivieron las excelsas décadas lideradas por Pericles, fueran artistas, filósofos, literatos o políticos incluso se extendió entre los discípulos que tras Sócrates, habían bebido sabiamente de su conocimiento. Recibieron, justamente, el valioso presente de un recuerdo imperecedero. Todos menos una.

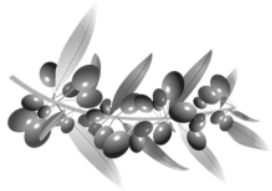
Sócrates consiguió que el nombre de su maestra y amiga quedara reflejado con dignidad en los escritos de sus discípulos. Su empeño halló respuesta en el cálamo sostenido por Platón y Esquines.

Aspasia fue nombrada y escasamente esculpida en mármol por la condena de una belleza extraordinaria, sin más referencia a su

intensa labor en Mileto ni en Atenas. La puta de Pericles, la que regenta un prostíbulo, la hetaira.

Ahora, tras más de dos milenios, cuando el peregrino, el ciudadano, el extranjero y el ateniense se detiene bajo la ladera de la Acrópolis, soportando el acuciante sol o al amparo de las sombra del olivo sagrado que le dio origen, no admira sus templos aunque así lo crea, tampoco su alma se sobrecoge con la envergadura de las columnas que se elevan majestuosas hacia dioses que ya no se veneran. Les sacude el orgullo imperecedero de un sueño que huele a democracia, a preguntas fundamentales que aún carecen de respuesta, a libertad y sangre, a la heroica épica y a sus indisolubles miserias, a la inspiración que forja nuestras ciudades, nuestros países, a continentes enteros. Y en ese pensamiento que trasciende al propio hombre, debería poder extenderse el eco de su nombre; Aspasia, la pensadora que llegó del este.

Notas de la autora



Estimado lector, gracias por dedicar estas horas a imaginar mis personajes. Espero que te haya gustado, pero si no has conectado con mi historia o con la forma en que la he escrito, te ruego que seas benevolente y aprecies el esfuerzo titánico que conlleva una novela histórica de esta magnitud.

Sin duda, esta biografía ha sido y posiblemente será, una de las más complejas de mi carrera literaria. Desarrollar la historia de Aspasia entraña bastantes problemas de documentación, y un análisis pormenorizado de los clásicos. Poco se conoce de su vida, a excepción de algunos aspectos menores de su infancia, como lugar de procedencia y el nombre de su padre. En algún momento de su juventud, sabemos que viajó hasta Atenas entrando en el círculo de Pericles. A partir de ese instante, las fuentes clásicas se presentan difusas y contradictorias.

El problema principal al estudiar su perfil objetivamente, radica en el exceso de propaganda contra Pericles durante los últimos años de su vida, hecho que arrastraría no sólo a él sino la reputación de todos los que estaban a su lado. Fidias o Anaxágoras, sí lograron restaurar su nombre y obra, no así nuestra protagonista a la que se le continuó considerando hetaira, es decir prostituta, hasta este siglo, cuando empieza a revisarse su biografía.

Este desprestigio social se sostiene por las críticas públicas de comediantes como Aristófanes o poetas como Hermipo, no obstante Platón, Jenofonte o Esquines presentan a Aspasia como una brillante pensadora, consideración alimentada sin duda, por el influjo de Sócrates a sus discípulos.

La base de la cronología histórica que he utilizado como medio para transitar por su vida, es la que establece el historiador Peter Bicknell, en la que la joven milesia llegaría a Atenas por su relación familiar con Alcibíades II, casado con su hermana durante su presumible exilio en Mileto. De esta forma, la conexión con Alcibíades permitiría que Aspasia entrara en el núcleo social de la aristocracia ateniense.

Nuestra pensadora fue considerada logógrafa y filósofa, pero también se sabe que realizó estudios científicos sobre el parto y los métodos de reconocimiento de las complicaciones del mismo. En Mileto, la educación era extensible a ambos sexos, en parte por la influencia de los territorios de Oriente Medio, donde este sistema estaba implantado con un cierto equilibrio igualitario. Además Mileto, fue uno de los destinos obligados para estudiantes de filosofía de todo el mundo para beber sobre la escuela jonia que había dado a los mejores pensadores presocráticos. Por tanto, cabe pensar que la joven Aspasia se alimentó de toda esta influencia y que al llegar a Atenas, chocó con el tradicionalismo de la polis, donde las mujeres no disponían del derecho legal a la educación formal, sino que eran formadas bajo la tutela patriarcal en asuntos exclusivamente domésticos. Por tanto, para la sociedad ateniense, la amplia educación de Aspasia, les parecería mucho más cercana a las heteras que amenizaban sus banquetes que a sus sumisas esposas.

Los clásicos describen por boca de otros, que regentaba un burdel y que de entre las disciplinas que enseñaba a sus discípulas, estaba la de proporcionar placer a los hombres a través de las artes sexuales. Aspasia contaba con algo más de veinte años cuando se unió a Pericles, por tanto parece extraño que ya durante esta época o incluso antes, fuera maestra en estas materias y mucho menos que regentara un negocio de estas características. Las hetairas o

heteras estaban formadas en música, danza y conversación, y estos tres aspectos no se corresponden con la formación académica de nuestra protagonista, centrada específicamente en el pensamiento filosófico, en la confección de discursos políticos y disciplinas de ámbito científico. Aplicando cierta dosis de sentido común, es fácil llegar a la conclusión que ofrecería clases en Atenas y que gran parte de estas mujeres, engrosaran las filas de sus aulas.

Casi la totalidad de los personajes incluidos en esta novela son reales, por tanto los integrantes de la trama y las situaciones, son ajustados al relato del siglo dorado de Pericles. Los nombres de Arete e Hipareta, esta última como primera mujer del estratega, son inventados ya que no constan en ninguna fuente histórica.

Los clásicos consultados han sido extensos. Las batallas de la guerra del Peloponeso se sustentan en Tucídides y en las Vidas paralelas de Plutarco, pero las fuentes consultadas, abarcan decenas de autores como Platón, Jenofonte, Luciano de Samósata o Aristófanes, entre otros. Cada uno me servirá para aspectos diferenciales de la vida de Aspasia y su relación con Pericles. He de puntualizar que no he hablado del hijo que presumiblemente, nació durante su relación con Lisicles, y lo he hecho con toda la intencionalidad. Aspasia se quedó viuda de su segundo esposo en poco más de un año y rondando casi la cincuentena. Teniendo en cuenta que sólo tuvo un hijo de Pericles y que estaría cercana a la menopausia, he considerado mejor obviarlo.

Establecer un equilibrio en la descripción de las batallas sin que éstas resulten tediosas, ha sido una tarea titánica. Todas ellas son reales, así que en un periodo en que se sucedían una tras otra, he debido priorizar si era mejor relatarlas al mínimo detalle o explicarlas desde una perspectiva más amplia. He optado por esta segunda para no fatigar con muchos datos innecesarios y aun así, es inevitable que puedan resultar confusas en algún momento de su lectura. Os ruego que me perdonéis si ese ha sido vuestro caso.

Esta novela además presenta otras dificultades en los nombres, ritos o costumbres con los que raramente estará

familiarizado el lector. He intentado utilizar vocablos actuales para que resulte más sencilla su comprensión, pero en algunos aspectos me ha sido totalmente imposible, como la nomenclatura de los meses, que lógicamente no puedo cambiar a los heredados por los romanos, o a determinadas celebraciones o elementos decorativos que no disponen de un paralelismo. .

Los telones de fondo de la novela son la política ateniense, la filosofía y la arquitectura, y sobre estos tres ejes he intentado ser extremadamente minuciosa. Las descripciones de las ciudades como Mileto, la isla de Delos o Atenas, la apariencia de la Acrópolis y sus templos pre y post restauración, el sistema democrático o las corrientes filosóficas y culturales llevadas a término en el ágora durante el s.V a.C, están estudiadas párrafo por párrafo. Luego puede discutirse si lo he hecho con pericia o toscamente, pero no están dejadas al azar. Asimismo, en la novela hay dos pequeños poemas de Safo y el discurso fúnebre pronunciado por Pericles y reflejado casi en su totalidad, pero el resto de cantos fúnebres, escritos políticos u odas recitadas por Aspasia son de mi completa autoría. Espero haber estado a la altura. Los dioses saben que lo he intentado y que me he dejado la vida en ello.

No te voy a negar, mi querido lector, que al acabar la novela me queda ese regusto amargo de las despedidas, pues es en este preciso momento cuando Aspasia deja de ser imaginada por mí y se convierte en vuestra propiedad personal. Es algo mágico, siempre lo es. También te diré que me invade esa sensación de vértigo por si mis palabras resultan tediosas, mis historias planas o si no llegan de la forma que me gustaría, pero debo ser honesta y entender que no siempre gustará mi forma de escribir y que en parte eso es lo extraordinario, que cada libro tiene un momento y un lector especial, que espero seas tú.

Mis novelas están protagonizadas por mujeres. No es algo que busque. Los personajes llaman a mi puerta como si pidieran ser escuchados, así que en ocasiones siento como si yo no hablara y me limitara a escribir lo que ellas quieren. Siempre son féminas maltratadas históricamente o deliberadamente silenciadas, quizás

porque tras más de tres décadas de divulgación de historia antigua, constato que es necesario ponerlas en el centro y que sean otros los que pivoten a su alrededor. Creo que es una especie de justicia histórica que nos beneficia a todos. El conocimiento ahora es escaso y sesgado, así que cualquier libro que te haga reflexionar, te sacuda para bien o para mal o te genere una leve curiosidad, ya vale más de lo que pagas.

En un mundo donde cada discurso está contaminado por noticias que ignoras si son ciertas, leer se ha convertido más en un deber que en un placer. Si además, aprendemos sobre lo que nos ha condicionado a ser y pensar, entonces no sólo disfrutas, te haces más libre.

Redes y contacto

www.servilianovela.com

www.ateneanike.com

Instagram: web.ateneanike

X @mireiagallegov

Facebook @adnspqr


REINO ODRISA
TRACIA
Bizancio
Calcedón
Astacos
Perinto
PROPÓNTIDE
Cios
Proconeso
Dascilio
Cícico(410)
HELESPÓNTICA
FRIGIA
Maronea
Enos
Abdera
Neápolis
Anfípolis (422)
Tasos
Egospótamos (405)
Lámpsaco
Sestos
Abidos
Samotracia
Tasos
ILIRIA
Epidamno
MACEDONIA
Eyón
Estagira
Pela
Metone
Olinto
Potidea
Egas
Toronea
Mende
Escione
Imbros
Eskepsis
Antandro
MISIA
IMPERIO PERSA
Ténedos
Lemnos
Asos
Adramition
Metimna
Pérgamo
Islas Arginusas (406)
Mitilene
Géneon
Cime
Lesbos
LIDIA
Rocea
Sardes
Esmirna
Clazómenas
Colofón
Éfeso
Teos
Quios
Halonesos
Apolonia
EPIRO
Corcira
Dodona
Larisa
Pégasas
Feras
TESALIA
Esciatos
Icos
Peparetos
Esciros
MAR EGEO
Ambracia
MAR JONIO
Eubea
Calcis
Eretria
ETOLIA
Delfos
BEOCIA
Delio (424)
Caristo
Samos
Priene
Mileto
CARIA
Yasos
Cedras
Caunos
Halicarnaso
Leros
Calimnos
Cos
Cnido
Sime
Yalisos
Camiros
Lindos
Rodas
Astipalea
Nisiros
Telos
Amorgos
Andros
Tenos
Miconos
Delos
Paros
Naxos
Citnos
Sérifos
Sífnos
Sikinos
Ios
Melos
Tera
Anafe
CÍCLADAS
DODECANESO
Cárpatos
Casos
Léucade
LOCRIDA
FÓCIDA
Tebas
ÁTICA
Platea
Atenas
Naupacto
Patras
Megara
Corinto
ACAYA
Ítaca
Cefalonia
Egina
Epidauro
ÉLIDE
Elis
ARCADIA
Argos
Trecén
Olimpia
Zacinto
Mantinea (418)
Mesenia
Esparta
LACONIA
Pilos
Esfacteria (425)
Citera

Autor: Marsyas (Datos basados en Lévy, La Grècsegún M. F. Galiano, La transcrie au Ve siècle,1995)